Red de Susperchas
SERIE RIVALES 2
DESTY MOORE

RED DE SOSPECHAS

SERIE RIVALES 2

DESTY MOORE

©DESTY MOORE

Primera edición, 2024

Novela Histórica

Todos los derechos reservados.

Sinopsis

Nunca imaginó que acabaría amando al asesino de su marido.

La tragedia se cierne ante Kenna Donald cuando, el día de su boda, su esposo acaba asesinado a manos de su enemigo Nial MacKenzie. Pero la desgracia la sigue asolando cuando, más tarde, su nuevo clan busca venganza.

Decidida a impedir una matanza, acaba inconsciente en tierras de sus enemigos los MacKenzie.

Tras comprender que su amor por Ailsa nunca será correspondido, Nial MacKenzie solo desea olvidarla. Ahora espera encontrar a una mujer que lo ame, pero en su lugar descubre a una muchacha mal herida y sin memoria.

Con sus clanes enemistados que solo desean sus muertes, Kenna y Nial deberán enfrentarse a un sinfín de problemas, pero sobre todo deberán aprender a escuchar sus corazones y a reconocer que su amor es más fuerte que su odio.

�� No te pierdas la segunda parte de esta nueva serie ambientada en las salvajes y bellas tierras altas.

Serie Rivales

1º Red de traición

2º Red de sospechas (La historia de Nial)

3º Pacto de honor (La historia de Caitlin)

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Siguiente libro de la serie
Capítulo 1
Capítulo 2
Notas

Capítulo 1

CASTILLO DE LOS DONALD,

TIERRAS ALTAS ESCOCESAS CENTRALES, JUNIO DE 1566

Todo estaba a punto.

La alcoba estaba impecable, las sábanas habían sido lavadas tan recientemente, que el tenue aroma del sol y el aire fresco aún se aferraba a ellas. El robusto somier de roble había sido frotado a mano con aceite hasta que brilló. Los suelos de piedra estaban fregados y colocados con juncos de los pantanos recién cortados, dulces como el verano.

Velas de cera de abeja, empaladas en altas estacas de hierro, parpadeaban y ardían a ambos lados de la cama. Un fuego humeaba en el hogar, añadiendo su propio calor y luz para acallar la fría oscuridad del castillo húmedo de piedra y la lúgubre noche de verano.

Aun así, Kenna Donald, de diecisiete años, se estremeció, apretando los brazos de forma protectora alrededor de su cuerpo vestido con una suave prenda de noche. La carne de gallina tensó su piel clara. Después de todo, la fina tela no estaba pensada para abrigar, sino para seducir. Kenna sólo podía esperar que, después de esta noche, su noche de bodas, pudiera guardar para siempre el ridículamente poco práctico atuendo.

Pero aún no. Esta noche, por muy insensata que pareciera toda la ceremonia de la cama, apretaría los dientes, se guardaría sus opiniones y cumpliría con su deber. Sí, cumpliría con su deber, y no dar al querido Seamus motivos para cuestionar su devoción por él. Ya estaba en tal estado de agitación por su inminente acoplamiento, que Kenna casi le había obligado a echarse en brazos de su ebrio hermano menor y otros invitados masculinos a la boda.

—Dame un tiempo para prepararme. —Había instado a su nuevo marido—. Una copa o dos de vino no le harán daño a un muchacho tan valiente como tú. —Añadió luego, haciendo un gesto a Seamus para que se alejara—. De hecho, nos aliviará la noche a los dos.

Con recelo en sus cálidos ojos castaños, Seamus se había unido a regañadientes a la fiesta de los juerguistas, dejando a Kenna con sus criadas y los preparativos para acostarse. A decir verdad, no tenía ninguna prisa por la consumación matrimonial, al estar tan asustada e insegura de lo que esta noche le deparaba como él.

Con una sensación de presentimiento, Kenna se dirigió a la gran cama de cuatro postes, se metió bajo las frescas sábanas de lino y se subió el edredón de plumón hasta la barbilla. El sonido de estridentes voces masculinas resonó por el largo y empedrado pasillo, voces espesas por la embriaguez y estridentes por las canciones groseras. Ella se estremeció. Era la fiesta de bodas, que por fin entregaba a Seamus a su novia.

Era sólo por una noche, se recordó Kenna, y sólo por poco tiempo. Seamus cumpliría con sus deberes de marido y luego se quedaría dormido junto a ella. Al día siguiente, se levantarían, compartirían el desayuno y volverían a caer en la cómoda rutina y relación que siempre habían conocido.

Sí, pensó Kenna. Será sólo por una noche... bueno, lo peor de ella, al menos. También era, en el esquema total de su vida, una parte muy pequeña en realidad.

Los cantos y los gritos se hicieron más fuertes. Volvieron los comentarios, groseros y soeces. La sangre caliente calentó las mejillas de Kenna.

Un instante después estaban en la puerta, abriéndola de una patada y derramándose en la alcoba nupcial como una horda de merodeadores vikingos. Con el pelo revuelto, las camisas manchadas de vino y medio colgando de sus faldas escocesas, el grupo de unos veinte miembros del clan, encabezado por Colin, el hermano menor de Seamus, se detuvo bruscamente al verla. Seamus, llevado en volandas por los demás juerguistas, levantó la vista de su percha y parpadeó sorprendido.

Sin embargo, bastó un instante para que su sorpresa se transformara en una mueca ebria.

—Och, ahí estás, mi bonita esposa —consiguió balbucear—. Lista y esperando a que tu hombre te convierta en mujer, ¿verdad?

Al oír eso, los compañeros de Seamus rugieron de risa y reanudaron su inseguro camino hacia la cama. Kenna los observó acercarse, con su sonriente pasajero en alto como si fuera una carga preciosa, y su deseo de zambullirse bajo las sábanas luchaba con el impulso de saltar de la cama y aporrearlos a todos. Sólo su feroz orgullo de las Highlands la mantenía donde estaba. Eso, y el dolor que la insensible aquiescencia de Seamus a esta ridícula actuación despertó en ella.

Ella le había rogado que no permitiera las actividades tradicionales que siempre culminaban con hombres borrachos pululando y haciendo comentarios subidos de tono en la alcoba conyugal. Y él le había dado su palabra de que tales escapadas no empañarían su noche de bodas. Sin embargo, aquí estaba él, tan ebrio y lascivo como el resto, uniéndose con el entusiasmo más indecoroso y traidor.

Pero no había tiempo para pensar en su hiriente traición. Los hombres de Donald se detuvieron al pie de la gran cama. De repente, con sumo cuidado, bajaron a su laird y lo depositaron allí. Aparentemente ajeno a la mirada asesina de Kenna, Seamus se puso inmediatamente a cuatro patas y se arrastró para salir a su encuentro.

—Un besito para tu marido —gruñó, su mirada teñida de licor recorriéndola—. Muéstrame cuánto me deseas, muchacha.

Kenna intercambió constantemente miradas con él.

—Primero, que sigan su camino —dijo ella, con la voz baja pero tensa por la furia—. Lo que hay entre nosotros, si es que hay algo que salvar esta noche, no es para la vista de los demás.

Como si tratara de comprender el significado que encerraban sus palabras, su marido parpadeó estúpidamente. Una luz de comprensión se encendió, indicando que aún le quedaba una pizca o dos de sentido común. Asintió lentamente y luego, medio girándose, miró detrás de él.

—Fuera de aquí —gruñó—. Tengo cosas mejores que hacer que celebrar con gente como

vosotros.

—¡Pero si ni siquiera os habéis arrastrado entre las sábanas! —gritó uno de los compatriotas de Seamus—. Y aún tenemos que comprobar que estáis bien acostados.

Seamus se volvió hacia Kenna. Podía ver cómo el licor empezaba a recobrar su equilibrio, cómo aumentaba la incertidumbre.

—Que se vayan —susurró—. Por favor.

—Ella dijo que debíais marcharos —murmuró él con voz gruesa, sin apartar la mirada de ella.

—¿Y desde cuándo una esposa le dice a su marido lo que puede y no puede hacer? —Se alzó una voz desde algún lugar más allá de los pies de la cama.

—Sí, ponle la brida a la potra antes de que coja el bocado y se descontrole para siempre —gritó otro hombre—. ¡Enséñale a obedecer ahora, o nunca la domarás!

—¡Y tú lo sabrías mejor que la mayoría, eh, Blair! —Añadió otro más, y todos rieron.

Al oír eso, algo se endureció, se oscureció y se cerró en los ojos de Seamus. La desesperación la recorrió. Había perdido la poca influencia que podía tener sobre él. O, al menos, esta noche.

Las risas y los comentarios sugerentes aumentaron de nuevo, hasta que Kenna se sintió asfixiada en su espantosa y degradante cacofonía. Cerró los ojos, intentando bloquearlo todo. Y entonces Seamus se inclinó hacia ella, le cogió la barbilla con una mano y estampó su boca contra la de ella.

Su beso fue áspero y torpe. El sabor a vino, el olor a humo y sudor, estaban en él. Las náuseas se agolparon en sus entrañas.

De repente, Kenna no podía respirar. El pánico se apoderó de ella. Golpeó frenéticamente.

Seamus retrocedió dando tumbos, cayendo del extremo de la cama. Durante un fugaz instante, sus compañeros guardaron silencio y luego rugieron aún más fuerte entre risas. Aquello rompió el último hilo de modestia y decoro de doncella que Kenna poseía. Con un grito de rabia, saltó de la cama y agarró uno de los altos candelabros de hierro. Tirando de la vela de cera de abeja, la arrojó a un lado. Luego, balanceando el extremo puntiagudo de la estaca de la vela en un amplio arco ante ella, Kenna avanzó hacia los miembros del clan.

—Fuera de aquí, os digo —gritó—. ¡Fuera antes de que os atraviese con esto!

La visión de una mujer enfurecida, vestida con ropajes para la noche, debió de ser suficiente para que los hombres reunidos se pusieran sobrios, al menos temporalmente.

Se callaron, abrieron la boca y se quedaron mirando. Ella sabía, sin embargo, que debía presionar su ventaja mientras aún pudiera.

Con la estaca de vela sostenida ante ella como una lanza de batalla, Kenna avanzó hacia ellos.

—Fuera, cerdos lascivos y borrachos —casi gritó—. ¡Fuera! ¡Fuera de mi alcoba!

Puntuó su exigencia con una repentina embestida hacia delante con su arma letalmente puntiaguda. Con un jadeo indignado, los hombres se separaron ante ella. Otra afilada estocada, y

comenzaron a apiñarse hacia atrás, hacia la puerta aún abierta.

Como haría con un rebaño de ovejas, Kenna los arreó lenta pero firmemente por donde habían venido. Cuando el último hombre traspasó el umbral, ella finalmente dejó a un lado su arma. Cogiendo la puerta, la cerró de golpe y echó el cerrojo.

Hubo unos cuantos gritos desafiantes y maldiciones murmuradas, pero por los pasos que ahora resonaban por el pasillo, era evidente que todo el jolgorio había remitido por fin entre los miembros del clan de Seamus. Pronto volvió a reinar el silencio. La ira de Kenna tardó un tiempo en enfriarse y su corazón en retomar un latido más plácido. Por fin, sin embargo, con la estaca de la vela en la mano, se volvió hacia la cama.

Seamus estaba sentado en el suelo donde había caído, con una sonrisa torcida en los labios. Aunque la mayoría de las veces esa mirada infantilmente entrañable bastaba para borrar cualquier rabia o exasperación persistente que Kenna pudiera albergar aún contra su amigo más querido, esta noche no parecía haber nada detrás de esa sonrisa.

Nada, al menos, que pudiera acercarse a justificar lo que casi había sucedido.

—¿Planeas empalarme en ese pequeño pincho, muchacha? —inquirió su ahora aparentemente contrito nuevo marido—. No sentaría bien al clan, ya sabes, matar al esposo en su noche de bodas.

—¿Y aun así casi me deshonras antes de que lo hicieran la mitad de los hombres del clan?

Dio lo que pareció un encogimiento de hombros medio apologético.

—Bueno, tal vez dejé que las cosas se me fueran un poco de las manos...

Kenna soltó un bufido desdeñoso.

—¿Un poco?

Seamus lanzó un suspiro cansado.

—Bien, se me fue demasiado de las manos. Y lo siento, muchacha. Lo siento.

Toda la lucha se drenó de ella en un gran arrebato.

—Ye…me lo prometiste, S-Seamus. —A pesar de sus mejores esfuerzos por contenerla, su voz tembló—. Y tú sabías lo mucho que yo no quería un espectáculo tan degradante en nuestra noche de bodas. Sin embargo, tú. . . Och, ¿cómo pudiste faltar a tu palabra?

—Lass, lass. —Se puso en pie de un empujón, se balanceó inestablemente y tuvo que agarrarse a uno de los postes de la cama para no volcar. Una vez más, una sonrisa tímida partió su apuesto rostro—. Déjame compensarte. Ven aquí. Ven a mí, porque temo que seguramente me caeré y me romperé el cráneo si intento caminar muy lejos.

Ella sabía lo que ocurriría si iba hacia él. Sin embargo, a pesar de lo que acababa de ocurrir, a pesar del dolor persistente por la ruptura de su juramento, Kenna sabía que no podría evitar lo inevitable para siempre. Y al menos la puerta de la alcoba estaba ahora firmemente atrancada contra cualquier intruso. . .

—No creo que merezcas nada de mí esta noche —murmuró, incluso mientras volvía a cruzar la habitación—, pero si me prometes solemnemente que no volverás a hacerlo...

En cuanto estuvo a un brazo de distancia, Seamus la agarró y tiró de ella hacia él.

—Calla, lass —dijo para silenciarla—. Te lo prometo. No volverá a ocurrir.

Con eso, bajó la cabeza hacia ella. Al principio el beso fue suave, incluso tentativo, pero a medida que Kenna se acercaba y cedía a él, su boca se inclinó con más fuerza e insistencia. Aplastó sus labios con una intensidad cada vez más salvaje. Sus manos empezaron a recorrerla, tocando lugares que ningún hombre había tocado antes.

Ella apartó la boca de un tirón.

—Seamus... por favor. Me estás haciendo daño.

Él levantó hacia ella unos ojos vidriosos de pasión.

—Calla —murmuró, con la voz ronca y espantosamente desconocida—. Ya me he disculpado. Es hora de que me des lo que llevo años deseando. Es hora de que empieces a comportarte como la esposa obediente.

Dándose la vuelta, Seamus la forzó contra los pies de la cama. Kenna luchó por mantener el equilibrio, pero el mayor peso y la fuerza de su marido la arrastraron inexorablemente hacia atrás hasta que ambos cayeron sobre la cama. Y entonces las manos de él tiraron de su baranda de noche, arrancando la delicada tela hasta desgarrarla.

El sonido de la tela rasgándose hizo que Seamus sobrepasara el punto de la razón. Se arrojó sobre ella, sus dedos se entrelazaron en su pelo para retorcer los largos mechones dolorosamente entre sus manos.

—Seamus —gritó Kenna—. ¡Para! ¡Vas demasiado rápido!

Su marido, el gentil hombre con el que creía haberse casado, ya no existía. Una locura como ella nunca había visto antes se apoderó de él. El terror llenó a Kenna. El pánico subió hasta casi estrangularla. Instintivamente, se defendió, aporreándole, golpeándole la cabeza y la cara, sin dejar de gritarle que se detuviera.

Y entonces, lo hizo. Se quedó inerte y se desplomó sobre ella. Al principio, lo único que Kenna podía hacer era luchar por recuperar el aliento. Poco a poco, sin embargo, a medida que su corazón aliviaba su palpitar y la habitación cesaba en su giro enloquecido, Kenna se dio cuenta de que él no se había detenido por voluntad propia. O bien Seamus había sucumbido a las enormes cantidades de vino que seguramente había ingerido esa víspera, o bien ella lo había noqueado sin querer en su palpitar aterrorizado.

Se lo quitó de encima de un empujón y, durante un largo momento, permaneció tumbada a su lado.

Luego, apartándose, Kenna se deslizó de la cama.

Su rostro se relajó una vez más, Seamus volvía a parecerse al amigo con el que ella había crecido todos estos años. Parecía familiar, reconfortante, amable... nada que ver con el loco de hacía unos minutos. Pero eso ya no importaba. Había visto un lado de Seamus Donald que no le gustaba. No le gustaba en absoluto.

Kenna bajó la mirada hacia su barandal. Le brotaron náuseas. De repente no soportaba estar en la misma habitación que el desconocido que ahora era su marido. Se encogió de hombros, se vistió a toda prisa y salió corriendo de la habitación.

—Ha saltado la alarma, mi señor. Los rebeldes han atacado Shenlarich y se han llevado el ganado.

Otro pueblo no, pensó Nial MacKenzie aquella tarde, y eso que sólo habían pasado quince días desde el último ataque. Aunque amaba entrañablemente las Tierras Altas, había momentos en que se cansaba poderosamente de toda la anarquía, el saqueo y el chantaje que eran parte integrante del modo de vida de las Tierras Altas. Ya había sufrido bastante a manos de hombres enloquecidos por el poder y de miras estrechas. Lo único que quería era vivir en paz.

Pero, al parecer, el cumplimiento de ese deseo en particular no se vislumbraba a corto plazo. Con un suspiro, el laird del castillo de Balloch y tanista de su primo y jefe de clan, Blaine MacKenzie, levantó la vista de su sitio en el banco de la capilla.

—¿Y también tienes noticias, Nathan, de qué clan está cometiendo el robo? —preguntó.

—Es probable que sean los Donald, mi laird. —La boca de Nathan MacKenzie se levantó en una sonrisa de disculpa—. Siento molestaros en las oraciones, pero si queremos tener una oportunidad de atraparlos…

Nial cerró su libro de oraciones, lo dejó a un lado y se reclinó en el banco.

—No te preocupes. El honor del clan no permitirá semejante humillación. Mejor nos ocupamos de la tarea inmediatamente.

—¿Llamo entonces a los muchachos para que se preparen?

Aunque la comprensión por su reticencia ardía en los ojos de su capitán, Nial sabía que sus hombres aprovecharían la oportunidad de vengar el robo. Estarían ansiosos por una cabalgada nocturna, sedientos de venganza contra una banda de otros miembros del clan que probablemente no buscarían más que un poco de excitación y unas cuantas reses para demostrar el temple de su hombría. Sin embargo, los campesinos que habían perdido sus bestias eran gente pobre y difícilmente podían prescindir de un animal menos. Y lo que es más importante, eran MacKenzies y le miraban a él, como su laird, para que les rindiera cuentas.

—¿Hubo algún campesino gravemente herido o muerto?

Momentáneamente, la curtida frente de Nathan se arrugó pensativa.

—No. Daniel, el herrero, recibió un golpe en la cabeza, y al viejo Angus le pisó un pie un caballo que pasaba, pero nadie estaba de mucho humor para desafiar a hombres armados. La mayoría se limitó a quedarse mirando.

Las cosas podrían no ir tan pacíficamente para los Donald, Nial lo sabía bien. Una vez que la sangre de sus hombres se agitara para recuperar su ganado, la posibilidad era fuerte de que se perdieran vidas. Vidas Donald, así como las vidas de sus propios hombres.

Nial hizo una mueca. Había tenido suficientes combates y muertes en los dos últimos años como para que le duraran toda la vida. Había tenido suficiente de traición y de honor mal entendido de las Tierras Altas. Sin embargo, pocos parecían compartir sus sentimientos. Pocos Highlanders, en todo caso.

—Bueno —dijo, levantándose—, aunque nosotros no empezamos esta absurda costumbre de robar ganado, no tenemos más remedio que acabar con otro caso más. —Sacudió la cabeza—. Como si Seamus Donald y su clan estuvieran al borde de la inanición, ahora que ha ido a casarse con esa heredera de Donald.

—Quizá pretenda regalarle el ganado a su noviecita como regalo de bodas. —Nathan rio entre dientes—. Los Donald son, después de todo, pobres como ratones de iglesia. Y un hombre, incluso pobre, tiene su orgullo.

Nial soltó un bufido de disgusto.

—Así que un regalo nupcial robado es mejor que ningún regalo, ¿no? No lo veo así, y nunca lo haré, Nathan.

El hombre mayor se hizo a un lado para que Nial se deslizara desde el banco y se dirigiera hacia el pasillo de la antigua capilla de piedra.

—No, mi laird —llamó suavemente tras él—. Pero entonces, no sois como la mayoría de los hombres, ¿verdad? Y gracias a Dios que no lo sois. Sí, ¡gracias a Dios!

—¿K-Kenna? Kenna, ¿estás bien? ¡Kenna, despierta!

Fría, rígida y miserable, Kenna se despertó en la pálida luz del amanecer con una voz dulce e infantil. Durante un fugaz instante, la desorientación, tan espesa como las brumas matinales que flotaban pesadas en el aire, se arremolinó a su alrededor. Luego, cuando intentó estirar las piernas y descubrió que no podía, volvió el recuerdo.

Estaba en el jardín, apretujada entre el alto muro de piedra y los arbustos de tejo que formaban el telón de fondo de la fuente con su estatua desmoronada de un arquero. Su vestido y su capa de lana estaban húmedos por el rocío. Sus dedos, enfundados como estaban en un par de finas zapatillas de cuero, estaban entumecidos.

—¿Kenna?

Levantó la vista y, a través de las ramas separadas, vio a Adele. La hermana pequeña de Seamus y Colin la miraba con ojos asustados. El corazón de Kenna se compadeció de la niña de siete años. Probablemente había oído la ruidosa celebración de la noche anterior. Y, con la misma probabilidad, se había despertado de madrugada al oír a Seamus rugiendo como un león herido. No era de extrañar que la chiquilla estuviera confusa y asustada.

—Estoy bien, lassie. —Intentó esbozar una sonrisa tranquilizadora—. Sólo estaba jugando con Seamus y Colin, eso es todo.

La naricilla de Adele se arrugó de perplejidad.

—Pero Seamus ni siquiera está aquí, ni tampoco Colin. Entonces, ¿por qué sigues escondida?

—Och, bueno, supongo que me adormecí mientras esperaba. Pero ahora ya no hay razón para esconderse, ¿verdad?

—No, no la hay.

Con un suspiro, Kenna rodó hacia un lado y se arrastró desde su escondite. Ya era hora de que volviera a enfrentarse al mundo, fuera la hora que fuera. Afortunadamente, no había nadie en el jardín y la niebla la ocultó de la vista de las ventanas de la torre.

Sin embargo, cuando se puso en pie, una brisa helada recorrió el pequeño patio cerrado, enviando agujas de hielo que atravesaron sus ropas empapadas. Kenna se estremeció y se rodeó con los brazos. Si no tenía cuidado, se enfriaría al haber pasado la noche a la intemperie.

Se lo tenía merecido, supuso, por haber abandonado a Seamus la víspera. No es que hubiera permanecido mucho tiempo en su estupor de borracho. Apenas media hora después, su marido se había despertado y había irrumpido en el castillo, gritando su nombre y exigiendo que se reuniera con él a toda prisa. Seamus había alborotado de nuevo a sus todavía ebrios compañeros de clan, que habían procedido a aumentar el pandemónium.

No es que ninguna de las bravatas y amenazas la hubieran sacado de su enramada secreta. Kenna no era tonta. Seamus era un hombre que cambiaba cuando estaba bajo los efectos del licor. Un hombre que hacía poco que había descubierto que ni le gustaba ni confiaba en él. O, al menos, no le gustaba ni confiaba en él cuando bebía. Por mucho que él bramara y suplicara, ella se había negado a volver a enfrentarse a él la noche anterior.

Una traición en su vida era mucho más de lo que podía soportar. No volvería a arriesgar su corazón.

Ante la ironía de ese pensamiento, los labios de Kenna se alzaron en lo que imaginó era una parodia de sonrisa. Las promesas abandonadas de Seamus la noche anterior habían sido una herida inesperadamente salvaje. De hecho, podría tardar mucho tiempo en curarse, si es que alguna vez lo hacía. Pero ella no había estado pensando realmente en su vergonzoso comportamiento. Había estado recordando un calvario aún más inquietante, ocurrido hacía mucho tiempo.

Lo más probable, sin embargo, era que Seamus y sus compañeros de clan regresaran pronto. Tras un rato de búsqueda en la casa de la torre, su marido había desistido en su empeño de encontrarla. Él y sus hombres se habían marchado a caballo, al parecer en busca de la taberna más cercana. Ella sólo esperaba que los borrachos no hubieran conseguido caerse de sus caballos y ser pisoteados al hacerlo. Eso era todo lo que ella necesitaba. Un marido resacoso y herido.

—Er, ¿no deberíamos entrar? —preguntó Adele justo en ese momento—. Hace mucho frío fuera.

Kenna miró a la niña. Con una mata de largos rizos rubios, grandes ojos azules y la sonrisa más dulce, Adele era la hermana que Kenna nunca había tenido. Había nacido tarde en el segundo matrimonio del padre de Seamus y Colin, y su nacimiento había matado a su madre. Kenna, con la ayuda de los criados, la había criado esencialmente.

—Sí, tienes razón como siempre, lassie —respondió—. Hace mucho frío fuera.

Tomando la mano de Adele entre las suyas, Kenna bordeó los macizos de flores que salían en ángulo de la fuente y luego se dirigió por el camino de losas entre las dos, largas hileras de hierbas y verduras que conducían a la entrada de la planta baja. Deslizándose en el interior, se dirigió a la escalera de caracol que conducía al primer piso, que se abría inmediatamente a una gran cocina. La cocinera y sus dos ayudantes ya estaban trabajando duro, preparando lo que

Kenna comprendió, con un sobresalto, que era la comida del mediodía.

—¿Qué pretendéis —exigió al divisarla la mujer mayor, agradablemente regordeta—, entrando así en mi cocina? —Lanzó a Adele y luego a Kenna una mirada rápida y evaluadora antes de volver su atención a la masa de pan que estaba amasando—. Parecéis un gato empapado, Kenna Donald. Será mejor que subáis a vuestra alcoba y que Isla le prepare un buen baño caliente. Mientras tanto, os prepararé un suculento desayuno y haré que os lo envíen. El joven señor aún no ha regresado. Aún tiene tiempo de prepararse, por no hablar de reunir su ingenio.

Kenna pudo sentir el calor inundar sus mejillas. Miró a Adele.

—¿Por qué no va a ver si a Sally le queda algún dulce de la comida de la víspera pasada?

A la niña pareció gustarle la idea y salió corriendo. Una vez que llegó al lado de Sally, tiró del delantal de la mujer.

—¿Y por qué iba a necesitar hacer acopio de ingenio? —preguntó entonces Kenna, acercándose a Orla, la cocinera, aun cuando se enfrentaba a la humillante constatación de que la disputa matrimonial entre ella y Seamus era de hecho conocida por todos.

—¿Para qué? ¿Para enseñarle a ese hombre suyo la forma correcta de hacer las cosas? —La cocinera soltó una carcajada ronca—. Se comportó como un cobarde la víspera, y bien lo sabéis. No debéis dejarlo ir a la ligera. No si tenéis siquiera una pizca de orgullo, al menos.

La cocinera tenía buenas intenciones. De hecho, durante los años que vivió en castillo de los Donald había sido lo más parecido a una madre que Kenna había tenido. Sin embargo, al fin y al cabo, ahora era una Donald. Su primera lealtad debía ser, en última instancia, hacia el laird de los Donald.

—Tengo mi orgullo —murmuró Kenna—. Pero me ocuparé de mi marido a mi tiempo y a mi manera, muchas gracias.

La expresión del rostro de la otra mujer decayó.

—Och, le ruego me disculpe, mi señora. No quise decir nada con mis comentarios. Por supuesto que debe tratar con el joven señor como crea conveniente.

Había herido los sentimientos de Orla. La compunción llenó a Kenna.

—¡Och, no quise decir nada con mis comentarios poco amables! Valoro tus consejos, de verdad. Es sólo que…bueno, tengo mucho en lo que pensar antes de que vuelva Seamus.

—Sí, así es. —Orla sonrió con simpatía—. Y todo irá mejor después de que hayáis comido algo y os hayáis dado un buen baño caliente. —Hizo un movimiento de espanto con sus manos espolvoreadas de harina—. Así que veros ya. En cuanto os vayáis a vuestra habitación, haré subir a mis dos muchachas con los cubos de agua.

La boca de Kenna se torció en señal de gratitud.

—Gracias. No sé qué...

Se oyó un grito desde lo alto. Era el centinela que montaba guardia en el parapeto de la casa torre. Las miradas de Kenna y la cocinera se encontraron. Seguramente eran Seamus y sus hombres, que se dirigían por fin a casa tras sus escapadas nocturnas.

Ahora que había llegado el momento, Kenna no estaba tan segura de estar en condiciones

de enfrentarse a su marido. Tal vez fuera mejor retirarse a sus aposentos durante un tiempo, y luego buscar a Seamus en un momento menos público. Pero eso olía a perro apaleado escabulléndose para esconderse, y ella no tenía nada que esconder ni de lo que avergonzarse.

Cuadró los hombros y levantó la barbilla.

—Veo que ha pasado el momento de hacer acopio de ingenio. Debo ir a saludar a mi marido.

La comprensión brilló en los ojos de Orla.

—Sí, mi señora, debe hacerlo. Ninguna otra cosa sería apropiada, ¿verdad?

—No, no lo sería. —Kenna vaciló, su mirada se posó en Adele ahora sentada a la mesa, con la cara embadurnada de mermelada de fresa de una de las tartas que estaba comiendo—. Mejor que Adele se quede aquí abajo. Hasta que haya podido hablar con Seamus.

Orla asintió.

—Sí, mejor que lo haga. Vigilaremos a la muchacha, no se preocupe.

—Muchas gracias. —Con eso, se dio la vuelta y salió de la cocina.

Aunque la intención de Kenna de tenerla con su marido había sonado segura en la cocina, mientras se dirigía a las escaleras, y luego subía otro tramo hasta el Gran Salón donde pensaba esperar a los hombres, la asaltaron nuevas dudas. ¿Cómo debía recibir a Seamus? ¿Qué debía decir, o debía decir algo? ¿No sería mejor dejar que fuera él quien hablara?

Una cosa era cierta. Él debía comprender, y comprender a fondo, que su comportamiento de la víspera pasada era censurable y que no volvería a tolerarlo nunca más. Debía hacerlo, o no había esperanza de salvar su matrimonio.

Se quitó la capa y la dejó sobre un banco al pasar al Gran Comedor. Su vestido aún estaba húmedo, pero probablemente nadie se daría cuenta con la emoción del regreso a casa. No había nada que hacer con su pelo, pero entonces, la humedad sólo hacía que la espesa masa de mechones castaños se ondulara aún más, y Seamus estaba bien acostumbrado a eso. Kenna dudaba que notara algo raro en su aspecto.

Acercándose al fuego del hogar, primero tomó asiento en una de las sillas de madera tallada y respaldo alto allí colocada. Finalmente, sin embargo, cuando empezó a parecer que Seamus y los demás tardaban un tiempo interminable en entrar, se levantó y empezó a abrirse paso por la amplia extensión de suelo cubierto de juncos. Sin embargo, antes de que pudiera atravesar siquiera la mitad de la habitación, los Donald entraron.

Kenna se detuvo bruscamente. Entre la doble fila de hombres del clan, llevaban lo que parecía un trozo de tela escocesa tensamente estirada. Por un instante, los miró perpleja. En el día aún sombrío, era difícil distinguir lo que llevaban entre ellos. Entonces, a medida que los hombres se acercaban, Kenna vio un cuerpo tendido sobre la tela escocesa.

Notó ahora que muchos de ellos estaban ensangrentados, sus camisas rotas y algunos llevaban vendas. El miedo la atravesó. ¿Qué habían hecho la víspera?

Su mirada los escudriñó más de cerca ahora, buscando un solo rostro en la masa de hombres que se acercaban a ella. Colin, con el rostro retorcido por la angustia, avanzaba a zancadas al lado de uno de los hombres que llevaba un extremo de la tela escocesa. La mano de

Kenna se dirigió a su garganta. En ninguna parte vio a Seamus.

Y entonces lo supo. Llevaban a Seamus.

Con un grito estrangulado, corrió hacia ellos, abriéndose paso a empujones entre los hombres, agolpándose para situarse junto a su marido. Los hombres se detuvieron y ella pudo ver por fin lo que antes había permanecido oculto. Seamus yacía allí, pálido e inmóvil. Ella alargó la mano y le tocó la mejilla. Estaba fría.

—¿Cómo? —Kenna forzó la palabra—. ¿Cómo ha ocurrido? —Nadie respondió—. ¿Cómo? —repitió con un hilo de histeria—. ¿Cómo?

—Quería probarse a sí mismo y ante ti —dijo Colin al fin, acercándose a su lado—. Quería resarcirse dándote un regalo de bodas apropiado. Así que nos fuimos de paseo a las tierras de MacKenzie para levantar unas cuantas reses gordas.

Dirigió una mirada horrorizada al hermano menor de Seamus.

—¿Vosotros... fuisteis a robar ganado? ¿En mi noche de bodas?

—No fue idea mía, muchacha —dijo Colin—. Intenté convencer a Seamus de que no lo hiciera. Puedes preguntar a cualquiera de estos muchachos de aquí. Responderán lo mismo que yo.

—¿Qué pasó? —Kenna aspiró un aliento estremecido. Señaló la forma sin vida de su marido—. ¿Cómo ha ocurrido?

—Los MacKenzie no estaban de muy buen humor cuando nos alcanzaron. Nos encontramos luchando por nuestras vidas. Finalmente, Seamus gritó a los MacKenzie que nos rendíamos. Eso pareció satisfacerles, una vez que hubimos arrojado todas nuestras armas. Pensé entonces que podríamos sobrevivir, sobre todo cuando el líder de los MacKenzie nos ordenó a continuación que partiéramos. Las cosas se volvieron un poco confusas entonces, en la oscuridad, perdí la pista de Seamus. Poco después escuché el disparo de un daggs[1]. Las nubes se separaron momentáneamente y, a la luz de la luna, vi caer a Seamus. Me giré justo a tiempo para captar el destello de una pistola plateada en la mano del hombre que acababa de dispararla. Disparó una bala en la espalda de mi hermano. —Su boca se contorsionó de odio—. ¡El bribón cobarde y de sangre fría!

El tiempo se detuvo. La sangre golpeó el cráneo de Kenna hasta que creyó que gritaría. Sin embargo, mientras tanto, una fría calma se extendió por ella. Seamus estaba muerto, y el hombre que lo había asesinado aún vivía.

—¿Quién? —gritó ella—. ¿Quién mató a Seamus?

—Nada menos que el laird del castillo de Balloch —siseó Colin—. Nada menos que el mismísimo Nial MacKenzie.

Capítulo 2

Es extraño qué tipo de pensamientos te entran en la cabeza cuando menos te lo esperas, musitó Kenna tres días después mientras observaba cómo caían las últimas paladas de tierra sobre el ataúd de Seamus. En lugar de detenerse en la morbosa escena de los cabizbajos miembros del clan Donald o en la todavía llorosa bean-tuiream[2], Kenna prefirió considerar sus opciones actuales. Tal vez sólo era su forma de distanciarse para poder aferrarse con fuerza a los andrajosos restos de su control. O tal vez era realmente, en el fondo, tan fría de sangre y dura de corazón como Seamus la acusaba a veces de ser.

De un modo u otro, Kenna sabía que tenía que mantener la cordura, que tenía que sobrevivir. Esa determinación no había cambiado, sólo había evolucionado a lo largo de los años de un instinto infantil e irreflexivo a uno de intención ahora consciente. Sin embargo, con la muerte de Seamus, la única pregunta que le quedaba era si debía continuar aquí o intentar una vez más regresar a su propio clan. Por desgracia, la decisión no era más sencilla ahora que antes.

Colin ya había dejado claro que su lugar estaba aquí, que en todo menos en el nacimiento era ahora una Donald. Y había algo de verdad en el hecho de que el castillo de los Donald, tanto si ella lo había deseado así como si no, hacía tiempo que se había convertido en su hogar.

Sólo tenía cinco años cuando sus padres la habían traído aquí para quedarse con una prima de su madre, una mujer de rostro adusto e imponente que por entonces era la madrastra de Seamus y Colin. Pero sólo por unos meses, le habían asegurado sus padres, mientras viajaban a Edimburgo para asistir a la ceremonia de nombramiento de la reina viuda, María de Guisa, como gobernadora de Escocia para gobernar en lugar de su joven hija, María, hasta que alcanzara la mayoría de edad. Aunque aquel día había sido hacía más de doce años, Kenna lo recordaba aún como si hubiera sido ayer.

Había suplicado a sus padres hasta quedarse ronca, y luego había gritado y llorado hasta quedarse sin voz, rogándoles que reconsideraran su decisión y la llevaran con ellos. Pero ellos se habían mantenido inflexibles, prometiendo regresar en cuanto pudieran. Su partida mantuvo a Kenna en su cama durante casi una semana, en la que se negó a comer o a ser consolada. De hecho, ¿qué podía decirse que justificara tal deserción? Fue una herida profunda que ella esperaba no volver a experimentar.

Pero la experimentó, tres meses después, cuando le llegó la noticia de que sus dos padres habían muerto de tifus. Dejando a un lado todas sus buenas intenciones, nunca habían vuelto a por ella. Ni siquiera habían emprendido el camino de vuelta a casa, habiendo muerto en algún alojamiento miserable e infestado de piojos en Edimburgo.

Esta vez, Kenna estaba inconsolable. Aunque no era más que una niña, sabía la verdad de lo que había sucedido. Su amado padre y su madre se habían ido, rumbo a un lugar lejano al que ella nunca podría llegar en esta vida. La habían dejado atrás. La habían rechazado. No la querían.

Pero tampoco Kenna había encontrado mucho consuelo o amor en sus dos cuidadores. Seamus padre había estado demasiado ocupado intentando mantener a su familia como para dedicarle mucho tiempo a la afligida niña de cinco años. Y su esposa, por alguna razón que Kenna aún desconocía, encontraba un placer extrañamente sádico en burlarse de ella a cada momento, acusándola de haber alejado a sus padres y, en el proceso, de haber causado inadvertidamente sus muertes. Las crueles palabras, sin embargo, no bastaron por mucho tiempo. Y entonces comenzaron las palizas.

Tampoco es que el clan Donald, el pueblo de su padre, pareciera profesarle verdadero amor. Aunque en el momento del prematuro fallecimiento de sus padres Kenna era demasiado joven incluso para pensar en regresar a su hogar ancestral, y mucho menos para preocuparse por hacerlo, pronto habían surgido facciones en el seno del malhumorado clan Donald sobre quién debía o no asumir la jefatura del clan, ahora vacante. Y, con varios tíos con los que contender —todos los cuales, por una razón u otra, sentían que su reclamación era la más legítima—, nadie había pensado mucho en la propia reclamación, aún más válida, de una niña pequeña. Nadie había levantado ningún clamor, para el caso, para que siquiera fuera devuelta del cuidado temporal y presumiblemente mucho más seguro de los Donald.

En el fondo de su corazón, a pesar de la brutalidad de la madrastra de Seamus y Colin, Kenna sabía que siempre había estado mucho más segura en el castillo de los Donald que en sus propias tierras. Era la razón por la que, a lo largo de los años, nunca había abordado seriamente la cuestión de regresar a casa. Y era la razón por la que ahora sólo lo consideraba de pasada, mientras estaba junto a la tumba de Seamus, contemplando qué camino debía tomar su vida a continuación.

Ahora era una Donald y viviría su vida como tal, hasta que llegara el día en que algún otro hombre la tomara como esposa. No era una tonta. Su único valor residía en lo que futuros pretendientes vieran en ella. Después de todo, habiendo desperdiciado la única oportunidad de quedar embarazada del heredero de Seamus, Kenna sabía que Colin heredaría ahora el clan y sus tierras.

Sin embargo, nunca podría casarse él mismo con ella, aunque lo deseara. Los montañeses eran un lote independiente y con frecuencia ignoraban las leyes y las restricciones sociales de sus primos del lejano sur. La toma en matrimonio de la cuñada viuda de uno, sin embargo, no era una costumbre fácil de desechar. Especialmente no cuando la propio iglesia también desaprobaba tal práctica.

Sólo por esa razón, a Kenna le preocupaba poco que Colin la considerara como posible esposa. Desgraciadamente, también carecía de los fondos para reunir una dote suficiente para atraer a cualquier otro posible marido. Sólo su derecho a la fortuna de los Donald ofrecería alguna esperanza a futuros pretendientes. Si es que estaban dispuestos a entrar en guerra con sus tíos por ello.

A lo lejos, retumbó un trueno. Kenna levantó la mirada hacia el cielo gris peltre. Se avecinaba lluvia, como ocurría con frecuencia en esta época del año. Era mejor que se apresuraran a volver a casa mientras aún pudieran, o pronto estarían caminando penosamente a través de un aguacero torrencial y el barro resultante.

No es que el castillo de los Donald ofreciera ninguna promesa de respiro, pensó Kenna mientras la reunión empezaba finalmente a dispersarse. Incluso en el más soleado de los días, seguía siendo un lugar húmedo, lúgubre y destartalado. Antaño sede de un poderoso clan, el

castillo, encaramado a orillas del lago Voil, era una casa torre magníficamente defendible que, en el último siglo, había sido fortificado adicionalmente con dos torreones adicionales de remate cónico en esquinas opuestas a las torres de vigilancia a dos aguas ya existentes.

Mientras se dirigía colina arriba hacia la antigua vivienda de piedra, la mirada de Kenna se elevó. Una torre cuadrada de cuatro pisos coronada por un ático y una buhardilla bajo su tejado de pronunciada pendiente, los muros de dos metros de grosor del edificio habían resistido numerosos asaltos en sus trescientos años de existencia. Hecha de piedra local, el castillo gris oscuro era un sofisticado equilibrio de complejidad y simetría. Sin embargo, también era una vivienda de pocas comodidades o servicios.

La planta baja, que albergaba bodegas de almacenamiento, una pequeña armería y dos celdas de prisión, era oscura y húmeda, su única iluminación tres estrechas troneras verticales defensivas. Una escalera de caracol conducía a un primer piso en forma de L, que albergaba la cocina, varios almacenes más y una sala de trabajo general. Al menos, tenía tres ventanas y un garderobe. El Gran Salón del segundo piso, enlucido y pintado con escenas que se desvanecían rápidamente, estaba aún más iluminado, con ventanas en cada pared, dos de ellas con asientos de piedra, una fina chimenea y garderobes[3] en ambos extremos de la pared sur.

En el tercer piso, además de los dos grandes dormitorios con chimenea, había otro dormitorio más pequeño en una de las torrecillas que siempre había sido de Kenna. O, al menos, pensó tristemente, su habitación hasta su noche de bodas, cuando había ido a reunirse con Seamus en la mayor de las dos alcobas principales. El acceso a los pisos inferiores de las torretas —que además albergaban garderobes— también estaba disponible desde el tercer piso.

El cuarto piso era el desván. Además de ofrecer entrada a los pisos superiores de las torrecillas, en las inclemencias del tiempo el desván se utilizaba para colgar la colada de cuerdas colgadas de las vigas. También había sido, durante los días de su niñez, su lugar favorito para jugar.

Al recordarlo, los labios de Kenna se curvaron en una pequeña y triste sonrisa. Muchas habían sido las veces que se había escapado allí arriba para esconderse de la ira de la malhumorada madrastra de Seamus y Colin. Tal vez la mujer había sido lo bastante torpe como para no sospechar nunca que el desván era un escondite. Lo más probable, sin embargo, es que con su corpulencia cada vez mayor, careciera de la energía necesaria para subir los tramos adicionales de la tortuosa escalera circular.

De un modo u otro, el ático se había convertido en el refugio de Kenna. Desde su imponente altura, podía asomarse a las ventanas de cada pared y ver kilómetros en todas direcciones. A veces, cuando el tiempo era particularmente miserable, Seamus y Colin incluso se dignaban atender sus infantiles súplicas para jugar con ella. Juntos, creaban todo tipo de escenarios, de caballeros y damas, de héroes y dragones, y a veces, aunque no tan a menudo, de santos y mártires.

En las elevadas alturas del desván, durante un breve espacio de tiempo Kenna era capaz de dejar a un lado la herida abierta de su dolor, las dudas y preguntas siempre presentes sobre su papel en las muertes de su madre y su padre, la pesadilla despierta en que se había convertido su vida. En esos benditos momentos de gran imaginación, casi podía creer que sus padres aún estaban de camino a casa. Casi podía creer que pronto se reconciliarían como la familia cariñosa y feliz que habían sido una vez, y toda la miseria y el miedo desaparecerían como si nunca jamás

hubieran sucedido.

Sin embargo, aquellos momentos fugazmente felices con los dos hermanos pronto se habían desvanecido. Los intereses de Seamus se volvieron rápidamente hacia otros más carnales, y empezó a pasar lo que parecía día y noche persiguiendo a toda doncella a la vista. Y Colin, dos años más joven, no tardó en unirse a él.

Para entonces, la pequeña Adele había nacido, y Kenna pronto tuvo que preocuparse de su cuidado. Así que Kenna observaba las escapadas de los dos hermanos con curiosidad, y luego sacudía la cabeza con desconcierto, secretamente agradecida de que siguieran considerándola nada más que su hermanita adoptiva.

Sin embargo, llegó el día en que todo eso cambió.

—¡Kenna! —Una voz masculina, inestable seguramente por el esfuerzo de subir corriendo la empinada y sinuosa colina que conducía al castillo de los Donald, se alzó desde varios metros detrás de ella—. Espera, lass. Necesito hablar contigo.

Era Colin. Ella lanzó un suspiro interior. A pesar de que no siempre se llevaba bien con el ensimismado y eternamente calculador hermano menor de Seamus, ahora mismo no estaba de humor para hablar. Todo lo que Kenna quería era retirarse a su pequeña alcoba de la torrecilla, estar a solas con sus pensamientos y derramar algunas lágrimas más.

Sin embargo, Colin también estaba afligido. Quizá sólo deseaba unas palabras de consuelo, la seguridad de que algún día todo volvería a estar bien en el mundo. El problema era que ni ella misma estaba convencida de ello.

No obstante, se detuvo y se volvió para esperar su llegada. Colin no tardó en acercarse a su lado.

Sus ojos castaño oscuro rozaron su esbelta figura y, como siempre, Kenna no pudo evitar preguntarse qué dirección estarían tomando sus pensamientos. Pronto descartó esa consideración. Nadie podía saber con certeza lo que Colin estaba pensando.

Era tan alto como lo había sido su hermano, pero en lugar de la robusta musculatura de Seamus, Colin era delgado y enjuto. Su pelo era castaño, pero de un tono apagado, sin ninguno de los reflejos brillantes de la melena ondulada de Seamus. Y no había nada de singular atractivo en su rostro. No era ni guapo ni feo. Lo mejor y lo peor que podía decirse de Colin Donald era que era…mediocre.

—¿Sí? —Kenna se encontró con su mirada impenetrable con una propia, abierta y firme—. ¿Qué ocurre?

Él dio un paso a su lado y la tomó del brazo.

—Como he dicho, muchacha. Necesito hablar contigo, en privado. Ven —dijo, tirando ahora de su brazo—. Creo que el despacho sería lo mejor.

La irritación por sus modales repentinamente prepotentes la invadió. ¿Acaso pensaba que, ahora que Seamus se había ido y él era el laird de los Donald, podía empezar a darle órdenes? Pero entonces, quizá Colin, que siempre había estado a la sombra de Seamus, no estaba familiarizado con estar en una posición de autoridad. No debía juzgarle mal tan rápidamente.

—Como quieras. —Ella se puso a su lado.

No tardaron mucho en llegar a la gran casa torre y subieron las escaleras hasta el despacho del tercer piso. Escondida en un rincón del Gran Comedor, era una habitación acogedora, aunque sin ventanas, forrada con dos medias estanterías que mostraban unos pocos y muy caros libros, una larga banqueta de roble de respaldo alto y dos bancos de madera sencillos.

La habitación siempre tenía un olor a humedad, a cerrado, pero a Kenna no le importaba. Pocas personas frecuentaban la pequeña estancia, salvo para una conversación o reunión privada, por lo que generalmente tenía el lugar para ella sola.

Entró y Colin la siguió, cerrando la puerta tras ellos. Kenna se dirigió al reclinatorio, tomó asiento en un extremo de su extensión de madera y alisó rápidamente un pliegue de su vestido más elegante, sus severas líneas de lana gris adornadas con apenas un poco de encaje en el borde del cuello de cuello alto y los extremos de las mangas largas. Estaba, como mínimo, cinco o más años desfasado en comparación con la moda actual de la corte de la reina María. Los vestidos finos en estos días, sin embargo, salían caros para el ahora casi sin dinero Clan Donald. No es que a ella le importara mucho. Hacía tiempo que había aprendido a contentarse con la vestimenta cotidiana de una sencilla mujer de clan.

Sólo la cruz de plata, rica en volutas caladas y florituras, que llevaba constantemente al cuello aludía de forma fiable a su posición más elevada en la nobleza escocesa. En el centro de la cruz había un pequeño compartimento con bisagras para guardar una oración escrita cerca del corazón. Fue un regalo de despedida de su madre, y aunque la escritura del trozo de pergamino amarillento adjunto estaba ahora descolorida por la edad, Kenna lo conservaba. Como probablemente haría hasta el final de sus días, imaginó, sus dedos lo tocaron fugazmente antes de caer una vez más sobre su regazo.

Ladeó la cabeza hacia Colin, que aún no había salido de su sitio junto a la puerta.

—Bueno, ¿qué sucede? Nunca has sido de los que se andan con rodeos, ¿qué te retiene ahora?

Inspiró profundamente.

—Ahora que Seamus ha sido rezado y enterrado, tenemos que hablar de qué hacer con el hombre que lo asesinó.

Kenna se quedó inmóvil. ¡Oh, santos y mártires! ¿Qué conseguiría ahora, en cualquier caso, ir tras Nial MacKenzie? Seamus estaba muerto, y ninguna charla sobre venganza o revivir aquella fatídica noche lo traería de vuelta.

Pero quizá Colin necesitara hablar de ello. Y tal vez, al hablar, aliviara un poco su dolor.

Siempre había mantenido sus sentimientos cerca, sin compartir mucho de su corazón con nadie. De hecho, ella era quizás la única persona que había estado al tanto de alguno de los pensamientos de Colin, e incluso eso era algo poco frecuente. Pero ella vio la mirada que había rondado sus ojos desde que Seamus había sido traído a casa por primera vez, ya frío y sin vida. Seguía allí, royéndole como una bestia implacable que se negara a soltar a su presa caída. A su manera, Colin probablemente había amado a su hermano mayor mucho más profundamente de lo que Kenna y quizá incluso Seamus se habían dado cuenta.

—¿Sí? —Incitó ella cuando él prefirió no continuar con su inquietante pronunciamiento—. ¿Por qué? Seamus está muerto. ¿Qué más hay que decir?

—Una cosa es morir luchando contra tu enemigo cara a cara. Hay algo de honor por ambas

partes en eso. —Colin hizo una pausa y volvió a desviar la mirada—. Pero cuando tu enemigo elige perdonarte la vida y ve cómo te alejas, para poco después asesinarte….

Durante un largo momento, Kenna se le quedó mirando. Ahora sabía adónde quería llegar Colin. El asesinato de Seamus era motivo de enemistad. Ningún escocés digno de llamarse Highlander negaría que no había una causa justa para llamar al clan. Pero enfrentarse a los poderosos MacKenzie.

—Sí, tienes razón. —Kenna expulsó un largo y lento suspiro—. Como mínimo, Nial MacKenzie debe ser llevado ante la justicia.

Colin soltó una risa áspera y aguda.

—¿Y quién se atrevería a llevar ante la justicia al tanista del clan MacKenzie? Es primo y amigo querido del jefe del clan, e incluso una vez le salvó la vida. —Sacudió la cabeza con una vehemencia salvaje—. No, no obtendríamos el apoyo de nadie acusando a uno de los nobles MacKenzie. La reina adora a esos dos.

Kenna sabía que Colin decía la verdad. Como si el favor de María en sí mismo no aplastara cualquier esperanza de justicia legal, Blaine y Nial MacKenzie eran ambos poderosos lairds por derecho propio, poseían castillos altamente fortificados y podían reclutar a cientos de hombres con sólo avisar con unos días de antelación. Y si los Donald declaraban un feudo, la lealtad del clan exigiría entonces que todo el clan MacKenzie se uniera a sus dos compañeros de clan.

—Sí, no tenemos esperanzas de llevar a Nial MacKenzie ante la justicia —respondió finalmente—. Sin embargo, por honor, estamos obligados a hacer algo para vengar el asesinato de Seamus.

Una sombría sonrisa se dibujó en las comisuras de los finos labios de Colin.

—Hay muchas formas de justicia, algunas legales y otras no. Pero el resultado final es el mismo.

Como si una brisa helada se hubiera abierto paso en la habitación, Kenna se estremeció.

—¿Qué estás sugiriendo?

Eligió ese momento para acercarse y colocarse ante ella. El presentimiento rozó a Kenna antes de escabullirse para acobardarse en algún rincón oscuro de la habitación. Ella levantó la vista y se encontró con su mirada repentinamente penetrante.

—Nial MacKenzie debe sufrir el mismo destino que Seamus. Es lo justo, ¿no te parece?

—Sí —respondió ella con recelo—. Pero que él sea un asesino a sangre fría no significa que nosotros tengamos que convertirnos en uno al hacerlo.

—¡Och, lass, lass! —Con un sonido exasperado, tomó asiento junto a ella en el banco—. No es asesinato. ¡Es justicia! La única diferencia es que, en lugar de llevarlo al Alto Tribunal de Edimburgo para ser juzgado y ahorcado, seremos su juez y verdugo. Y sólo porque no hay otra forma de llevarlo ante la justicia.

Le miró con recelo, aunque una parte de ella estaba de acuerdo con él. Nial MacKenzie, por ser un MacKenzie, probablemente se saldría con la suya en su cobarde ataque a Seamus. Y una parte de ella deseaba profundamente vengarse. Pero no era sólo porque Seamus hubiera muerto. También era porque sentía que ella había desempeñado un papel en su muerte. Si no le

hubiera rechazado y se hubiera escondido donde él no pudiera encontrarla…

De algún modo, el acto parecía semejante a lo que ella había hecho tiempo atrás para alejar a sus padres.

Como invocada por sus recuerdos, la voz de Seamus acudió a Kenna, aún inestable por las copiosas cantidades de licor que había ingerido aquella noche, llamándola lastimeramente. Si sólo... si sólo...

Se le saltaron las lágrimas al recordarlo. Con un esfuerzo salvaje, las ahogó y se obligó a volver al asunto que tenía entre manos.

—Lo que propones es muy peligroso —dijo—. Aunque tuvieras éxito, podrías ser descubierto. Y entonces los MacKenzie descenderían sobre nosotros como una plaga de langostas. Dejando a un lado el honor, ¿merece la pena el riesgo para el clan?

—Para mí sí es un riesgo. Pero no tanto para ti.

—¿Para mí?

—Sí, dulce muchacha. —Mientras hablaba, Colin levantó una mano y, con la punta del dedo, le acarició tiernamente la mejilla—. Te conozco bien. Te duele el corazón por Seamus, pero también te duele la culpa por haberle enviado a esa incursión aquella noche.

Fue como si su dedo se hubiera convertido de repente en llama. Kenna se apartó de un tirón.

—¡No sé de qué estás hablando!

—Lo sabes, muchacha —dijo él, su voz se hizo más profunda hasta la miel más espesa—. Sé lo que hiciste. Oí a mi hermano tambaleándose por la casa, llamándote. Te quería y pensó que le habías abandonado.

Kenna se apartó de él. Por favor, no digas eso. Por favor, no me hagas recordar…

—No fue así —susurró Kenna, envolviéndola con sus brazos—. Yo sólo…sólo quería darle tiempo para que el whisky lo abandonara. Esa noche no era él mismo. No sé por qué, pero simplemente no era mi Seamus.

Las manos se posaron suavemente sobre sus hombros.

—Calla, lass. Ya lo sé. Sólo dije lo que dije porque quería que entendieras por qué esto es tan importante para mí. No lo haría por ninguna otra razón. No soy un hombre sediento de sangre. Pero tampoco me quedaré de brazos cruzados viendo cómo se arruina lo que más me importa.

Un gran cansancio la aplastó. Ya no sabía cómo resolver este terrible embrollo. ¿Qué era lo correcto y qué lo incorrecto? ¿Dónde estaba la justicia en todo ello?

—Haz lo que creas correcto —dijo por fin Kenna—. Pase lo que pase, es lo justo.

—Sí —murmuró Colin, una nota extraña y triunfante en su voz—. Es lo justo.

El ataque a Nial MacKenzie tardó en llegar. Colin no era tan tonto como para cabalgar hasta el castillo de Balloch y exigir una batalla a muerte con el mejor guerrero de Blaine MacKenzie. Sus dotes particulares residían en actividades menos físicas que la práctica de la espada y el sudor. Lo cual estaba bien como debía ser. A medida que pasaban los días, luego las semanas, Kenna tuvo un cambio gradual de opinión y empezó a esperar que no se aferrara a su plan.

Finalmente, los espías de Colin regresaron con la noticia de que el tanista MacKenzie partiría dentro de dos días para una breve visita a la cercana ciudad de Fortingall. Colin se puso inmediatamente en marcha para reunir a sus hombres para la emboscada largamente planeada.

A mediodía, ya estaban armados y listos para partir. Al verlos montar desde la puerta principal del castillo de los Donald, Kenna se llenó de nuevo de recelo. Demasiadas veces para contarlas en las últimas semanas, se había replanteado su aquiescencia al sanguinario plan de Colin. Si algo salía mal en esta empresa, después de todo, no sería un buen augurio para el clan Donald.

Debió de ver la expresión de incertidumbre en su rostro. Tras unas últimas palabras a su capitán de la guardia, Colin se acercó.

—¿Un besito para el héroe que se va? —le preguntó, tomándola por los hombros.

—Sí —murmuró ella distraídamente y le permitió que apretara los labios contra su mejilla. Sin embargo, cuando finalmente se apartó, Kenna se encontró con su oscura mirada.

—¿Estás seguro de que ésta es la mejor de las soluciones? Cuanto más pienso en tu plan, más intranquila me siento. Quizás deberíamos...

—Calla, lass. —Le puso un dedo enguantado en los labios—. Es natural que tengas tus dudas y temores. Es la forma de ser de las mujeres. Por eso corresponde a los hombres ser los hacedores de las hazañas. Una vez que nos decidimos, no perdemos el tiempo preguntándonos si es la decisión correcta. Pasamos a la acción.

Aguijoneada por su despectiva valoración de sus reservas, Kenna abrió la boca para decir lo que pensaba. Luego se lo replanteó mejor. ¿Qué sabía ella de las costumbres de los hombres cuando se trataba de cosas de esta naturaleza? La única arma que había aprendido a utilizar era un cuchillo de corpiño, y eso solo para defensa propia.

Kenna apartó la mano.

—Entonces prométeme al menos que abortarás este plan sí parece que hay alguna posibilidad de fracaso. Habrá otras oportunidades. No te arriesgues innecesariamente.

—Och, ¿es preocupación lo que oigo? —preguntó, con una amplia sonrisa partiéndole la cara—. Uno casi imaginaría que sientes algo por mí.

Había algo detrás de esa afirmación dada a la ligera que preocupó a Kenna. ¿Una expresión fugaz de ansiosa expectación, de hambre primitiva? Fuera lo que fuese, la mirada se ocultó tan rápidamente que ella se cuestionó lo que realmente había visto.

—Eres mi hermano y el único, aparte de la pequeña Adele, que queda ahora de mi verdadera familia —optó por responder en su lugar. Poniéndose de puntillas, Kenna le dio un último abrazo, luego lo soltó y dio un paso atrás—. ¿Qué haríamos Adele y yo si también te perdiéramos?

—Bueno, eso nunca ocurrirá. —Sonrió—. Me arrastraría sobre mis manos y rodillas, lo

haría, para volver con una bonita muchacha como tú.

Colin hizo una pausa para ponerse su bonete azul y ajustárselo hasta que el gorro grande, suave y de lana se asentara algo de lado sobre su cabeza. Como nuevo laird del clan Donald y sus tierras, y por tanto caballero de la nobleza, ahora lucía con orgullo una pluma de águila en su bonete. De hecho, le daba incluso al sencillo Colin un cierto aire que nunca antes había poseído.

Kenna sabía qué hacía tiempo que deseaba esa pluma que, hasta hacía unas semanas, había sido prerrogativa exclusiva de su hermano. Pero ya no, se recordó a sí misma mientras le veía darse la vuelta y alejarse contoneándose para montar en su caballo. Nada era como antes. Nada volvería a ser como antes.

En los instantes que pasaron a continuación, las emociones de Kenna fueron muy variadas. Entonces, con un grito, los hombres dieron la vuelta a sus caballos y se alejaron. El viento se levantó y, como si un sudario hubiera pasado por encima del sol, las nubes oscurecieron el cielo. Ella temblaba, tanto por el repentino frío como por el miedo irracional que la invadía.

—Te equivocas al dejarle marchar. —Una voz grave se elevó por encima de su hombro.

Se dio la vuelta y encontró al padre Magnus allí de pie. El viejo y calvo sacerdote, con su raída túnica negra ondeándole en los tobillos por el viento, la miraba tranquilamente. La culpa la inundó.

—Conoces a Colin lo suficiente como para saber qué hará lo que quiera. —Kenna se apartó de los ojos un mechón de pelo oscuro color canela—. Y debe hacerse justicia.

—Sí, justicia —dijo el anciano sacerdote—. Pero, ¿de quién es realmente la justicia que Colin va a impartir? ¿La suya o la del Señor? El asesino seguramente será condenado a muerte, pero tal vez no en el tiempo o la forma que ahora imaginas. Y puede que ni siquiera sea el hombre que imaginas.

Se volvió entonces para marcharse. Kenna alargó la mano y le agarró del brazo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella, con la voz tensa por la aprensión—. ¿Y qué tengo yo que ver con ello?

El padre Magnus la miró profundamente a los ojos.

—Lassie, hoy te encuentras en un umbral. Hagas lo que hagas o dejes de hacer, nunca podrás volver atrás. Sólo ruego que elijas el camino correcto. El camino que siempre ha estado destinado para ti.

—¿Y adónde me llevaría exactamente ese camino? —preguntó ella con voz ronca, con el corazón martilleándole y las palmas de las manos húmedas.

Con el más suave de los toques, el sacerdote separó los dedos de ella de su brazo.

—Donde desees, querida niña. Por tu curación y tu felicidad, si tan sólo tienes el valor de afrontar y sobrevivir al viaje. Si tan sólo descubres quién siempre has estado destinada a ser.

Capítulo 3

Rhona MacKenzie, con las manos en las caderas, fulminó con la mirada a su hijo.

—Bueno, tienes la suerte de un hombre encantado, en efecto, y una vez más has conseguido escapar de las trampas matrimoniales que te he tendido. Gracias a este mal tiempo, hoy no habrá visita de Lord Fleming y su familia. Y, puesto que esperan partir hacia Edimburgo al día siguiente….

—Och, no sigas, madre. —Con un gesto irónico de los labios, Nial se apartó de la profunda ventana tallada en piedra que daba al patio interior de Balloch y a su vista de la lluvia que caía desde el cielo plomizo—. A decir verdad, ¿cuándo me he negado a conocer a alguna de las bonitas muchachas que has elegido para mí? Además, no tengo la culpa del caprichoso clima de las Highlands o de que Lord y Lady Fleming decidan atravesar esta parte de las Highlands, con tan mal tiempo.

—No, eres un buen hijo, Nial —respondió Rhona MacKenzie, luego sacudió la cabeza y suspiró—. Conocer a alguien está muy, muy lejos de cortejar y casi a una vida de distancia del matrimonio. Y corrígeme si he planteado mal la situación, pero cumplirás veintiocho años dentro de dos semanas y aún no has tomado esposa. ¿Por qué, oh por qué, no te apiadas de tu pobre madre y la conviertes en abuela?

—¿Y eso sería con o sin los servicios de una esposa? —Le lanzó una sonrisa y luego se dirigió a la pequeña mesa que había junto al hogar en la alcoba de su madre. Allí había una jarra de cerámica con sidra azucarada y dos tazas—. ¿Te apetece un sorbito? —preguntó Nial, sosteniendo la jarra en alto.

—No. —Su madre sacudió la cabeza una vez más—. Estoy tan inquieta y frustrada que temo que nada me satisfaga este día. Había esperado tanto esa visita, y no sólo para que conocieras a las dos hijas casaderas de Fleming. Después de todos estos años en Edimburgo, confieso que aún echo de menos el estímulo de la vida en la corte.

Nial emitió un sonido comprensivo y procedió a servirse una copa de sidra. Después de casi diez años en la Corte, a su madre, de espíritu alegre y gregario, debía resultarle ciertamente difícil adaptarse a la vida mucho más tranquila y corriente de una finca rural como era la de Balloch. Por no mencionar que el castillo, al que había llegado por primera vez como la nueva esposa de su laird, Keir MacKenzie, probablemente aún guardaba muchos recuerdos dolorosos.

Su padre, después de todo, había sido un hombre distante, de corazón frío y egoísta. Un hombre que no guardaba lealtad a la familia, ni a su hermano mayor, que había sido jefe del clan, ni a su sobrino, contra el que había conspirado durante años para evitar que llegara a asumir la jefatura del clan, ni siquiera a su esposa y a su hijo, a los que también había utilizado para sus propios fines.

Pero todo eso había terminado con la muerte de Keir MacKenzie hacía ahora casi dos años. Bueno, todo menos el dolor y la ira persistentes, en todo caso, con los que Nial aún luchaba, como sabía que lo hacía su madre. Aunque su fuerte fe religiosa nunca le permitió romper sus votos matrimoniales, finalmente había puesto una distancia física entre ella y su marido mujeriego trasladándose a Edimburgo para servir a la entonces regente, María de Guisa. Tras la muerte de la reina madre en 1560, Rhona había permanecido en Edimburgo hasta que la hija, llamada también María, llegó de Francia para ocupar el trono de Escocia.

Sin embargo, a finales de 1565, Rhona ya estaba harta de todas las intrigas y maquinaciones políticas de la corte escocesa, por no mencionar la presencia cada vez más desagradable del alcohólico y adúltero segundo marido de la reina María, Magnus, lord Darnley. De hecho, había aceptado con entusiasmo la invitación de Nial para regresar a su hogar en Balloch.

No obstante, aunque era evidente que su madre se alegraba de librarse de los aspectos menos sabrosos de la vida en la corte, Nial sabía que seguía luchando, incluso después de seis meses, por encontrar aquí lo suficiente para entretenerse. Era probable que por eso le hubiera dado por hacer de casamentera con tanto celo.

—Quizá podamos hacer una pequeña visita a Blaine y Ailsa —dijo a modo de consuelo—. Ha pasado casi medio año desde la última vez que estuve en MacKenzie. Blaine empezará a verme como un tanista de pacotilla si no hago pronto acto de presencia por allí.

—¿De verdad? —Su madre dio media vuelta y se apresuró a reunirse con él—. ¿Podemos hacer una visita a Blaine y Ailsa? ¿Cuándo? ¿Y por cuánto tiempo podríamos quedarnos?

Nial dio un profundo trago a su sidra, luego bajó la copa y sonrió.

—Och, al menos un mes, para poder ayudar a Blaine con cualquier asunto urgente en el que necesite mi ayuda. De un modo u otro, tenemos que volver a casa antes de que empiece la cosecha.

—Ya habrá tiempo. —Rhona sonrió con feliz anticipación—. Y tal vez Ailsa tenga en mente algunas muchachas elegibles para que las conozcas mientras estamos allí. Estoy segura de que ella desea verte felizmente casado tanto como yo.

—Sí, tal vez lo haga —murmuró Nial, y luego tomó otro sorbo de su sidra.

Sus pensamientos volaron hacia la hermosa esposa de Blaine, de ojos plateados y pelo castaño. Él mismo había estado enamorado de ella y, junto con las sospechas de Blaine de que Nial estaba implicado en la traición que se arremolinaba a su alrededor en aquel momento, la amistad de Nial con Ailsa había provocado una grave y casi fatal ruptura entre ellos. Pero el amor de Ailsa por Blaine nunca había flaqueado. Incluso Nial tuvo que enfrentarse finalmente al hecho ineludible de que Ailsa nunca sería suya.

Era una de las razones por las que se había mantenido alejado de MacKenzie durante casi un año tras la muerte de su padre, tanto para permitir que su corazón herido sanara como para conceder a Blaine el tiempo que necesitaba para consolidar su posición como nuevo jefe del clan MacKenzie, sin que su presencia enturbiara las aguas. Era lo menos que podía hacer después de todos los problemas que había causado a su primo, aunque fuera inadvertidamente. Para Blaine y para sí mismo.

El problema era que, aunque Nial había aceptado por fin su amor no correspondido por

Ailsa MacKenzie, seguía comparando a todas las mujeres que conocía con ella... y a todas les había encontrado defectos. A pesar de los incansables esfuerzos de su madre en sentido contrario durante los últimos años, Nial empezaba a preguntarse si alguna vez encontraría una mujer que igualara a Ailsa. Y no se casaría a menos que lo hiciera.

—Hay una mujer ahí fuera para ti, hijo —llegó de repente la voz de Rhona, devolviendo a Nial al presente—. Una mujer que será tu alma gemela hasta el fin de tus días. Una mujer elegida sólo para ti por el querido Señor.

—Sí, estoy seguro de que la hay —dijo en voz baja—. Es una de mis peticiones más frecuentes. Sólo espero tener el buen sentido de reconocerla cuando el Señor finalmente me la traiga.

Nial dejó su taza y volvió a la ventana. Si alguna vez lo hace, añadió en silencio, mirando una vez más la lluvia que caía del cielo.

Kenna cabalgó duro y rápido, siguiendo el rastro dejado por Colin y sus hombres hasta que la lluvia llegó y lo borró. Entonces, cuando por fin estaba empapada hasta la piel, los vientos arreciaron, helándola hasta los huesos. La escasa luz del sol pronto se desvaneció a medida que el día se acercaba al crepúsculo. Finalmente se vio obligada a reducir la velocidad de su montura a un paseo o arriesgarse a que el animal tropezara en el camino de vacas, ahora resbaladizo por el barro.

Cayó la oscuridad. Las nubes se agolpaban sobre la luna, bloqueando su luz la mayoría de las veces. Al cabo de un rato, Kenna empezó a preguntarse si siquiera estaba ya en el camino, o si se dirigía en la dirección correcta. Le castañeteaban los dientes, se le entumecían los dedos de manos y pies, y maldecía alternativamente a Colin por su insensato plan y a sí misma por pensar que había tenido alguna posibilidad de alcanzarle, y mucho menos de detenerle.

Durante un tiempo, el viento amainó. La luz de la luna consiguió colarse entre las nubes y pensó que aún podría encontrar el camino hacia el noroeste de Loch Tay por la ruta que Colin le había dicho que tomarían él y sus hombres. Y entonces retumbaron los truenos, el viento se aceleró una vez más y la lluvia volvió a hacer acto de presencia. Esta vez, sin embargo, los relámpagos la acompañaron.

Al principio, los rayos de luz danzaron a varios kilómetros al sur de ella. Pero no por mucho tiempo. A medida que se adentraba en otro tramo de bosque, los truenos se acercaban cada vez más, hasta que el aire chisporroteó con repetidos y dentados destellos. Su caballo se encabritaba aterrorizado y amenazaba con salir corriendo con ella. Era hora de refugiarse, pero ¿dónde?

Los árboles no ofrecían ningún refugio, pero ella era igual de vulnerable a la intemperie. Lo que necesitaba era encontrar una cueva o un saliente rocoso bajo el que esconderse. Cuando los árboles volvieron a ralear, Kenna buscó en las colinas circundantes que ahora se alzaban ante ella. Entonces, una ráfaga de relámpagos iluminó el terreno, y allí, en lo alto de una ladera suavemente inclinada, había una oscura abertura en un gran amasijo de rocas. Una abertura lo

suficientemente grande para ella y para su caballo.

Enroscó su montura hacia la izquierda y la impulsó colina arriba. A su alrededor, como si la tormenta hubiera decidido desatar por fin toda la fuerza de su furia, cayeron relámpagos. El aire crepitó. Una explosión ensordecedora la envolvió.

Su caballo chilló de terror, se encabritó y, en la hierba resbaladiza, perdió pie. Kenna se encaramó al cuello del animal, echando su peso hacia delante en un vano intento de añadir contrapeso y evitar que el caballo volcara. Casi sobre su cabeza ahora, los relámpagos estallaron de nuevo. El animal chilló, se tambaleó hacia un lado y cayó.

Lo último que Kenna recordaba era haber intentado liberarse de un salto, pero su pie se enganchó en el estribo. Entonces su cabeza golpeó con fuerza y todo se volvió negro.

Nial cerró el libro de contabilidad, dejó la pluma y, con un suspiro, se reclinó en su silla. La lluvia que había comenzado ayer había continuado de forma intermitente durante la mayor parte de la noche, culminando en una horrible tormenta antes de cesar finalmente. A su paso, sin embargo, el aire saturado de humedad había dado lugar al amanecer a una espesa niebla. Incluso ahora, casi a mediodía, aunque el sol y retazos de cielo azul se asomaban por fin a través de los densos vapores, la niebla seguía pesando en los lugares bajos, arremolinándose y agitándose como el vapor que surge de algún brebaje de bruja.

Ya era hora, supuso Nial, de que saliera a cabalgar y se reuniera con sus granjeros para conocer el estado de los campos. Luego necesitaba comprobar el progreso de esas zanjas de drenaje, por no mencionar que aún tenía que practicar mucho con la espada esta semana.

El laird del castillo de Balloch se levantó de su silla. Siempre había responsabilidades que mantenían ocupado a un hombre. Responsabilidades que había asumido a una edad temprana, gracias a la decidida falta de interés de su padre por Balloch y sus tierras. Pero entonces, Keir MacKenzie siempre había tenido peces más gordos que freír y ningún tiempo para las simples preocupaciones de un laird de campo, y mucho menos para las de un marido y un padre.

Nial, en cambio, se contentaba con vivir en Balloch y trabajar duro para mejorar sus tierras y la suerte de su gente. La vida era bastante difícil en las Tierras Altas, pues una gran parte del terreno era o bien rocoso y poco apto para la agricultura o bien consumido por lagos marinos interiores, pantanos y turberas. Aun así, se podía hacer mucho si uno se tomaba su tiempo, estudiaba la tierra y sacaba pacientemente todo su potencial. Algo parecido al cuidado que se requiere para complacer a una esposa y criar a un hijo.

Su boca se torció en sombría ironía. Su padre había sido bendecido a una edad temprana con una esposa maravillosa, cariñosa y excelente madre para su hijo, y la había dejado de lado tras unos pocos años. Y él, que deseaba con todo su corazón encontrar una mujer así, aún no lo había hecho.

No es que las mujeres no estuvieran ahí para él. Simplemente parecía no poder descubrir el alma gemela que buscaba en el tropel de bellezas ansiosas, pero en su mayoría de cabeza hueca, que se cruzaban en su camino. Sin embargo, aún era un hombre en la flor de la vida y su madre y

Ailsa le aseguraban con frecuencia que aún había esperanza.

Mientras tanto, no se dedicaba a pensamientos lúgubres ni a preocupaciones inútiles. Había trabajo que hacer, y mucho. Lo mejor que podía hacer era…

Un puño golpeó con fuerza en su puerta.

—¿Sí? —llamó Nial.

—Es Nathan, mi señor. Hay un problema abajo. Parece que uno de los campesinos estaba persiguiendo a una vaca desbocada y se encontró con una mujer...

Frunciendo el ceño perplejo, Nial se dirigió inmediatamente a la puerta.

—¿Sí? —preguntó cuándo la hubo abierto para enfrentarse al hombre mayor—. ¿Está muerta o herida?

—Och, aye. Está herida. Angus la encontró desmayada junto a su caballo, que estaba pastando tranquilamente. El pie de la muchacha aún estaba atrapado en un estribo. —Nathan se hizo a un lado y le hizo un gesto para que se adelantara—. Angus cree que la arrastró una buena distancia, y tiene muy mal aspecto.

—¿Y dónde está esa mujer ahora?

—En el Gran Salón, mi señor.

—Trae a mi madre —dijo Nial—. Mientras tanto, bajaré a ver a la muchacha.

Nathan asintió.

—Sí, mi señor. —Luego giró sobre sus talones y se alejó.

Estas cosas ocurrían de vez en cuando, Nial lo sabía. Un pastor era pisoteado, una criada era pateada mientras ordeñaba una vaca, o un jinete caía de su caballo o sufría algún accidente similar.

Mientras se apresuraba por el pasillo y luego por la amplia escalera que conducía al segundo piso y al Gran Salón, Nial se reprendió por no haber preguntado a Nathan quién era la mujer y si se había avisado a su familia. Pero no importaba. Conocía a todos los miembros del clan y a todas las mujeres que vivían en las tierras de Balloch. En cuanto la viera, pronto averiguaría su identidad.

Estaba tumbada sobre una manta raída encima de una de las mesas de caballete de la Sala. Un pequeño grupo se había reunido a su alrededor, con voces bajas y solemnes.

Sin embargo, se separaron rápidamente cuando Nial se acercó.

Una rápida apreciación fue todo lo que necesitó para cerciorarse de que aquella mujer estaba realmente mal. Tenía el pelo largo y teñido de un castaño intenso salpicado de rojo. También estaba enmarañado, embadurnado con trozos de hojas y una generosa capa de barro. La sangre seca de unos cuantos cortes profundos y algunas abrasiones desagradables se había mezclado en varios puntos con el barro, las hojas y el pelo.

Su piel era clara y había adquirido un tono pálido, en marcado contraste con sus labios azules. Su nariz era corta y respingona, y parecía el único lugar de su rostro que no estaba magullado e hinchado. El tobillo que probablemente había quedado atrapado en el estribo estaba inclinado de forma extraña, y Nial estaba seguro de que estaba roto. Su larga capa de lana estaba

sucia y desgarrada, al igual que el vestido que llevaba debajo.

Y no reconocía nada —desde sus rasgos hasta su ropa— en ella.

Desde la cabecera de la escalera, Nial oyó que su madre, acompañada por una de sus criadas, se dirigía hacia ellos. Miró a su alrededor.

—Recoger los extremos de la manta y llevarla arriba. Con cuidado. —Se apresuró a advertir cuando los cuatro fornidos hombres procedieron a levantar a la mujer con bastante brusquedad de la mesa—. Puede que esté tan malherida por dentro como por fuera. No necesitamos empeorar las cosas.

Rhona estaba a su lado antes de que hubieran recorrido la mitad del Gran Comedor.

—¿Qué le ha pasado a la pobre muchacha? —preguntó, apresurándose para caminar junto a ella.

—Parece que se hirió al ser arrastrada por su caballo. Me atrevería a decir que la sorprendió la tormenta de anoche y su caballo se asustó.

Cuando atravesaron la zona de entrada y hubo mejor luz, Nial echó una mirada más aguda a la mujer. Era efectivamente una muchacha, se dio cuenta ahora, de no más de veinte años. Su complexión era esbelta y no era excesivamente alta. Su ropa, se daba cuenta ahora, no era elegante pero estaba bien confeccionada. No era probablemente la esposa de un labrador, ni siquiera una sirvienta.

Su mirada se encontró con la de su madre. Rhona arqueó una ceja interrogante. Nial sacudió la cabeza.

—No la reconozco.

—Bueno, ahora mismo está bastante magullada. Quizá cuando la limpiemos y despierte…

Si se despierta, pensó Nial sombríamente, ahorrándole a la misteriosa mujer otra mirada de consideración. Tenía un gran nudo morado en el lado izquierdo de la cabeza, su ropa estaba empapada y su color no era nada bueno. Era muy probable que la mujer muriera antes de que descubrieran su identidad.

Desde un lugar muy lejano, la mujer se despertó con un zumbido irritante. Hizo una mueca, se dio la vuelta e inmediatamente fue recompensada con un dolor agudo en un lado de la cabeza. Giró la cabeza rápidamente en la dirección opuesta, y la punzada, que ahora se daba cuenta de que siempre había estado ahí, se intensificó hasta que pensó que le estallaría el cráneo.

Un gemido surgió de lo más profundo de su ser y quedó atrapado y estrangulado en las crudas y secas profundidades de su garganta. Se lamió los labios y los encontró agrietados. Tragó saliva y se dio cuenta de que estaba reseca.

—A-Agua...

La palabra se escapó como un áspero graznido, sobresaltándola. No sonaba como ella, ¿o sí? De repente se dio cuenta de que no lo sabía.

De hecho, no sabía nada, ni dónde estaba ni qué había pasado.

—¡Ayuda! ¡Ayúdenme! —jadeó.

Intentó abrir los ojos pero no pudo. Los sentía demasiado llenos y pesados.

¿Estaba ciega?

Movió las piernas y se encontró con el tobillo derecho inmovilizado en algo rígido y duro.

El pánico se apoderó de ella. Intentó incorporarse, pero sus fuerzas eran insuficientes para la tarea y se dejó caer hacia atrás como un bebé indefenso. Un grito se abrió camino hacia arriba, luchando por liberarse.

—Calla, las. —Llegó de repente una voz desde la negrura que la envolvía—. Todo está bien. Sólo debes darle tiempo a tu pobre cuerpo para que se cure.

Desde algún lugar a su derecha, oyó que sumergían algo en agua y luego lo sacaban. Un paño frío le tocó la frente y luego fue acariciado suavemente por un lado de la cara. Celestial, pensó.

—¿Qué…qué ha pasado? —susurró—. ¿Estoy ciega…y por qué me palpita tanto la cabeza?

—Och, lass, las. La voz, una voz de mujer, llegó de nuevo—. Por supuesto que no estás ciega. Es sólo que tu carita está tan magullada e hinchada que tus ojos no pueden abrirse. Y, además de un tobillo roto, tienes un enorme bulto en un lado de la cabeza donde creemos que debiste golpearte con fuerza cuando tu caballo se escapó contigo. Pero con el tiempo, la hinchazón remitirá y todo volverá a estar bien.

La mujer sonaba amable, incluso maternal. De algún modo, esa constatación provocó una oleada de lágrimas. Sintió que se le escapaban de los ojos y resbalaban por sus mejillas.

—Ahora, nada de eso —canturreó la mujer mayor, secando las lágrimas con el paño húmedo—. Estás a salvo aquí, entre amigos.

Una mano se deslizó bajo su cabeza y sintió que la levantaba ligeramente de la cama.

—Bebe un sorbo de esto. Es algo que nuestra curandera te ha preparado para aliviar tu dolor.

Le acercaron una taza a los labios y un líquido frío fluyó hasta su boca. Lo tragó sin siquiera probarlo, pues necesitaba desesperadamente la humedad que le proporcionaba, aunque no el prometido alivio del dolor. Sin embargo, demasiado pronto apartaron la copa.

—M-más —gritó, estirando los brazos a ciegas para encontrar y agarrar la taza—. ¡Tengo tanta sed!

—Sí, imagino que la tienes, muchacha. Pero dale a ese trago o dos unos minutos para ver cómo reposa en tu estómago. Luego te daré más.

Mientras la mujer hablaba, bajó la espalda con sumo cuidado para apoyarla en la cama. Durante un rato, todo quedó en silencio. Entonces la mujer volvió a hablar.

—Tu nombre, muchacha. Si nos dices quién eres, podríamos enviar a buscar a tu familia. Seguro que te reconfortarían en estos momentos.

Su nombre... Sí, eso tenía sentido. Su familia vendría, y ellos sabrían qué hacer.

Abrió la boca para pronunciar su nombre cuando una aterradora comprensión la golpeó. En efecto, era peor de lo que había imaginado en un principio. Su mente estaba en blanco. No recordaba ni un nombre, ni una familia, ni siquiera una vida pasada. Era como si nunca hubiera existido.

—¡Yo…No lo sé! —El grito fue arrancado de lo más profundo de su ser—. No sé cómo me llamo. No sé quién es mi familia. Y cuando intento recordar, ¡todo está negro!

Extendió la mano, aferrándose al aire vacío, buscando aferrarse a algo sólido y seguro. Unas manos capturaron las suyas, las sujetaron con fuerza. El contacto humano parecía el único ancla que le quedaba, asegurándola a los andrajosos restos de su cordura, que se deshacía rápidamente. Así que se aferró a esta mujer desconocida e invisible con todas sus fuerzas y sollozó hasta que finalmente volvió a caer en un exhausto y bendito olvido.

—Tenemos un pequeño problema, muchacho.

Cepillo en mano, Nial se apartó de su caballo. Era temprano por la noche, y acababa de regresar hacía unos minutos de su paseo por las zanjas de drenaje. Como era su costumbre, se había ocupado inmediatamente del cuidado de su caballo.

—¿Y cuál es el problema esta vez, Madre? ¿Se han vuelto a encontrar alimañas en los almacenes de alimentos? ¿O alguien está bajando a hurtadillas a la bodega para sacar unas cuantas jarras más de vino?

Rhona soltó un bufido de desdén.

—¡Como si no pudiera encargarme yo sola de tales dificultades menores! No, es la chiquilla. Por fin se despertó hace una hora. —Suspiró—. Su pobre cara está tan magullada e hinchada que ahora ni siquiera puede abrir los ojos. Al principio, creía que estaba ciega.

El corazón de Nial se llenó de compasión.

—Pero ese problema seguramente remitirá con el tiempo. Lo que importa es si crees que vivirá.

—Sí, si todo va bien y no se resfría por haber estado fuera toda la noche bajo la lluvia, las posibilidades son buenas. No parece haber sufrido heridas internas. —Rhona hizo una pausa—. Sin embargo, ése no es el problema más importante. La muchacha ha perdido la memoria. No recuerda nada, ni quién es ni de dónde viene.

Nial hizo una mueca.

—Eso sí que plantea una dificultad. Con el tiempo puede que recupere la memoria, y podemos cuidarla aquí fácilmente hasta que eso ocurra pero, mientras tanto, su familia estará frenética, sin saber dónde está. Por no mencionar que no tenemos ni idea de cómo llamarla.

—He encontrado algo sobre ella que podría darnos una pequeña pista al respecto.

Su madre extendió la mano cerrada y la giró con la palma hacia arriba, hacia él. En ella había una cruz de plata adornada de casi cinco centímetros de largo en una cadena de plata. En su

centro, donde el travesaño se unía con la barra vertical, Nial podía distinguir un pequeño compartimento con bisagras. Lo abrió con cuidado y encontró en sus profundidades un trozo de pergamino doblado.

—Lo saqué mientras la bañábamos —continuó su madre—. La mayoría de las otras veces, nunca me habría entrometido en lo que bien podría ser un asunto privado, pero una vez que supe que no tenía memoria, pensé tomarme una pequeña libertad con la esperanza de que pudiera decirnos algo sobre ella.

Levantó la mirada.

—¿Así que has sacado el pergamino y lo has leído?

—Sí. En él estaba escrito: «Querido Señor Jesús, estate siempre cerca de mi amada hija Kenna».

Nial frunció el ceño.

—¿Y crees que ése es su nombre entonces? ¿Kenna?

Rhona se encogió de hombros.

—Parece tan probable como cualquier otro. Aunque es joven, tiene edad suficiente para ser madre. Pero, ¿por qué llevaría una oración así, en lugar de dársela a su propia hija para que la lleve? Y el pergamino parece bien envejecido, así que apostaría a que fue escrito para ella cuando no era más que una niña.

—¿No había ningún apellido? ¿Nada que pudiéramos usar para vincularla a algún clan vecino?

—¿Así que estás convencido de que no es una MacKenzie?

Se encogió de hombros.

—No, sólo de que no es nuestra. Y varios clanes limitan con nosotros. Ella podría tan fácilmente ser una Menzies, Murray, Moncreiffe, o Lachlan. Y eso suponiendo que no haya venido de más al sur. Entonces podría ser incluso una Donald o una Donald.

—Parece poco probable que una mujer sola viaje tan lejos, especialmente en una noche como la pasada.

—Sí. —Asintió Nial—. Muy improbable sin algunas razones muy serias. No obstante, tenemos suficientes otros clanes cerca como para que sea una empresa difícil.

—Bueno, no hay prisa en enviar jinetes a interrogar a esos clanes. Basta con que tengamos algún nombre que posiblemente sea el suyo. Y, si su uso no le refresca la memoria, al menos ahora tendremos una manera de llamarla. —Rhona volvió a extender la mano. Devolvió la cruz y su cadena a su palma—. Es mejor que vuelva para ver cómo está la muchacha. Y para devolverle su cruz.

Nial asintió.

—Sí, es mejor que lo hagas. Puede que le traiga consuelo durante estos primeros y duros días. Quizás también deberíamos pedirle al Padre que le haga una visita.

—Eso sería muy aconsejable. —Ella ladeó la cabeza—. ¿Y qué hay de ti, muchacho? Como laird de Balloch, es apropiado que también la saludes y le des la bienvenida a tu hogar.

Él había sospechado que esa petición iba a llegar. Y era apropiado que saludara y diera la bienvenida a todos los invitados a su casa. Aun así, Nial se sentía extrañamente reacio a hacerlo.

Había algo inquietante en la muchacha. Lo había percibido en el instante en que había puesto sus ojos en ella, y no sabía de dónde procedía ese sentimiento. Tal vez fuera sólo el primer sobresalto al ver el miserable estado en que se encontraba aunque, a lo largo de los años se había encontrado con personas en condiciones mucho peores.

Era la única razón que Nial podía encontrar para justificar su vacilación a la hora de volver a verla.

—Ya habrá tiempo de visitarla cuando se sienta mejor —respondió al fin—. Esperemos a que recupere la vista antes de someterla a más extraños en su alcoba. Especialmente hombres.

Rhona le miró con curiosidad durante un instante, luego asintió.

—Sí, es probable que tengas razón. Al menos durante un tiempo, estará mejor con mujeres tranquilas y de voz suave a su alrededor, en lugar de un gran patán como tú entrando a pisotones, oliendo a caballo y sudor, y bramando a los altos cielos.

Aunque difícilmente se imaginaba a sí mismo como un gran patán que bramaba a los altos cielos, Nial dejó pasar las valoraciones poco halagüeñas de su madre.

—Och, seguro que no huelo tan mal, ¿verdad? —preguntó con una sonrisa.

Ella se rio.

—Och, nay, muchacho. Ahora mismo, hueles mucho peor.

Capítulo 4

A última hora de la tarde siguiente, Colin y sus hombres llegaron de vuelta al castillo. Gracias a las fuertes lluvias y a la feroz tormenta de la noche anterior, los caminos de las vacas se habían convertido en lodazales y los ríos que habían tenido que vadear en el viaje de vuelta se habían vuelto rápidos y traicioneros. Lo que debería haber sido medio día de viaje se convirtió en casi un día entero.

Estaba empapado hasta los huesos, tenía frío, estaba hambriento y de muy mal humor. Y no le gustaba la idea de tener que informar a Kenna de que todos sus buenos planes para vengarse de Seamus habían fracasado miserablemente. Peor aún que perder una pelea, no había habido pelea alguna. No era la forma más auspiciosa de impresionar a Kenna, y mucho menos de comenzar su propio cortejo hacia ella.

Pero, ¿era culpa suya que el engreído MacKenzie fuera tan quisquilloso con el tiempo? Uno casi se lo imaginaría nacido en las Tierras Bajas, en lugar de un verdadero Highlander, como para dejar que un poco de lluvia frustrara sus planes.

Bueno, no había nada que hacer por ello, se consoló Colin mientras lanzaba las riendas de su caballo al mozo de cuadra y se adentraba en el castillo.

Quizás otro día tuviera más suerte. Volvería a salir mañana con sus hombres, aunque estos no estaban deseosos de adentrarse en las tierras de los MacKenzie, pero no podía ir tras él solo.

A pesar de su remilgado aspecto, el laird de Balloch era un guerrero formidable. Colin se acarició con los dedos la cicatriz rasgada de la barbilla. Tenía que agradecérselo a MacKenzie, y todo por una campesina de la que se había prendado, hacía ya seis años. Él tenía entonces dieciocho años, y Nial MacKenzie sólo unos pocos más. Ambos habían acompañado a sus padres a una reunión de jefes de clan y sus lairds en el castillo de MacKenzie. A Colin le había parecido la reunión más impresionante de la nobleza de las Highlands que había visto nunca.

También había conocido a una muchacha particularmente bonita que era igualmente impresionante, tan impresionante como él había imaginado que ella lo veía a él. Sin embargo, cuando por fin la había seducido para que dejara a los demás y se adentrara con él en el bosque, Colin pronto se encontró con que sus insinuaciones eran rechazadas de la forma más enérgica. Tal vez se había dejado llevar por su ira ante sus burlas, pero al fin y al cabo no era más que una campesina.

Sus gritos, sin embargo, debieron alertar a otros. En un momento estaba abrazando a la muchacha, silenciándola con lo que creía que era un beso imponente y varonil, y al siguiente era arrancado hacia atrás y arrojado al suelo. Cuando por fin despejó la dispersión de estrellas que danzaban ante él, Colin levantó la vista y vio a Nial MacKenzie de pie.

Con un rugido, se lanzó contra el otro hombre. La batalla, por desgracia, fue

vergonzosamente breve. Y entonces, como un pavo real pavoneándose, MacKenzie ofreció su brazo a la muchacha y se marchó, dejándole allí tendido con la nariz rota, el labio partido y la barbilla cortada.

Hasta el día de hoy, a Colin se le apretaban los dientes y se le crispaban las manos cada vez que recordaba aquel humillante incidente. Sin embargo, había aprendido de su error. Cuando se enfrentaba a hombres más competentes físicamente, como Nial MacKenzie, recurría a utilizar la cabeza en lugar de los músculos. Y, cuando se trataba de astucia e inteligencia, Colin estaba seguro de que ahora estaba a la altura, y más, de ese MacKenzie en particular. Había tenido mucho tiempo a lo largo de los años, después de todo, para aprender y practicar esas habilidades cerca de casa.

Todo lo que necesitaba era el lugar y la oportunidad adecuados, y tendría su venganza. Una venganza que había crecido a buen ritmo con cada recuerdo de lo que Nial MacKenzie le había hecho, y con cada vez que veía su cicatriz y su nariz permanentemente deformada. Una venganza que combinaba muy bien con sus otros planes, planes que ya había puesto en marcha y que ahora sólo tenía que llevar a su más dulce culminación.

Por primera vez, al detenerse en la entrada del segundo piso y echar un vistazo al Gran Salón, Colin se dio cuenta de lo oscura y fría que parecía la casa. No ardía fuego en el enorme hogar. No se había encendido ninguna vela, y estaba a punto de anochecer.

Frunció el ceño. Kenna nunca dejaba que los sirvientes descuidaran sus obligaciones.

Algo andaba mal.

Entrando a grandes zancadas en el Gran Comedor, Colin no encontró a nadie. Tomó las escaleras y descendió a la cocina. Una olla de algo rico y sabroso burbujeaba en el hogar. Una hogaza de pan yacía sobre la mesa de trabajo, cubierta con un paño. Pero allí no había nadie, salvo la cocinera, que dormitaba en una silla en un rincón.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó, agarrando bruscamente a la mujer y sacudiéndola para despertarla—. ¿Por qué no hay fuego en el Gran Comedor, ni más sirvientes que tú?

Orla dio un chillido de sorpresa y se levantó de un salto, haciendo caer su silla.

—¡Och, por los huesos de San Columba! —Parpadeó sorprendida, aparentemente reconociéndole por fin—. No lo sé, mi señor. Tal vez los otros sirvientes pensaron que, ya que usted y la señora se habían ido, no había necesidad de preocuparse. Pero yo, al no estar segura de cuándo volveríais, creí necesario tener preparado algo caliente y nutritivo para ustedes. Por no mencionar que aún hay que alimentar a la pequeña Adele.

Por un instante, Colin pensó que había oído mal. ¿Kenna se había ido? Su agarre se tensó en el brazo de la cocinera.

—¿Qué quieres decir con que Kenna se ha ido?

—Pues que se fue no mucho después que usted, mi señor. No sabíamos qué pensar, pero al parecer no dijo nada a los criados, porque los interrogué a todos.

—¿Y aún no ha vuelto?

Los ojos de la mujer se abrieron de par en par.

—No, mi señor.

—¿Y su escolta? ¿Ha vuelto alguno de ellos?

El rostro de Orla se tornó de un verde enfermizo.

—Por lo que me han dicho, la señora no llevó escolta. Cabalgó sola.

La furia estalló en su interior.

—¡Esto es increíble! ¿Cómo la dejaron salir sin escolta? —La soltó e hizo un gesto de impaciencia—. Ve, trae a todos los sirvientes. Que se reúnan conmigo en el Gran Salón dentro de diez minutos. Llegaré al fondo de esto. Y, si alguno pensaba que lo había tenido fácil durante el último día, pronto lamentará ese error.

—¡Sí, lo lamentarán día y noche hasta que Kenna sea encontrada y regrese, sana y salva, al castillo!

Pasaron dos días hasta que la hinchazón disminuyó lo suficiente como para que Kenna pudiera volver a ver. Sin embargo, en cuanto se miró en un espejo, casi deseó poder haber renunciado a esa experiencia durante una o dos semanas más. Tenía los ojos espantosamente inyectados en sangre y manchas rojo púrpura rodeaban ambas cuencas. Tenía un moratón en una mejilla y una amplia abrasión con costras en la otra. El bulto en el lado izquierdo de la cabeza hacía que su pelo sobresaliera un poco de la cara y, aunque se lo había lavado, seguía siendo un desastre antiestético.

Le dolían los brazos y las piernas cada vez que los movía. Había varios puntos en sus costillas, espalda y caderas que eran muy sensibles al tacto. No podía caminar sin que la llevaran en brazos, gracias a su tobillo roto y entablillado. Y su memoria, incluso con la recuperación de la vista y la revelación de Rhona MacKenzie de que su nombre de pila era probablemente Kenna, estaba tan vacía como siempre.

La bonita cruz de plata que la mujer mayor le había vuelto a colocar alrededor del cuello no había refrescado su mente. Tampoco lo había hecho su contenido. Esa admisión la perturbaba mucho más que su probable nombre. La cruz era obviamente suya, aunque aún no estuviera claro de quién era la pequeña nota y a quién había sido escrita.

Pero no era más sorprendente, supuso mientras miraba por la ventana de la alcoba desde una silla en la que la habían acomodado cómodamente después de un desayuno de gachas y nata, que el hecho de que pudiera contemplar las ondulantes colinas y los verdes prados más allá de este castillo y no reconocer nada de ello. Seguramente no podía vivir tan lejos de aquí. Sin embargo, Rhona le había asegurado que su hijo, que era el laird del castillo de Balloch, conocía a cada una de las personas que vivían en sus tierras y no la reconocía.

Pero tal vez era su maltrecho estado actual lo que hacía que su rostro fuera irreconocible. Kenna así lo esperaba. Este estado de mente en blanco era de lo más desconcertante. Si tan sólo pudiera encontrar a su familia, estaría encantada de aceptar cualquiera de sus recuerdos sobre ella hasta que los suyos finalmente regresaran. Sólo pertenecer a algún sitio, saber quién era y dónde encajaba en la vida de los demás, sería una especie de consuelo.

Mientras tanto, Rhona y sus sirvientes la habían tratado con amabilidad. La matriarca alta y canosa del castillo de Balloch, de complexión esbelta y manos suaves, se había ocupado de todos los detalles. La cama de Kenna era mullida y cálida. Las sopas y los panes recién horneados habían sido deliciosos y fortificantes. Aunque nunca antes había vivido una vida así, Kenna sabía que fácilmente podría llegar a gustarle.

Pero, por lo que ella sabía, podría ser una pobre campesina, casada con un hombre que luchaba por ganarse la vida a duras penas en la frecuentemente inadecuada tierra de las Highlands. Podría tener una prole de hijos escuálidos y mal alimentados, aunque pensó que quizá su vientre plano al menos desmentía esa idea. Aun así, no había forma de saber nada con certeza.

No había nada que hacer al respecto salvo, como le había dicho Rhona, ser paciente consigo misma, confiar en el Señor y centrarse primero en su curación física. Cuando menos lo esperara su memoria comenzaría a regresar hasta que, como en un acertijo, todo estaría finalmente resuelto. Y fuera lo que hubiera sido su vida, seguramente sería tan querida y amada como antes.

Había cierto consuelo en ello, pensó Kenna, alzando la mano para estrechar la cruz de plata en la suya. Un consuelo al que debía aferrarse con todas sus fuerzas mientras caminaba por este túnel oscuro y vacío que era ahora su mente…

Unas palabras, pronunciadas por una voz que no reconocía pero que de algún modo sabía que debía reconocer, llenaron de repente su mente.

—Sólo te ruego que elijas el camino verdadero —dijo la voz, una voz de hombre—. El camino que…te llevará adonde siempre has estado destinada a ir...

Inquieta, Kenna miró a su alrededor. No había nadie más que Jane, la criadita enviada para quedarse con ella y atender sus necesidades. Y Jane estaba sentada al otro lado de la habitación, dormitando en su silla junto a la puerta.

Con las manos apretadas ahora en el regazo, Kenna se volvió para mirar por la ventana. Las inesperadas palabras habían sido pensamientos pasajeros, arrebatados de las profundidades de su memoria. Sonrió. Aunque las palabras habían sido crípticas, eran las primeras de su pasado. Cuánto tiempo hacía que habían sido pronunciadas era un misterio, pero no importaba. Estaba empezando a recuperar la memoria.

Unos nudillos golpearon inesperadamente la puerta. Kenna saltó casi tan alto como Jane, que se despertó sobresaltada. Ella, sin embargo, no se cayó de la silla como hizo la sirvienta. Desde su lugar ahora en el suelo, Jane la miró.

—¿Debería ver quién es, señora?

—Sí, eso sería lo mejor, Jane —respondió Kenna.

Jane asintió, se puso en pie y abrió la puerta. La voz grave de un hombre retumbó alguna petición, luego la sirvienta hizo una reverencia nerviosa y casi bailó hacia atrás para abrir la puerta de par en par.

—Es el Laird, señora —tartamudeó Jane en su aparente excitación—. Desea hacerle una pequeña visita.

En el umbrío umbral, sin embargo, no podía distinguir bien sus rasgos, aunque parecía relativamente joven.

—Por favor, hazle pasar, Jane. —Kenna se enderezó en su silla y esbozó una sonrisa. Una fugaz consideración de que su aspecto distaba mucho de ser pasable la invadió antes de desecharla. Al fin y al cabo estaba vestida adecuadamente, aunque se encontraba en cama.

El laird de Balloch sólo le estaba haciendo una visita de cortesía, y nada más. Su madre ya la había obsequiado con cuentos sobre lo ocupado que estaba, lo dedicado que era a sus tierras y a su gente, y que ésa era la razón por la que, hasta ahora, no había podido encontrar tiempo para visitarla. La boca de Kenna se torció al recordar lo orgullosa que Rhona había parecido al hablar de su hijo. ¿No hablaría así cualquier madre?

A petición suya, Nial MacKenzie se dirigió hacia ella. Llevaba una camisa blanca de lino abierta por la garganta, medias y zapatos hasta la rodilla y el cinturón a cuadros escoceses común en la mayoría de los hombres de las Tierras Altas. El volumen de la tela, que formaba a la vez falda escocesa y manto, hacía poco por ocultar su forma alargada, ágil y magníficamente en forma, o la fuerza y el poder enroscados que emanaban de él.

Aun así, si su imponente tamaño y su zancada atlética no eran lo suficientemente intimidantes, cuando pasó de las sombras a la luz del sol que entraba por la ventana, su rostro no hizo más que completar el efecto.

Parecía tener unos veinte años y era uno de los hombres más guapos que ella había visto nunca.

Su pelo ondulado era rubio oscuro y se le apartaba de la cara para rizarse densamente por la nuca, casi hasta los hombros. Sus ojos eran de un azul intenso y profundo y a Kenna le recordaban las aguas de algún lago interior sin fondo. La expresión en ellos, sin embargo, era ferozmente evaluadora e inteligente. Sus cejas eran espesas y leonadas, su nariz recta y fuerte, su mandíbula cuadrada con sólo un toque de terquedad.

Sus labios estaban bien moldeados, y cuando finalmente se irguió ante ella y sonrió, notó que sus dientes eran blancos y uniformes. Fue el brillo deslumbrante de su sonrisa cálida, abierta y acogedora y cómo se extendía hasta sus hermosos ojos, lo que fue la verdadera perdición de Kenna.

Tragó con fuerza y se obligó a ofrecerle la mano.

—Es un honor conocerle por fin, mi señor —dijo, su voz sonaba tensa y extraña—. Quería agradeceros vuestra hospitalidad. No sé qué habría sido de mí si no me hubierais acogido.

Agarró su mano con una palma grande y callosa, le dio un suave apretón y luego la soltó.

—Eres muy amable, muchacha. Pero nunca habríamos rechazado a nadie necesitado.

Kenna logró esbozar una débil sonrisa.

—Sé que es la manera de las Tierras Altas, pero, no obstante, puede que nunca sea capaz de pagároslo. Incluso si tuviera algo de dinero…

—Bueno, con o sin tu dinero, nada de eso importa. De hecho, nos sentiríamos insultados, mi madre y yo, si alguna vez intentaras devolvérnoslo. Lo que ofrecemos se da libremente. Servimos a los forasteros como si fueran el propio Señor. No puede ser de otra manera.

Así que era un hombre temeroso de Dios. Darse cuenta de ello la reconfortó, al igual que la mirada compasiva y comprensiva de sus ojos. La última pizca de aprensión por estar en un lugar extraño sin siquiera el consuelo de sus recuerdos se desvaneció. Estaba a salvo.

—¿Tiene tiempo para sentarse y hablar conmigo un rato? —Su mirada se movió más allá de él hacia donde Jane estaba de pie junto a la puerta abierta—. Tráele al laird un taburete o algo, ¿quieres, muchacha? No es apropiado que se le deje de pie en su propia casa.

Jane se apresuró inmediatamente con su propio taburete.

—¿Le vendrá bien esto, mi señor?

Nial sonrió.

—Sí, servirá, pero sólo si ya no lo necesitas. No te quitaré tu propio asiento.

—Och, no se preocupe, mi señor. Ya era hora de que doblara la ropa limpia. Así que ya no necesito mi taburete.

La sirvienta le entregó el pequeño asiento, y Kenna notó cómo se ruborizaba y bajaba la mirada. Kenna no pudo evitar sonreír. Si Nial MacKenzie era siempre tan considerado con sus sirvientas, sospechaba que la mitad de las mujeres del castillo estaban secretamente enamoradas de él.

Mientras Jane se alejaba hacia el otro extremo de la alcoba, cerca del arcón de la ropa y el cesto de la colada, el laird de Balloch colocó el taburete a varios metros delante de Kenna y tomó asiento. Luego levantó su impactante mirada hacia la de ella.

—¿De qué te gustaría hablar, muchacha? —preguntó.

En sus ojos brillaba una simple curiosidad, que no hizo sino desarmar aún más a Kenna. Se le aceleró el pulso y se le secó la boca. Luego la razón regresó con una prisa desalentadora.

Su respuesta fue peor que ridícula. Era una tontería. Por muy atractivo o amable que pareciera, aquel hombre era un completo desconocido. Estaba sola y, a efectos prácticos, a su merced. O al menos, añadió sombríamente, hasta que le volviera la memoria.

—Ha sido muy amable por su parte pensar en la comodidad de Jane —dijo Kenna, buscando alguna forma de pasar al tema que más le preocupaba.

—¿Por qué? ¿Porque no es más que una sirvienta? —Sacudió la cabeza—. Bueno, puede que hagamos las cosas de forma un poco diferente a la de algunos, pero creo que el respeto rendido es respeto cien veces devuelto. E incluso si no fuera así, intento recordar que todos somos amados por Dios y hago todo lo que puedo para actuar en consecuencia. No es que —se apresuró a añadir, probablemente viendo la incredulidad en sus ojos—, lo haga todo tan bien la mayoría de las veces. Pero sigo intentándolo.

Este hombre era demasiado bueno para ser verdad. Y ella estaba acostumbrada a una forma muy diferente de hacer las cosas. Sin embargo, en cuanto se dio cuenta, Kenna se detuvo en seco. ¿Cómo era posible que estuviera tan segura, cuando no tenía recuerdos que lo corroboraran?

Un sentimiento de inquietud la invadió y lo sofocó con firmeza. Las respuestas llegarían con el tiempo. Mientras tanto, debía abordar el tema de la ayuda que necesitaba de él.

—Sí, puede que yo sea una de esas personas acostumbradas a una forma diferente de hacer las cosas —dijo—. Su forma de hacer las cosas, sin embargo, tiene mucho mérito. Pero me estoy desviando de lo que realmente deseaba hablar con usted. —Kenna hizo una pausa para respirar hondo—. Deseo enormemente recuperar la memoria lo antes posible. Y, dado que vuestra madre

me ha informado de que no me reconocéis, y que conocéis a toda la gente de vuestras tierras, sólo puedo suponer que he venido aquí desde otro lugar.

—Eso parece, muchacha. —Se inclinó hacia delante y apoyó los antebrazos en los muslos —. El misterio es ¿por qué habrías venido tan lejos, en una noche tan miserable, sola? ¿Huías de o hacia algo o alguien?

Intentó perforar la negrura de su mente para descubrir aunque fuera el más mínimo retazo de información que pudiera responder a su pregunta... y no encontró nada. Suspiró.

—No lo sé. Y quiero saberlo desesperadamente. Aunque la verdad sea horrible, quiero saberla. Sólo entonces podré empezar a cambiar mi vida.

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Apartó la mirada y las parpadeó con rabia. Siempre había sido tan emocional, se preguntó, ¿o no era más que una consecuencia de su herida? Fuera cual fuera la causa, Kenna lo odiaba. Necesitaba pensar con claridad, objetivamente, y estaba lejos de poder hacerlo.

—No importa, muchacha. —Llegó su voz profunda—. Todas las respuestas volverán en algún momento. Mientras tanto, ¿qué puedo hacer para ayudarte?

Och, ¡pero había tanta amabilidad, tanta preocupación, en su voz! Le dieron ganas de meterse en sus brazos y llorar sus miedos y frustraciones. Pero no pudo. No se atrevió. ¿O sí?

Kenna se volvió para mirar al hombre de pelo rubio.

—Cuando esté mejor, tal vez si alguien pudiera llevarme a los confines de vuestras tierras y más allá, tal vez podría ver por fin cosas que me serían familiares. Sé que es una imposición, pero no sé qué más…

—Sí, me parece una buena idea —dijo él, cortándola—. Primero, sin embargo, pensé en redactar una misiva para enviarla a los clanes más cercanos, preguntando si alguno de ellos ha perdido una hija o esposa. Les daría tu descripción y lo que llevabas puesto esa noche. Podría ser suficiente para descubrir a quién perteneces.

La gratitud la llenó.

—Sí, es una buena idea.

El laird de Balloch se levantó entonces.

—Puede llevar algún tiempo recibir respuestas, así que mejor que lo haga cuanto antes. —Sonrió de repente, y una vez más Kenna quedó atrapada por su belleza desgarradora—. ¿Quién sabe, muchacha? Puede que vuelvas sana y salva a tu propia casa antes de lo que crees.

—Así que, finalmente conseguiste encontrar el valor para hacerle una visita a nuestra pequeña inválida, ¿verdad? —dijo Rhona MacKenzie aquella noche mientras cenaban. Hizo una pausa para sonreír brevemente ante algún comentario de uno de sus invitados a la mesa, luego bebió un sorbo de su vino, dejó la copa de cristal y se volvió para mirar a su hijo—. Dime, ¿cómo le ha ido?

Nial rio entre dientes.

—Bastante bien. Pero eso ya lo sabíais. Si Kenna no os lo dijo, estoy seguro de que Jane sí.

—Sí, fue Jane —admitió con un toque de impaciencia—. Pero ella estaba al otro lado de la habitación, y por eso no estaba al tanto de los detalles. Y quiero los detalles, como bien sabes.

Cortó un trozo del pollo asado que era el plato principal de la cena, se lo metió en la boca y procedió a masticarlo lentamente. A su lado, Nial podía sentir cómo su madre se enfurecía, cómo la tensión crecía en su interior como agua a punto de hervir. Por fin, tragó su carne, ahora bien masticada, y cogió su propia copa de vino. Sin embargo, en cuanto volvió a dejar la copa sobre la mesa, su madre le agarró de la muñeca.

—Corta otro trozo de esa carne y perderás la vida —murmuró con su mejor voz maternal de advertencia.

Con los ojos muy abiertos, Nial se volvió hacia ella.

—¿Y qué era lo que estábamos discutiendo? Parece que he tenido un lapsus momentáneo de memoria.

—No juegues conmigo, Nial MacKenzie. —Rhona le fulminó con la mirada—. Háblame de tu visita a la chiquilla y acaba de una vez.

—Och, aye. Mi visita con la muchacha Kenna. —Exhaló profundamente—. Bueno, parecía bastante dulce, y por supuesto muy preocupada por su memoria perdida. Me ofrecí a ayudarla a buscar a su gente.

—¿Y cómo te propones hacerlo?

—Bueno, este día he escrito cartas a los jefes de los clanes Murray, Menzies, Moncreiffe, Lachlan y Robertson, pidiéndoles que me informen si alguno de los miembros de sus clanes acude a ellos preguntando por una mujer desaparecida. Después de todo, esos clanes parecen las tierras más probables de las que ella puede proceder.

Su madre frunció el ceño.

—Puede que tardemos un tiempo en ver qué sale de tus misivas. Como hay que esperar a que los jefes de clan se pongan en contacto con nosotros, y todo eso.

—Sí, pero una vez que la muchacha Kenna esté mejor de salud, también acordé enviarla con una escolta para ver si algo le resulta familiar. Y si eso lleva cabalgar hasta que lleguen a las fronteras de otros clanes, que así sea.

—Bien. —Rhona volvió a prestar atención a su plato y empezó a cortar su carne—. Así es como debe ser. Empezaba a preocuparme que estuvieras evitando a la muchacha. Pero ahora sé que mis temores eran infundados.

Su madre había dado en el blanco más de lo que tal vez imaginaba. Aunque por fin se había atrevido a hacerle a su invitada la preceptiva visita de laird, sus sentimientos hacia Kenna no habían cambiado. Al contrario, y contra toda razón, ahora que había tenido la oportunidad de hablar con ella, Nial sólo se sentía más inquieto.

Había un aura de tristeza y vulnerabilidad en ella que le desgarraba el corazón. De hecho, no llevaba mucho tiempo en la habitación con ella cuando le invadió un fuerte impulso de tomarla en sus brazos y consolarla. De susurrarle palabras de esperanza y aliento. De jurar

siempre protegerla y defenderla.

Incluso mientras admitía lo ridículo de sus sentimientos, Nial se preguntaba por su extraña respuesta. Nunca se había sentido así por una mujer, ni siquiera por Ailsa. Pero entonces, añadió con una sonrisa irónica, Ailsa apenas estaba triste ni era vulnerable. Y desde luego no estaba indefensa.

No es que Kenna pareciera realmente indefensa. Pues pocos días después de su accidente casi mortal, ya estaba luchando denodadamente por recuperar la memoria e incluso había formulado un plan sobre cómo hacerlo. No, no era nada en concreto lo que provocaba sus extraños sentimientos. A decir verdad, los sentimientos casi parecían provenir de fuera de él mismo.

Ella no podía ser una mujer adecuada para él. No sabía nada de ella, y era posible que nunca lo supiera. Podría ser miembro de algún clan enemigo de los MacKenzie. Incluso podría ser la esposa de otro hombre y madre de sus hijos. O tal vez fuera una asesina que huía de ser capturada la noche en que fue herida.

Casi tan pronto como terminó el último pensamiento, Nial estuvo a punto de reír a carcajadas. No podía interpretar su inquietud por estar cerca de una pobre, aunque misteriosa, mujer como una señal de Dios de que ella era su alma gemela era peor que ridículo. Era una tontería.

La verdadera explicación de su inusual respuesta era mucho más sencilla. Su horrible estado, cuando la habían traído por primera vez a Balloch, le había inquietado más de lo que le importaba admitir. Ninguna persona debería tener que soportar lo que Kenna había soportado. Su naturaleza naturalmente protectora cuando se trataba de mujeres y niños había reaccionado de algún modo mucho más desproporcionada que cualquier cosa que hubiera sentido antes. Y, a medida que ella sanara y recuperara la memoria, él también recuperaría su propio equilibrio emocional.

Mientras tanto, había sido sabio en su decisión inicial de evitarla en la medida de lo posible. Era lo apropiado, después de todo. Con una mínima insistencia, Nial estaba seguro de que su madre le mantendría bien informado de los progresos de Kenna.

Sí, decidió, volviendo a su comida con renovado apetito, en realidad todo era tan sencillo. No tenía nada de qué preocuparse.

Capítulo 5

-Mi Laird le recibirá ahora —dijo el criado, mientras miraba con su larga y delgada nariz el atuendo poco suntuoso de Colin, luego abrió la puerta de la sala de reuniones privada de Kinner Donald y le hizo pasar.

Apretando los dientes contra el impulso de abofetear al hombre por pasarse de la raya al mofarse de uno de la nobleza, por empobrecido que fuera, Colin pasó junto a él con la cabeza bien alta. El hombre y sus opiniones no merecían su tiempo ni su preocupación.

Al otro lado de la habitación, Kinner Donald estaba instalado en una silla de respaldo alto, con los pies apoyados en un taburete acolchado donde se calentaban ante el fuego del hogar. El mayor de los tíos de Kenna, era un hombre impresionantemente grande, un poco corpulento, y cercano a los cincuenta, si las generosas canas de sus sienes y la escarcha de su espesa barba eran un indicio. También era, y lo que es más importante, el jefe titular del clan Donald.

—Vamos, vamos, Donald —dijo jovialmente el hombre mayor—. Sírvete una copa de clarete allí en el aparador y ven a sentarte conmigo. Es otro día miserable para estar fuera, con esta lluvia incesante y fastidiosa de los últimos tiempos, y parece que te vendría bien algo para calentarte las entrañas.

Aunque Colin no tenía intención de permitir que el licor nublara su mente o estropeara el propósito previsto de su visita, supuso que una copa de clarete no haría ningún daño. Se sirvió rápidamente una generosa ración y luego se acercó a la silla frente a la de Donald y se sentó. Durante un rato Kinner no le presionó, sino que permitió, como era propio de la hospitalidad, que Colin bebiera y se calentara.

Finalmente, sin embargo, Colin dejó su copa sobre la mesita auxiliar y se encontró con los ojos del otro hombre.

—Kenna lleva fuera más de una semana y nadie parece saber dónde está. ¿Acaso ha vuelto a casa con su clan?

Los ojos de Kinner se entrecerraron y se inclinó hacia delante.

—No, no he tenido noticias de ella desde tu misiva sobre la muerte de Seamus. ¿Le ha ocurrido algo a la muchacha?

Había un brillo de anticipación casi ansiosa en los ojos del otro hombre, una luz feroz que hizo detenerse a Colin. Sabía desde hacía tiempo que Kinner, desde que había asumido casi por completo el poder, no deseaba que Kenna regresara a las tierras de los Donald. Aunque la mayoría de las veces la propiedad del clan pasaba directamente al hijo y heredero, gracias a la antigua ley de sucesión del rey Malcolm MacKenneth, si no había hijos varones, la primogenitura permitía que la hija mayor se convirtiera en heredera de las propiedades de su padre. Y, aunque el estrecho parentesco de Kinner también le daba cierta legitimidad a esa

misma reivindicación, poco hacía para negar el hecho ineludible de que era —y siempre había sido— inmensamente impopular dentro de su clan.

De hecho, en este caso en particular, probablemente había grupos de miembros del clan que se precipitarían al lado de Kenna si y cuando ella decidiera hacer valer su propio derecho a esta misma casa y sus tierras, por no mencionar la jefatura. Sin embargo, hasta ese momento, Colin no había reconocido plenamente el odio —y el miedo— que Kinner sentía por Kenna.

Su reclamo no es tan fuerte como él lo hace parecer. Tampoco su posición en el clan es tan segura como le gustaría.

Archivó la información para un posible uso futuro. Lo primero es lo primero. Sin Kenna, después de todo, nunca habría oportunidad de hacerse cargo del clan Donald.

—Me gustaría pensar que está sana y salva, dondequiera que esté —respondió Colin. Suspiró—. Pobre muchacha. Si no está aquí, y no has tenido noticias de que se la haya visto en ningún otro lugar de las tierras de los Donald, debo suponer que los terribles acontecimientos que rodearon la muerte de mi hermano la han alejado. ¿Pero a dónde más iría?

—Bueno, como ya he dicho, Kenna no ha aparecido por aquí, que yo sepa. —Kinner hizo una pausa para dar un profundo trago a su clarete, luego se encontró con la mirada de Colin con una dura mirada propia—. No le deseo mal a la muchacha, pero dejemos a un lado las sutilezas y hablemos de su futuro. Un futuro que espero nunca implique su regreso a las tierras de Donald.

Colin sonrió. Aquí viene ahora.

—Ella es la heredera de esta casa y de estas tierras, y la primera en la línea de sucesión para la jefatura.

Su anfitrión soltó un bufido despectivo.

—¡Como si una muchacha, cualquier muchacha, pudiera gobernar este díscolo clan! Sabes tan bien como yo que tengo no menos de tres hermanos y otros cinco primos que han reclamado la jefatura del clan. En el mejor de los casos, si Kenna regresara, pronto se convertiría en un peón involuntario en manos de uno de ellos, hasta que ya no la necesitaran. Y entonces probablemente tendría un desafortunado accidente.

—No es que yo le haría tal cosa a la pequeña muchacha —se apresuró a explicar cuando al parecer vio que la mirada de Colin se oscurecía de ira—. Pero el poder que tengo en el clan, lo tengo sólo por la fuerza de voluntad y el poder de la espada. Sin embargo, no puedo estar en todas partes a la vez. Y te digo la verdad, Donald. No toleraré ninguna oposición de su parte si se le metiera en la cabeza unirse con alguno de nuestros otros parientes.

—Uno casi pensaría que estás amenazando la vida de Kenna —ofreció suavemente.

—Tómalo como quieras. Sólo debes saber que, mientras permanezca contigo, la muchacha está a salvo. Y alégrate de que soy un hombre generoso y de buen corazón. Los Donalds podrían cabalgar fácilmente hasta tu castillo y quemarlo hasta los cimientos, contigo, Kenna y el resto de tu familia dentro.

Colin le devolvió la mirada.

—¿Y es una disputa de clanes con los Donald lo que más te conviene en este momento, con toda la oposición que dices tener dentro de tu propio clan?

Su anfitrión soltó una carcajada áspera, vació el contenido de su copa, luego la dejó a un lado y cruzó miradas con él.

—Por supuesto que no, y yo sería el último hombre en desear una enemistad con mis vecinos. Sólo quiero que Kenna, si es que la muchacha aún vive, permanezca contigo. ¿Es eso algo tan difícil de hacer para ti?

—Es mi cuñada. No es apropiado que siga viviendo con los Donald indefinidamente. Después de todo, no estoy casado.

—Entonces búscate una esposa. Ya es hora de que te cases, sobre todo ahora que eres el nuevo laird del clan.

La excitación retumbó en las venas de Colin.

—Sí, y bien que lo sé. Pero te confesaré que amo a Kenna desde hace mucho tiempo, y solo la tomaré a ella por esposa.

—Hmmm, eso presenta un pequeño problema. —Kinner templó sus dedos bajo su barbilla, y su frente se arrugó en pensamiento—. No es apropiado que te cases con la esposa de tu hermano.

—Sí, requerirá una dispensa papal como mínimo.

—Aun así, siempre he pensado que es una ley ridícula. En realidad no estás emparentado con Kenna por sangre, sólo por matrimonio.

—Estoy de acuerdo.

El otro hombre finalmente le dirigió una mirada.

—Yo podría ser de ayuda para conseguir esa dispensa para ti. Como uno de la familia de sangre de Kenna y todo eso.

Colin sonrió.

—Esperaba que lo hicieras. Nos ayudaría a los dos, ¿verdad?

Su anfitrión asintió.

—Sí. Y tal vez, esta vez, el clan podría proporcionarle un estipendio anual, puesto que ya le proporcionamos una dote cuando se casó con Seamus. Una cantidad para ayudar a mantener a mi dulce prima en circunstancias más adecuadas a su verdadera posición en la vida.

Era una oferta generosa, ayuda para obtener una dispensa además de un estipendio. No es que Kinner Donald no pudiera permitirse eso y más. El clan Donald era un clan rico. Sin embargo, sería suficiente por el momento.

—Estaría en deuda contigo por lo que puedas hacer —dijo Colin—. Realmente amo a la muchacha y quiero que permanezca con los Donald.

—Entonces estamos de acuerdo. —Kinner cruzó la distancia que los separaba y le ofreció su mano.

Aunque Colin se sintió como si estuviera estrechando la mano del diablo, lo hizo de todos modos. El problema era que nada de lo que se había discutido aquí este día podría llegar a buen puerto si no encontraba a Kenna. Y ahora, seguro de que ella no había vuelto a las tierras de Donald, no tenía ni idea de por dónde empezar a buscarla.

Vio cómo llevaban al hombre de la tira de tela escocesa y corrió hacia ellos, deteniéndose a su lado. Estaba mortalmente pálido, los ojos cerrados, el cuerpo inmóvil. Se acercó, observando su pecho en busca de algún signo de movimiento, pero no vio ninguno. Entonces le tocó. Estaba frío. Frío como una piedra.

Un gemido se elevó en su garganta, burbujeando desde el tumulto que bullía en su interior, escapando en un grito ahogado. Y entonces, como desde algún lugar muy, muy lejano, se vio a sí misma juntando al muerto contra ella y gritando su agonía. Y vio, desde aquel lugar lejano, muy lejano, la sangre de su espalda, coagulada y oscurecida por la edad, manchando sus dedos.

Kenna se despertó con un grito ahogado. Su respiración llegaba en bocanadas cortas y poco profundas. El corazón le martilleaba en el pecho y se dio cuenta de que estaba bañada en sudor.

Durante un instante, miró fijamente la habitación ennegrecida, desorientada y aterrorizada. Entonces su mirada se dirigió en la ventana abierta. En la distancia, el cielo ya perdía su filo de negro y se suavizaba hacia el amanecer.

El alivio la inundó. Estaba en el castillo de Balloch, acurrucada en su cama, como todas las noches desde hacía dos semanas. Jane estaba a un grito de distancia, durmiendo en su jergón en una alcoba a la derecha de la puerta. El castillo estaba bien fortificado, custodiado como estaba por el formidable Nial MacKenzie y sus hombres. Ella estaba a salvo. Ningún daño le llegaría aquí.

Pero el hombre de su sueño sí había sufrido daño, y ella había desempeñado algún papel en ello. Cómo lo sabía Kenna era un misterio, pero ella lo sabía. Que ese hombre había sido muy importante para ella también estaba claro. Pero, ¿quién era? ¿Un hermano? ¿Un marido? ¿O simplemente un querido amigo?

Fuera quien fuera, Kenna intuía que era alguien de su pasado. Si el suceso de su sueño había ocurrido realmente o no, no podía estar segura. Tal vez no fuera más que el símbolo de algún miedo profundamente arraigado u otro trauma en su vida. Aun así, fuera lo que fuera lo que el sueño representaba, contenía una pista importante sobre su pasado. Sólo que ella no sabía qué significaba ni cómo interpretarlo.

Kenna se incorporó en la cama, rodeó las piernas con los brazos y apoyó la barbilla en las rodillas. Tal vez si se calmaba y no luchaba tanto, arañando frenéticamente el muro que la separaba de su vida anterior, los recuerdos podrían regresar más fácilmente. Inspiró profundamente y se obligó a relajarse y esperar.

Los minutos pasaron con lentitud. El silencio la oprimía, apretándola. Se obligó a aflojar los músculos cada vez más tensos. Relájate, se ordenó a sí misma. Respira hondo. Mantén la mente en blanco.

Sin embargo, por más que intentaba bloquear el sueño, éste volvía una y otra vez. El pánico la invadió. Muerte... sangre... culpa... Una y otra vez las imágenes la asaltaban, estirando sus emociones hasta tensarlas. Se levantó de la cama y, haciendo equilibrios sobre su pierna buena, encendió la vela que tenía junto a la cama. Luego, dando saltitos y agarrándose a las cosas, Kenna procedió a vestirse.

Jane se despertó por fin y rodó fuera de la cama. Ella se acercó con una prenda para la noche y los pies descalzos.

—¿Qué ocurre, señora? —preguntó la sirvienta, parpadeando grogui.

—Nada —murmuró Kenna, echándose una tela escocesa sobre el sencillo vestido y metiéndose los pies con medias en un par de zapatos de cuero suave—. Es que no puedo dormir. Necesito dar un paseo.

—¿En la oscuridad? —Era evidente por la incredulidad en la voz de Jane que esa idea le parecía un poco tonta—. ¿Me visto yo también, entonces, y os acompaño? Incluso con ese palo alto y robusto en el que apoyarse, sigues estando un poco inestable sobre sus pies.

La pregunta de la criada hizo reflexionar a Kenna. Aunque se las había arreglado para volverse razonablemente hábil saltando con el bastón especial que el viejo Nathan le había hecho para ayudarla a mantener el equilibrio, era una cosa completamente distinta hacerlo en la oscuridad. Y, de todos modos, ¿a dónde pensaba ir exactamente a esas horas que le diera un santuario de sus aterradores pensamientos?

—Sí, Jane —respondió—. Necesito que vengas conmigo y lleves la vela para iluminar el camino.

—¿Y adónde piensa ir a estas horas, señora?

—¿Adónde si no? —preguntó Kenna en voz baja—. A la capilla. Necesito pasar algún tiempo con Dios.

Como era su costumbre, Nial hizo una visita mañanera a la capilla antes de comenzar su paseo previo al desayuno por los terrenos de Balloch.

Se arrodilló allí durante un rato, con la mirada fija en el altar y los pensamientos elevados hacia el cielo. Mientras lo hacía, por el rabillo del ojo, Nial captó un movimiento inesperado. Instintivamente, su mano bajó hasta el lateral de la parte inferior de su pierna, donde sus medias de lana sujetaban el siempre presente sgian dubh[4].

Con un movimiento rápido y suave, Nial se giró y apuntó con el cuchillo ante él. Ya entonces, Kenna se estaba incorporando en el banco detrás de él.

Sus ojos color canela se abrieron de par en par.

—Och, siento haberle sobresaltado, mi señor —se apresuró a decir, apretando las manos protectoramente ante sí—. Pero me quedé dormida y no os oí entrar, y luego ni siquiera me di cuenta de que estabais aquí hasta que golpeasteis el banco al reclinaros. Y eso me despertó sobresaltada, y salté y…

—Calla, lass —dijo, metiendo su sgian dubh de nuevo en su media—. No tienes que decir nada más. No fue más que un malentendido por parte de ambos. —Se acomodó de lado en el banco para poder mirarla y ladeó la cabeza—. ¿Pero por qué estás aquí, durmiendo en la capilla en vez de en tu propia cama?

Un rubor muy apropiado le subió por el cuello hasta la cara. Al inspeccionarla más de cerca, Nial observó que sus rasgos ya no estaban hinchados, la abrasión ahora no eran más que tenues marcas rojas y los moratones se habían desvanecido hasta volverse amarillos. Era bastante encantadora, desde sus pómulos altos y sus ojos brillantes y de largas pestañas, hasta la barbilla pequeña y la boca exuberante y rosada. Aunque su larga masa de pelo castaño estaba un poco despeinada por haber dormido en el banco, enmarcaba su rostro y complementaba perfectamente sus ojos antes de caer en frondosas ondas por su espalda.

Había tenido la prudencia de evitarla en la medida de lo posible estas dos últimas semanas, sólo vislumbrándola en la cena, donde siempre se sentaba al otro lado de su madre. Incluso entonces, apenas había permitido que su mirada se detuviera en ella antes de apartarla. Al final, sin embargo, ¿qué había imaginado que conseguía con ello?

Un anhelo feroz se hinchó en el interior de Nial. Era tan hermosa, y él la deseaba. La deseaba con una intensidad tan fuerte como una vez había deseado a Ailsa MacKenzie.

Eres un tonto si pierdes tu corazón por esta mujer, se reprendió salvajemente. No sabes nada de ella. Y, con tu inusual buena suerte cuando se trata de mujeres a las que entregas tu corazón, o ya está casada o no te querrá. Ten cuidado...

—Es…es difícil de explicar —comenzó Kenna finalmente, desviando la mirada—. Me desperté de una pesadilla y, por más que lo intenté, no pude quitármela de encima. Así que pensé en venir a la capilla, esperando que Él disipara los terrores.

—¿Y lo hizo? —Nial se obligó a preguntar, conteniendo su renovado anhelo de tomarla en sus brazos y consolarla—. ¿Ayudarte, quiero decir?

—Sí. No me dio ninguna pista sobre el significado del sueño, pero mientras rezaba, me sentí mejor. Tanto —añadió con una suave risa—, que al final me entró sueño y, como podéis ver, me quedé dormida.

—¿Quieres decirme de qué trataba tu sueño? ¿Y era algo que pudiera arrojar alguna luz sobre tu identidad?

Kenna palideció.

—No sé de qué serviría. —Se estremeció—. Fue tan horrible... y triste.

La compunción le invadió de inmediato.

—Entonces me retracto de mi petición. De verdad, no deseo empeorar tu experiencia. Sólo pensé que tal vez dos cabezas podrían ser mejor que una para discernir el significado de tu sueño. Pero nunca debes sentir que debes contarme nada. Tus pensamientos y sueños son tuyos.

Ella le lanzó una mirada de consideración.

—Se lo agradezco. Y puede que tenga razón. En una situación así, dos cabezas bien pueden ser mejor que una. —Una vez más, desvió la mirada.

Cuando Kenna hizo una pausa, Nial no dijo nada y siguió esperando pacientemente. Respirando hondo, por fin dirigió hacia él toda la fuerza de su mirada abierta y confiada.

—Soñé que me traían a un hombre que ya estaba muerto, disparado por la espalda de algún modo. Y, aunque no sabía quién era, sabía que debía llorarle y que…que yo había desempeñado algún papel en su muerte. —Se abrazó con fuerza y sacudió la cabeza—. Pero eso fue todo, y

ahora las preguntas sin respuesta que rodean a este sueño son peores que el propio sueño.

Su mirada se tornó suplicante.

—¿Qué debo hacer? ¿Qué debo pensar? ¿Y si lo he matado?

Por mucho que se resistiera a admitirlo, el mismo pensamiento había cruzado la mente de Nial. No podía evitar hacerlo, después de sus propias preguntas de antes sobre ella. ¿Y si en realidad era una asesina que huía de la justicia?

Sin embargo, mientras seguía mirándola fijamente a los ojos atormentados, una extraña certeza le invadió. La muchacha no era una asesina. Podía sentir culpa por algo de lo que se arrepentía, y tal vez su mente sobreexcitada lo había traducido en un sueño mucho más horrible de lo que había ocurrido en realidad, pero él sabía que ella no era más asesina que él.

Impulsivamente, con la palma hacia arriba, le tendió la mano. Con los ojos muy abiertos y recelosa, ella vaciló, luego se acercó para colocar su mano en la de él. Él cerró sus dedos alrededor de los de ella.

—No hagas nada, dulce muchacha —le dijo, con la voz ronca—. Sí, tal vez haya pistas en ese sueño, pero yo no lo tomaría al pie de la letra.

—¡Pero parecía tan claro, tan real, como si lo hubiera visto antes!

—¿Y te imaginas que eres una persona malvada, muchacha? ¿Eres capaz de asesinar?

La miseria nubló sus hermosos ojos.

—No, pero ¿qué sé realmente de mí misma? ¿Y si mi vida hasta que llegué aquí fue una experiencia dura y dolorosa? ¿Y si estuve casada con un hombre brutal que me pegaba? ¿O qué pasaría si alguien intentara hacer daño a un ser querido? ¿Qué haría cualquiera en una situación así?

—Lo mejor que pudieran, muchacha —respondió Nial, con el corazón retorciéndosele ante la evidente angustia de ella—. Pero entonces eso no sería asesinato, ¿verdad? Sería defensa propia.

Kenna retiró su mano de la de él.

—Sí, lo sería. Y supongo que es mejor que haga lo que dice y no le dé tantas vueltas. El tiempo dirá, después de todo, qué partes son reales y cuáles no.

—No puedes hacer nada hasta que sepas distinguir unas de otras.

Ella exhaló profundamente.

—Sí, tenéis razón. Gracias por escucharme y por su sabio consejo.

A su amable manera, estaba dando a entender que deseaba poner fin a este tema de conversación en particular. Nial siguió su ejemplo.

—¿Quieres quedarte aquí un rato más —preguntó—, o que te acompañe de vuelta a tu alcoba?

—Muchas gracias, señor. —Kenna logró esbozar una débil sonrisa—. Pero he rezado todas las oraciones que tenía dentro de mí, al menos por el momento. Y también os he alejado de vuestros deberes demasiado tiempo.

Poniéndose torpemente en pie, se equilibró sobre una pierna y cogió su robusto bastón. Sin

embargo, Nial fue mucho más rápido y se acercó a su banco para coger su bastón y entregárselo.

Una vez más, sus manos se tocaron y ninguno de los dos se apartó. La sonrisa de ella se hizo más profunda, más cálida.

—Gracias, señor —dijo ella—. Por todo. Me dais la esperanza de que, con el tiempo, todo será como debe ser.

Sabiendo que lo único apropiado que le quedaba era soltar el bastón, romper el contacto y alejarse, Nial se obligó a hacerlo.

—Así será, muchacha. Lo sé.

Se movió entonces, dándose la vuelta y apoyándose en su bastón para saltar del banco y salir al pasillo. A medio camino de la puerta, Kenna finalmente se volvió y miró hacia atrás.

—Hay un favor más que le pediría, si no le importa, señor. —El corazón de Nial dio un gran salto—. ¿Y cuál es, muchacha?

Ella sonrió.

—¿Podríais abrir la puerta para que pueda salir sin tener que dar saltitos para hacerlo yo misma? Me ayudaría mucho.

Estuvo a punto de derribar los bancos en su afán por hacerlo, y luego observó cómo ella avanzaba por el pasillo hasta que dobló la esquina y desapareció de su vista.

Colin refrenó su caballo en la pequeña iglesia parroquial a tres kilómetros del castillo. No había ido a misa desde que enterraron a Seamus, y entonces sólo porque Kenna había insistido en la ceremonia previa al entierro de su hermano. Tampoco tenía intención de asistir hoy, pero sí pensaba hablar con el sacerdote en cuanto terminaran los oficios.

Por fin se abrieron las puertas de la capilla, el padre Magnus, vestido con todas sus galas, salió, y los pocos seguidores piadosos comenzaron a marcharse, saludándole mientras lo hacían. Colin esperó pacientemente a la sombra de un rodal de abedules que crecía junto a un arroyo cercano, hasta que el anciano sacerdote se despidió por fin de la última persona, entonces se dio la vuelta y volvió a entrar en la capilla. Colin concedió al padre Magnus y a sus rezagados feligreses otros cinco minutos, luego desmontó, ató su caballo a un árbol y se dirigió hacia la pequeña iglesia.

Encontró al sacerdote arrodillado en la barandilla, cerca del altar. Al oír el eco de sus pasos por el pasillo empedrado, el padre Magnus lanzó una mirada por encima del hombro. Sus ojos se abrieron de par en par por la sorpresa; se persignó y se levantó, luego se apresuró por el pasillo para saludarle.

—¿Y qué te trae a nuestra bonita iglesia, Colin Donald? —preguntó con una sonrisa de bienvenida.

—Nada que tenga que ver con Dios, puede estar seguro —gruñó Colin—. Me dijeron que fue el último en hablar con Kenna el día que desapareció. Y, como ya han pasado dos semanas

desde la última vez que fue vista, esperaba que pudiera arrojar algo de luz sobre dónde pudo haber ido.

—Och, no sabía que no le había dicho a nadie adónde se dirigía. —El anciano suspiró—. Lo siento mucho, Laird. Si lo hubiera sabido, habría ido a ustedes de inmediato.

—¿Sí? ¿Así que sabe a dónde fue? —Con gran dificultad, Colin logró contener su creciente ira—. Podría haber sido raptada por forajidos, o estar tirada en alguna zanja, herida e indefensa.

—Hablamos de que salisteis a tender una emboscada a Nial MacKenzie. —El padre Magnus se encontró con su mirada con una calma y firmeza propias—. Que no había verdadera justicia en dicho acto. Luego la dejé.

—¿Entonces no le dijo adónde se dirigía? —La frustración invadió a Colin.

—No, no con tantas palabras. Pero oí que se marchaba poco después, así que sólo puedo suponer que se dirigió tras ustedes, para evitar que cometierais un asesinato.

—¿Qué? —Casi se ahoga de incredulidad—. ¿Enviaste a Kenna tras de mí, sin escolta, cabalgando directamente hacia tierras de MacKenzie y una feroz tormenta?

—Yo no la envié a ninguna parte —respondió el viejo sacerdote—. Si alguien la envió, fue el Señor, obrando a través de su conciencia.

Colin alargó la mano y agarró la sotana del sacerdote, tirando bruscamente de él hacia sí.

—Viejo tonto —gritó, su furia hirviendo ahora—. Podría haberse perdido en la oscuridad. Podría haber ido en una dirección completamente diferente. Podría estar en cualquier parte.

—La he tenido en mis oraciones desde que supe de la desaparición de la muchacha. Como usted también debería hacerlo.

Enfurecido, Colin descubrió que era todo lo que podía hacer para no estrangular al viejo aquí y ahora. Pero incluso eso le robaría un tiempo precioso para salir en busca de Kenna. Soltó al padre Magnus de un tirón, haciéndole caer hacia atrás y golpearse contra un banco.

—Las oraciones nunca me ayudaron, y no ayudarán a Kenna —gritó—. Sólo ir en su búsqueda la ayudará ahora. Pero sepa una cosa, sacerdote.

—¿Sí?

—Si está muerta, ya no necesitará sus oraciones, ¿verdad? Y, en ese caso, usted tampoco, ¡porque te juro que te veré muerto tan pronto como ella esté debidamente rezada y enterrada!

Colin giró sobre sus talones y se alejó por el pasillo.

—¡Piense en eso, cura —le espetó—, la próxima vez que rece sus oraciones!

—¡Piense en eso, si se atreve!

Capítulo 6

A medida que los días de verano se adentraban en los últimos días de julio, Kenna recuperaba las fuerzas y su tobillo sanaba por fin lo suficiente como para empezar a caminar sobre él. De vez en cuando seguían llegando retazos de viejos recuerdos, pero en revoltijos confusos e inconexos. Aún le faltaban las piezas clave, se dio cuenta, para unirlos todos en algún conjunto cohesionado que le devolviera su vida pasada.

Sin ningún orden en particular, llegaron respuestas de los jefes de clan a los que Nial había enviado las misivas, y ninguno de ellos informaba de la desaparición de mujeres que coincidieran con la descripción de Kenna. Empezó a sentir como si su familia hubiera desaparecido de la faz de la tierra. Había llegado el momento, decidió, de hablar con Nial MacKenzie sobre la segunda parte de su plan.

Aunque últimamente parecía muy ocupado, por fin consiguió localizarle una mañana, después de verle llegar a caballo con un grupo de sus hombres. Siguiendo sus voces, Kenna se dirigió a los establos. El olor a estiércol y a caballo la atrajo al acercarse a la gran puerta abierta, y entonces se dio cuenta de que no sólo los olores le eran familiares, sino que de hecho le gustaban. Eran olores buenos y honestos, después de todo, y venían con los caballos y cabalgar por praderas abiertas y tener el viento en el pelo y el sol en la cara.

Una súbita imagen de sí misma a horcajadas sobre una bonita yegua alazana, un hombre de pelo oscuro galopando a su lado, se disparó en su mente. Se detuvo en seco, aferrándose al recuerdo mientras éste se alejaba y desvanecía. Era el mismo hombre de aquel horrible sueño, ahora hacía casi dos semanas. Hasta hoy, no había vuelto a recordarlo. Pero, ¿quién era aquel hombre y qué era para ella?

La frustración la invadió, pero con un suspiro, Kenna renunció a la batalla. De nada le sirvió intentar forzarse a recordar. Lo que llegaba, llegaba cuando llegaba, y por fin había aprendido a aceptarlo. La mayoría de las veces, ahora, lo hacía bastante bien.

Sabía que tenía que agradecérselo en gran parte a los MacKenzie, a Nial, a Rhona y a sus parientes. Todos ellos la habían aceptado tan fácilmente entre ellos y la habían hecho sentirse bienvenida y querida.

De hecho, en las últimas semanas, Rhona y ella se habían acercado tanto que Kenna sentía como si la mujer mayor se hubiera convertido casi en una madre para ella. Y, aunque veía muy poco a Nial, lo que veía y oía de él por boca de su madre y de los criados no hacía sino reforzar su creciente estima. Últimamente, él incluso parecía desviarse de su camino para detenerse y hablar unas palabras con ella cada vez que sus caminos se cruzaban. Y sus sentimientos, que al principio habían sido de asombro y respeto, habían evolucionado gradualmente hacia una gran sensación de placer en su presencia. No era exactamente la de un hermano, ni siquiera la de un amigo, porque él siempre se cuidaba mucho de no ser demasiado familiar con ella, pero, no

obstante, había algo especial en su relación.

O tal vez era sólo que ella no era diferente de la mitad de las mujeres de Balloch y simplemente se estaba enamorando de aquel hombre apuesto, generoso y sumamente amable. Sí, eso era, decidió Kenna poniendo los ojos en blanco. Se estaba enamorando de un hombre totalmente inalcanzable, como todas las demás.

Entrando a grandes zancadas en los establos, Kenna recorrió el pasillo salpicado de paja hasta encontrar el establo que albergaba el gran caballo de Nial. Como era de esperar, Nial estaba allí, inclinado, recogiendo los cascos de su montura.

Ella le observó en silencio hasta que hubo terminado con los cuatro cascos y se enderezó, manteniendo todo el tiempo la rienda suelta a sus pensamientos sobre su forma fina y fuerte. Entonces carraspeó.

Nial se dio la vuelta.

—Och, eres tú, muchacha. —Unos dientes blancos y rectos brillaban en su rostro bronceado por el sol—. No te oí entrar.

—No quería molestaros mientras estabais tan ocupado con vuestro caballo. —Kenna sonrió—. Además, me gusta estar en un establo y rodeada de caballos. Me resulta muy natural.

Arqueó una ceja rubia oscura.

—¿Ah, sí? ¿Significa eso que estás insinuando que te gustaría montar a caballo algún día?

Ella se rio. En muchos sentidos, Nial MacKenzie ya la conocía muy bien.

—Sí, me gustaría mucho. Lo que me lleva a la razón por la que os he buscado. Hasta ahora no hemos tenido suerte en descubrir de dónde vengo. Pensé que tal vez había llegado el momento de empezar a visitar las tierras que os rodean, si aún estáis dispuestos a ayudarme en esa empresa.

Nial hizo una pausa para quitar la brida a su caballo y ofrecer al animal un puñado de heno. Luego salió del establo y cerró la puerta.

—Sí, aún estoy dispuesto a ayudarte —dijo mientras se acercaba a ella y se detenía—. De hecho, tengo un plan para empezar a hacerlo dentro de tres días, si te interesa.

Mirándole, con su pelo rubio teñido por el sol y sus ojos azules que contrastaban agradablemente con su rostro bronceado, Kenna sintió que el estómago se le hundía hasta los dedos de los pies. Och, ¡pero era tan alto y poderoso y tan atractivo!

— Por supuesto que estoy interesada —respondió en su lugar, exprimiendo las palabras más allá de una garganta repentinamente apretada—. Ya he abusado demasiado de su hospitalidad.

—Entonces, ¿qué te parece imponerte a la hospitalidad de otra persona durante un tiempo? Un nuevo escenario y nuevas gentes podrían hacer maravillas por tu memoria.

Aunque probablemente no había querido sonar así, Kenna no pudo evitar una punzada de dolor ante lo que parecía el repentino afán de Nial por enviarla lejos. Sin embargo, negarse ahora a su propuesta parecería como si no apreciara todo lo que ya había hecho por ella.

—Aceptaría encantada lo que tuviera en mente, mi señor.

—Entonces está hecho, y nos acompañarás a mi madre y a mí a visitar a mi primo, el jefe del clan MacKenzie, y a su esposa.

Ella se quedó mirando su semblante sonriente, estupefacta por lo que acababa de decir. ¿Ahora la llevaba a quedarse con el jefe del clan MacKenzie?

—Yo…No lo entiendo —logró balbucear finalmente Kenna—. Su primo vive en el castillo de MacKenzie en Loch Awe, ¿no es así?

—Sí, así es.

—Pero eso está tan lejos de cualquier tierra de la que yo pueda haber venido. Tan lejos, de hecho, como para ser imposible. Es por lo menos un buen viaje de dos días desde aquí.

—Más bien tres, si uno va en grupo y viaja a un ritmo más tranquilo. Lo cual haremos. Mi plan no es sólo hacerle a mi primo una visita largamente esperada, sino también atravesar un camino que bien podrías haber tomado al venir aquí. Ya que parece que no eres de los clanes al norte y al este de nosotros, tal vez seas un MacNab o incluso un Breadalbane MacKenzie.

Arqueó una ceja a modo de pregunta.

—Es de lo que habíamos hablado, de salir a ver otras zonas con la esperanza de que te refrescara la memoria, ¿no?

El alivio que la inundó casi la mareó. Entonces, él no tenía intención de librarse de ella. Sólo intentaba ayudarla como le había prometido.

—Sí, ciertamente lo es. —Kenna sonrió. Aún no había llegado el momento en que debían separarse, y se dio cuenta, con un sobresalto, de que ese temor en particular había cobrado gran importancia durante el último mes—. Parece un plan maravilloso, mi señor.

Alguna emoción parpadeó en sus profundos ojos azules. Le ofreció su brazo.

—Ven. Nos hemos demorado demasiado en este lugar poco aromático. ¿Me harías el favor de dar un corto paseo por los jardines?

Kenna rio entonces.

—Och, yo no diría que los establos carecen de aroma, mi señor. Sólo que tal vez no sea el más agradable de los aromas. —Ella le cogió del brazo—. Pero un pequeño paseo por los jardines sería maravilloso. Las rosas están en plena floración ahora.

—Me di cuenta el otro día —dijo Nial mientras empezaba a acompañarla desde el establo —. Paso días enteros tan ocupado que no observo casi nada de los aspectos más amables de Balloch. Y entonces llego a un punto en el que mi corazón y mi mente piden a gritos un poco de respiro, y me obligo a tomarme uno o dos días libres de las tareas más pesadas de ser un laird.

—¿Cómo hoy?

—Sí, como hoy. —Le lanzó una rápida mirada y luego volvió la vista hacia el sendero que conducía al jardín cerrado por paredes de roca—. Y me gustaría mucho compartir una parte contigo, si no tienes obligaciones apremiantes.

—Su madre y yo pensábamos pasar la tarde bordando el tapiz que está haciendo.

Nial rio entre dientes.

—De algún modo, creo que podré convencerla de que me permita una o dos horas contigo.

Pronto será la hora de la comida del mediodía, y he pensado que después podrías disfrutar de un pequeño paseo. Ya es hora de que empieces a reutilizar tus músculos de amazona, o encontrarás nuestro inminente viaje bastante desagradable durante el primer día.

Kenna soltó una risita.

—Sí, imagino que lo haría.

Llegaron a la puerta del jardín y se detuvieron mientras Nial corría el cerrojo y empujaba para abrir la pequeña puerta. Luego, tras otra pausa mientras cerraba y echaba el pestillo tras ellos, se encaminaron por el sendero de losas.

El jardín era grande, consistía en parterres de hierbas y verduras cerca de la puerta trasera que daba a la cocina. Un seto de boj de la altura de la cintura delimitaba la parte de hierbas y verduras de los jardines de flores, por los que ahora caminaban. Las clemátides moradas trepaban por altos enrejados de madera detrás de fragantes arbustos de lavanda. El brezo de campana, de color rosa púrpura intenso, crecía entre arbustos de retama amarillo brillante y artemisias verde plata. Botones de soltero azul cobalto anidaban entre lirios blancos y margaritas. Eran los innumerables rosales, que llenaban los dos lados opuestos lados del jardín, sin embargo, los que siempre captaban y retenían la atención de Kenna.

En cuanto llegó a las primeras rosas, deslizó la mano del brazo de Nial y se arrodilló para coger una de las flores de color carmesí claro. Inhaló profundamente su dulce fragancia.

—¿Te gustan las rosas, muchacha?

Miró a Nial que estaba allí de pie sonriéndole.

—Me encantan.

—Esa rosa en particular es lo que se considera una rosa Gallica —dijo él—. Los romanos y los griegos solían cultivarlas, así que por supuesto son muy antiguas. Y esa en concreto se conoce como rosa de botica. Se puede convertir en jaleas, polvos y aceites, y se creía que curaba multitud de enfermedades.

—¿En efecto? —Con renovado interés, Kenna volvió a mirar la hermosa flor—. No sabía que las rosas fueran tan útiles, aparte de para hacer perfumes y como flores cortadas.

—Entonces ahora ya lo sabes. ¿Te gustaría conocer algunas de las otras variedades que tenemos la suerte de cultivar aquí en Balloch?

¡Och, aye! —Aceptando la mano que le tendía Nial, volvió a ponerse en pie—. Además de todos sus otros considerables talentos, no sabía que también fuera jardinero.

Se rio suavemente.

—Apenas tengo tiempo para cuidar este formidable jardín, pero cuando era un muchacho, mi madre me enseñó sobre las rosas. Es la jardinera de la familia, aunque ahora incluso ella cuenta con la ayuda de los servicios de un jardinero a tiempo completo. —Tiró de su mano—. Pero ven, pasemos a la siguiente variedad.

—A Madre le gustaba plantar los mismos tipos de rosas unas cerca de otras —dijo Nial mientras se acercaba a un arbusto de rosas especialmente llamativas, de color carmesí y rayas rosas y blancas con brillantes estambres dorados—. Ésta también es una rosa Gallica, llamada Rosa Mundi. Se dice que debe su nombre a Fair Rosamund, la amante del rey Magnus II de

Inglaterra.

Se quitó su sgian dubh, se inclinó, cortó una flor y se la entregó.

—Una rosa hermosa para una dama hermosa.

Ella pudo sentir cómo el calor se apoderaba de sus mejillas, pero no dijo nada y aceptó la hermosa flor. Levantándola hasta su nariz, Kenna aspiró su perfume. Luego, como Nial seguía mirándola fijamente con una expresión de lo más intensa, sonrió y, con la rosa, señaló hacia él.

—¿Hay más? ¿Más variedades de rosas, quiero decir?

Durante un instante más, él la miró fijamente. Luego, como reanimándose, asintió.

—Sí. Ven y te las enseñaré.

Pasaron otra buena media hora recorriendo el jardín, examinando y hablando de rosas. A Kenna le pareció una experiencia de lo más encantadora. Aprendió sobre la rosa de Damasco, que se cree originaria de Oriente Medio, probablemente cerca de Damasco, que fue llevada a Inglaterra por los cruzados y se utilizó para la producción de attar de rosas en perfumes. Y no pudo evitar quedarse igualmente prendada de las variedades rosas y rojas de esas rosas tan perfumadas, especialmente de la que Nial llamaba Damasco de Otoño, que tenía un maravilloso y excepcionalmente fragante aroma a vino.

—¿Cómo habéis llegado a poseer tantas rosas? —preguntó Kenna después de que hubieran dado un paseo por el jardín de flores y ella hubiera conocido otra variedad de rosas, las albas. A estas alturas, tenía las manos llenas de muestras que Nial había cortado para ella. Sostenía una Maiden's Blush de color rosa concha que tenía una fragancia excepcionalmente dulce, una Alba Semiplena de color blanco cremoso, así como la Rosa Mundi y una Damasco de Otoño.

—Bueno, empezó con mi abuela, y mi madre aprendió el arte de ella cuando se casó con mi padre y vino a vivir a Balloch. Creo que, aparte de mí, fueron uno de sus pocos consuelos viviendo aquí.

Kenna frunció el ceño.

—Pero Balloch es un castillo maravilloso. ¿Por qué su madre no encontraría muchos placeres...? —Se cortó—. Och, le pido perdón, mi señor. No pretendía entrometerme en algo que no me concierne.

Sus labios se apretaron por un instante, luego suspiró y sacudió la cabeza.

—Está bien, muchacha. No es ningún secreto la clase de hombre que era mi padre, ni que murió intentando robarle la jefatura del clan a mi primo, Blaine.

—Och, siento oír eso. Debe haber sido una gran fuente de dolor tanto para usted como para su madre.

—Sin duda —murmuró, su expresión se ensombreció. Luego, como sacudiéndose los recuerdos desagradables, se volvió hacia ella y sonrió—. Pero bueno, todos tenemos que superar nuestras dificultades en la vida, ¿no?

En ese momento, contemplando su rostro bellamente tallado y sus ojos que ardían con tan feroz determinación, Kenna pensó que era el hombre más maravilloso que había conocido. Cómo lo sabía, incapaz como era de recordar a todos los hombres de su vida pasada, no podía decirlo, pero lo sabía con una certeza inquebrantable. Y supo también en ese momento que realmente se

estaba enamorando de él.

No es que albergara ninguna ilusión de ser una compañera adecuada, o de que Nial la viera como algo más que una pobre niña abandonada a la que él, en su tierna bondad de corazón, había acogido y pretendía ayudar. Pero a ella no le importaba. Le amaría desde lejos y con urgencia, pues no podía evitarlo. ¿Qué mujer podría, si alguna vez tuviera la oportunidad de conocerlo como ella lo había hecho?

—Sí —respondió suavemente Kenna, contemplando una vez más las preciosas flores que sostenía—. Todos tenemos dificultades que superar.

Justo entonces, sonó la campana para la comida del mediodía. Ella levantó la vista y le dedicó su sonrisa más brillante.

—Será mejor que nos vayamos, mi señor. A la cocinera no le gusta que se le enfríe la comida esperando a los rezagados.

Se rio entonces.

—Sí, será mejor que nos vayamos. Pero primero una cosa, muchacha.

Ella inclinó la cabeza.

—¿Sí, mi señor?

—Me llamo Nial. ¿Quieres llamarme así de ahora en adelante?

Las tripas de Kenna se apretaron.

—Sí, si lo deseas, pero me parece una impertinencia, siendo tú el laird y todo eso.

—No es una impertinencia si te doy permiso, ¿verdad? —preguntó él, moviéndose a su lado y tomándola por el codo.

—No —respondió ella lentamente—, supongo que no.

—Bien. Entonces está decidido. —Y con eso Nial se puso en marcha, guiándola a través del dulce jardín de verano hacia la puerta de la cocina.

Sin aliento por la emoción, Colin pagó al hombre y le mandó seguir su camino. Después de todo este tiempo, casi cinco semanas desde que Kenna había desaparecido aparentemente de la faz de la tierra, por fin tenía información de que estaba viva. Había enviado a varios de sus hombres de clan hacia el norte, a diversas partes de MacKenzie y otras tierras de clanes vecinos, con órdenes de indagar sobre una muchacha desaparecida. Y todos menos uno habían regresado sin noticias de Kenna.

Todos menos Blair Donald, que había tropezado con un laird de Murray con noticias que valían cada penique del dinero del soborno que Colin había dado a cada uno de sus hombres. Aunque el corazón casi se le había parado en el pecho cuando supo el nombre del MacKenzie que había enviado misivas preguntando por una muchacha que encajaba con la descripción de Kenna, una de las cuales había llegado a manos del laird de Murray, en el esquema total de las

cosas era de poca importancia. Lo que importaba era que Kenna estaba viva.

Aun así, resultaba de lo más extraño que ahora residiera en el castillo de Balloch con Nial MacKenzie y su madre. Y, según le había informado Blair después de tomar la iniciativa de cabalgar hasta Balloch y espiar un poco más la situación, por lo que parecía, Kenna parecía bastante feliz allí. No la tenían prisionera y podía ir y venir con bastante libertad. Incluso salía a cabalgar con el mismísimo Nial MacKenzie.

Después de pensarlo un poco, y unas cuatro copas de vino más tarde, Colin dio por fin con la respuesta. Se rumoreaba que Nial MacKenzie había estado una vez enamorado de la esposa de Blaine MacKenzie, quien, al menos durante un tiempo, había sido sospechosa de brujería. De hecho, apenas había escapado de la hoguera tras ser juzgada y condenada como bruja. Tal vez Nial estaba aliado con ella, se había convertido en brujo y había hechizado a Kenna.

Parecía la única explicación plausible. Kenna era muy leal. Nunca permanecería voluntariamente en la guarida de su peor enemigo, el hombre que ella imaginaba que había matado a su amado esposo.

El truco, sin embargo, estaría en sacarla del castillo de Balloch. Colin no podía, después de todo, simplemente cabalgar y exigir su liberación o sitiar el lugar. No sólo carecía de hombres y armas suficientes, sino que cualquier ataque pronto atraería a Blaine MacKenzie y al resto de su clan sobre ellos.

No, Colin se dio cuenta, necesitaba encontrar alguna otra forma de rescatar a Kenna.

¿Pero cómo?

El día en que partieron hacia MacKenzie era claro, luminoso y cálido. Nial y Nathan tomaron la delantera, con Kenna y Rhona cabalgando justo detrás de ellos. Jane había sido elegida para acompañar a las dos mujeres como sirvienta a compartir entre ellas. Dos animales de carga transportaban la ropa necesaria, incluyendo capas extra en caso de lluvia. En la retaguardia iban otros ocho miembros del clan armados como escolta y protección.

Nial también iba fuertemente armado, con su enorme claymore colgada a la espalda, una espada más corta colgada del cinturón en una cadera y un cuerno de pólvora y una bolsa de perdigones en la otra. Además, llevaba un par de «daggs» o pistolas pesadas de un solo tiro con seguro de rueda en grandes fundas de cuero sujetas a la parte delantera de su silla de montar a cada lado.

Le había enseñado las daggs antes, después de que ella le preguntara por la llave que llevaba en un largo cordón alrededor del cuello. El mecanismo de cierre de rueda de las pistolas se disparaba al girar contra un trozo de pedernal, explicó, creando una chispa que luego encendía la pólvora. Sin embargo, la rueda de acero estaba cargada por resorte y requería la llave o

—Llave inglesa. —Para enrollar el resorte cada vez que se iba a disparar—. Pierde la llave inglesa —añadió con una sonrisa—, y te quedas sin suerte, muchacha.

Apenas pudo reprimir un escalofrío al contemplar los largos cañones plateados con sus

finas asas de madera. Eran importados de Holanda, dijo Nial antes de volver a meterlos en sus fundas, y además valían un buen dinero. Aun así, a corta distancia, ya habían demostrado su valor varias veces, y probablemente volverían a hacerlo.

Kenna sabía que hablaba con la verdad. Incluso un viaje que les llevaría principalmente a través de tierras MacKenzie estaba plagado de peligros. Los poderosos MacKenzie no carecían de enemigos, y luego estaba la amenaza siempre muy real de los ladrones y las bandas de hombres sin clan que vagaban por las Tierras Altas. De algún modo, sin embargo, se sentía perfectamente segura en compañía de Nial. Por todo lo que había oído en Balloch, era un guerrero tan temible como un próspero laird. No había sido elegido tanista y sucesor del jefe de los MacKenzie sin una buena razón.

—Hoy estás muy pensativa. —Se entrometió justo entonces la voz de Rhona—. ¿Ya estás intentando discernir si algo de lo que nos rodea te resulta familiar?

—Och, todo me resulta familiar en este momento. —Kenna sonrió y miró a la mujer mayor —. Acabamos de perder de vista Balloch, y Nial y yo ya hemos cabalgado en esta dirección varias veces. Pero no me pareció familiar la primera vez que cabalgué con él. Ni aquí, ni quizás en medio día de cabalgata en esta dirección, que es lo más lejos que hemos llegado hasta hoy.

—Bueno, eso tendría sentido. Teniendo en cuenta que te encontraron lejos de aquí cuando tuviste el accidente. —Rhona suspiró—. Probablemente no hay posibilidad de que vivas más cerca que a medio día de viaje de aquí en cualquier dirección.

Kenna abrió la boca para hacer una pregunta que la había estado atormentando últimamente, luego la cerró y decidió hacerla de todos modos.

—¿Y si...? ¿Y si nunca recupero del todo la memoria ni descubro quién soy realmente? ¿O es eso siquiera posible?

La madre de Nial se encogió de hombros.

—No sé la respuesta a eso, niña. Supongo que es posible. —Sonrió—. Pero no te preocupes. Sólo han pasado poco más de cinco semanas desde que te encontramos. Aún hay tiempo.

—No es que no quiera recordar —dijo Kenna a modo de explicación—. Pero no puedo seguir viviendo de vuestra generosidad mucho más tiempo. No es correcto ni honorable.

—¿Y alguien en Balloch te ha hecho creer que has agotado tu bienvenida? Porque si lo han hecho, quiero saberlo y pronto acallaré tan inhóspita cháchara.

—¡Och, nay! —Kenna se sonrojó avergonzada—. Nadie ha dicho una palabra desagradable. Pero me siento mal por esto, de verdad.

—¿Y exactamente qué estarías sugiriendo entonces?

Ella de repente no lo sabía.

—Bueno, tal vez si hay algún puesto de sirvienta en Balloch que yo pudiera ocupar. Esa joven ayudante de cocina, Bessie es su nombre, ¿no?, se va a casar pronto. ¿Se quedará después?

Rhona se rio.

—Así que tienes planes para el puesto de la pobre Bessie, ¿verdad? Bueno, aunque estás dispuesta a hacer todo lo que se te pida, no creo que estés hecha para el trabajo pesado de la

cocina. Por no mencionar que dudo que Nial oyera hablar de tratarte de una forma tan deshonrosa.

—¡Pero yo también tengo mi honor! —gritó Kenna con frustración—. Y no soy una fina dama inadaptada al trabajo duro. De hecho, no soy muy fina en absoluto.

Su compañera arqueó una ceja canosa.

—¿No lo eres? Vi tus manos cuando viniste a vernos. Suaves y refinadas bajo ese barro y mugre por el que te arrastraste. Y sabes leer, muchacha, por no mencionar que tus ropas, aunque no eran de la tela más costosa, tampoco eran las de un simple labrador.

—¿Entonces por qué nadie ha venido a buscarme? Incluso la esposa o la hija de un simple labrador se merece algo mejor que eso.

Rhona sacudió la cabeza.

—No lo sé, niña. Es de lo más desconcertante. —Suspiró—. Bueno, tal vez las respuestas se encuentren en el próximo horizonte. O tal vez alguien te reconozca en MacKenzie. Mucha más gente pasa por allí, buscando audiencia con el MacKenzie para todo tipo de favores y resolución de agravios. Aunque sólo sea por eso, allí estarás expuesta a muchas más caras que si hubieras permanecido escondida en Balloch.

—Sí, supongo que sí —murmuró Kenna aun pensando que, mientras Nial estuviera allí, no le importaría permanecer escondida el resto de su vida.

—Och, no sigas así, niña. —Rhona se rió—. No te imaginas lo bien que te lo pasarás en MacKenzie. Ailsa es casi de tu edad, si acaso unos años mayor, y Caitlin, la hermana de Blaine, es probablemente sólo unos años menor, así que tendrás dos jóvenes con una educación e intereses similares con las que pasar el tiempo. Por mucho que parezcas disfrutar de mi compañía, seguro que a estas alturas estás deseando tener unas cuantas amigas de vuestra edad.

—He sido muy feliz en Balloch, mi señora. —Kenna le lanzó una rápida sonrisa—. Y me siento muy a gusto en su compañía.

—Me gustaría pensar que nos hemos hecho amigas.

Había una nota de anhelo en la voz de la madre de Nial. Casi sonaba como si la mujer mayor deseara sinceramente su amistad.

—Och, aye —dijo ella—. Aprecio su compañía, mi señora. Sólo que no quería presumir…

—Bueno, entonces está decidido —afirmó Rhona con firmeza—. Somos amigas, y las amigas no hablan de imponerse el uno al otro. ¿De acuerdo?

Kenna se volvió hacia Rhona y asintió con la cabeza.

—De acuerdo.

Capítulo 7

Efectivamente, tardaron tres días en llegar a MacKenzie. Tres días que pasaron bajo el cálido sol y al aire libre, disfrutando de las flores silvestres que florecían en los prados, de los brezales que bañaban las colinas de lavanda y rosa, de los chispeantes arroyos que fluían por las cañadas y de las águilas que planeaban sobre sus cabezas. Tres días que pasó en compañía de Nial, y apreciando cada minuto.

Ni una sola vez, sin embargo, reconoció Kenna ningún pueblo o ciudad por los que pasaban; ni ningún terreno le resultó familiar. Quizá debería haberla molestado más de lo que lo hizo, pero se estaba acostumbrando, si no sintiéndose cómoda, a las lagunas de memoria de su pasado. Era casi como si se hubiera resignado a construir una nueva vida en el aquí y ahora, una vida que día a día iba forjando un pasado propio.

Como las posadas en las Tierras Altas eran casi inexistentes, las noches en el camino las pasaba en los seguros y acogedores confines de las casas de los lairds o tacksmen locales, aunque de menor rango: ella, Rhona y Jane en una alcoba, los hombres todos en otra. Imaginaba que ella y las demás mujeres sacaban lo mejor de ese trato, sabiendo que la mayoría de los hombres acababan durmiendo en el suelo envueltos en sus mantos. No es que tales arreglos fueran inusuales para los montañeses. Así era como dormían la mayoría de ellos cuando estaban lejos de casa y al aire libre.

En el crepúsculo del tercer día, se acercaron por fin al castillo de MacKenzie. Aquella gran fortaleza de piedra del clan MacKenzie, encaramada en una lengua de tierra que se adentraba en el Loch Awe de agua dulce, estaba dominada por los imponentes picos gemelos de Ben Cumberland, que, según sabía Kenna, fue la inspiración del grito de guerra de los MacKenzie:

—¡Cumberland! —Su mirada se elevó desde las boscosas laderas inferiores de la montaña, hasta que los árboles se adelgazaron y desaparecieron, revelando un pico desnudo y abultado dividido en dos conos. El poderoso Ben Cumberland, un símbolo apropiado de la majestuosidad y el poderío del que ahora era uno de los clanes más poderosos de las Highlands.

Un lado del edificio color tierra de estaba rodeado de pradera cubierta de hierba y árboles. El otro se asentaba cerca de las aguas del loch, que chapoteaban suavemente. Kenna pensó que podría pasar fácilmente horas visitando el lago Awe en los días venideros, a la sombra de algunos de los árboles que crecían cerca de sus orillas a camino de MacKenzie.

Cuando atravesaron la puerta y su alto muro de cortina defendido por torres redondas en cada una de sus esquinas, su grupo fue recibido con un patio ardiente de luz. Miríadas de antorchas rodeaban una amplia zona que conducía a los escalones de la torre del homenaje. En esos escalones se encontraban un hombre alto de pelo oscuro y una mujer de pelo castaño rojizo, con los brazos entrelazados alrededor de la cintura del otro. Junto a la mujer había una niña con el pelo largo y color ébano.

—Ésos son Blaine y Ailsa —susurró Rhona, inclinándose hacia Kenna—. Y la chica es la hermana de Blaine, Caitlin.

Con el estómago revuelto por el repentino nerviosismo, Kenna sólo pudo atinar a asentir como respuesta. Cuando se detuvieron, los criados corrieron a sujetar los caballos. Nial y Nathan desmontaron rápidamente. Nathan se acercó y ayudó amablemente a bajar a Rhona. Nial se acercó a Kenna.

—¿Puedo ayudarte, muchacha? —preguntó, mirándola.

Ella se sonrojó.

—Gracias, mi señ…Nial —dijo ella, no queriendo parecer desagradecida por su galante ofrecimiento. Entregó las riendas al muchacho que había subido a sujetar su caballo. Luego, inclinándose, extendió los brazos hacia Nial.

Él la tomó hacia él sin esfuerzo aparente, balanceándola suavemente hacia abajo hasta que sus pies tocaron tierra. Su mirada era tierna, y no la soltó de inmediato, sino que siguió agarrándola por los brazos como si no quisiera dejarla marchar. Durante unos preciosos segundos, con todo el mundo bullendo a su alrededor, Kenna se sintió como en un mundo dulce y secreto que sólo la incluía a ella y a Nial.

Entonces él la soltó y dio un paso atrás.

—Ven, muchacha —le dijo, ofreciéndole el brazo—. Ya es hora de que conozcas a mi primo y a su familia.

Hambrienta de un contacto continuado con él, Kenna le cogió el brazo con impaciencia.

—Me gustaría mucho.

Con Nathan escoltando a Rhona junto a ellos, procedieron a subir los escalones, deteniéndose sólo cuando estuvieron a dos pasos por debajo de sus anfitriones. Blaine MacKenzie sonrió y luego se llevó las manos a las caderas.

—Has hecho bien al hacernos una visita, primo —gruñó—. Estaba a punto de enviar a mis hombres a arrastrarte hasta aquí para que cumplieras con tus deberes.

—¿Ah, sí? —Nial rió—. Bueno, entonces, como siempre, mi sincronización es perfecta.

La boca de Blaine se torció divertida.

—Sí, en el pasado siempre fuiste muy bueno apareciendo en los momentos más inoportunos. O, al menos, en los momentos en que no te quería cerca. Pero hoy en día, cuando sí te quiero cerca, te marchas a Balloch durante meses.

—Ya no hay nadie cerca con quien descargar tu mal genio, ¿verdad?

—¡Exacto! —Y entonces Blaine echó la cabeza hacia atrás y se rio.

—Ya basta de bravatas varoniles, marido. —Ailsa MacKenzie dio un paso adelante—. Tú y Nial podéis echar un pulso o desollaros en una partida de ajedrez más tarde. Por ahora, nuestros invitados languidecen aquí fuera en los escalones, y ya es hora de que les pidamos que entren.

—Och, aye. —El MacKenzie lanzó a Kenna una mirada de curiosidad—. Primero, sin embargo, es apropiado que Nial nos presente a la bonita muchacha que lleva del brazo. ¿Eh,

primo?

—El nombre de esta dama es Kenna. Ha sido nuestra invitada de honor durante el último mes y medio. —Nial la agasajó con una mirada rápida y tranquilizadora—. Ahora, ¿podemos entrar y quizás tomar algo para enjuagar el polvo de nuestras gargantas?

—Och, tendrás más que eso —dijo Blaine—. Hemos preparado un buen banquete para daros la bienvenida.

—Pero primero —intervino Ailsa—, os acomodaremos a todos en vuestros aposentos, donde podréis lavaros, cambiaros de ropa y tomar algo antes de que se sirva la cena dentro de una hora.

Con esto tiró de su marido para darse la vuelta y juntos, abrieron el camino hacia el torreón.

Nial sonrió a Kenna.

—No les gusta mucho la formalidad, ¿verdad? —Se rió entre dientes—. Es bueno ver que estáis tan unidos, Blaine y tú.

—Sí —murmuró él irónicamente mientras empezaba a guiarla por los últimos escalones y a través de la puerta abierta del torreón—, y si estuviéramos mucho más cerca, estaríamos celebrando nuestro reencuentro rodando por el suelo, dándonos golpes en la cabeza.

A la mañana siguiente, mientras yacía en la cama, saboreando la comodidad del colchón de plumas después de las dos últimas noches en colchones rellenos de paja en las distintas posadas, Kenna miró lánguidamente alrededor de su alcoba. Todo en MacKenzie era tan bello y fascinante, desde la magnificencia del propio edificio hasta su alcoba con su gran cama de dos plazas, el impresionante tapiz mural de un bosque y un lago, el arcón tallado para la ropa y el armario para los artículos de aseo, con su jofaina y su aguamanil de cerámica pintados con esmero y su orinal de peltre. En previsión de su llegada, los suelos de piedra habían sido barridos y luego esparcidos con juncos frescos mezclados con recortes de lavanda y romero. Todo estaba limpio y olía dulcemente. Una vez más, como en Balloch, no pudo evitar deleitarse con lo que parecía el colmo del lujo.

La torre del homenaje de MacKenzie, de cinco pisos, era grande, espaciosa e incluso más suntuosamente decorada Balloch.

Sin embargo, el contraste entre la riqueza en la que vivía ahora y la que aparentemente le había faltado en su vida pasada ya no le preocupaba demasiado. A decir verdad, a Kenna empezaba a importarle cada vez menos si alguna vez recuperaba la memoria. Algún instinto le advertía que bien podría sentirse decepcionada cuando lo hiciera. Y, aún más que perder el alojamiento y la compañía de la gente refinada de la que ahora disfrutaba, temía la posibilidad muy real de tener que dejar a Nial.

Pronto desechó esa desalentadora consideración y, echando hacia atrás las mantas, se sentó en un lado de la cama. Su movimiento debió de alertar a Jane, que estaba ocupada atizando el

fuego del hogar contra el frío matutino.

—Och, por fin se ha despertado, señora —dijo la criada. Se puso en pie, se limpió las manos en el delantal y se acercó—. Entonces, ¿qué va a ser? ¿Un buen baño caliente para quitaros toda la suciedad del camino, o el desayuno?

—Un baño, por supuesto. —Kenna sonrió—. Si puedes despertar al personal de cocina para que caliente agua a estas horas tan tempranas.

Jane rió entre dientes.

—No es tan temprano como se imagina, señora. Es sólo que la niebla yace pesada esta mañana y hace que parezca más gris. El amanecer fue hace más de cuatro horas.

—¿De verdad?

Kenna sintió que se le calentaba la cara. Nunca había dormido tan tarde. ¿Qué pensarían de ella sus anfitriones? Sin embargo, se había quedado despierta hasta casi medianoche, escuchando con ávido interés la animada conversación de Nial, Rhona, Ailsa y Blaine. Y eso después de un día de cabalgata que había comenzado con las primeras luces del día, para llegar a MacKenzie antes del anochecer.

—Sí, de verdad, señora.

—Entonces el desayuno hace tiempo que pasó. Ahora tendré que esperar hasta la comida del mediodía.

—No, la señora Ailsa envió algo de comida hace unas horas. —Jane señaló la bandeja cubierta que estaba sobre el arcón de la ropa—. Pero dijo que no os despertara. Que sabía que debíais estar muy cansada después de un viaje tan largo y todo eso.

La gratitud por la amabilidad de la otra mujer llenó a Kenna.

—Entonces más razón para seguir con mi baño. Tengo que buscar a Lady Ailsa y darle las gracias.

—Iré a la cocina a buscar el agua para su baño. —Con eso, Jane cruzó la habitación y salió por la puerta.

Una hora más tarde, con el pelo aún húmedo por el baño, Kenna se dirigió escaleras abajo. Detuvo a la primera sirvienta que encontró.

—¿Está su señora?

La anciana asintió.

—Sí, señora. Está en la cocina, hablando con Edina, la cocinera jefe.

—¿Y por dónde se va a la cocina?

—Bajando las escaleras. La encontraréis fácilmente por los olores. —La criada indicó un pasillo justo debajo de la amplia escalera de madera—. Encontrará la escalera al final del pasillo, señora.

—Gracias… —Kenna hizo una pausa—. Lo siento, pero aún no sé tu nombre.

—Es Iona, señora. —Ella sonrió—. Soy la sirvienta de Lady Ailsa.

—Bueno, es un placer conocerte, Iona. —Kenna devolvió la sonrisa de la anciana—.

Ahora, si no te importa, me gustaría encontrar a tu señora antes de que salga de la cocina.

—Sí, señora. —Iona hizo una reverencia, luego se dio la vuelta y continuó su camino.

La escalera trasera era bastante fácil de encontrar, al igual que la cocina. Y, fiel a la predicción de Iona, la anfitriona del castillo de los MacKenzie estaba efectivamente allí. Kenna esperó justo dentro de la puerta hasta que Ailsa y Edina terminaron de discutir el menú de la cena. Entonces, cuando Ailsa se dio la vuelta para marcharse, Kenna se unió a ella.

—Bueno, pareces bastante fresca y descansada —dijo Ailsa MacKenzie, examinándola rápidamente—. ¿Supongo que la cama era de tu agrado?

—Era celestial, señora. —Kenna sonrió—. Como lo fue el maravilloso baño que me di esta mañana. Y el desayuno.

—Me alegro. Y si hay algo más que necesites, no dudes en pedirlo. Eres nuestra invitada de honor y queremos que tu estancia sea agradable en todos los sentidos.

¿Son todos los parientes de Nial tan amables y cálidos? se preguntó Kenna. Si era así, estaba realmente bendecida. Hizo una pausa para estudiar a la otra mujer. A la luz más clara del día, Kenna se dio cuenta de que Ailsa MacKenzie era aún más hermosa de lo que había imaginado la noche anterior.

Su largo cabello era de un intenso castaño rojizo y estaba trenzado en una gruesa y gorda trenza que le colgaba por la espalda. Su piel era marfil e impecable, su nariz recta, corta y encantadora, sus labios carnosos y rosados, y su figura esbelta pero femenina.

Sin embargo, eran los cautivadores ojos gris plateado de Ailsa los que atraían a Kenna una y otra vez. Enmarcados por gruesas pestañas marrón oscuro, le devolvían la mirada con una franca honestidad. No había engaño ni subterfugio en Ailsa MacKenzie, se dio cuenta Kenna. Sentía que podía confiar en ella y, con el tiempo y la familiaridad, convertirse fácilmente en su amiga.

Hizo una pausa para echar un vistazo a la gran cocina. Un enorme hogar arqueado con un asador de hierro y dos grúas de chimenea para balancear las ollas hasta su posición sobre el fuego se alzaba a ambos extremos de la larga estancia, así como un horno de ladrillo anexo para hornear. Una gran mesa de madera llenaba el centro de la cocina, ante la cual se encontraban ahora cuatro ayudantes, dos picando verduras y dos amasando pan. Un enorme lavabo estaba empotrado en la pared exterior, su desagüe desembocaba en el jardín.

Miríadas de ollas colgaban de un estante de hierro sobre la mesa de trabajo, y en un armario alto y abierto, Kenna pudo ver calderos, sartenes, ralladores, morteros y morteros, además de pilas de platos y fuentes. Varias cajas de madera apiladas unas sobre otras en un estante probablemente contenían los utensilios para comer. Un bloque de madera en el centro de la mesa contenía todos los cuchillos de corte.

—No se me ocurre nada que pueda necesitar que no me hayan proporcionado —dijo Kenna, volviendo su mirada a la de Ailsa—. Me gustaría mucho, sin embargo, ser de cualquier ayuda que pudiera en su casa. Con invitados extra, imagino que su personal está un poco sobrecargado. Y no soy una dama elegante, aunque Nial y Rhona me han tratado como tal desde que llegué.

—Y así lo haremos, pues eres su amiga y nuestra invitada. Pero tu generosa oferta es muy apreciada. —Ailsa le puso una mano en el brazo—. Me vendría bien algo de ayuda en el jardín,

si te apetece dar un pequeño paseo al aire libre. Pensé en cortar flores para la mesa alta para la comida de esta víspera.

—Och, aye, señora. —Kenna apenas podía contener su impaciencia por ser de ayuda—. Y también me encantaría ver su jardín. Nial me ha enseñado mucho sobre las flores que crecen en el jardín de Balloch. Estaría muy interesada en ver qué tipos cultiváis en MacKenzie.

—Entonces venga, vámonos. —Ailsa se dio la vuelta y, encabezando la marcha, cruzó apresuradamente la cocina hasta la puerta trasera. Daba directamente al jardín.

Kenna la siguió al exterior y luego se detuvo, contemplando la abundancia de macizos de flores y setos, todos irradiando de una gran fuente redonda en el centro.

—Och, esto es precioso, señora.

—Ailsa. Por favor, llámame Ailsa.

—¿Qué? —Kenna se dio la vuelta—. Och, pero no podría. Sería demasiado atrevido por mi parte.

—Sin embargo, llamas a Nial por su nombre de pila. ¿En qué se diferencia?

La pregunta hizo reflexionar a Kenna.

—Bueno, supongo que no hay mucha diferencia, salvo que usted es la esposa del MacKenzie y todo eso. Y yo soy…no estoy segura de quién o qué soy.

La compasión se encendió en los llamativos ojos de Ailsa.

—Nial me habló un poco esta mañana de tus apuros. Debe ser muy duro, no recordar quién eres realmente o de dónde vienes. Y tú pobre familia. Deben estar fuera de sí de preocupación.

Al mencionar a su familia, Kenna sintió una punzada de culpabilidad. Ella no causaría dolor a nadie voluntariamente, y menos a los que la querían. Pero con el tiempo y los pocos retazos de memoria que había recuperado, había empezado a dudar de que la hubieran querido tanto, o incluso echado de menos. Sin embargo, era una observación terrible para planteársela a alguien, y por eso no lo había hecho, ni lo haría.

—Sí, ha sido muy duro —dijo, bajando la mirada—. Pero vivir con Rhona y Nial y ser la receptora de su amabilidad lo ha hecho soportable. De hecho, hay veces, al no estar del todo segura de dónde y de quién vengo, que casi desearía no saberlo nunca. —Kenna levantó la mirada—. Debe sonar extraño que yo diga eso, pero no puedo evitar pensar que nunca he sido tan feliz como lo he sido en Balloch. O, al menos, no desde hace mucho tiempo.

A pesar suyo, sus ojos se llenaron de lágrimas.

—No quiero que parezca que me estoy aprovechando de Rhona y Nial. De verdad que no. Pero cuanto más tiempo estoy con ellos, más difícil me resulta imaginarme dejándolos. Yo…Es que me importan tanto.

El agarre de Ailsa en su brazo se tensó.

—Ven. Sentémonos un rato y hablemos. No hay prisa en conseguir las flores.

—A-aye —susurró Kenna, secándose salvajemente las lágrimas—. No quisiera que nadie más me viera llorando. Especialmente Nial.

Caminaron por el sendero hasta que llegaron a una glorieta de rosas lo suficientemente

grande como para que dos personas se sentaran en ella. Lo suficientemente profundo como para ocultar su presencia, proporcionaba el refugio perfecto de los ojos curiosos.

—Ahora, dime por qué crees que alguien podría imaginar que te estás aprovechando de Rhona y Nial —preguntó Ailsa en cuanto ambas estuvieron sentadas—. ¿Y por qué no querrías que Nial te viera llorar? Es uno de los hombres de corazón más tierno que conozco, y no se ofendería. De hecho, conociéndole, sería el primero en cogerte en brazos y consolarte.

Kenna aspiró un aliento estrangulado y luego procedió a ahogarse en él. Su rostro, que sabía que se había coloreado de inmediato ante la mención de que Nial la tomaría en sus brazos, no hizo sino enrojecerse aún más con su prolongado ataque de tos. Finalmente, sin embargo, pudo recuperar el aliento.

—Sí, Nial es sin duda un hombre de corazón tierno —dijo mientras se quitaba las lágrimas que le habían brotado—. Pero ya he sido bastante carga para él en las últimas semanas y no deseo causarle una angustia adicional. —Hizo una pausa entonces, reacia a revelar más de sus pensamientos privados sobre Nial. Pensamientos como que nunca quería dejarle, pero sabía que debía hacerlo.

Ailsa se inclinó hacia atrás, con una mirada de consideración en sus ojos.

—Por la forma en que habló de ti esta mañana, por no mencionar lo protector que se comportó contigo la víspera, apostaría a que no te ve como una carga. Ninguna carga en absoluto.

Kenna tragó con fuerza.

—No es más que un hombre sumamente amable. Trataría a cualquier persona necesitada exactamente igual.

—Bueno, hasta cierto punto, eso sería cierto. —Su anfitriona sonrió—. Pero conozco a Nial, y contigo es diferente. ¿Pensarías que soy demasiado atrevida para preguntarte qué sientes por él?

El pánico se apoderó de Kenna y lo único que pudo hacer fue tartamudear.

—Yo…Yo no…Es un amigo muy querido… ¿Y quién no lo encontraría el más maravilloso…? —La frustración la invadió—. ¡Och, no importa lo que yo sienta por él! Estoy tan por debajo de él que incluso soñar con algo más es presuntuoso, por no decir una búsqueda tonta.

—Sin embargo, no puedes evitar lo que te dice tu corazón, ¿verdad?

La pregunta formulada suavemente hizo que Kenna se parara en seco. Querido y dulce Señor, pensó. Ailsa lo sabe. Och, ¡ella lo sabe!

De repente, no pudo mirar a su compañera. La cabeza de Kenna bajó y se quedó mirando, sin ver, su regazo.

—No sé por qué te dije lo que hice. Apenas te conozco, después de todo. —Levantó la vista y se encontró con la mirada comprensiva de Ailsa—. Te rogaría, sin embargo, que no le dijeras ni una palabra de esto a Nial. Me moriría de la vergüenza, y arruinaría la amistad que tenemos.

—¿Y por qué la arruinaría?

—¡Porque lo cambiaría todo! Y... y no podría soportar su lástima. —Extendió la mano y tomó las de su anfitriona entre las suyas—. ¡Oh, por favor, Ailsa! Sé que ante todo eres amiga de Nial, como debe ser. Pero no le hará ningún daño no saber esto. De hecho, sólo le angustiaría, no saber cómo actuar a mí alrededor. Y no podría soportarlo. Si su amistad es todo lo que tendré, es suficiente.

—Ah, pero en eso te equivocas, amiga mía. No será suficiente. Al final sólo te destrozará el corazón, e incluso puede que llegues a odiar a Nial por no corresponder a tu afecto.

—¡No! —Kenna sacudió la cabeza con feroz resolución—. Nunca le odiaría. Le dejaría antes de permitir que eso ocurriera.

Durante un largo momento, Ailsa la estudió con pensativa deliberación, luego suspiró.

—Bueno, esto no me concierne en absoluto, ¿verdad? Lo que ocurra entre tú y Nial ocurrirá si es lo que tiene que ocurrir. Pero rezaré una oración por ti. Para que encuentres lo que realmente buscas.

Una vez más, palabras similares surgieron en su memoria, y esta vez vio el rostro de un hombre de Dios pronunciándolas. Padre…Och, ¡tenía su nombre en la punta de la lengua! Pero fuera cual fuera su nombre, sus palabras parecían tan crípticas como las de Ana hace un momento.

—Lo que verdaderamente buscas…

En efecto, ¿qué era? Sólo una cosa estaba cada vez más clara. No era sólo su memoria la que se había perdido. Había un gran y enorme agujero en medio de su pecho, el resultado de algo muy querido que le había sido arrancado.

Kenna sólo se preguntaba si ese agujero se llenaría de nuevo y su vida estaría completa una vez más cuando su memoria finalmente regresara.

—Tú y yo debemos tener una pequeña charla, y debemos hacerlo aquí y ahora. —Informó Rhona MacKenzie a su hijo una semana después.

Nial hizo una pausa para levantar la vista del documento que estaba estudiando detenidamente en el despacho de MacKenzie y miró a su madre con no poca exasperación.

—¿Y esto es algo que no puede esperar un tiempo, hasta que descubra la información que Blaine me ha pedido que encuentre para él? Estoy aquí para ayudarle, como debe hacer cualquier tanista, ya sabes, y mis días en MacKenzie deben transcurrir a su servicio, no al mío propio.

—¿Y desde cuándo Blaine es un déspota insensible, que te conduce sin piedad de sol a sol? —Su madre rodeó la mesa, acercó una silla a su lado, tomó asiento y luego se encontró con su mirada—. Por no mencionar que soy tu madre y me debes el debido respeto.

—Bien. —Con un suspiro resignado, Nial enrolló el rollo de pergamino, lo cerró con un trozo de cinta y lo dejó a un lado. Luego, cruzando las manos sobre el tablero de la mesa, la miró —. Ahora, ¿qué es tan importante que insistes en que debemos hablar de ello aquí y ahora?

—¿Qué otra cosa sino Kenna?

Él la miró perplejo.

—¿Y qué le pasa a Kenna? La última vez que la vi, que fue esta misma mañana, parecía sana y saludable.

Rhona puso los ojos en blanco.

—Och, ¿y por qué el hombre es siempre el último en enterarse?

Las primeras sacudidas de inquietud ondularon a través de Nial.

—¿Saber qué, Madre? ¿Ha recuperado la memoria? ¿O hay algo más que la inquieta?

Ella soltó un bufido de disgusto.

—Och, aye, algo en verdad la perturba. Tú la perturbas.

—¿Qué? —Las tripas de Nial se apretaron—. ¿Qué he hecho? Dímelo, y enseguida la buscaré y lo enmendaré.

—¿Y puedes reparar un corazón que está a punto de romperse de amor por ti? Si es así, eres mucho mejor hombre que cualquiera que haya conocido en mi vida.

Esta vez sus tripas hicieron algo más que apretarse. Se retorció, dio volteretas y luego hizo piruetas. ¿Kenna me ama? No es posible.

—Creo que tu imaginación está un poco desbordada aquí, Madre —finalmente encontró voz para decir—. No somos más que amigos.

—¿Y eso es lo que sientes por ella, o tu percepción de lo que ella siente por ti?

Nial abrió la boca para responder, pero se contuvo antes de lanzarse sin miramientos a su trampa. Una trampa de la que no podría escapar sin mentir o admitir la verdadera profundidad de su afecto por Kenna. Y, aunque no se avergonzaba de su creciente amor por ella, era mejor que el asunto se resolviera primero entre ellos antes de compartir la noticia con los demás.

—Esto es un asunto privado entre Kenna y yo, Madre —le espetó finalmente.

—Och —gritó ella, levantando las manos—. ¡Lo sabía! ¡Lo sabía!

Él aspiró irritado.

—No te metas en esto, Madre. No es asunto tuyo.

Rhona giró en su silla para mirarle.

—¿No lo es? ¿No os quiero a los dos? De hecho, Kenna es como la hija que nunca tuve. Y tú pisas terreno peligroso, muchacho. Verdaderamente no sabes nada de ella. ¿Y si ya está casada? ¿Qué harás entonces, cuando su memoria finalmente regrese?

—¿Crees que no he pensado en eso, agonizando sobre tal posibilidad?

—Debes cuidar tu corazón, muchacho. —Ella le puso una mano en el brazo—. Sé que es algo difícil de hacer. Kenna es una muchacha dulce, sin una pizca de mezquindad o astucia en ella. Pero debes mantener las distancias, tanto por su bien como por el tuyo.

—Lo estoy intentando, Madre —gritó él—. Incluso sabiendo, desde la primera vez que la vi, que había algo muy especial en ella. Y tú misma me reprendiste al principio por lo que

imaginabas que era mi rudeza al evitarla. Sin embargo, ya entonces lo sabía. Sabía...

—¿Sabías qué, muchacho?

—Que ella era la mujer elegida para mí.

Rhona palideció.

—No. Eso no es más que tu corazón moldeando las cosas para justificar lo que quieres. No puedes estar seguro de que sea la elegida para ti. No hace ni dos años que estabas locamente enamorado de Ailsa. ¿Imaginaste entonces que ella era también la elegida para ti?

Le lanzó una mirada exasperada.

—Hace dos años todo era diferente en mi vida. Ya lo sabes, Madre.

—Sí, lo sé. —Ella suspiró—. Sin embargo, ten cuidado, muchacho. Los deseos de nuestros corazones pueden engañarnos para que hagamos su voluntad.

—Hago lo mejor que puedo —murmuró Nial, casi al final de su paciencia—. ¿Cuánto tiempo debo esperar entonces a que Kenna recupere la memoria para poder revelarle mis verdaderos sentimientos? ¿Otros seis meses? ¿Un año? ¿Cinco años? ¿Y si su memoria nunca regresa? ¿Entonces qué?

—Ella me preguntó lo mismo, sobre que su memoria no regresaría, mientras viajábamos hacia aquí. Se preguntaba qué pasaría entonces. Incluso —añadió Rhona con una risita—, ofreció sus servicios como una de nuestras sirvientas, tan angustiada estaba por seguir beneficiándose de nuestra hospitalidad, ahora que volvía a ser físicamente capaz.

—Espero que le hayas dicho que destierre tales pensamientos de su cabeza. No permitiré que nos lo pague trabajando como sirvienta.

—Sí, se lo dije. Pero es una muchacha honorable, y me temo que no dejará el asunto así por mucho tiempo. De hecho, Ailsa me dijo que Kenna se ofreció a ayudar en la cocina de MacKenzie la mañana siguiente a nuestra llegada.

Maldijo en voz baja.

—Está intentando abrirse un nuevo camino —dijo su madre—. Aunque creo que nos quiere a los dos como a su familia, también sabe que no somos su verdadera familia. La verdadera familia que aparentemente no ha hecho ningún esfuerzo por tratar de encontrarla. Y eso le duele mucho.

—Bueno, eso lo arregla todo. Tan pronto como regresemos de nuestra visita aquí y la cosecha esté lista, me llevaré a Kenna y cabalgaremos hasta encontrar a esa maldita familia suya, ¡aunque eso signifique recorrer todas las Tierras Altas!

—Un plan demasiado ambicioso, sin duda. —Rhona le soltó el brazo y se reclinó en su silla—. Pero no estará de más que hayas intentado todo lo posible para encontrar a la familia de Kenna, aunque eso os lleve algunos viajes largos. Y si empiezas poco después de la cosecha y viajáis quizá en un radio de cien millas desde Balloch, bueno, eso son unos buenos cuatro o cinco días de viaje en todas direcciones. Es muy poco probable que haya podido venir de más lejos que eso.

El plan le animó. Si la suerte les acompañaba, estarían de vuelta en Balloch antes de que llegaran las fuertes nevadas. Y tal vez, sólo tal vez, si Kenna sentía algún afecto por él, incluso

podrían estar casados para Navidad.

—Sí, es muy poco probable que la familia de Kenna viva tan lejos, pero al menos nos da un buen margen —respondió, muy consciente de que sus esperanzas y sueños se le estaban escapando—. Y seguramente, si su memoria no ha vuelto para entonces, no volverá. Si ella está dispuesta, será mía para tomarla.

—Parece un plan justo y razonable. —Rhona apartó su silla y se puso en pie—. Entonces estamos de acuerdo, ¿no? ¿Que no harás ni dirás nada para animar a la muchacha hasta que se hayan agotado todos los esfuerzos por descubrir su pasado?

Nial miró a su madre. Era lista, y no se equivocaba. Una vez más, le había hecho caer en otra trampa. Si aceptaba, probablemente pasarían otros cuatro meses, como mínimo, antes de que pudiera hablar con Kenna sobre sus verdaderos sentimientos. Cuatro largos y frustrantes meses más.

—Haré lo que pueda, Madre —dijo, encontrándose con su mirada escrutadora con una mirada igualmente decidida—. Por el bien de Kenna, si no por el mío propio.

Cinco días después, Ailsa pidió a Rhona, Kenna, Nial y Caitlin que se reunieran con ella y Blaine en el despacho justo antes de la cena.

—¿Tienes idea de qué va todo esto? —le preguntó Rhona a su hijo mientras bajaban las escaleras desde sus alcobas.

Él sonrió y negó con la cabeza.

—No. Pero todo se revelará a su debido tiempo, ¿verdad?

—Sí, supongo que sí. —Inmediatamente se volvió hacia Kenna, que caminaba a su otro lado junto con Caitlin.

—¿Y qué hay de ti, niña? ¿Tienes alguna idea de lo que trata esta reunión? Es todo tan privado que me preocupa que pueda haber malas noticias.

Aunque Kenna tenía efectivamente un presentimiento, no estaba dispuesta a arruinar la sorpresa de Ailsa y Blaine. En los últimos días, una vez que se había enterado de las habilidades especiales de Ailsa como sanadora, le había rogado que le enseñara algunas de las artes curativas. En el proceso de las lecciones, que generalmente comenzaban a primera hora de la mañana, cuando la mayoría de las hierbas estaban mejor cosechadas, pronto había descubierto que Ailsa llevaba ya varias semanas con el estómago revuelto.

—Me imagino, con todo lo que pasa aquí, siendo Blaine jefe de clan y todo eso, que podría ser una de varias cosas —respondió—. Pero no he visto ninguna caras largas últimamente, así que apostaría a que las noticias serán buenas.

La mujer mayor arrugó el ceño, pero luego admitió que era probable que Kenna tuviera razón. Rhona se volvió a continuación para interrogar a Caitlin, pero justo en ese momento se acercaron a la puerta del despacho.

Nial abrió la puerta, les hizo señas para que entraran y luego les siguió, cerrando la puerta tras de sí. Ailsa y Blaine les esperaban ante las ventanas con cortinas. Rhona no perdió tiempo y se apresuró a acercarse a ellos.

—Bueno, ¿qué pasa? —preguntó inmediatamente—. Me muero de preocupación desde que me mandasteis decir que nos encontráramos aquí y que teníais algo de suma importancia que contarnos.

Ailsa miró a Blaine, y sus miradas se trabaron momentáneamente en alegre expectación. Luego, cuando Nial, Kenna y Caitlin se acercaron por fin al lado de Rhona, Ailsa se volvió hacia ellos.

—Estoy encinta —dijo, rompiendo en una sonrisa impresionante—. Vamos a ser padres en algún momento a principios de febrero.

Mientras Rhona se tambaleaba hacia atrás y habría perdido el equilibrio de no ser por la rápida respuesta de Kenna y Caitlin al cogerla, Nial saltó hacia delante para coger a Ailsa en brazos.

—Och, lass, lass —susurró abrazándola—. Estoy tan feliz por ti. Muy, muy feliz.

—¿Y por qué siempre estás agarrando a mi mujer y tan convenientemente os olvidas de mí? —gruñó Blaine desde detrás de ellos—. Te juro que si no me cayeras tan bien, primo, me estaría ofendiendo ahora mismo.

Con una carcajada y un rápido beso en la mejilla de Ailsa, Nial la soltó y se acercó rápidamente a Blaine. Se cogieron de la mano por el antebrazo y sonrieron.

—Siempre fuiste un patán celoso —dijo Nial—. En todo caso, nunca tuve ninguna oportunidad con Ailsa. Pero mi más sincera enhorabuena de todos modos. Vas a ser padre entonces, ¿no?

Blaine le devolvió la sonrisa, aunque era de tímido desconcierto.

—Sí, eso parece.

Para entonces Rhona había recuperado la compostura y había sustituido a Nial al lado de Ailsa, abrazándola con feliz emoción. Caitlin se apresuró a abrazar a su hermano.

—Och, las. —La madre de Nial casi lloraba—. Estoy muy contenta por vosotros. Cualquier cosa que necesitéis, sólo tenéis que pedirla. Y si deseáis que os atienda en vuestro lecho, sólo tenéis que decirlo y estaré a vuestro lado. Och, lass, lass!

Al observarlos, Kenna no pudo evitar sonreír. Eran una familia tan unida y cariñosa, y harían cualquier cosa por los demás. Estaría muy bien pertenecer a ellos.

Pero no debía permitirse anhelar tan desesperadamente lo que no le correspondía tener. Debía contentarse incluso con tener la oportunidad de conocerlos y compartir este feliz momento. Sabiendo ahora que Blaine había perdido a su primera esposa y a su hijo en el parto, podía adivinar que la noticia de que Ailsa esperaba un hijo suyo era agridulce para Blaine. Sin embargo, la vida, el amor y la esperanza renovada le habían dado fuerzas para seguir adelante, hasta que una vez más se le había concedido otra oportunidad de formar una familia.

Algún día, ella podría tener esa misma oportunidad de empezar de nuevo. No con Nial, por supuesto, sino tal vez con algún otro hombre. Algún hombre que tal vez ya conociera y que aún

tuviera que redescubrir.

En medio de la algarabía y las felicitaciones, Kenna tardó un momento en darse cuenta de que alguien llamaba a la puerta. Una mirada a sus amigos y supo que no se habían dado cuenta del inesperado visitante, así que se dirigió al otro lado de la habitación y abrió la puerta.

Nathan estaba allí de pie, con una mirada preocupada en los ojos.

—¿Hay algo que pueda hacer por ti? —preguntó Kenna.

Su mirada se desvió más allá de ella hacia la jubilosa reunión al otro lado de la habitación. Luego volvió la vista hacia ella.

—Er, Brady el mozo de cuadra acaba de traerme este documento sellado. Parece que algún jinete lo ha entregado hace unos minutos, con órdenes de que se lo entregue al Laird.

Kenna odiaba que el feliz momento de Ailsa y Blaine se viera interrumpido justo en ese momento.

—¿No puede esperar un tiempo? ¿Hasta por lo menos después de la cena?

El anciano negó con la cabeza.

—No, señora, no puede. El mensajero dijo que esta carta debía ser entregada inmediatamente. Y, como fue enviado por la reina, no me atrevo a desobedecer.

—¿La reina? ¿La reina María?

—Sí, la misma.

Se hizo a un lado, le hizo un gesto sin palabras para que entrara y luego observó cómo cruzaba apresuradamente la habitación. Cuando se acercó a Blaine y a los demás, por fin parecieron reparar en él. Todos callaron. Kenna cerró la puerta y siguió la estela de Nathan.

—Una carta, mi Laird —dijo Nathan mientras se acercaba al MacKenzie—. Una carta de la reina.

Con expresión seria, Blaine aceptó la misiva, abrió su estuche de cuero sellado y extrajo el pergamino enrollado. No perdió tiempo en desplegarlo y leer el contenido. Los segundos pasaban en la habitación, ahora silenciosa como una piedra, y Kenna podía oír cómo su corazón latía con fuerza en sus oídos.

Finalmente, tras lo que pareció una eternidad, Blaine levantó la mirada y se encontró con la de su esposa. Una leve sonrisa se dibujó en la comisura de sus labios.

—Tendremos un invitado real dentro de dos semanas. Parece que la reina nos hará una visita.

Capítulo 8

Cada mensaje de Blair últimamente, pensó Colin, arrugando la última misiva y arrojándola al fuego, parecía transmitir noticias cada vez peores. Ya era bastante malo que Kenna pareciera estar desarrollando una estrecha relación con Nial MacKenzie y no hubiera hecho ningún intento de escapar. Pero ahora Blair acababa de verlos partir hacia lo que parecía ser una visita prolongada al castillo de MacKenzie, sede del poder de los MacKenzie. Kenna no sólo se estaba alejando cada vez más de él, sino que temía que también estuviera cayendo tan profundamente bajo el hechizo de Nial MacKenzie que tal vez nunca pudiera traerla de vuelta.

Era hora de que dejara de esconderse detrás de sus espías, resolvió Colin, e intentara ponerse en contacto con Kenna él mismo. MacKenzie, después de todo, veía pasar por sus puertas a todo tipo de forasteros, la mayoría con la esperanza de obtener algún favor especial de los MacKenzie. Le resultaría igual de fácil atravesarlas sin ser notado y hablar finalmente con Kenna.

Lo que él esperaba conseguir si ella estaba realmente hechizada, Colin no lo sabía. Pero había un curandero local que podría tener algún amuleto para protegerle, así como alguna poción mágica para eliminar el hechizo de Kenna. Aun así, incluso la consideración de acercarse a una mancha tan diabólica erizaba la piel de Colin. Sin embargo, no había nada que hacer.

Por el bien de su bonita Kenna, estaba dispuesto a arriesgar incluso eso.

Aunque no lo deseaba, Nial consiguió limitar el tiempo que pasaba en compañía de Kenna a una o dos horas durante y después de la cena. Y ese tiempo lo pasaba en presencia de otras personas, lo que obligaba a que su conversación con ella fuera más general que personal. El resto de cada día, o bien se enterraba en la biblioteca investigando documentos o se encerraba en una conferencia privada con Blaine, intercalada a veces con cabalgar con él para inspeccionar las tierras de MacKenzie o para reunirse con los diversos lairds de Blaine.

Kenna, sin embargo, debió de encontrar las breves interacciones con él tan frustrantes como él. La mañana del séptimo día, casi como si estuviera al acecho de su aparición, bajó apresuradamente la escalinata de la torre del homenaje justo cuando él sacaba su caballo de los establos.

—¿Y adónde vais esta hermosa mañana? —le preguntó, poniéndose finalmente delante de él—. ¿Otra cabalgata para inspeccionar los dominios de Blaine por él? ¿O tal vez te ha enviado a otra misión completamente distinta?

Con una sonrisa irónica tirándole de la comisura de los labios, Nial la miró. Tenía las mejillas muy sonrojadas y el pecho le pesaba por lo que probablemente era su carrera para alcanzarle antes de que partiera. Pero también había fuego en sus ojos, y se preguntó si no estaría alimentado por la ira. Pero si era ira hacia él por no haber pasado mucho tiempo con ella últimamente —lo que secretamente esperaba que fuera el caso— o por alguna otra causa, Nial no lo sabía.

—En realidad, había planeado un pequeño paseo por Loch Awe a uno de mis lugares favoritos —contestó—. Blaine está ocupado con Ailsa en este momento, afinando los planes para la visita de la reina María. Y, por complejo que sea, con todas sus necesidades reales, estoy libre por la mañana.

Su rostro cayó.

—Och, entonces querrás algo de paz y tranquilidad para ti, ¿no?

Sabía que debía estar de acuerdo con su apreciación, incluso cuando intuía que ella quería pasar algún tiempo con él, pero de repente a Nial no le importaba lo que le había prometido a su madre, o lo que probablemente era el mejor y honorable camino a seguir con Kenna. Después de todo, ¿qué mal podría resultar de un pequeño galope juntos alrededor de Loch Awe?

—¿Te gustaría cabalgar conmigo, muchacha? —Inclinó la cabeza y sonrió—. Porque si así fuera, me encantaría que me acompañaras.

La expresión de Kenna se iluminó.

—Sí, me gustaría mucho. —Ella vaciló—. ¿Pero podéis esperar quince minutos más, mientras voy a prepararme?

—Me parece el tiempo justo para preparar a tu yegua. —Nial hizo un movimiento de espanto—. Así que vete, entonces. La mañana se acerca incluso mientras estamos aquí parloteando.

Con una carcajada, Kenna se recogió las faldas y echó a correr hacia el torreón. Fiel a su palabra, quince minutos después regresó, vestida con un sencillo vestido de lana azul y una tela escocesa MacKenzie que le envolvía los hombros y se sujetaba con la versión plateada más pequeña del escudo del clan MacKenzie que él le había regalado justo antes de que partieran de Balloch. Con su largo cabello castaño rojizo trenzado en una sola trenza y luego retorcido en un apretado moño en la nuca, tenía un aspecto tan encantador, y tan propio de una muchacha MacKenzie, que dejó a Nial sin aliento.

Tuvo un instante de recelo sobre si aceptar llevarla de paseo, pero luego lo apartó. Era un hombre adulto, después de todo, y podía controlar bien sus impulsos más carnales. Además, nunca haría nada intencionadamente para causarle daño o dolor.

Nial ayudó a Kenna a montar, y pronto estaban galopando a través de las enormes puertas de MacKenzie y fuera y alrededor del lago. Era un glorioso día de principios de agosto, los cielos fregados de un azul fresco y claro por la lluvia de la noche anterior y las nubes barridas por el viento esparcían trozos de blanco por el cielo. Cabalgaron durante un rato, contentos de la compañía del otro y del hermoso día. Finalmente, sin embargo, no muy lejos de MacKenzie, al otro lado del lago, en un lugar donde apenas pudieron vislumbrar una de sus torres, Nial se detuvo.

Bajándose del caballo, soltó las riendas para dejar que el animal pastara en la hierba verde

y se acercó a ella.

—Baja, muchacha —le dijo, alzando los brazos hacia ella—. Quiero enseñarte uno de mis lugares favoritos de MacKenzie.

Ella soltó las riendas de su propio caballo y se acercó gustosamente a él. A diferencia de aquella víspera en que habían llegado por primera vez a MacKenzie, en cuanto sus pies estuvieron firmes en el suelo, Nial no perdió ni un momento en apartarla de él. Intentó aliviar lo que podría tomarse como evasión cogiéndola de la mano y tirando de ella hacia delante, hacia un lado de un pequeño arroyo que acababa desembocando en el lago.

Enormes robles centenarios extendían sus nudosos brazos a lo largo del pequeño arroyo, la luz del sol atravesaba su follaje en algunos puntos para enviar ráfagas de deslumbrante brillo que resplandecían en el agua. A lo lejos, detrás de MacKenzie, se alzaba el poderoso Ben Cumberland, con sus picos desnudos y azotados por el viento que sobresalían hacia el cielo.

Ella se volvió hacia él.

—Es precioso. Ya veo por qué te gusta venir aquí. Gracias por mostrarme este lugar.

—Traje aquí a Ailsa, justo después de que llegara por primera vez a MacKenzie. En aquellos días, acababa de aceptar casarse con Blaine para poner fin a la enemistad entre su clan y el nuestro.

—Sí, Ailsa me habló de tu amabilidad en aquellos primeros días, y del rápido vínculo que formasteis. —Kenna sonrió—. De hecho, si no supiera que está locamente enamorada de su marido, creo que casi estaría celosa de vuestra especial amistad.

Nial rió entre dientes.

—¿Lo estarías ahora?

—Podría, si no supiera que tu primer amor es el clan MacKenzie y ayudar a Blaine en todo lo que puedas. Ninguna mujer, ni siquiera de la talla de Ailsa, puede hacerle sombra a eso.

Frunció el ceño al notar ahora un ligero filo en su voz.

—¿Y por qué dices eso, muchacha?

Ella se encogió de hombros, le soltó la mano y se volvió para contemplar el lago Awe.

—Salvo Blaine, casi nadie te ha visto esta semana, salvo para la cena. ¿O es sólo que ya no tienes tiempo para estar conmigo?

¿Y cómo iba a responder a eso? se preguntó Nial. Decirle que la evitaba a propósito porque temía las consecuencias de revelar sus verdaderos sentimientos por ella sólo complicaría las cosas para ambos. Sin embargo, admitir que no deseaba estar cerca de ella era una mentira.

—Es muy complicado, muchacha —replicó Nial, optando por una táctica totalmente distinta con la esperanza de que ella se inventara una razón alternativa para sus continuas ausencias de los últimos tiempos—. Hace ya más de dos años que murió mi padre, el primer tanista de Blaine. Tras esa muerte, varios de los lairds y otros parientes de Blaine le advirtieron sobre su plan de nombrarme su próximo tanista. Después de todo, yo era el hijo del traidor que había tramado y planeado durante años apoderarse de la jefatura, no sólo de Blaine, sino del padre de Blaine, el propio hermano de mi padre. ¿Quién iba a decir que yo, también, no codiciaba secretamente la posición de Blaine?

—Y sería peligroso para Blaine mantenerte demasiado cerca —ofreció Kenna, volviéndose hacia él—, y guardarte las confidencias privadas que necesitaría si fueras su tanista.

—Por no mencionar que, mientras Blaine no tuviera heredero, y yo fuera su sucesor elegido, si algo le ocurriera, yo sería automáticamente el siguiente en la línea de sucesión para la jefatura del clan.

—Sin embargo, te eligió a ti.

—Sí, lo hizo, y durante un tiempo, varios lairds no me vieron con buenos ojos.

—¿Y qué hiciste? ¿Simplemente esperar?

Nial asintió.

—En cierto sentido, sí. Regresé a Balloch y pasé desapercibido, ayudando a Blaine lo mejor que pude desde la distancia. De hecho, en los dos años transcurridos desde que me nombró tanista, ésta es sólo la segunda vez que he regresado a MacKenzie. De ahí —añadió con una sonrisa—, que haya tanto trabajo cuando le hago una visita a Blaine.

Sonrió.

—Y explica, también, algunos de sus comentarios algo mordaces hacia ti cuando llegamos. Me preguntaba por qué Blaine te regañaba por haber permanecido tanto tiempo en Balloch, y amenazaba con enviar a sus hombres a arrastrarte hasta aquí.

—Sí. —Nial suspiró—. Quizá hice mal en no avisarle de mi plan de alejarme durante un tiempo, pero no quería añadir más cargas a las suyas. No necesitaba verme merodeando, agitando a sus otros lairds, que temían que otro Keir MacKenzie, aunque una versión más joven, pudiera estar entre ellos.

—Debe ser duro, que aunque han pasado dos años desde la muerte de tu padre, debes seguir pagando el precio de sus actos.

—¡Och, en cierto modo, me temo que estaré pagando el precio por él el resto de mis días! —dijo con una risa aguda—. Como lo hará mi madre, por el dolor que él le causó. Por eso ella finalmente lo abandonó, cuando yo era casi un hombre. Hizo todo lo que pudo durante todos esos años de mi niñez y juventud para protegerme de los actos crueles e insensibles de mi padre, incluso mientras sufría en silencio como su esposa. De hecho, sea cual sea la clase de hombre que soy hoy, es gracias a mi madre y a sus cariñosas maneras. Pero nunca, jamás, gracias a nada de lo que hizo mi padre, pues nunca tuvo tiempo ni interés en mí. O, al menos, no hasta que fui un hombre y pude ser utilizado para promover sus propias ambiciones.

De repente, todas las viejas frustraciones y la rabia hirviente se hincharon de nuevo. Nial no podía soportar que ella le viera así, así que caminó unos metros más hasta situarse al borde del lago. Una brisa repentina azotó la superficie del agua, enviando agitadas ondas a través de su oscura extensión. Igual que el estado de su alma ahora mismo, se dio cuenta. Un alma que, en su mayor parte, estaba en paz con su fallida relación con su padre, pero que tan fácilmente se agitaba de nuevo hacia el descontento y la inquietud con sólo el más leve roce del recuerdo.

—Pensé que le había perdonado —dijo, al oír que Kenna se acercaba para colocarse detrás de él—. Pero con sólo un recordatorio la ira surge de nuevo, y sé que nunca le perdonaré del todo. Parece que carezco del valor suficiente para perdonar setenta veces siete.

De repente, los brazos de ella rodearon su cintura para sostenerlo, y él sintió su pequeño

cuerpo apretarse contra el suyo. Ella apoyó la mejilla en su espalda.

—Leí algo una vez, o tal vez fue algo que alguien me dijo —comentó ella—. Sobre que el perdón a veces es un viaje. Un viaje tan dirigido hacia dentro como hacia fuera, hacia la persona a la que debíamos perdonar. Y que, a medida que dábamos vueltas cada vez más profundas hacia el autoconocimiento llegábamos a perdonar más completamente.

Colocó sus manos sobre las de ella y las estrechó contra él, saboreando su cercanía, su tacto.

—Entonces tengo un camino muy largo que recorrer en mi viaje hacia el perdón. Creo que esa realización, más que otra cosa, es lo que me angustia tanto en tiempos como estos.

—Es comprensible, Nial —susurró ella, con la voz ahora obstruida por las lágrimas—. Después de lo que has pasado a manos de tu padre...

La consternación le invadió. Tiró de sus manos para liberarla y girarse hacia ella. Kenna intentó ocultarle su semblante, pero él le agarró la barbilla y la obligó suavemente a levantar la vista. Como él había sospechado, estaba llorando.

—Lass, lass —gritó, con las tripas retorciéndose ante su dolor—. No es tan grave. Och, ¡no debería haberte contado todo esto! No quise hacerte llorar.

Ella le miró con ojos brillantes como lágrimas.

—No pasa nada. Estoy bien. Es solo que al imaginarte sin un padre a tu lado...

—Ah, dulce muchacha —canturreó Nial, atrayéndola hacia él—. Eso ya ha pasado. Y todos tenemos nuestras heridas especiales a medida que crecemos, pero no tenemos que permitir que nos conviertan en los pobres infelices que las infligieron. —Hizo una pausa, maldiciendo la autocompasión que le había llevado a este momento—. En la mayoría de los aspectos estoy contento con mi vida. Estoy bendecido con mi hogar y tierras, mi familia y mis amigos.

—Och, Nial —susurró Kenna—, y yo soy tan dichosa por conocerte. —Ella se recostó en sus brazos—. ¡Eres el hombre más maravilloso, honorable y cariñoso que he conocido!

Sus hermosos ojos castaños estaban llenos de una ternura tan inefable que, por un instante, Nial se sintió deshecho. Casi como atraído hacia ella por cuerdas invisibles, bajó la cabeza hacia sus labios suaves y ligeramente entreabiertos. Y entonces, como si Kenna se diera cuenta por fin de que él pretendía besarla, cerró los ojos e inclinó la cabeza hacia atrás en una aquiescencia voluntaria.

Entonces uno de sus caballos, que pastaba cerca, debió de pisarle las riendas. El animal resopló, se echó hacia atrás y sacudió la cabeza. El cuero chirrió; un bocado tintineó.

El hechizo se había roto. Al darse cuenta de lo que casi había hecho, Nial soltó a Kenna y dio un rápido paso atrás. Sus ojos se abrieron de golpe.

—Tenemos que volver al castillo MacKenzie. —Apenas consiguió gritar a través de los dientes apretados. Se obligó a mirar hacia el sol, casi en su cenit—. Tal y como están las cosas, sólo llegaremos para la comida del mediodía.

Con eso, Nial giró sobre sus talones y se dirigió a recoger ambos caballos. Sin embargo, pasó mucho tiempo antes de que pudiera desterrar de su mente aquella mirada de decepción herida en el rostro de Kenna y el embriagador recuerdo de su boca ansiosa acercándose a la de él.

Cuatro días después, Colin vio salir a la partida de MacKenzie. Dos hombres y una mujer salían a caballo, seguidos por otro hombre que conducía un carro. Si el carro vacío que les seguía la estela era un indicio, probablemente se dirigían al pueblo de Dalmally, a sólo tres kilómetros por la carretera, y a su mercado del sábado por la mañana. Reconoció a una de las mujeres como Kenna. Como una sanguijuela que no podría sobrevivir mucho tiempo sin su fuente de sustento, Nial MacKenzie cabalgaba a su lado. La otra mujer, que cabalgaba detrás de ellos con un hombre mayor, él adivinó que era la esposa del MacKenzie, si su famoso pelo llameante era alguna indicación.

—Och, muchacha —susurró desde su escondite en un espeso bosque de abedules—. Entre la bruja y su hechicero, no tienes ninguna posibilidad. Ya es hora de que hable contigo. Ya es hora de que intente romper sus hechizos diabólicos.

Les permitió pasar y, tras una breve espera, salió tras ellos. Dondequiera que se dirigieran, era evidente que su excursión era sólo por el día. Y pudo seguir fácilmente sus huellas, a dondequiera que llevaran.

Sí, de un modo u otro, resolvió Colin, hoy era el día en que rescataría a su amada Kenna de las garras de sus impíos captores.

—Och, mira, Kenna —exclamó Ailsa emocionada cuando se encontraban en medio del bullicioso mercado de Dalmally—. ¿Qué te parecen estas velas? El propietario afirma que están hechas de la cera de abeja más pura. ¿Crees que la reina las encontraría agradables en su alcoba?

Kenna se acercó para examinar las velas. Altas y gruesas, brillaban con un lustre cremoso que denotaba la más alta calidad. Estas velas llenarían la habitación con una deliciosa fragancia, no gotearían ni humearían, y arderían durante una buena hora o más con un cálido resplandor. También eran, Kenna lo sabía, muy costosas.

—Dudo que Mary encontrara velas mejores en el país —dijo, volviendo la vista hacia Ailsa.

—Sí, eso es lo que yo también estaba pensando. Y Blaine dijo que no reparara en gastos, así que creo que las compraré.

El hombre envolvió seis velas de varios tamaños en paños suaves y luego las colocó en la cesta de mimbre que llevaba Ailsa. Ella le pagó y se volvió hacia Nial, que acababa de reunirse con ellos.

—Estas son muy pesadas. —Sonrió al laird de Balloch—. ¿Serías tan amable de llevarlas al carro para que Kenna y yo podamos continuar con nuestras compras?

Nial aceptó la cesta ahora cargada de velas.

—Con mucho gusto. Después de todo, es por lo que Blaine me pidió que te acompañara.

Como escolta y chico de los recados.

—Y haces ambas cosas tan admirablemente bien como haces todo lo demás —dijo Ailsa riendo.

Sonrió y, girando sobre sí mismo, empezó a abrirse paso entre la multitud cada vez más espesa.

Kenna lo observó hasta que finalmente desapareció de su vista. Extraño, musitó, cómo nunca se cansaba de verle, de estar cerca de él. De hecho, cada vez que estaba con él, parecía descubrir otro aspecto entrañable de su personalidad.

Aun así, desde aquel día en que la había llevado a aquel lugar favorito suyo, Nial había vuelto a evitarla. Y evitarla la había irritado. Ella lo sabía ahora. Una suave sonrisa rozó sus labios. Por mucho que él hubiera intentado ocultar su intención, sus instintos de mujer le decían que había querido besarla. Y, ella también lo sabía, sólo era cuestión de tiempo que lo hiciera de verdad.

—Basta ya de suspirar por Nial. —La divertida voz de Ailsa cortó su ensueño justo en ese momento—. No tardará mucho en irse, y aún tienes todo el camino de vuelta para estar con él.

Avergonzada por verse atrapada en una ensoñación, Kenna se dio la vuelta. Sin embargo, no pudo evitar el calor en sus mejillas, por mucho que fingiera sorpresa por el comentario de Ailsa.

—Te agradecería mucho —murmuró, mirando hacia abajo—, que dejaras de tomarme el pelo con eso.

—¿Por qué? ¿Temes que Nial pueda oírme?

Kenna levantó la cabeza.

—¡Prometiste que no le dirías nada!

—Bueno, en realidad, no lo prometí. Sólo me pediste que no lo hiciera, y no lo he hecho. Aunque no veo lo terrible que sería, con Nial sabiéndolo y todo eso.

—¡Ailsa, por favor! —Se lamentó consternada—. ¡Por favor, no!

Su amiga rió entre dientes y puso una mano en el brazo de Kenna.

—Och, no lo haré. Pero creo que deberías decírselo. Si lo hicieras, apuesto a que te llevarías una sorpresa muy agradable.

Por un fugaz instante, Kenna estuvo tentada de preguntarle a Ailsa por qué pensaba así, pero luego sofocó el impulso. No importaba. Hasta que no recuperara la memoria y supiera quién y qué era en realidad, no tenía nada que ofrecer a un hombre como Nial MacKenzie. Hacer otra cosa sería cruel y egoísta.

—Tal vez lo haga, cuando sea el momento adecuado —respondió en su lugar—. Pero debe ser cuando yo lo considere oportuno.

Ailsa se encogió de hombros y sonrió.

—Como quieras. Ahora —hizo una pausa para mirar a su alrededor—, todavía hay que comprar un montón de víveres para alimentar a la reina y al séquito que seguro que traerá con ella. —Rompió el pergamino por la mitad—. Toma, coge esto —Ailsa entregó un trozo de la

lista a Kenna—, y empieza a comprar esos artículos, y yo procederé a buscar lo que hay en la mía. Así podremos comprarlo todo en la mitad de tiempo.

Kenna echó un vistazo a su lista. Necesitaba comprar diez libras de azúcar, cinco tipos diferentes de especias, cuarenta libras de harina y unas diez de fletán, salmón y bacalao.

—Tan pronto como regresen los hombres, ¿te asegurarás de enviar a uno para que me ayude? —preguntó, encontrándose con la mirada de su amiga.

—Hmmm, ¿y cuál de los dos te gustaría que te sirviera de recadero? —Ailsa arrugó la frente en exagerado pensamiento—. Hmmm, ¿Nathan o Nial?

—¡Och, bien sabes a quién elegiría! —respondió Kenna riendo—. Mándame a Nial, por supuesto.

Con eso, las dos mujeres se separaron. Kenna pasó los siguientes quince minutos regateando con el mercader ambulante de especias sobre el coste del clavo, la canela, el jengibre, la nuez moscada y la pimienta. Cuando por fin estuvo satisfecha de haber conseguido los mejores precios posibles, hizo que el hombre llenara bolsas individuales de cuero con las especias y las atara. Una vez de vuelta en MacKenzie, las valiosas especias se guardarían bajo llave en un especiero de madera para su custodia.

Cuando terminó de pagar al mercader y de meter las bolsas de especias en su cesta, una mano se posó en su hombro. Alguien se inclinó cerca para susurrarle al oído.

—No montes una escena, muchacha —le dijo una voz masculina—. Date la vuelta como si fueras a hacer la compra y ven conmigo.

La voz le resultaba familiar, pero Kenna sabía qué hacía meses que no la oía. Un recuerdo la recorrió. Estaba de pie en un patio, mirando a un hombre. Llevaba un bonete azul decorado con una pluma de águila, que lo identificaba como un caballero de la nobleza.

—Me arrastraría sobre mis manos y rodillas, lo haría —había dicho—, para volver con una bonita muchacha como tú.

¡Colin!

Con el corazón latiéndole bajo el pecho, Kenna se obligó a hacer lo que él le pedía. Ya se alejaba a grandes zancadas, dirigiéndose hacia un callejón entre dos de los edificios de bahareque. Agitada de repente por un escalofrío incontrolable, miró a su alrededor en busca de Ailsa o Nial. Sin embargo, era pleno día de mercado y no logró verlos entre los cuerpos que se agolpaban alrededor de casi todos los puestos y mesas.

Bueno, tal vez fuera lo mejor, se dijo a sí misma. Así tendría tiempo suficiente para hablar con Colin. Colin... su cuñado. Colin, un Donald, lo que la convertía a ella, también, en una Donald.

En cuanto Kenna se acercó, la agarró del brazo y la arrastró hacia el callejón sombrío. Durante un largo momento, no dijo nada, sólo la miró a los ojos.

—No pareces hechizada —murmuró al fin.

Ella le miró fijamente, desconcertada.

—Por supuesto que no estoy hechizada. ¿Qué te haría pensar tal cosa?

—¿Y qué otra razón habría, entonces, para que te mantuvieras en compañía de Nial

MacKenzie todas estas últimas semanas? El verdadero hombre que asesinó a tu marido.

¿Su marido?

Por un instante la mente de Kenna se llenó tanto de recuerdos, que ahora venían uno tras otro en rápida sucesión, que temió que su cráneo estallara. El rostro del hombre muerto en sus sueños apareció ante ella, y esta vez lo reconoció. ¡Seamus! ¡Och, Seamus, Seamus!

Las náuseas se apoderaron de ella. El mundo giró de repente a su alrededor. Sus rodillas se doblaron, la cesta cayó de sus dedos sin nervio y, de no ser por el firme agarre de Colin, Kenna se habría ido al suelo.

—Nada de eso, muchacha. —La cogió en brazos y la llevó hasta un viejo banco desvencijado. Colocándola allí, metió la cabeza de Kenna entre sus rodillas.

—Respira lenta y profundamente —le ordenó, su voz sonaba ahora curiosamente lejana—. Y mantén la cabeza agachada hasta que se te pase.

Tres veces distintas, Kenna hizo lo que se le decía. Entonces, justo cuando pensaba que por fin se sentía mejor, como un fuerte puñetazo en las tripas, volvían todos sus recuerdos perdidos hacía mucho tiempo. Una vez más, el mareo y las náuseas la abrumaron y tuvo que volver a bajar la cabeza. Finalmente, sin embargo, la caótica avalancha de sus nuevos recuerdos se ordenó un poco y ella empezó a calmarse.

—Déjeme levantarme —graznó al fin—. Me…Me siento mejor.

Él la soltó y ella se enderezó lentamente. Durante uno o dos segundos más, todo giró a su alrededor, luego se asentó. Ella miró a Colin, logró una débil sonrisa.

—Me alegro de volver a verte. —Las lágrimas brotaron.

—¿Qué te ha pasado, muchacha? —Se inclinó hacia ella, le tocó la mejilla, sus ojos oscuros llenos de preocupación y compasión—. ¿Por qué no volviste a casa, al castillo?

Ella sintió la humedad resbalar por sus mejillas pero no le importó.

—N-no pude. Aquella noche que salí a buscarte, me caí del caballo y me golpeé la cabeza. Y, cuando desperté en el castillo de Balloch, descubrí que había perdido todo recuerdo de mi vida pasada.

—A mí me suena más bien a brujería —gruñó.

—Och, no. Estaba doloridamente herida, con un enorme nudo en la cabeza y un tobillo roto, por no mencionar el resto de rasguños y magulladuras. —Kenna le cogió la mano—. Pero, por suerte, me encontró uno de los miembros del clan de Nial y me llevó a Balloch, donde Nial y su madre me acogieron muy amablemente. Es donde he estado todo este tiempo, curándome, mientras luchaba por recuperar la memoria.

Hizo una pausa mientras la asaltaban nuevos recuerdos de la noche en que había cabalgado hacia aquella tormenta, intentando alcanzar a Colin y sus hombres.

—¿Qué ocurrió? Intenté alcanzarte, impedir que tendieras una emboscada a Nial, pero nunca te encontré. Y es evidente que fracasaste en tu intento de matarle.

Soltó un bufido de disgusto.

—Nunca salieron de Balloch. Parece que el mal tiempo les desanimó. Y los hombres

empezaron a refunfuñar, así que decidí que lo mejor sería volver a intentarlo otro día.

—¡Och, si tan sólo tú, en lugar de ese campesino MacKenzie, me hubieras encontrado! No habría pasado estos dos últimos meses sin saber quién era… —Y tampoco conociendo y llegando a amar a Nial, se dio cuenta Kenna. El hombre que podría haber matado a su marido.

—Bueno, lo pasado, pasado está —replicó Colin, interrumpiendo sus angustiados pensamientos—. Lo único que importa es que ahora sabes quién eres, y podemos volver al castillo de los Donald este mismo día.

¿Regresar al castillo de los Donald? ¿Dejar a Nial, Ailsa y Rhona? Kenna tragó con fuerza. El pensamiento le envió una esquirla de agonía que le atravesó el corazón. Sin embargo, ¿no era esto por lo que había estado trabajando y rezando todas estas semanas? ¿Saber por fin quién y qué era?

—Sí, tal vez sea lo mejor —dijo, con la voz extrañamente tensa—. Pero primero, debo encontrar a Ailsa y a Nial y contarles lo ocurrido, que mi memoria ha vuelto. —Se levantó, caminó hacia donde había dejado caer la cesta y la recuperó—. Al menos les debo eso.

Colin se puso en pie de un salto y corrió a su lado.

—No, muchacha. No te atrevas a decírselo. Si se lo dices no te dejarán marchar. Rompería el hechizo que han lanzado sobre ti

—No debes preocuparte. Tanto Ailsa como Nial son gente buena y temerosa de Dios. Se alegrarán de que haya recuperado la memoria. Es lo que todos han querido para mí desde que llegué a ellos.

—¡Kenna! ¿Dónde estás, muchacha?

Desde los puestos del mercado que daban al callejón, llegó la profunda voz de Nial. Estaba llena de preocupación, y a Kenna se le retorció el corazón. Ella nunca desearía causarle preocupación o dolor.

Instintivamente, se volvió para ir hacia él, sólo para que Colin la agarrara del brazo y tirara de ella hacia atrás.

—¿Volverás con él? ¿Con el asesino de tu marido? —Le ronroneó al oído.

Sus palabras la hicieron retroceder. Una vez más, una confusión confusa enturbió sus pensamientos. Nial... ¿Nial había matado a Seamus? Entonces recordó. El disparo de pistola en la espalda de Seamus cuando él y sus hombres intentaban escapar de los MacKenzie… MacKenzies dirigidos por su laird. El laird de Balloch. Nial MacKenzie.

—¡Kenna! ¡Respóndeme, muchacha!

Una vez más Nial la llamó a gritos, su querida voz bañando su agudizada conciencia como la miel fluyendo sobre la lengua. Ansiaba ir hacia él, ver una vez más aquella sonrisa infantilmente entrañable, rogarle que la tomara y la estrechara contra sí. Och, esconderse en el remanso de sus brazos, beber profundamente de su fuerza y de la seguridad de que todo seguiría bien. . .

Tal vez ese sueño se había esfumado para siempre, aplastado bajo el terrible peso de sus duros y pesados recuerdos. Sin embargo, era demasiado pronto para estar segura de ello. Y demasiado pronto para dar la espalda a lo que aún tenía ante sí.

—Hoy no puedo ir contigo —dijo, mirando a Colin—. Necesito tiempo para pensar, para resolverlo todo.

—¿Y eso sólo puede hacerse dentro de la asquerosa guarida de los MacKenzie?

—Por un tiempo más, sí. —La resolución se endureció en su interior—. ¿Puedes encontrarte conmigo esta vez dentro de dos días?

Una luz alegre y ansiosa se encendió en sus ojos.

—¿Dónde?

Su pregunta la hizo reflexionar. ¿Dónde podrían reunirse que estuviera a salvo de miradas indiscretas? La inspiración la golpeó.

—No lejos de MacKenzie, a orillas del Loch Awe, hay un pequeño arroyo cuyas orillas están bordeadas de enormes robles. Se pueden ver los árboles desde las puertas de MacKenzie. Encuéntrame allí.

—Con mucho gusto.

Kenna se había dado la vuelta para irse cuando el agarre de Colin se tensó.

—¿Sí? —Le lanzó una mirada por encima del hombro.

—Una cosa más. Hagas lo que hagas, no le digas a los MacKenzie, y especialmente a Nial, quién eres o que tu memoria ha vuelto. Mejor que esperes un poco en eso, hasta que lo hayas solucionado todo.

Ella consideró su consejo por un momento, luego asintió.

—Sí. Tienes razón. Mejor espero.

La soltó entonces, y Kenna se encaminó de nuevo por el callejón hacia los puestos del mercado.

Capítulo 9

Durante los dos días siguientes, Kenna se sintió como en una pesadilla aunque estuviera despierta. No obstante, cuando no estaba escondida en su alcoba, mirando por la ventana y llorando, siguió con su rutina diaria habitual aunque sólo fuera para evitar preguntas o preocupaciones innecesarias. Sin embargo, todo lo que hacía le parecía forzado, desprovisto de toda alegría o energía.

No es que nadie pareciera darse cuenta, con toda la ajetreada anticipación de la llegada de la reina al día siguiente. Lo cual estaba muy bien, pensó Kenna, una vez más en su alcoba poco después de la comida del mediodía del día en que debía reunirse de nuevo con Colin. Si Ailsa o Rhona hubiesen tocado siquiera su semblante poco feliz, temía haberse derrumbado allí mismo y haberlo confesado todo. Y si Nial hubiera tenido la oportunidad de hablar con ella en cualquier contexto, habría empezado a chillarle y no habría parado nunca.

Todo recuerdo de su vida pasada había vuelto ahora, su recuperación puesta en marcha por su encuentro con Colin.

Recordaba como Colin afirmaba que Nial había matado a Seamus de un único y bien colocado disparo de pistola en la espalda. También había liderado, según Colin y varios de sus compañeros de clan, la partida MacKenzie que los había perseguido. Todas las pruebas señalaban a Nial como el asesino de Seamus. Pocos otros, salvo los nobles más ricos, podían permitirse armas tan caras.

Aún resultaba difícil creer que Nial hubiera cometido un acto tan brutal y a sangre fría, que fuera un asesino. Había perdonado la vida a los Donald cuando su fuerza superior los había arrollado, y luego los había enviado a seguir su camino. ¿Por qué elegiría entonces disparar a Seamus por la espalda?

Sin embargo, al parecer era el único que tenía armas.

Durante horas y horas Kenna luchó con ese dilema. Quizá Nial pensó que tenía motivos para lo que hizo. Tal vez imaginó, en el último momento, que Seamus y los demás se volvían para atacarles. Quizá lo mejor era enfrentarse a él y exigirle la verdad.

Pero, ¿podría creerlo si él negaba su implicación en el asesinato de Seamus? ¿O las dudas se cernirían entre ellos para el resto de sus vidas?

Una cosa era cierta. Seamus merecía justicia. Merecía que su asesino fuera castigado. Pero no como Colin había pretendido. No. Sólo un tribunal de justicia podría resolverlo todo y llegar a un veredicto justo.

Pero, ¿quién se atrevería a condenar a un miembro de uno de los clanes más poderosos de las Tierras Altas? ¿Un hombre que era un laird influyente por derecho propio, por no mencionar que era primo del jefe de los MacKenzie, además de tanista? Sólo un rey —o una reina— podría

atreverse a mirar más allá de los adornos de poder y riqueza del clan MacKenzie para descubrir la verdad final.

El corazón de Kenna comenzó a dar golpes de martillo. La reina llegaría al día siguiente. El momento era tan perfecto que era casi una intervención divina.

Era un plan audaz, pero probablemente la única oportunidad de Kenna de conseguir justicia para Seamus. Y, aunque la acusación humillaría a Nial, la investigación resultante bien podría exonerarlo al descubrir al verdadero asesino. O podría condenarle.

La consideración la heló hasta los huesos. ¿Estaba dispuesta a arriesgarse a ver cómo Nial era enviado a juicio, declarado culpable y condenado a la horca? ¿El querido y amable Nial, el hombre al que amaba?

Unas lágrimas calientes le escocieron en los ojos. ¿Qué debía hacer? ¿Qué era verdad y qué mentira? No estaba segura de nada, salvo de que la hora del encuentro con Colin se acercaba cada vez más.

Fue más duro de lo que Kenna había previsto, dejar MacKenzie a media tarde para encontrarse con Colin. Afortunadamente para ella, todo el mundo seguía preocupado con los preparativos de última hora, y nadie la interrogó mientras ensillaba su caballo y cabalgaba fuera del castillo. Igualmente afortunada, no había visto ni a Nial ni a Blaine en la comida del mediodía, lo que probablemente significaba que estaban encerrados en algún lugar en algún tipo de profunda discusión.

Sólo cuando estuvo a una buena distancia de MacKenzie, Kenna empezó por fin a relajarse. No era una prisionera, después de todo, y tenía todo el derecho a dar un paseo. Si la preguntaban más tarde, diría que no quería molestar a nadie, con lo ocupados que estaban.

Aun así, Kenna no pudo evitar la punzada de culpabilidad por su engaño deliberado. Se escabullía para conspirar y planear con Colin. El acto la hacía sentir deshonrosa, pero no veía otra opción.

Rhona era la madre de Nial y le quería mucho. Ailsa era su amiga más ferviente. Y Blaine no sólo era primo de Nial, sino también un jefe leal a su tanista. No habría apoyo ni comprensión por parte de ninguno de ellos.

Pero Colin comprendía y la apoyaría. Quería que el asesino de Seamus fuera llevado ante la justicia tanto como ella. Y si, después de llevar la acusación a la reina, ocurriera «accidentalmente» algo que la silenciara, Kenna al menos tenía el consuelo de saber que Colin seguiría ahí fuera para armar jaleo.

No es que esperara realmente que los MacKenzie se rebajaran a una estratagema tan ruin como hacerla matar para proteger a Nial, pensó Kenna mientras cabalgaba. Cualquier cosa era posible, pero ella creía que Blaine y Ailsa eran personas honorables. Y ella era, después de todo, una invitada en su casa, protegida por el código de hospitalidad de las Highlands. A pesar de que un clan tan poderoso como el de los MacKenzie difícilmente se arriesgaría a una mancha tan horrible para su honor, hacerlo en presencia misma de la reina sería impensable.

Es más, la presencia de la reina garantizaba su seguridad. Lo que Kenna temía era el momento inevitable de enfrentarse a Nial, de mirarle a los ojos mientras se formulaba la acusación. De enfrentarse a Rhona, y a Ailsa y a su formidable marido.

Había apreciado tanto su amabilidad y su amistad. Amistad que sería barrida para siempre en la inminente marea de conmoción, incredulidad y dolor. Nunca jamás volvería a ser la misma.

Por un fugaz instante, cuando Kenna divisó el arroyo que fluía hacia Loch Awe y vislumbró a Colin y su caballo entre las sombras de los robles, vaciló una vez más en su determinación. Había conocido tanta alegría y satisfacción en compañía de los MacKenzie estos dos últimos meses. Una alegría y una satisfacción que ella bien sabía, con el retorno de su memoria, que nunca había experimentado desde la muerte de sus padres. Incluso con la satisfacción de conseguir justicia para Seamus nunca volvería a encontrar eso, al menos no con los Donald.

Pero, a fin de cuentas, ella no estaba haciendo esto para obtener alegría o satisfacción. Lo hacía para mitigar su culpa por su participación en la muerte de Seamus. Ella había sido su esposa. Esto era lo último que podía hacer por él.

Colin se apresuró a acercarse cuando Kenna se aproximó y desmontó. Al encontrarse con su mirada excitada, ella supo que él esperaba plenamente que ella regresara con él al castillo ese mismo día.

—He decidido lo que debo hacer —dijo ella, levantando una mano para adelantarse a la pregunta que intuía se avecinaba—. La reina Mary llega a MacKenzie mañana por la mañana.

Una mirada de impaciencia brilló en sus ojos.

—Sí, es todo lo que se habla en Dalmally. ¿Pero qué tiene eso que ver con nosotros?

—Tengo la intención de llevarle mi demanda de justicia por la muerte de Seamus. Y puedes estar seguro de que incluiré las pruebas contra Nial en mis acusaciones.

Se puso pálido.

—No me gusta, muchacha. Es demasiado peligroso para ti. Tiene que haber otra manera.

—¿Cómo volver a tu viejo plan de acechar para tender una emboscada a Nial? —Kenna negó con la cabeza—. No, ya he pagado un precio terrible por esa escapada tuya. Y no me rebajaré a las mismas acciones despreciables del hombre que mató a Seamus. Su asesino debe ser llevado a juicio.

—Pero una vez que acuses a Nial MacKenzie de un acto tan vil, tu vida estará perdida. —Colin la cogió por los brazos—. Och, no escucharé nada de eso, muchacha. No te perderé a ti como a Seamus.

—No te preocupes. No correré peligro. La reina me protegerá. Y además, en cuanto ponga todo esto en marcha, pienso partir de MacKenzie. Los MacKenzie, por su parte, estarán más que contentos de que siga mi camino.

—¿Así que quieres que te espere aquí en Dalmally? ¿Es eso?

En realidad, se dio cuenta Kenna con una puñalada de decepción, ella había querido que Colin se ofreciera a acompañarla de vuelta a MacKenzie. Entonces había pretendido poner en marcha su plan revelando primero que había recuperado la memoria y que Colin era su cuñado.

Después, al día siguiente, esperaba tenerlo a su lado mientras suplicaba la ayuda de la reina para encontrar al asesino de Seamus y le hablaba de la posible implicación de Nial en esa muerte.

Pero entonces, se recordó rápidamente Kenna, si a pesar de su certeza de que no le pasaría nada, algo ocurría, necesitaba a Colin fuera. Y seguramente él ya había pensado en eso y suponía que ella también.

—Sí. Ese parece el mejor plan, a menos que se te ocurra algo mejor.

—El único plan mejor que se me ocurre es que descartes esta tonta idea y vuelvas conmigo cuanto antes. Adele ha estado fuera de sí estos últimos meses, echándote de menos y llorando. Te necesita, Kenna. Te necesita muchísimo.

Una imagen de un rostro querúbico de mejillas rosadas pasó por la mente de Kenna. Ah, Adele, pensó con una punzada aguda. ¿Cómo he podido olvidarme de ti?

—Pronto volveré a casa con Adele —dijo—. Esto sólo pospone nuestro regreso unos días más como mucho. No he dicho que no vaya a volver contigo. Sólo que no hoy.

—Pero piénsalo, Kenna. —Su agarre en los brazos de ella se tensó, y una vez más la excitación se encendió en sus ojos—. Si los MacKenzie ni siquiera saben que has recuperado la memoria, no saben quién eres. Y, dado que los Donald nunca tienen oportunidad de verlos en circunstancias normales, puede que nunca sepan qué ha sido de ti. Puedes defender tu causa ante la reina María igual de bien a través de misivas, y los MacKenzie nunca sabrán que eres tú.

Su evidente preocupación por ella conmovió el corazón de Kenna, desterrando las últimas y persistentes dudas sobre lo que parecía su falta de voluntad para estar a su lado cuando acudiera a la reina. Era su verdadera familia, él y la pequeña Adele. Y ambos la amaban y querían que volviera a casa.

La idea de Colin era muy tentadora. No tendría que enfrentarse a los MacKenzie, ver el dolor en sus ojos, oír sus airadas protestas y contraataques. De hecho, su propuesta era más tentadora de lo que a ella le importaba admitir. Pero también era cobarde, deshonrosa.

—No, si no tengo el valor de mirarles directamente a los ojos y enfrentarme a ellos, entonces no merezco acusarles. Y una acusación a través de misivas también dará menos peso a nuestra causa con María, apostaría. —Kenna se encontró con su mirada oscura—. Este es el mejor de los planes, Colin. Estoy segura de ello.

La soltó entonces con un suspiro y dio un paso atrás.

—Como quieras, muchacha. Tengo un mal presentimiento sobre esto. Un muy mal presentimiento.

—Nada de este triste y lamentable lío va a ser fácil o agradable. Debes tener fe en que la justicia prevalecerá. —Ella logró una sonrisa—. Ahora, no me atrevo a quedarme mucho tiempo fuera de MacKenzie o alguien notará mi ausencia. Debo irme.

—Te esperaré en Dalmally entonces, en el alojamiento del carnicero del pueblo —la llamó Colin mientras ella se daba la vuelta y se dirigía de nuevo a su caballo—. Y no te demores en tu tarea, muchacha. Recuerda que Adele te necesita. Y yo también.

Kenna llegó a su caballo, montó y luego se encontró con la mirada repentinamente penetrante de Colin.

—No lo olvidaré. Lo prometo. —Con eso, giró su caballo y partió de vuelta hacia MacKenzie.

La llegada de la reina María a la tarde siguiente, aunque sólo traía una comitiva mínima, alborotó a todo MacKenzie. Kenna se quejó de un dolor de cabeza enfermizo y ni siquiera bajó para los saludos formales. La reina, después de todo, había venido a visitar a los MacKenzie, y ella no era una MacKenzie.

Tampoco le sentaba bien permanecer junto a ellos, fingiendo una lealtad que ya no sentía. No es que considerara a Ailsa, Blaine y Rhona culpables de nada. Ni mucho menos. Sólo sabía que, en una familia tan unida, ponerse en contra de un MacKenzie era ponerse en contra de todos. Y ya era hora de que empezara a distanciarse de ellos, tanto física como emocionalmente.

Sin embargo, no había forma de que pudiera evitar asistir a la gran fiesta de bienvenida a la reina en MacKenzie aquella víspera. Sólo esperaba poder desvanecerse en un segundo plano, con toda la atención y las habladurías dirigidas a la reina. Eso y retirarse temprano, tan pronto como fuera apropiado.

Al parecer, Rhona la había estado esperando fuera del Gran Salón. Se apresuró a acercarse en cuanto divisó a Kenna bajando las escaleras desde los dormitorios.

—Och, ahí estás, niña —dijo la madre de Nial—. Lamenté oír que no te sentías lo bastante bien para asistir a la llegada de la reina, pero es mejor así. Había tanta confusión y gente arremolinada que probablemente no habríais podido saludarla de todos modos. —Hizo una pausa para escrutar su rostro—. ¿Te encuentras mejor? Estás un poco pálida.

Kenna forzó una sonrisa.

—Sí, o al menos lo suficientemente bien como para asistir al banquete. Sin embargo, puede que no me encuentre bien para trasnochar.

Rhona le dio unas palmaditas en la mejilla.

—No te preocupes, niña. La reina lo entenderá.

Kenna bajó la mirada para ocultar la repentina humedad que brotó de sus ojos. Och, no seas tan amable conmigo, pensó. No me lo merezco.

Los violinistas, que iban a tocar durante la comida, comenzaron una animada giga, señal de que pronto empezaría la comida. Rhona agarró la mano de Kenna.

—Ven, niña. —Empezó a tirar de ella—. Debemos tomar asiento, ya que la reina entrará la última. Y tú te sentarás a mi lado, cuatro asientos más abajo de la reina, a su izquierda.

La consternación invadió a Kenna. Ella había asumido, con todos los dignatarios presentes, que estaría al final de la mesa principal o incluso sentada en una de las menores. Cuatro asientos más abajo de la reina no era nada propicio para pasar a un segundo plano.

—Och, no podría quitarle el asiento a alguien mucho más digno de sentarse en la mesa principal —protestó—. Después de todo, ni siquiera soy una MacKenzie.

—Es el deseo de Nial, niña —dijo enérgicamente la mujer mayor—, y él no toleraría ninguna protesta. Así que siéntate a mi lado.

Kenna tragó con fuerza. Nial. ¿Por qué, oh por qué, persistía en su amabilidad hacia ella? Sólo hacía que la confrontación que se avecinaba fuera mucho más difícil de soportar. Pero entonces, una vez que la verdad saliera a la luz, ella esperaba que por fin podría ver de qué estaba hecho realmente. Y eso sería casi un alivio.

El Gran Salón ardía de luz, desde las chisporroteantes antorchas de brea de las paredes hasta las gruesas velas sobre altos pinchos de hierro que se alzaban en cada extremo de la mesa principal, pasando por el bonito centro de mesa, una única vela de pura cera de abeja rodeada de ramas de pino, flores de verano y el fuertemente aromático mirto de los pantanos, planta del clan de los MacKenzie, colocada sobre la mesa en la que se sentaría la reina. Un largo mantel de lino blanco cubría la longitud de la mesa principal, que estaba colocada sobre una tarima por encima de las demás mesas y dispuesta con platos y tazas de peltre, servilletas de lino, cucharas y cuencos para los dedos.

Kenna siguió a Rhona y tomó asiento en el lugar que ella le indicó. Mirando al conjunto de comensales que ya se encontraban en las cuatro largas mesas de abajo, respiró hondo. La sala estaba llena hasta los topes de invitados, y a Kenna casi le invadió el impulso de levantarse y salir corriendo de la sala. Ella no pertenecía a este lugar. No merecía el honor que se le rendía.

En ese instante irracional, presa del pánico, casi odió a Nial por haberla puesto en esa situación, sabiendo que eso haría que su traición final a él fuera aún más censurable. Sin embargo, era tan injusto. Lo único que intentaba era obtener justicia para su marido asesinado.

Cerrando los ojos, Kenna respiró larga y profundamente varias veces, y luego volvió a abrirlos. Pero unos días más, se dijo a sí misma, y todo habrá terminado.

Entonces, con una floritura dramática, los violinistas terminaron bruscamente su canción. Todas las miradas se volvieron hacia la puerta del fondo del Salón. María, reina de toda Escocia, estaba allí de pie, con la mano en la de su acompañante, el siempre leal lord Seton. Era alta y hermosa. Todos aspiraron con admiración.

Una vez más, los violinistas comenzaron a tocar, una pieza solemne y regia que llenó la sala de música. Mary miró a Lord Seton y luego, como uno solo, entraron en el Gran Salón.

A la tarde siguiente, tras otra conferencia privada en la biblioteca con la reina y lord Seton, Blaine y Nial salieron juntos a dar un corto paseo por las orillas de Loch Awe.

—Ailsa dice que estás muy enamorado de tu pupila —dijo Blaine de repente.

Nial lanzó a su primo una mirada sorprendida. Blaine nunca había sido conocido por hacer de casamentero, así que su inesperada observación probablemente tenía algún otro motivo detrás.

—¿Y qué hay de eso? —preguntó al fin, consciente de que no tenía sentido fingir ignorancia. No obstante, tomó nota mental de que tendría una pequeña charla con Ailsa en la próxima oportunidad—. Kenna es una muchacha bonita y me conviene en todos los sentidos.

—Bueno, supongo que no puedes jugar con la estratagema de la joven pupila mucho más tiempo, aunque ella sea, ¿cuántos? ¿Diez años más joven que tú? Teniendo en cuenta que llegó a ti en circunstancias tan misteriosas y todo eso. —Miró a Nial, encontrándose directamente con su mirada—. ¿Pero no estás pisando una delgada línea, primo, al entregar tu corazón a una mujer de la que no sabes absolutamente nada? ¿Y si ella planeó esta pérdida de memoria, con la intención de conquistarte desde el principio? ¿O qué tal si su memoria regresó hace un tiempo, y cuando vio tu interés y la buena vida que tendría como tu esposa, decidió seguir jugando a la doncella indefensa?

Nial podía sentir que su ira empezaba a subir, pero la contuvo con fuerza. Blaine tenía buenas intenciones, se dijo a sí mismo. Aunque no era asunto suyo, tenía buenas intenciones.

—Sé todo lo que necesito saber sobre Kenna —murmuró—. Con o sin memoria, su verdadera esencia, su alma, brilla tanto como la luz del sol en la hoja pulida de una espada. Y confío en que me lo dirá cuando recupere la memoria. De hecho, creo que ella también siente algo por mí, pero espera como yo recuperar su pasado.

—Tal vez. —Blaine se encogió de hombros—. Sólo ten cuidado con tu tierno corazón. Ailsa está preocupada por ti, ya lo sabes. Y, por alguna razón —añadió con una sonrisa—, tiene una gran necesidad de verte asentado y feliz.

Nial rió entre dientes.

—Sí, la tiene. Si todo va según lo planeado, cuando lleguen las Navidades, puede que esté bien encaminado hacia ese estado de felicidad conyugal.

—¿Ah, sí? —preguntó Blaine arqueando una ceja oscura.

—En efecto —respondió Nial, y luego se acomodó para disfrutar del viaje y perderse en feliz contemplación.

De pie junto a la reina María en el estudio privado, justo al lado de lo que en ese momento era la alcoba real, Kenna esperó con creciente temor a que Blaine y Nial montaran sus caballos y respondieran a la llamada de su soberana. Había tardado hasta justo antes de la comida del mediodía, justo después de que Blaine y Nial terminaran su primera reunión del día con la reina, en recibir una nota solicitando una audiencia privada con María. Tres horas más tarde, para asombro de Kenna, la dama de compañía de la reina había venido a buscarla, diciendo que la reina la vería ahora.

Contemplando los ojos comprensivos de María, a Kenna le resultó sorprendentemente fácil contarle a la reina todo lo que le había sucedido en los últimos tres meses y medio, desde su matrimonio con Seamus, pasando por la muerte de éste, hasta cómo había llegado al castillo de Balloch y recuperado finalmente la memoria. María era, después de después de todo, sólo siete años mayor, y había tenido su buena ración de pruebas; de hecho, más de las que cualquier joven merecía.

La expresión de María, sin embargo, cuando Kenna procedió a contarle la posible implicación de Nial en el asesinato de su marido, fue cambiando gradualmente de una mirada

abierta a otra más cerrada. Y, cuando por fin terminó el relato de Kenna, María había afirmado con rotundidad que lo justo era que Nial compareciera ante ellos para compartir su versión de la historia. A continuación había enviado a la doncella de su señora a buscarlo a él y al jefe de los MacKenzie. Afortunadamente los dos hombres acababan de regresar de un paseo y enviaron un mensaje de que se reunirían con María a toda prisa.

A medida que pasaban los segundos, el corazón de Kenna latía cada vez más deprisa bajo su pecho. Las palmas de las manos se le pusieron húmedas y se le hizo un nudo en la garganta. El momento que tanto había temido estaba a punto de llegar. Empezó a temer que pronto podría desmayarse o vaciar el contenido de su estómago, avergonzándose ante todos ellos.

Ayúdame, Señor, rezó con todas sus fuerzas, esperando que al menos esta vez Él la escuchara y respondiera.

La oración le dio un consuelo fugaz, lo suficiente para mantenerla allí, de pie junto a María, hasta que por fin llamaron a la puerta y la dama de compañía se levantó para responder. Y entonces entraron Blaine y Nial. Casi de inmediato, la mirada de Nial se clavó en la de ella y sus ojos se abrieron de par en par.

Blaine fue el siguiente en fijarse en ella. Frunció ligeramente el ceño y miró a su primo. Nial se encogió de hombros y sacudió la cabeza.

No tardaron en recorrer la corta distancia que les separaba de la reina. Ambos se inclinaron y luego se enderezaron. Blaine miró directamente a la reina.

—Hemos venido como nos pidió, majestad. ¿Qué es lo que deseáis?

María se volvió hacia Kenna.

—Esta joven acaba de contarme una historia de lo más inquietante. Un cuento de memoria perdida y finalmente encontrada. De un hombre casado y asesinado, de un disparo en la espalda una noche en la que estaba cuidando ganado. Lo peor de todo, sin embargo, es que ahora acusa a un MacKenzie de cometer el vil acto.

La reina María hizo entonces una pausa, su mirada se desvió hacia la de Nial.

—Te acusa a ti, amigo mío. Así que ahora te pregunto. ¿Qué tienes que decir en tu defensa?

Capítulo 10

Era casi como si Nial no hubiera oído a la reina hablarle. Siguió mirando a Kenna con atónita incredulidad. Finalmente, sin embargo, encontró su voz.

—Tu memoria ha vuelto entonces. ¿Cuándo?

Miró nerviosa a la reina, quien, con un leve movimiento de cabeza, le dio permiso para contestar.

—Hace cuatro días —tartamudeó.

—¿Y por qué no me lo dijiste, muchacha? ¿Por qué?

Su mirada oscura y apenada pareció atraerla, arrastrándola a las angustiosas profundidades de su corazón. Kenna abrió la boca y descubrió que no tenía palabras.

—Te diré por qué no te lo dijo —gruñó Blaine, su voz llenó el silencio cargado de tensión —. Es como te advertí, Nial. Ella ha sabido todo el tiempo quién es en realidad. Sólo ha esperado el momento oportuno para clavarte sus garras. Y, aunque lo hubiera planeado desde el principio, la visita de la reina aquí no podría haberle dado una oportunidad más perfecta.

Kenna apartó la mirada de Nial para encontrarse con el semblante furioso de Blaine.

—No —dijo, luchando por desprenderse del dolor que había visto en los ojos de Nial—. He dicho la verdad. Hasta hace cuatro días, no sabía quién era. Pero entonces…

Se calló antes de revelar el encuentro con Colin en el mercado de Dalmally. Era mejor que lo dejara al margen todo el tiempo que pudiera.

—Pero entonces —se obligó Kenna a continuar, volviéndose hacia Nial—, como el agua que se precipita por una cascada, todo volvió, un recuerdo tras otro. Recordé que era Kenna Donald, que había estado casada con Seamus Donald. Y que él y sus hombres habían salido a cabalgar en nuestra noche de bodas y habían acabado haciendo más travesuras de las prudentes. Y que…y que él volvió a mí, muerto de un solo disparo de pistola, y que tú estabas allí cuando murió. Y tú posees dos pistolas.

—Sí, poseo dos pistolas —respondió con voz ronca—. Nunca te he ocultado ese hecho. Y yo estaba allí esa noche. Seamus Donald intentaba robar el ganado de los MacKenzie. Por supuesto que yo estaría allí. Pero no disparé a tu marido. Después de todo este tiempo, pensé que me conocías mejor que eso. Pensé que tú... —calló, apretó la mandíbula y luego sacudió la cabeza—. Al parecer, me equivocaba en muchas cosas.

El dolor, el reproche y los primeros destellos de ira brillaban ahora en sus ojos. Aunque Kenna había sabido que llegaría a esto, que Nial le cerraría para siempre su corazón, hasta este momento en que lo vio retraerse emocionalmente, sólo podía imaginar cómo se sentiría. Pero ahora lo sabía. Era como si un oscuro sudario hubiera caído entre ellos. Como si toda la luz y la

vida se hubieran apagado, hubieran muerto.

Si hubiera estado en cualquier otro lugar, Kenna pensó que habría caído de rodillas y gritado su pena. Pero estaba ante la reina, frente a dos hombres que probablemente acababan de convertirse en sus peores enemigos. Sólo su necesidad instintiva de autoconservación la mantenía unida ahora.

—Como yo, mi señor —dijo en voz baja, captando y devolviendo la puya cargada de significado que él le había lanzado—. Estaba equivocada sobre muchas cosas.

María, aparentemente deseosa de que la desafortunada reunión volviera a su propósito original, optó en ese momento por aclararse la garganta. Tres miradas giraron en su dirección.

—Permítanme repasar lo que creo que se ha dicho aquí —comenzó—. Kenna ha acusado a Nial de asesinar a su marido. Y usted —dijo ella mirando a Nial—, afirma que no lo hizo. ¿He percibido todo correctamente hasta ahora?

Tanto Kenna como Nial asintieron.

—Bueno, todos sabemos lo caros que son los daggs hoy en día —continuó María—. Así que es seguro suponer que pocos, o ninguno, de los otros hombres de esa noche las llevaban. Y Kenna ya me ha informado del único disparo en medio de la espalda de su marido que aparentemente le mató, pues presentaba pocas heridas más, ninguna de las cuales habría sido mortal. Todo, sin embargo, incluida su admisión de que estuvo presente la noche en que murió Seamus Donald, no son más que pruebas circunstanciales. —Lentamente, María movió su mirada de una persona a otra, posándose finalmente en Kenna—. Harán falta más pruebas que ésas para condenar a Nial, me temo.

El corazón de Kenna se hundió. Sus peores temores se habían hecho realidad. Nadie, ni siquiera la reina, tomaría partido contra un MacKenzie. Una justa ira surgió en su interior.

—No pido que Nial sea condenado, o no, por las pruebas que he presentado —dijo, conteniendo su furia y frustración—. Todo lo que pido es que la muerte de mi marido se investigue más a fondo. Alguien le mató. Ese alguien debe ser llevado ante la justicia. Si es culpable, aunque sea un MacKenzie, merece un castigo.

—¡Incluso si es un MacKenzie! —Junto a Nial, el rostro de Blaine MacKenzie se amoratá de rabia—. ¿Y qué se supone que significa eso exactamente? Nunca nos hemos puesto por encima de la ley, y desde luego no pretendemos hacerlo ahora, ni siquiera por el bien de un joven tonto que se buscó su propia muerte. Nial estaba en su derecho de matarlos o encarcelarlos a todos cuando él y sus hombres atraparon a esos ladrones. Pero en lugar de eso, se limitó a recuperar su ganado y dejar marchar a esos salteadores.

—Puede que lo hiciera —replicó Kenna, devolviendo ahora la mirada a Blaine con tanta fiereza como él a ella—. Todo lo que pido es que quien asesinó a mi marido sea llevado ante la justicia. A menos que queráis barrer todo el sórdido asunto y arriesgaros a una disputa entre clanes.

Blaine soltó una risa áspera.

—Eso sí que es una idea. El clan Donald amenazando al clan MacKenzie.

Algo se enfrió dentro de Kenna. ¡Ese perro arrogante! ¿Cómo se atrevía a ser tan despectivo?

—En caso de que toda la importancia de todo esto aún se le haya escapado, mi señor también soy heredera de todas las tierras y la jefatura del Clan Donald. Y los clanes Murray, MacNab y Menzies son nuestros aliados jurados. Así que aunque miréis por encima del hombro a los Donald, ¡os digo que os lo penséis dos veces antes de hacerlo ante la fuerza unida que hay detrás del Clan Donald!

—Och, ¿y no parecéis dos gallos banty a punto de entablar batalla? —María eligió ese momento para intervenir con una risita—. Vosotros, los de las Highlands, sois demasiado rápidos para amenazar con enemistades y represalias. Y nunca dije que no investigaría más a fondo tus afirmaciones, muchacha. Es sólo que me resulta muy difícil creer que Nial le daría la espalda a alguien. No lo necesita. Su destreza en batalla no tiene rival. Por no mencionar que nunca he conocido a un hombre más honorable.

El alivio surgió a través de Kenna.

—¿Entonces usted supervisará esta investigación y traerá revisores imparciales? Eso es todo lo que siempre he querido, Majestad. Que ninguna influencia de MacKenzie empañe la investigación.

—Ya estás otra vez —gruñó Blaine—, insultando la integridad de MacKenzie.

—Déjalo, primo —atajó Nial secamente justo en ese momento—. Kenna no dice nada que otros clanes no amigos del clan MacKenzie no dirían. Deja que la verdad vea la luz del día. Conozco mi inocencia. No tengo miedo.

—Sí, pero bien deberías tenerlo. Una investigación imparcial está en el ojo del espectador. Especialmente en la Corte.

—Está en manos del Señor, primo. Que así sea.

Kenna observó cómo los dos hombres cruzaban sus miradas, vio la batalla de voluntades que se libraba entre ellos y vio, también, el profundo amor que se profesaban. Se le atascó la garganta las lágrimas, sabiendo que había puesto en marcha un curso de acontecimientos que podría tener consecuencias de largo alcance. No, se corrigió rápidamente, el asesino había puesto en marcha los acontecimientos. Ella no había hecho más que mover esos acontecimientos, después de que casi se hubieran hundido en el miedo y la apatía.

—Entonces estamos todos de acuerdo —dijo la reina, mirando una vez más a cada uno de ellos—. Comenzará inmediatamente una investigación oficial, dirigida por Lord Seton. Su lealtad es ante todo hacia mí, así que confío implícitamente en su imparcialidad. En las próximas dos semanas, estoy segura de que podrá interrogar a fondo a todos los MacKenzie implicados en aquella lamentable noche, tanto a los que acompañaron a Nial hasta aquí como a los que aún se encuentran en Balloch. Luego, bajo la escolta de los MacKenzie, podrás cabalgar hasta su casa. —Hizo una pausa y miró a Kenna—. ¿Dónde dijiste que vivían tú y tu difunto marido, muchacha?

—En el castillo de los Donald, en Loch Voil, Majestad.

—Sí, el castillo de los Donald. —Mary asintió—. Otra semana o así allí, y Lord Seton debería poder regresar con su veredicto. Le esperaré aquí mientras tanto, si no le supone ninguna molestia, laird MacKenzie —preguntó, volviéndose junto a Blaine.

Blaine se enderezó.

—No es ninguna dificultad, Majestad. Será un honor teneros todo el tiempo que deseéis.

—Bien. Debo confesar que tengo más de un motivo en esa petición. No sólo creo que es mejor tener este asunto resuelto antes de partir, sino que tampoco tengo prisa por regresar a la Corte y tener que lidiar de nuevo con mi marido. —Su boca se torció—. Aun así, mi principal preocupación es acabar con las amenazas de una gran disputa entre clanes.

—Sí, Majestad. —Blaine lanzó una estrecha mirada a Kenna—. Esa es una preocupación primordial para todos nosotros.

—Pido permiso para regresar al castillo de los Donald, entonces, Majestad —dijo Kenna, decidiendo que era el momento apropiado para abordar ese tema—. A fin de hacer los arreglos necesarios para que todos los afectados del lado de los Donald identificados y reunidos para la llegada de Lord Seton. Eso agilizaría su investigación.

—Más bien, Majestad —intervino inmediatamente Blaine—, en aras de la justicia y la imparcialidad, creo que es mejor que la dama permanezca aquí durante toda la investigación. Al no estar seguro de sus verdaderos motivos, preferiría que no tuviera oportunidad de regresar a casa y 'envenenar el pozo', por así decirlo.

Kenna aspiró indignada.

—¿Cómo se atreve...? —Se detuvo cuando la reina levantó una mano.

—¿Y cómo, por favor dígame, la ve haciendo eso? —María se inclinó hacia delante—. Pisa en aguas peligrosas con tal afirmación.

—Sí, es cierto, majestad —respondió Blaine sin, según observó Kenna, una pizca de remordimiento en sus ojos o en su voz—. Pero la vida de mi primo bien puede estar en peligro aquí, y todos sabemos cómo pueden retorcerse las pruebas en las manos equivocadas. —Señaló hacia Kenna—. Ya hace tiempo que me intrigan las extrañas circunstancias que rodean la llegada de esta mujer al castillo de Balloch, y de su creciente relación con mi primo, que ahora ha tomado un cariz tan villano. Todo es de lo más desconcertante, y de lo más sospechoso.

Con el ceño fruncido por el pensamiento, María se acomodó en su silla. En el silencio subsiguiente, que parecía alargarse, el resentimiento por lo injusto de todo aquello invadió a Kenna. De todos ellos, ella era la más inocente, la víctima, y sin embargo Blaine se las había ingeniado ahora para hacerla parecer casi tan sospechosa como Nial. ¡Y todo porque ella había cabalgado aquel día para tratar de impedir que Colin tendiera una emboscada y matara a Nial!

Pero revelar las verdaderas razones de cómo había llegado a Balloch sería implicar a Colin. Y ella no haría eso. Por muy equivocado que hubiera estado en su plan de buscar retribución de esa manera, en ese momento no había estado pensando con claridad. Su juicio se había visto nublado por su dolor por Seamus. No se arriesgaría a que la ira del clan MacKenzie cayera también sobre él.

Finalmente, la reina exhaló un largo y considerado suspiro.

—Sus palabras tienen mérito, MacKenzie. Creo que lo mejor, en aras de la imparcialidad —dijo, encontrándose con la mirada de Kenna—, es que permanezcas aquí hasta que termine la investigación.

Kenna sintió que la sangre se le escurría de la cara.

—Permanecer aquí ahora es morar entre mis enemigos —susurró.

—¿Y crees que, al hacerlo, tu vida corre peligro?

La reina le había dado la oportunidad perfecta para huir rápido y lejos de MacKenzie. Kenna lo sabía, y María también. Pero había algo más profundo que lo que aparecía en la superficie. ¿Estaba realmente convencida de que Nial era capaz de asesinar? ¿Y creía ella, en el fondo de su corazón, que Blaine era un hombre deshonroso?

En ese momento de vacilación, la mirada de Kenna se dirigió a Nial. Él le devolvió la mirada, tranquilo, cauteloso, evaluador; y por encima de todo estaba ese profundo y oscuro dolor. Och, si me equivoco, Nial, te pido perdón, gritó en silencio, con el remordimiento de su corazón en los ojos. ¡Te pido el más profundo perdón!

Pero incluso mientras abría la boca para responder a la reina, Kenna sabía que no podía mentir. Ni siquiera para complacer a Colin, ni siquiera para escapar de los largos días y noches venideros con sólo sus propias dudas para hacerle compañía. Ni aunque su propia vida dependiera de ello.

—No, Majestad. —Kenna apartó su mirada de la de Nial y se volvió hacia la reina—. Mi vida no corre peligro, al menos no por los MacKenzie, si permanezco aquí.

—¿No tienes nada que atender en Balloch? —preguntó Blaine, acercándose a Nial dos días después, mientras éste se encontraba en el paseo de la azotea, contemplando Loch Awe—. Lord Seton ha terminado de interrogaros a ti y a Nathan, y tiene previsto partir hacia Balloch mañana. ¿Quizás podrías serle útil allí, facilitándole el camino en la investigación y todo eso?

Nial se volvió para encontrarse con la inocente mirada de su primo. Tan inocente como para ser sospechosa.

—¿Estás cansado ya de mi compañía, verdad? Si es así, ¿por qué no lo dices sin más? Nunca había visto que te anduvieras con rodeos.

Blaine puso los ojos en blanco.

—Tienes que alejarte de esa mujer Donald. Y, en mi opinión, cuanto más lejos estés de ella ahora mismo, ¡mejor!

—Ella ni siquiera me verá, mucho menos me hablará, Blaine. No estoy en peligro.

—Sí, puede que durante un tiempo no lo haga, pero creo que sólo juega con tu buen corazón. Pronto entrará en razón contigo.

—¿Y para qué? —Nial expulsó un suspiro frustrado—. ¿Para obligarme a confesar, tal vez? Porque no hay mucho más que Kenna pueda hacer, ¿verdad? Ya he dictado y firmado mi declaración de los hechos de esa noche, y ahora está en posesión de Seton.

—Sólo desearía que no hubieras mencionado que habías disparado tus dos pistolas esa noche —murmuró Blaine—. Da más credibilidad a la posibilidad de que una de ellas fue utilizada contra Donald.

—¿Incluso si ambas fueron disparadas antes, cuando nos enfrentamos a ellos por primera

vez? —Nial soltó una carcajada aguda—. Bueno, me niego a mentir. Además, todo el mundo sabe que la probabilidad de que tenga tiempo para recargar es casi imposible. Y si Seton es listo, ahora sabrá que debe preguntar en el castillo de los Donald por cualquier hombre que pudiera haber recibido heridas de bala esa noche.

—¿Y si fallaste las dos veces que disparaste? Estaba muy oscuro. Tú mismo lo dijiste.

—Entonces quizá ambos deberíamos elevar una pequeña plegaria para que el Señor guiara mi puntería aquella noche. —Suspiró y sacudió la cabeza—. Dije lo que hice y estoy en paz con ello. Déjalo estar, Blaine.

—Bien. Supongo que no tiene sentido, volver una y otra vez sobre aquella noche. —Su primo se apoyó en el muro que cerraba el tejado hasta la cintura—. ¿Considerarás al menos volver a Balloch con Seton?

Nial no pudo evitar una sonrisa.

—No. Igual que no te pareció justo permitir que Kenna volviera al castillo de los Donald, por si acaso intentaba manipular las pruebas, no es más justo que yo esté en Balloch durante la investigación de Seton.

Blaine guardó silencio durante varios segundos. Finalmente, sin embargo, se volvió hacia Nial.

—Si te imaginas que por fin está jugando limpio, te equivocas. Incluso ahora, sigue maquinando a tus espaldas.

Lanzó a su primo una mirada aguda.

—¿Qué estás diciendo?

—Ha tenido algún tipo de contacto fuera de MacKenzie, con alguien con quien parece que ha estado reuniéndose en secreto. —Blaine sonrió, pero la sonrisa no llegó a sus ojos—. La tengo vigilada desde el día en que os acusó. Ayer, al parecer, pagó a uno de los mozos de cuadra para que entregara un mensaje a alguien en Dalmally. Por desgracia, mi hombre perdió al muchacho entre la multitud del mercado. Para cuando encontramos al muchacho en los establos, supimos dónde había estado en Dalmally y regresamos allí, pero el hombre ya se había ido.

—¿Podría el muchacho daros al menos el nombre del hombre?

Blaine negó con la cabeza.

—No. Kenna era demasiado lista para eso. Sólo le dijo al muchacho que entregara el mensaje al hombre alojado en casa del carnicero del pueblo. Y, como era de esperar, el carnicero tampoco sabía el nombre de su invitado. Quienquiera que fuera, era muy listo.

Con el corazón encogido, Nial se volvió para contemplar el lago Awe. Era un día sombrío, con nubes ominosas que se acumulaban en el oeste. Los árboles se mecían de un lado a otro por las ráfagas de viento y las agitadas olas ondulaban en interminable sucesión por el lago. Se avecinaba una tormenta.

Se sentía tan inquieto como el día, arrastrado de un lado a otro por emociones salvajes y caóticas. Por un lado, estaba la herida aún abierta del repentino cambio de opinión de Kenna, de que ella no sólo lo rechazara sino que casi lo llamara asesino. Y, por otro, estaba esa obstinada esperanza de que, por debajo de todo, de algún modo ella aún le amaba. Él había visto algo en

sus ojos aquel día que habían estado ante la reina. Tristeza, remordimiento, incluso una mirada de súplica. Le dolía, y le dolía mucho, que ella no hubiera confiado en él lo suficiente como para acudir a él y contarle la verdad. Pero también sabía que ella era tan víctima como él en este triste y lamentable embrollo.

O, al menos, intentó creerlo. Pero ahora... ahora al enterarse de que Kenna había estado en comunicación con alguien fuera de MacKenzie era casi más de lo que Nial podía soportar. ¿Había tenido razón Blaine todo el tiempo? ¿Había planeado Kenna su pérdida de memoria desde el principio? ¿Y siempre había tenido un cómplice?

—Puede haber varias explicaciones para la presencia de ese hombre en Dalmally —respondió al fin Nial—. De hecho, ese hombre, sea quien sea, podría haber sido quien plantara la semilla de la duda sobre mí. Puede que incluso tuviera algo que ver con el asesinato de su marido.

—¡Por mar y montaña! —Blaine levantó las manos—. ¿Te oyes? Esa mujer casi tiene su anillo en tu nariz, ¡y tú convencido de que no puede hacer nada malo, no importa cuántas veces te apuñale por la espalda y luego retuerza más el cuchillo! —Agarró a Nial por el brazo—. ¿Sabe tu madre lo enamorado que estás de esta mujer? ¿Lo sabe Ailsa?

La furia estalló en Nial. Se apartó de un tirón.

—¡Mantenlas al margen de esto, Blaine! Ya es bastante malo que estés tan involucrado. Y no estoy tan obsesionado que no pueda pensar con claridad.

—¡Lo estás cuando se trata de Kenna!

Nial sacudió la cabeza, el desconcierto dolorido anegándole de nuevo.

—Es casi como si, de repente, ella fuera dos mujeres diferentes. Sin embargo, sigo viendo, oculta en lo más profundo de esta mujer que aparentemente siempre ha sido, a la mujer que llegué a conocer.

—Tal como era antes de perder la memoria, si es que realmente la perdió, es como es en realidad, primo. Debes enfrentarte a eso, o encaminarte hacia tu propia destrucción. Y lo que es más importante, aunque finalmente acepte tu inocencia, ¿podrás volver a confiar plenamente en ella?

—No lo sé. El Señor nos amonesta a perdonar a nuestros transgresores.

—Sí, eso hace, pero ¿el perdón también implica tener que volver a confiar en esa persona? A mi modo de ver, perdonar no requiere que también nos volvamos tontos.

—Tal vez no. —Nial se enderezó—. Me has dado mucho que considerar. Y lo consideraré. Ahora, si me disculpas, creo que me retiraré a la capilla.

Blaine sonrió.

—Sí, ése es el mejor lugar para encontrar respuestas, ¿no?

Asintió.

—Lo es. —Con eso, Nial se dio la vuelta y se dirigió a las escaleras.

No había nadie en la capilla, lo que no le sorprendió teniendo en cuenta que era bien entrada la tarde. Con una cálida sensación de haber llegado a casa, Nial se deslizó en uno de los bancos a medio camino del altar. Juntó las manos, bajó la cabeza y cerró los ojos.

Justo entonces, la puerta se abrió y se cerró tras él. Normalmente, no se habría girado sino que le habría dado al visitante su intimidad. Pero algún instinto, alguna sensación de alguien especial, le dijo que se girara. Su mirada se fijó en la de Kenna.

Durante un largo momento, sin palabras, se miraron fijamente. La conmoción, la angustia y luego las lágrimas llenaron sus ojos. Él se medio levantó, abrió la boca para hacerle señas de que se acercara, cuando ella giró sobre sí misma, volvió a abrir la puerta de un tirón y huyó por el pasillo.

Desde la ventana de su alcoba, Kenna vio a lord Seton y a una escolta de MacKenzie armados salir a caballo a la mañana siguiente, rumbo, bien lo sabía ella, al castillo de Balloch. Desde esa misma ventana, ocho días después, también le vio regresar. Teniendo en cuenta dos días de duro cabalgar hacia y desde Balloch, ella sabía que él había pasado allí un total de cuatro días.

Si eso le había dado o no tiempo suficiente para interrogar a fondo a todos los que pudieran haber acompañado a Nial la noche de la muerte de Seamus, Kenna no lo sabía. Esperaba que sí. Al final, sabía que tendría que confiar en la palabra de Seton de que así había sido. Mucho de esto estaba, y siempre había estado, fuera de sus manos. Esa constatación la frustraba. La frustraba enormemente.

Al menos Nial no había acompañado a lord Seton de vuelta a Balloch. Ella casi había sospechado que lo haría, o si no él, Blaine. Pero ambos hombres habían permanecido en MacKenzie. Tal vez lo habían hecho en aras de la justicia. O tal vez conocían el veredicto incluso antes de que la investigación apenas hubiera comenzado. ¿Quién elegiría, después de todo, creer a una mujer de un clan menor antes que al jefe MacKenzie y a su tanista?

Llamaron a su puerta. Dado que nadie en la última semana y media había exigido verla, Kenna supuso que sólo se trataba de Jane trayendo sábanas limpias u otro montón de leña para la chimenea.

—Entre —llamó, sin molestarse siquiera en volverse para saludar a la criada. En cualquier caso, no tenía sentido. Hoy en día, Jane sólo hablaba cuando se le dirigía la palabra, y el resto del tiempo se mantenía hermética y desviaba la mirada.

La puerta se abrió, luego se cerró. Unos pies vestidos de cuero cruzaron la alcoba y vinieron a pararse detrás de ella.

Kenna suspiró.

—Sí, ¿qué pasa ahora, Jane?

—No soy Jane, Kenna. Soy Ailsa.

Con un grito ahogado, Kenna se dio la vuelta. La esposa de Blaine, de pelo castaño rojizo, estaba allí de pie, mirándola solemnemente.

—Discúlpeme, mi señora —se atragantó Kenna, poniéndose en pie—. Si hubiera sabido que erais vos, habría abierto la puerta. Pero aparte de Jane, no he recibido visitas últimamente.

—Nunca has estado confinada en tu habitación, Kenna —replicó Ailsa suavemente—. Y he intentado visitarte, varias veces de hecho, pero nunca contestaste hasta hoy.

—No sabía que erais vos. —Ella bajó la mirada—. Pero entonces, no deseaba hablar con nadie, ni siquiera a través de la puerta. Especialmente si se trataba de Blaine o Nial. —Al darse cuenta de cómo podían interpretarse sus palabras, Kenna levantó la vista—. Och, no quise decir nada contra su marido, mi señora —se apresuró a explicar—, siendo ésta su casa y todo eso. Simplemente no había nada más que decir que no hubiera sido hiriente, y ya he causado suficiente dolor.

—Sí, y apostaría a que tú también ha probado su justa medida de ese dolor. —Ailsa hizo una pausa—. Me gustaría quedarme un rato y hablar contigo, si estás dispuesta. Todavía hay algunas preguntas sin respuesta que me corroen.

La última persona con la que Kenna quería hablar era Ailsa. Cualquier cosa que le contara iría directamente a Blaine, y quizá incluso a Nial. Sin embargo, Kenna no mentiría.

Le indicó la silla en la que había estado sentada.

—Podéis sentaros ahí si lo deseáis, y puedo traeros un taburete. Pero os digo la verdad, no hay mucho más que decir. Al menos, nada que me gustaría que otros supieran.

—Si no deseas que le cuente a Blaine lo que hablamos, no lo haré. Es sólo que no soporto pensar en ti aquí sola y sin nadie con quien hablar. De hecho, si quieres, podemos hablar de otras cosas completamente distintas, como dos amigas, y puedes tutearme, como te pedí.

La mirada de Kenna se entrecerró. ¿Se atrevía a creerla, o estaba Ailsa fingiendo preocupación para adormecerla y que le revelara algo que pudiera serle útil a Nial? Aun así, aparte de hablar de la implicación de Colin, no había nada más que ella pudiera revelar inadvertidamente que no se supiera ya.

—Como quieras, entonces. —Kenna se dirigió al otro lado de la alcoba para coger el taburete, que colocó frente a la silla de Ailsa—. Siéntate, si quieres —dijo entonces, indicando la silla.

Permanecieron sentadas un rato en silencio, sin que Kenna supiera qué decir a continuación. Finalmente, Ailsa tomó la palabra.

—Creo que mi pequeña se movió ayer.

Kenna no pudo evitar una sonrisa.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo se sintió?

Con una mirada soñadora, Ailsa miró por la ventana hacia la distancia.

—Como el aleteo de las alas de una mariposa. Fue tan rápido y tan leve que la primera vez no le di importancia. Pero entonces llegó de nuevo, en lo más profundo de mi vientre, y lo supe. Supe que era mi niño.

Un acontecimiento tan sencillo, común y feliz, pensó Kenna, la primera sensación de una madre de que había una nueva vida en su interior. Y quizá aún más para Ailsa, que había luchado durante los dos últimos años para concebir los hijos y herederos que su marido deseaba tan profundamente. Blaine ya había soportado la pérdida de un hijo y de su esposa en el parto. Ailsa no quería que sufriera, además de esa pérdida, con una segunda esposa estéril.

Pero no más. El Señor había bendecido por fin su unión con la primera concepción de lo que esperaban fueran muchos hijos. Su felicidad —y su vida— pronto serían completas.

Durante un largo y angustioso momento, Kenna se sintió invadida por un anhelo tan intenso de recuperar su antigua vida, de que las cosas volvieran a ser como antes, que creyó que iba a gritar del dolor. Cualquier cosa era mejor que lo que tenía ahora, que no era más que un enorme agujero donde una vez había latido su corazón. Su corazón…Nial…Rhona…el castillo de Balloch…y los amigos que había hecho.

Parpadeó y se le saltaron las lágrimas.

—Me alegro mucho de que todo te vaya bien a ti y a tu hijo. De verdad.

—Sé que lo estás, amiga mía. —Ailsa se agachó y puso una mano en la mejilla de Kenna —. Lo sé.

Ante el tacto suave y afectuoso, algo se desintegró en Kenna. Los muros se derrumbaron, se abrieron las compuertas y las lágrimas, durante mucho tiempo contenidas, se desbordaron. Empezó a llorar, y por más que intentó contener las lágrimas, no pudo. Acunándose los brazos sobre la cabeza, Kenna enterró la cara en su regazo y sollozó incontrolablemente.

Con un suave sonido de compasión, Ailsa estaba en el suelo junto a ella, recogiéndola en sus brazos para estrecharla. Lo que sólo hizo que Kenna llorara con más fuerza, tan hambrienta había estado en la última semana de amabilidad y compañía humana. Lloró hasta que todo lo que le quedó fueron sollozos que le retorcían el cuerpo y le producían hipo, que finalmente se disiparon en un silencio renovado.

—Och, lass, lass —canturreó Ailsa mientras acariciaba tiernamente la cabeza de Kenna—. Lo siento mucho. Siento mucho, mucho que te haya pasado todo esto. Me desgarra el corazón verte así. Como a Nial, que está igualmente preocupado por ti.

Ante la mención de su nombre, Kenna se tensó. Inspiró hondo para tranquilizarse, luego apartó las manos de Ailsa y se sentó.

—¿Es por eso por lo que has venido? ¿Para encontrar alguna forma de hablarme de Nial?

—Me preocupo por vosotros dos, y odio veros tan dolidos por este asunto.

Kenna soltó una risa áspera.

—El único dolor que sientes es el temor de que aún pueda ser declarado culpable. De un modo u otro, sin embargo, Nial se ha lavado las manos de mí. Si ahora siente algo por mí, es odio.

—¿Y te importa? ¿Si te odia ahora?

Ella parpadeó sorprendida.

—¿Qué importa lo que me importe? Sabía las consecuencias de acusarle. Pero tuve que hacerlo, Ailsa. Nunca lo he admitido ante nadie, pero alejé a Seamus en nuestra noche de bodas, cuando vino a mí borracho e intentó tomarme de una forma poco amable. Me escondí de él, y cuando no pudo encontrarme, cabalgó para robar algo de ganado como regalo de bodas. Con la esperanza de compensarme. —De repente, la vergüenza era demasiado para soportarla y las lágrimas empezaron a brotar de nuevo—. Estaría vivo, si yo no me hubiera negado, en mi orgullo y terquedad, a ir a verle cuando me llamó.

—¿Así que fue obra tuya, verdad, lo que hizo que Seamus intentara robar el ganado de otro? —Ailsa suspiró—. Och, Kenna. Seamus era un hombre adulto. Él tomó la decisión que le llevó a la muerte, no tú.

—Entonces, ¿por qué me siento tan…tan c-culpable? —sollozó—. ¿Tan culpable como el hombre que realmente lo mató?

—Porque eres una persona buena y moral, y querías a Seamus y lamentas lo que consideras tu falta de amabilidad hacia él aquella noche. Y no pudiste despedirte, y te sientes engañada. Y porque ahora no te queda otra forma de enmendarlo que llevar a su asesino ante la justicia.

Kenna sacó un pañuelo y se sonó la nariz, luego logró esbozar una pequeña sonrisa triste.

—Es todo muy complicado entonces, ¿no? La culpa, quiero decir.

—Sí, frecuentemente lo es —dijo su amiga—. La culpa, sin embargo, también puede nublar el juicio y hacer que uno haga cosas ilógicas. Como tal vez negarse a ver la verdad sobre Nial y su inocencia.

—¡Como el afecto también puede nublar el juicio de uno e impedirle hacer lo correcto, por difícil que sea!

Sabía adónde se dirigía Ailsa con esto, y se negó a volver sobre las dolorosas consideraciones. De hecho, debería haber sabido que no debía permitir que Ailsa la condujera de nuevo al tema de la inocencia de Nial. Por supuesto, la primera lealtad de Ailsa siempre sería hacia él.

—¡Och, si supieras cuánto tiempo y con qué dureza agonicé por lo que sentía que debía hacer! —gritó Kenna, con la frustración y el sentimiento de las traicioneras manipulaciones de Ailsa abrasándole el corazón—. A pesar de lo que cualquiera piense, mi decisión no fue una decisión fácil de tomar.

—Nunca pensé que lo fuera. —Enfadada, Kenna apartó los restos de sus lágrimas.

—Bueno, entonces eres la única que no lo cree.

—A pesar de lo que puedas imaginar, Nial también se da cuenta de la dificultad de tu situación. Y no te odia. No es un hombre voluble. No huye del amor por el odio tan fácilmente como otros.

Kenna se quedó mirando, estupefacta, a Ailsa. ¿La había oído bien? No, debía de haber entendido mal. Ningún hombre, y desde luego ningún MacKenzie, toleraría una traición como la suya.

—Si lo que dices es cierto —encontró por fin las palabras para pronunciarlo—, entonces le agradezco su comprensión. Pero eso no cambia lo que debo hacer. Estoy comprometida a descubrir al asesino de mi marido.

—Como lo estaría yo —dijo Ailsa—, si lo mismo le hubiera ocurrido a Blaine. Pero, ¿qué harás si las conclusiones de lord Seton exoneran a Nial o, en el peor de los casos, no presentan pruebas lo bastante concluyentes como para llevarlo a juicio? ¿Qué sentirás entonces por Nial?

Kenna dirigió una mirada perpleja a la mujer de pelo castaño rojizo.

—Si lord Seton puede ofrecer pruebas irrefutables de que Nial es inocente, entonces me

daré por satisfecha. No le deseo el mal a Nial. Pero para convencerme de que Nial no mató a Seamus, lord Seton debe aportar también pruebas de que otro es el asesino.

Ailsa suspiró y sacudió la cabeza.

—A veces no es tan fácil, amiga mía. A veces nunca se descubre al verdadero asesino. ¿Deberá entonces Nial llevar para siempre esa mancha en tu corazón?

Kenna se puso en pie y recorrió la corta distancia para mirar una vez más por la ventana.

—Y si debe hacerlo —preguntó en voz baja— ¿qué importa? Él será libre y yo volveré con los Donald. Y eso será el fin.

Capítulo 11

Lord Seton permaneció en MacKenzie dos días, y luego partió una vez más, esta vez hacia el castillo de los Donald. Kenna no esperaba volver a verle hasta dentro de una semana, y se acomodó a su ya habitual rutina de evitar a los residentes del castillo tanto como pudiera. Adoptó la costumbre de rezar sus oraciones en la capilla antes del amanecer, seguidas de un enérgico paseo por el tejado a la primera luz del alba. El resto del día lo pasaba en su habitación.

Con una siesta a última hora de la tarde para fortificarse, salía de su alcoba hacia las diez de la noche, cuando la mayoría de los residentes, si no todos, estaban en cama, y tras pasar más tiempo en la capilla. No era mucho, pero evitaba que se volviera loca, encerrada constantemente en su alcoba.

Si su horario se lo permitía, Ailsa también empezó a pasar una parte de cada día con Kenna. Las dos mujeres hablaban y bordaban o jugaban una o dos partidas de ajedrez. Aunque no habían vuelto a hablar de la reunión de Kenna con Nial, Ailsa la mantenía, no obstante, al corriente de todo lo que ocurría en el castillo, incluido lo que hacía Nial. Sin embargo, Kenna no pudo obtener ninguna información sobre lo que Lord Seton había sacado de su visita a Balloch. Ailsa no lo sabía, como tampoco lo sabía nadie más, salvo quizá la reina.

La pregunta, sin embargo, ocupaba el primer lugar en la mente de Kenna. Se despertaba con ella y se acostaba por la noche con ella rondando aún en el borde de sus pensamientos. Y ahora que era probable que Seton estuviera con los Donald, musitó una mañana temprano mientras iniciaba su paseo por los confines de la azotea, parecía que no podía apartar su mente de la investigación.

¿Cómo estaba aguantando Colin el interrogatorio de lord Seton? ¿Y había descubierto ya el hombre de la reina alguna información que arrojara luz concluyente sobre la identidad del asesino? Mientras caminaba, apretó las manos con frustración. Och, pero la espera, el no saber nada, estaba empezando a erosionar no sólo su paciencia sino también su férreo control.

Un sonido de pasos resonó de repente en el profundo silencio. Kenna se dio la vuelta y se dio cuenta de que alguien subía las escaleras. Presa del pánico, miró salvajemente a su alrededor en busca de algún lugar donde esconderse, pero no había ninguno. Aparte de un banco de piedra situado en el mejor mirador sobre el lago, y la pequeña y cerrada entrada de la escalera, todo el tejado estaba a la vista.

—Tranquila —susurró en un intento de calmarse—. Probablemente no sean más que Jane o Ailsa, buscándote.

Y entonces su peor pesadilla salió del recinto de la escalera. Nial se detuvo, miró a su alrededor y la encontró. A decir verdad, en ese momento Kenna no deseaba nada tan desesperadamente como desmayarse fulminada.

Desgraciadamente, su habitualmente bien apreciada y fuerte constitución le falló de la forma más miserable. Lo mejor que pudo conseguir fue la pérdida total de la lengua y la incapacidad de moverse.

Nial, sin embargo, no parecía sufrir tales achaques. Su mirada se volvió resuelta, sus hombros se cuadraron y caminó hacia ella.

—Así que Jane tenía razón —dijo, acercándose a ella—. Sí que das paseos clandestinos por la mañana temprano aquí arriba.

Aunque su corazón clamaba en su pecho y le temblaban las rodillas, de algún modo la particular elección de palabras de Nial irritó a Kenna lo suficiente como para que la ira diera ímpetu a su discurso.

—Mis paseos no son clandestinos —consiguió ahogar, sin llegar a mirarle—. Simplemente prefiero mi intimidad, eso es todo. Ahora, si no le importa —añadió, recogiéndose las faldas y empezando a rodearle—, he terminado mi paseo y debo volver a mi alcoba.

Él se interpuso limpiamente en su camino.

—¿Y cuál es la prisa? No es que estés muy ocupada estos días, yendo de aquí para allá por el castillo.

Se había acercado y Kenna encontró sus ojos a la altura del pecho de él. No quería encontrarse con su mirada pero sabía que ahora no había forma de evitarlo. De mala gana, levantó la vista.

Unos profundos ojos azules la miraban fijamente. Ojos que no contenían ni una mirada de odio ni de afecto, sino que eran ligeramente divertidos y considerados. Sin embargo, no estaba tan segura de que eso le gustara más que la animosidad o la compasión.

—¡No tenemos nada de qué hablar, y bien lo sabe, Nial MacKenzie! —espetó finalmente Kenna—. Así que, a menos que encuentre algún tipo de cruel placer en atormentarme, déjeme marchar. —Hizo entonces un rápido movimiento para esquivarle, pero él fue aún más rápido.

—Al contrario, dulce muchacha —dijo, cogiéndola ahora por los brazos—, tenemos mucho de qué hablar. Y como me canso de esperar a que vengas a mí, he pensado que es hora de que yo venga a ti.

No se había dado cuenta de lo mucho que le había echado de menos. Echaba de menos oír su voz rica y profunda. Echaba de menos su tacto. Echaba de menos su aroma varonil a sándalo y cuero y lana.

En ese momento, mientras estaba tan cerca que podía sentir su calor, oírle respirar, empaparse, aunque sólo fuera una vez más, de esa energía brillante y maravillosa que él siempre parecía desprender, Kenna pensó que seguramente valdría la pena todo lo que estuviera por venir. Había estado tanto tiempo privada de él, y necesitaba, ¡oh, cómo necesitaba, la esencia sustentadora, el bálsamo calmante que era Nial! Casi como si una fuerza la atrajera, Kenna se inclinó hacia él, su necesidad de contacto corporal casi la abrumaba.

Entonces, como la fría salpicadura del agua en una mañana helada, la realidad regresó con toda su repentina y desconcertante fuerza. Ella se echó hacia atrás.

—¡Suéltame, le digo! —gritó, retorciéndose en su agarre—. ¡No tenéis derecho a ponerme las manos encima, y mucho menos a retenerme aquí contra mi voluntad!

Su agarre sobre ella se hizo más fuerte.

—¿Eres tan cobarde, entonces, que la fuerza de tus convicciones no basta para darte el valor suficiente? De hecho, habla muy mal de la rectitud de tu causa si no puedes enfrentarte a mí y escuchar lo que tengo que decir.

No lo permitiría, pensó Kenna. Debía persistir en recoger una y otra vez una cosecha de ira y dolor y palabras duras, cuando lo único que ella quería era evitarle todo lo que pudiera.

—Bien —dijo Kenna con un suspiro de resignación—. Supongo que, puesto que la última vez que hablamos estábamos en presencia de la reina, os he robado por completo la oportunidad de descargar vuestro rencor contra mí. Así que, por favor, acabad de una vez. Háble me de vuestra ira, de su disgusto y de su odio. Que soy la mujer más desagradecida e insensible que habéis conocido, y además una mentirosa y traidora por la espalda. —Hizo una pausa para inspirar rápidamente—. ¿Me he dejado algo?

Para sorpresa de ella, él rió entre dientes.

—No, eso lo resume todo o, al menos, lo que imaginas que pienso de ti.

Kenna no sabía qué decir. Su mente se agitó, tratando de anticipar cuál podría ser el juego de Nial, y cuándo y cómo clavaría en ella el cuchillo de su propio ataque. Pues un juego debía ser. Ningún hombre toleraría lo que ella había hecho sin tomar represalias. Al menos, ningún hombre que ella hubiera conocido.

Seamus tenía un temperamento rápido y violento, y su orgullo no admitía disensiones ni deslealtades. Era un enfado que se superaba rápidamente, sin embargo, si se sobrevivía a al ataque inicial. La ira de Colin, en cambio, era de un tipo mucho más tranquilo y letal, que se cocía a fuego lento durante mucho tiempo mientras consideraba todas las formas posibles de vengarse. Y, cuando su venganza llegaba, era siempre mucho más despiadada y duradera. También aparecía con frecuencia en el momento más inesperado, mucho después de que el desaire se hubiera olvidado y la otra parte hubiera pasado a otras cosas.

¿De qué manera reaccionaría Nial? Bueno, de un modo u otro, pronto lo sabría.

—Entonces acaba de una vez, ¿quieres? —exigió ella, mirándole fijamente—. Obviamente, no tengo ni idea de lo que estáis pensando. Dígame lo que ha venido a decirme y acabe de una vez.

—No te odio, muchacha. —Sus ojos ardían con una intensidad feroz—. Estoy dolido y confuso, pero no te odio. Sólo quiero entender por qué, después de todo el tiempo que hemos pasado juntos, después de lo que yo creía que estaba creciendo entre nosotros, te imaginarías que yo era capaz de asesinar. Eso es todo, Kenna. Es todo lo que quiero saber.

Él sólo preguntaba lo que ella se había preguntado una y otra vez en las últimas semanas. Pero qué respuesta podía darle ella, salvo las mismas: que todas las pruebas apuntaban hacia él, que no era nada personal, que sólo necesitaba obtener justicia por la muerte de Seamus. Pero Kenna se daba cuenta ahora, quizá sólo porque Nial se lo había preguntado, de que la respuesta era mucho más compleja que eso.

Ya no era la misma persona de antes, cuando su memoria había desaparecido y todo parecía mucho más sencillo. Ahora era la antigua Kenna, cautelosa y autoprotectora, guardando poderosamente el portal de su corazón. Se había cerrado a los demás y retrocedido, eligiendo mantener una amplia distancia. Y un dolor vacío palpitaba en lo más profundo de su ser. Oh,

¡cómo palpitaba!

—No soy la mujer que conocisteis al principio —respondió finalmente Kenna—. De hecho, nunca fui verdaderamente esa mujer. Así que no me conocéis. Si me conociera, entendería por qué soy capaz de acusarle de asesinato. Y veríais que no soy en absoluto la clase de mujer que os importaría, y mucho menos a la que amaríais.

—¡Oh, pero claro que lo eres, muchacha! —La atrajo hacia sí y la abrazó con fuerza—. Ambas sois esas mujeres, sin duda. La parte de ti que vi cuando perdiste la memoria es cómo habrías sido si tu vida hubiera seguido un curso diferente, con personas diferentes que te quisieran y cuidaran. Y sí, veo cómo eres ahora, marcada como estuviste por diferentes personas y experiencias. Pero ambas mujeres forman parte de ti, muchacha. Sé que será difícil, pero, no obstante, depende de ti elegir qué aspectos conservar y cuáles desechar.

Se aferró a él, aunque sabía que no debía, bebiendo la sensación de su cuerpo grande y fuerte, oyendo el latido tranquilizador de su corazón, rodeada en el refugio seguro de sus brazos. Aquí, en este momento, Kenna casi imaginaba que lo que él decía era posible. Que no estaba atada para siempre a los viejos hábitos y formas de ver las cosas, que podía elegir quién y qué quería ser.

Pero también sabía que Nial veía el mundo de forma muy distinta a como lo veía ella, la vieja Kenna a la que había conocido durante más tiempo. Se sentía segura, cómoda en su vieja piel. Sabía cómo reaccionar, qué hacer y pensar. Y aquella niña más feliz e inocente que había sido temporalmente ya empezaba a retroceder, a desmenuzarse y disiparse. De hecho, incluso ahora, Kenna apenas podía recordarla.

La única parte de ella que perduraba era su amor por Nial. De algún modo, eso había permanecido fuerte y claro, sin vacilar nunca, por mucho que ella intentara matarlo. Pero debía matarlo. La verdadera Kenna Donald no era digna de un hombre de la talla de Nial MacKenzie. ¿Cómo podía serlo? Sus padres la habían abandonado, su propio clan no la quería y ella casi había llevado a su marido a la perdición. Como mínimo, era la muerte para cualquiera que se atreviera a amarla.

Rompiendo el contacto con Nial, Kenna se apretó contra la barrera de sus brazos.

—No lo entiendes Nial —dijo, obligándose a encontrarse con su mirada—. He elegido quién quiero ser. Y no soy la mujer para ti. Al menos, ya no y, en verdad, para nunca.

Por primera vez desde que la había encontrado aquí, el dolor torció sus facciones y la incertidumbre oscureció sus ojos. Ella podía ver la batalla que libraba, las dudas, las preguntas, el miedo. En cualquier momento, pensó Kenna, Nial llegaría a la misma conclusión y el muro se alzaría finalmente ante su corazón.

Un impulso salvaje de detenerle, de devolverle la mentira, se estremeció a través de ella, y estuvo a punto de sucumbir a él. Pero si lo hacía, ¿dónde dejaría eso la retribución de Seamus? ¿Dónde dejaría a Colin y, lo que era aún más importante, a la pequeña Adele, que la veía como la única madre que había tenido?

Ella sabía cómo ser Kenna Donald. No sabía cómo ser esa Kenna niña, la niña sin clan y sin familia a la que Nial y su madre habían acogido.

Y nunca sabría ser el tipo de esposa que un hombre como Nial MacKenzie merecía y necesitaba.

—Creo que te equivocas, muchacha. Sobre no ser la mujer para mí —dijo suavemente, incluso mientras la soltaba—. Muy, muy equivocada.

Ella se apartó de él.

—Déjalo estar, Nial. Ya te he causado suficiente dolor. Déjalo estar.

—¿Y qué hay de tu dolor? ¿Realmente deseas volver a él, vivir el resto de tu vida con él?

—¿Y por qué no? —La risa de Kenna era forzada y estridente—. Es todo lo que conozco, después de todo.

—Pero no tiene por qué seguir siendo así.

Och, pero hablaba tan dulcemente, y la mirada de sus ojos parecía dejarla sin aliento. Pero él no lo entendía. ¿Cómo podría? Era tan, tan diferente a ella.

—¿Me obligarás, entonces, a entrar en algún molde que has formado para mí? —susurró ella.

—¡No! ¡Jamás! —Nial sacudió salvajemente la cabeza—. ¡Nunca os haría eso!

—Entonces déjame ser, Nial. —Las lágrimas llenaron sus ojos y no se molestó en ocultarlas—. Déjame ser quien elija.

Con eso, Kenna corrió a su alrededor y huyó hacia las escaleras. Esta vez, Nial no intentó detenerla. Empezó a bajar los escalones, llorando ahora, y casi chocó con alguien en la escalera. Con una disculpa murmurada, Kenna pasó junto a la mujer.

Sólo más tarde, cuando sus torturados pensamientos habían tenido tiempo de asentarse, se dio cuenta de que la mujer había sido la reina.

Una semana después, lord Seton regresó a última hora de la tarde. Apenas hubo desmontado de su caballo cuando Blaine lo escoltó hasta la presencia de la reina. Kenna empezó a pasearse por los confines de su alcoba, su ansiedad aumentando a cada minuto que pasaba. Finalmente, una hora más tarde, Ailsa vino a buscarla.

—¿Has oído algo? —le preguntó Kenna mientras se dirigían por el pasillo hacia la escalera principal—. ¿Sobre lo que encontró Seton o cuáles son sus conclusiones finales?

La esposa de Blaine negó con la cabeza.

—No. Seton se recluyó inmediatamente en la biblioteca con María. Ni siquiera Blaine estuvo al tanto de su discusión. Y ahora está ocupado buscando a Nial. Escucharemos todos juntos los resultados de la investigación de Lord Seton.

La repentina comprensión de que el destino de Nial probablemente se decidiría esta misma víspera llenó a Kenna de una curiosa mezcla de aprensión y temor. Ella deseaba mucho saber quién había matado a Seamus, ver a esa persona castigada. Pero no quería que fuera Nial.

No es que hubiera nada que ella pudiera hacer ahora para cambiar el resultado de las averiguaciones de Seton. Esa suerte había estado echada en el instante en que ella había abierto

la boca para acusar a Nial. No le quedaba más remedio que ver todo este lamentable embrollo hasta su final, y aceptar el resultado.

—Tengo tanto miedo, Ailsa —susurró—. Ya no sé lo que quiero.

—No estás más asustada que yo, amiga mía —le susurró de vuelta su compañera. Se acercó y cogió la mano de Kenna, dándole un rápido apretón—. Ahora está en manos del Señor. Debemos confiar en Él.

Llegaron a las escaleras justo en ese momento y comenzaron a bajarlas. Abajo, y a su derecha, Blaine se detuvo con Nial en la puerta del despacho. Ambos hombres se detuvieron para girarse y mirarlas.

Había una luz indefinible en los ojos de Nial cuando su mirada se encontró con la de ella. No temerosa. Ni enfadada. Kenna la analizó durante un instante y decidió que era de aceptación. Fueran cuales fueran las conclusiones, se dio cuenta, Nial ya estaba en paz con ellas.

Sólo deseaba sentirse tan tranquila. En cambio, su corazón latía casi dolorosamente en su pecho, y el miedo la atenazaba por dentro con una garra cruel y retorcida. Su cabeza daba vueltas con emociones contradictorias hasta que casi temió estar a punto de perder la cabeza.

Se detuvieron a unos metros de los dos hombres. Blaine casi la empaló con una mirada acerada, luego se volvió y abrió la puerta. La reina María y lord Seton estaban sentados al otro lado de la habitación, la reina a la cabecera de la larga mesa de roble y Seton en la silla a su derecha. Tres pergaminos enrollados y encuadernados con cintas yacían ante él. Una vez que estuvieron todos dentro y Blaine hubo cerrado la puerta tras ellos, María indicó las sillas alineadas a lo largo de la mesa.

—Venid —dijo la reina—. Sentaos y podremos comenzar. Lord Seton ha sido muy minucioso y estoy muy satisfecha con su trabajo.

Mientras ocupaba su lugar al otro lado de Ailsa, Kenna sólo pudo preguntarse qué querría decir María con aquel comentario. ¿Implicaba que Seton había descubierto realmente la identidad del asesino de Seamus? ¿O simplemente María estaba satisfecha con el resultado, fuera cual fuera?

Por alguna razón, Nial acabó justo enfrente de ella. Kenna no tuvo más remedio que encontrarse con su mirada, aunque fuera brevemente. Él le sonrió, una sonrisa amable y preocupada, sin rastro de ira o rencor. Ella logró esbozar su propia sonrisa, rápida e insípida, e inmediatamente fijó su atención en lord Seton.

El noble esperó a que todos estuvieran instalados y en silencio. Entonces se aclaró la garganta, lanzó a María una mirada interrogante y comenzó a hablar después de que ella le hiciera un gesto con la cabeza.

—Las últimas tres semanas han sido largas y arduas. He intentado, en la medida de mis posibilidades, ser minucioso y no dejar piedra sin remover. —Hizo una pausa, se acercó a los pergaminos que tenía ante sí y cogió uno. Tras desenrollarlo, comenzó a leer.

—Informe de mis hallazgos en el castillo de Balloch. Todos los hombres consultados coincidieron en que la noche en cuestión fue oscura, debido a la espesa capa de nubes que sólo en raras ocasiones se separaba para arrojar algo de luz lunar. Aunque varios admitieron haber oído disparos de pistola, hubo gran discrepancia en cuanto a cuántos disparos se hicieron y cuándo. Algunos afirmaron oír dos disparos, otros, tres. Algunos pensaban que se habían

disparado dos seguidos, otros que se habían disparado dos en distintos momentos durante el transcurso del combate y otros que se habían disparado dos seguidos y uno más tarde.

Mientras Kenna escuchaba el informe Balloch de Seton sin parar, se dio cuenta de que de él no saldría ninguna información concluyente. Finalmente, Lord Seton terminó de leer aquel pergamino, lo volvió a enrollar y atar, y lo dejó a un lado. Luego cogió un segundo pergamino.

—Este es mi informe desde el castillo de los Donald —comenzó a continuación, y procedió a entregar un informe casi idéntico—. Un reconocimiento de todos los Donald heridos —dijo finalmente cuando se acercaba al final del documento—, reveló un hombre —además del fallecido— que había sufrido un disparo de pistola. Nadie vio a nadie entre ellos con una pistola. Nadie, incluido Colin Donald, el actual laird, admitió poseer una pistola, y una vez más hubo gran disparidad en cuanto a la cantidad de disparos oídos aquella noche. Todos coinciden, sin embargo, en que todos los disparos se oyeron muy próximos entre sí, lo que sólo sugiere que los disparos habían procedido de uno de los campamentos de MacKenzie y Donald, o de ambos.

Terminó, volvió a enrollar y atar aquel pergamino, y cogió el tercero y último. Mientras Kenna lo observaba, sus pensamientos se agitaron. Así pues, esa noche se habían efectuado dos o tres disparos, aunque era poco probable que Nial hubiera tenido oportunidad suficiente para recargar sus dos pistolas. Dos hombres habían recibido heridas de pistola, Seamus y otro miembro del clan Donald. Si sólo se habían efectuado dos disparos, todas las pruebas apuntaban a Nial, aunque éste afirmara que había disparado ambas pistolas en rápida sucesión al principio del combate, mucho antes de que Seamus recibiera el disparo. Si se hubieran efectuado tres disparos, y la afirmación de Nial fuera cierta, Nial podría haber fallado una vez y haber alcanzado a un hombre, y el tercer disparo habría procedido de otro lugar. El tercer y último disparo que probablemente mató a Seamus.

—Un resumen de mis hallazgos y conclusión son los siguientes —Lord Seton finalmente volvió a hablar, y esencialmente comenzó a repetir exactamente lo que Kenna acababa de conjeturar por su cuenta—. En conclusión, debido a la escasa visibilidad de aquella noche, a la discrepancia en los relatos sobre el número de disparos oídos y a que no se dispone de testigos oculares sobre quién disparó la pistola utilizada para matar a Seamus Donald, sólo pruebas circunstanciales vinculan ahora a Nial MacKenzie con el asesinato. Y las pruebas circunstanciales, como bien sabéis, no son suficientes para condenar.

Dicho esto, volvió a enrollar el pergamino, lo ató y lo añadió de nuevo a la pila. En el súbito silencio, todas las miradas se volvieron hacia la reina. Ella cerró los ojos, bajó la mirada y durante un largo momento permaneció en silencio. Luego, con un suspiro que Kenna no pudo evitar imaginar que era al menos parcialmente de alivio, levantó la vista y abrió los ojos.

—Entonces, ¿nadie ha sido declarado culpable? —preguntó, encontrándose con la mirada de lord Seton.

—Eso sería correcto, Majestad.

—Por consiguiente, ya no sois sospechoso de asesinato, Nial MacKenzie. —Ella se volvió para sonreírle—. Felicidades.

Con el rostro inexpresivo, Nial respondió con una leve inclinación de cabeza.

—Gracias, Majestad.

Blaine sonrió.

—En ese caso, si hemos acabado, ¿puedo sugerir que pasemos al Gran Comedor? Por todos los sabrosos aromas que nos llegan, diría que la cena está casi lista para ser servida.

—Un momento más, MacKenzie. —María apoyó los brazos en la mesa y se inclinó hacia delante—. Todavía hay un pequeño asunto que discutir. —Su mirada pasó de Nial, al otro lado de la mesa, a Kenna—. Como viuda y, heredera de los Donald, pronto serás considerada por muchos como una esposa potencial. ¿Cuáles son tus planes, muchacha?

Todas las miradas se volvieron hacia Kenna, y ella pudo sentir cómo sus mejillas se encendían.

—Pues, son tal y como había mencionado antes, Majestad —logró responder—. Regreso con los Donald. Colin y su hermana Adele son la única familia real que tengo. Apenas recuerdo a ningún pariente de los Donald y pocos me han visitado durante los años que permanecí en el castillo de los Donald, y mucho menos me han pedido que regrese a casa.

—Sin embargo, no puedes casarte con Colin Donald. Es tu cuñado.

—Sí, es cierto, Majestad. —Ella se encogió de hombros—. Supongo que, con el tiempo, algún hombre adecuado me tomará como esposa. Pero no tengo prisa por casarme de nuevo.

—No, supongo que no —replicó María—. Aun así, preferiría que te casaras bien. Y, si algún día deseas intentar recuperar las tierras de Donald de tu lío de parientes pendencieros, sería prudente que tuvieras un marido fuerte, de un clan fuerte, para que te ayudara, ¿no te parece?

Kenna no estaba muy segura de adónde quería llegar la reina con esto, pero algún instinto le advirtió que tenía algún plan en mente desde el principio.

—Sí, un marido fuerte de un clan fuerte sería ideal. Me aseguraré de tenerlo en cuenta, cuando y si ese momento llega.

—Ah, pero ha llegado, muchacha. —La boca de María se alzó en una sonrisa triunfal—. Ahora que Nial ha sido absuelto de todos los cargos en su contra y declarado inocente como siempre ha afirmado, no puedo pensar en un hombre mejor para que te cases con él. De hecho, es mi mayor deseo que te cases con él.

La sangre se drenó del rostro de Kenna. Miró fijamente, con la boca abierta, a la reina.

—Och, no pongas esa cara de asombro, muchacha. —María se rió—. Hay mujeres en abundancia que se desmayarían de felicidad ante la oportunidad de tomar por esposo a un hombre tan apuesto como Nial MacKenzie. Sólo desearía haberle considerado más seriamente yo misma cuando contemplaba un segundo matrimonio. Pero era testaruda y estaba decidida a que la gente más sabia no me dijera con quién casarme. Pero tú… Tú tienes la oportunidad de elegir sabiamente.

—Pero Majestad —casi susurró Kenna, tan apretada estaba ahora su garganta—, no quiero casarme con Nial MacKenzie. Aunque no se demostró que él fuera el asesino de Seamus, tampoco se demostró lo contrario. No podría casarme con él mientras siguiera habiendo dudas.

La boca de María se tensó.

—Bueno, en mi mente, no hay duda, y eso es todo lo que importa. Como es mi voluntad que vosotros dos os caséis.

La habitación y los rostros ante ella comenzaron a arremolinarse. Kenna sintió calor, luego

frío, luego calor de nuevo, y temió de repente que pudiera estar enferma.

¿Casarse con Nial? No, nunca podría ser. Todo lo que ella quería era dejar atrás a él y aquella vida ilusoria que una vez, durante un breve tiempo, había vivido en Balloch. Todo lo que deseaba era regresar con los Donald, morar una vez más entre gente que era como ella, que la comprendía y la aceptaría siempre.

Sin embargo, también era muy consciente de que la voluntad de la reina equivalía a una orden. Rechazarla era potencialmente hacer caer su ira no sólo sobre el clan Donald, sino también sobre el clan Donald. No parecía haber forma de negarse.

Pero, ¿y Nial? ¿Qué opinaba él al respecto? Si él tampoco estaba dispuesto, seguramente los dos juntos podrían convencer a la reina. Kenna levantó la vista, le clavó la mirada y le envió una súplica silenciosa.

Él le devolvió la mirada, firme pero encendida desde dentro por un fuego feroz y ardiente. Un fuego que era a la vez alegre y exultante. Supo entonces, incluso antes de que Mary se volviera hacia él, que su destino estaba sellado.

—¿Y qué hay de ti, Nial MacKenzie? —preguntó la reina, clavando por fin toda la fuerza de su mirada en él—. ¿Te resulta igualmente adversa la idea de casarte con una mujer que aún duda de tu inocencia en el asesinato de su marido?

Al desviar su atención de Kenna a Mary, su boca se torció con tristeza.

—Me duele mucho que Kenna Donald aún desconfíe de mí, Majestad. Sólo puedo esperar que, con el tiempo y una estrecha asociación, acabe viéndome como el hombre que soy, un hombre que nunca cometería un acto tan ruin. Así que, en respuesta a su pregunta, si es su voluntad, entonces no estoy en absoluto en contra de tomarla como esposa. Soy, después de todo —dijo inclinando la cabeza hacia María—. Su más leal y devoto servidor.

Capítulo 12

Aunque podría haber exigido que Kenna asistiera a la cena, al parecer María se apiadó un poco de ella. Lo cual era probablemente lo mejor, pensó Kenna mientras subía apresuradamente a su alcoba. Por muy tumultuosas que fueran sus emociones y el estado de su estómago en ese momento, si se hubiera visto obligada a sentarse a la mesa e incluso a ver cómo traían la comida, temía ponerse físicamente enferma antes todos ellos.

Ya había sido bastante difícil soportar la interminable monserga de Seton mientras leía laboriosamente todos los pergaminos, cuando podría haber resumido su conclusión en unas pocas y breves frases. De hecho, bien podría haberse limitado a decir que Nial era inocente y ya está. En el fondo de su corazón, Kenna había sospechado que finalmente así sería.

Pero nunca había previsto que, una vez terminada la investigación, se le ordenaría prácticamente casarse con el principal objeto de la misma. Era increíble, ¡y mucho menos comprensible! Y era tan injusto.

No es que una reina tuviera que preocuparse por lo que era y no era justo, pensó Kenna con amargura cuando por fin llegó a la puerta de su alcoba y entró. Ella podía hacer lo que quisiera y todos debían obedecer. Pero María era mujer además de reina y seguramente debía comprender el horror de una mujer a ser obligada a casarse contra su voluntad. ¿Por qué, oh por qué, había elegido María volverse así contra ella?

Kenna casi cerró la puerta de golpe, sólo para que alguien diera un chillido de sorpresa detrás de ella. Se dio la vuelta. Por alguna razón, Jane estaba allí, sentada ante el fuego, aparentemente calentándose contra lo que había resultado ser una noche bastante fría, de mediados de septiembre. Kenna, sin embargo, no estaba de humor para compañía.

—No te necesitaré más esta víspera —se obligó a decir en lo que esperaba fuera un tono cortés—. Puedes irte, Jane.

—¿Pero no querréis comer algo más tarde? —preguntó la criada—. ¿Teniendo en cuenta que no parece que vayáis a asistir a la cena?

Kenna ahogó una carcajada que temió acabara siendo más un grito que otra cosa.

—No —espetó, acercándose a mirar por la ventana mientras luchaba por ocultar su repentina oleada de lágrimas—. Te agradezco tu consideración, pero no, no tengo apetito, y probablemente no lo tendré en mucho tiempo.

Jane finalmente debió tomar su prolongado silencio por una despedida.

—Como desee, señora —dijo al fin y salió de la habitación.

Casi tan pronto como se cerró la puerta, aparecieron las lágrimas de Kenna. No eran, sin embargo, lágrimas de tristeza, sino de furia y amarga frustración. ¡Todos estaban conspirando

contra ella!

Ailsa era la única de la que Kenna dudaba que hubiera tenido algo que ver. Kenna había visto la expresión de sorpresa en el rostro de la otra mujer, una expresión que rápidamente se transformó en una de compasión y preocupación cuando se había encontrado con la mirada de Kenna tras el sorprendente pronunciamiento de la reina. A continuación, Ailsa había desviado su mirada hacia la de Nial, su mirada desconcertada e interrogante. No es que su amiga hubiera ganado nada con su esfuerzo, pensó Kenna con enfado. La expresión de Nial se había quedado cuidadosamente en blanco para entonces.

Och, ¡pero si ella le odiaba! Kenna golpeó con los puños el alféizar de piedra de la ventana. Era un manipulador taimado y de sangre fría. Y probablemente había estado maniobrando con ella para sus propios fines desde el principio.

Pero, ¿por qué? ¿De qué posible utilidad era ella para él? Los Donald no tenían nada que ofrecerle. Ella no tenía derecho a ninguna de las tierras de ese clan, ni siquiera al castillo. Y, aunque las tierras de Donald eran mucho mayores y más rentables, ¿realmente le interesaban tanto a Nial? Parecía poco probable.

Aunque históricamente el clan Donald siempre había sido incondicionalmente leal a la Corona de Escocia, su primo Kinner Donald era conocido por favorecer a la facción de señores de la Corte que parecían distanciarse de la reina. Tal vez María esperaba recuperar la lealtad de los Donald a través de Nial y su matrimonio con la heredera de los Donald.

Después de todo, Nial había admitido que era el leal y devoto servidor de la reina.

La sensación de una trampa cerrándose a su alrededor llenó a Kenna. No es que eso debiera sorprenderla. Había sido muy consciente de que la dote excesivamente generosa que Kinner había enviado para honrar su matrimonio con Seamus había sido un soborno. Un soborno para mantenerla firmemente ligada al clan Donald y alejada de las luchas intestinas y maquinaciones de los Donald por la jefatura.

No, Kenna lo había sabido pero había optado por fingir ignorancia. Después de todo, ella había querido el matrimonio con Seamus. Había querido quedarse donde sabía que era bienvenida y querida.

Pero también estaba cansada de ser utilizada como peón de hombres ambiciosos, así como ahora de una reina que luchaba por conservar su corona. El problema era cómo salir de esta nueva e insostenible situación. Si es que había alguna forma de hacerlo.

Colin no tendría ninguna influencia sobre la reina, especialmente no contra la abrumadora fuerza de los MacKenzie. E incluso si Kenna pudiera asegurarle a María que el clan Donald le sería leal, con Kenna como su jefe, no parecía haber forma de que ella se asegurara esa jefatura por sí sola. Kinner no era el único pariente que preferiría no volver a verla pisar las tierras de los Donald.

Como una rueda que gira sobre su eje, todo volvió a girar en torno a Nial. La frente de Kenna se arrugó pensativa. Si su principal motivo para casarla era ganarse el apoyo de los Donald para María, tal vez hubiera alguna forma de negociar con él. Si podía conseguir la ayuda de MacKenzie para ganar la jefatura, con la seguridad de que entonces mantendría al clan Donald leal a la reina, tal vez eso bastaría para evitar este matrimonio forzado.

Resolvería muchos problemas. Evitaría casarse con Nial. Seguiría siendo libre para

proseguir una investigación propia sobre el asesino de Seamus. Y, si alguna vez descubría quién era esa persona, aunque fuera efectivamente Nial MacKenzie, entonces poseería cierto poder para buscar justicia por derecho propio.

El problema residía en convencer a Nial de que no necesitaba casarse con ella para demostrar su lealtad a la reina. Todo lo que tenía que hacer era apoyarla en su intento de recuperar la jefatura de los Donald.

Kenna levantó la barbilla, inspiró profundamente y se decidió. De algún modo, de alguna manera, debía convencer a Nial de las muchas ventajas de su plan. Ventajas que les servirían a ambos. Y, de un modo u otro, Kenna sabía que debía hacerlo esta misma noche.

Él era, después de todo, su única esperanza de convencer a Mary de que cambiara de opinión.

Mientras Nial se levantaba para reunirse con la reina, Seton, Blaine, Ailsa y su madre para charlar y confraternizar después de la cena ante el enorme fuego del hogar al fondo del Gran Salón, uno de los criados se acercó corriendo y le deslizó una nota en la mano. Miró desconcertado al muchacho, pero éste se limitó a sacudir la cabeza y se alejó apresuradamente. Sólo Blaine vio el acto subrepticio y se quedó cerca mientras el resto de su grupo se dirigía al otro lado del Salón.

—¿Un admirador secreto?

Nial se encogió de hombros y procedió a abrir y leer la nota. Al registrar las palabras, la excitación le recorrió por dentro.

—Difícilmente —respondió con una sonrisa, encontrándose con la mirada atenta de Blaine —. Es de Kenna. Pide hablar conmigo en el despacho.

Blaine soltó un bufido de disgusto.

—Ten cuidado, primo. Ha tenido tiempo de recapacitar y reagruparse. De hecho —añadió, una mirada dura oscureciendo sus ojos—, será mejor que vaya contigo. Estás tan obsesionado con ella y con la idea de que finalmente podrás tomarla por esposa que necesitas desesperadamente una perspectiva más clara. Una perspectiva de alguien que no se distraiga con una cara y una forma atractiva.

Nial ya había tenido todos los comentarios poco amables sobre Kenna que podía soportar de su primo.

—Te agradezco tu ofrecimiento, pero ella desea hablar conmigo en privado, y tengo la intención de hacerlo. Ahora, si me disculpas con las damas…

—Espera. —Blaine le agarró del brazo, deteniéndole.

Señalando con el dedo, Nial miró la mano que tenía en el brazo y luego levantó la vista hacia Blaine.

—Déjalo, primo —gruñó—. Sé lo que hago.

—Olvidas que la reina ya ha dejado clara su voluntad en esto.

—Al contrario, no he olvidado nada. Y, a pesar de lo que puedas pensar de mí últimamente, no soy tonto.

Con un suspiro, Blaine le soltó.

—La mayoría de las veces, no, ciertamente no eres tonto. Pero cuando se trata de esta mujer en particular…

—Va a ser mi esposa, lo desee o no —dijo Nial suavemente—. No necesito concederle nada, y seguiré teniendo lo que he deseado desde hace mucho tiempo.

—Sí, es cierto, pero te conozco demasiado bien. Quieres más que su cuerpo. Quieres su amor. Y tienes un largo camino que recorrer para conseguirlo, amigo mío. La pregunta es, ¿cuánto sacrificarás con la esperanza de conseguirlo?

—Lo sacrificaré todo. —Ante la expresión de asombro de Blaine, Nial sonrió—. Todo menos mi clan, mi reina y mi alma, claro.

La expresión de alivio en el rostro de su primo casi hizo que Nial riera a carcajadas.

—Och, en ese caso —dijo Blaine—, supongo que es seguro enviarte por tu camino.

—Sí, desde luego que lo es. —Con eso, Nial giró sobre sus talones y se dirigió al vestíbulo de entrada y al despacho.

Encontró a Kenna ya allí, de pie ante el fuego de la chimenea, su esbelta figura silueteada por las llamas saltarinas. Se le secó la garganta de anhelo y las palmas de las manos se le humedecieron de repente, pero Nial forzó los inquietantes pensamientos de su mente, centrándose en cambio en la confrontación que se avecinaba. Pues una confrontación sería sin duda, teniendo en cuenta lo que estaba en juego ganar o perder esta noche.

Debió de oírle cerrar la puerta. Kenna se volvió. Desde el otro lado de la habitación, sus miradas se cruzaron. Sintió que algo caliente y poderoso se abría paso entre ellos, pero no estaba seguro de lo que era. Por lo que él sabía, bien podía ser odio, al menos el que emanaba de Kenna.

Sin embargo, no había nada que hacer al respecto, salvo afrontar la batalla de frente. Nial avanzó hacia el hogar y se colocó frente a ella. Ella no se inmutó ni retrocedió, sólo lo miró fijamente con esos increíblemente ricos ojos marrones suyos, ojos, notó él, que aún estaban un poco rojos e hinchados, muy probablemente por el llanto.

—Vine en cuanto recibí tu mensaje —le dijo en voz baja, lleno de remordimiento por haber sido la causa de su dolor—. ¿Qué deseas de mí, muchacha?

Ella bajó la mirada para clavarla en el fuego.

—Necesito tu ayuda.

Casi se imaginó que la súplica le había sido arrancada casi físicamente.

—Si está en mi mano, pídemelo y lo haré. Pero no puedo ir contra el deseo de la reina de que nos casemos.

—¿Por qué no? —Kenna levantó la cabeza para clavarle una mirada penetrante—. Al final, lo que importa es que María tenga lo que desea, y no la manera de conseguirlo.

Inclinó la cabeza para mirarla.

—¿Exactamente qué imaginas que quiere realmente, muchacha?

—¿Qué va a ser? —Ella soltó una risa temblorosa—. Ella desea asegurar la estabilidad de su posición. Desea reunir tantos aliados a su alrededor como pueda. Pero eso puede hacerse sin obligarnos a casarnos, Nial.

Así que, pensó, ahora llegamos al meollo de la cuestión.

—¿Cómo ayudaría nuestro matrimonio a María en ese sentido?

—Sabes tan bien como yo que ella puede perder el apoyo de Donald si mi primo Kinner se sale con la suya. Pero si yo fuera elegida jefe del clan, una empresa sólo posible con el apoyo de MacKenzie, ella recuperaría la lealtad de los Donald.

—Sí —convino lentamente—, eso bien podría ser parte de su plan. Un gobernante sabio espera obtener más de una ventaja de un matrimonio político. De alguna manera, sin embargo, creo que María también posee un lado tierno y romántico. Creo que espera que nuestro matrimonio sea más exitoso y mucho más feliz de lo que ella ha sido bendecida.

—Entonces no nos conoce bien, ¿verdad? —murmuró Kenna a través de unos labios tensos.

—Al contrario, ella ha llegado a conocerme razonablemente bien. He estado en la Corte varias veces en los últimos cinco años de su reinado aquí en Escocia. Mi madre, después de todo, pasó cuatro años en la Corte con ella, así como con su madre antes que ella.

—¿Y cuál es tu punto?

Nial prefirió ignorar la ira que ardía en su voz y en su mirada.

—Mi punto es que María es una amiga, y los amigos se ayudan lo mejor que pueden. Es cierto que ella necesita mi lealtad y cooperación. Pero también le importa lo que sea de mí, le importa mi felicidad.

—¡Bueno, se equivoca si imagina que alguna vez encontrarás la felicidad casado conmigo!

—¿Ah, sí? —Nial no pudo evitarlo. La vehemencia de Kenna le llenó de diversión—. Tus esperanzas para nuestra dicha conyugal son sombrías, sin duda, y aún no hemos pronunciado nuestros votos.

—¿Y por qué no habría de ser sombría? —gritó ella, arremetiendo contra él—. No sólo sigo sin estar convencida de tu inocencia en el asesinato de Seamus, sino que ahora conspiras para casarte conmigo por razones políticas. ¿Por qué te imaginas que me alegraría de aceptarte como marido?

—Och, no lo sé. —Se encogió de hombros—. ¿Quizá porque te amo y me casaría contigo incluso sin la orden de la reina? Porque te amaba incluso antes de saber que eras la heredera de los Donald, no es que eso me importe incluso ahora.

Ella lo miró durante un largo momento, sin habla, y luego se dio la vuelta.

—Pues no te creo. No eres más que una réplica mucho más encantadora de tu padre, como bien me advertiste.

El dolor le apuñaló, y en su enorme agujero apareció la furia.

—No te hablé de él para que volvieras mis palabras contra mí, ni para alimentar tus dudas

y sospechas —carraspeó—. En lugar de eso, te confié algunos de mis miedos y defectos más profundos.

Durante varios segundos, Nial se dio cuenta de que no podía continuar, su sensación de dolor y traición era así de fuerte. Entonces volvió la razón. A Kenna le acababan de ordenar que se casara; ella no había tenido nada que decir al respecto, y esto venía después de enviudar, perder la memoria durante un tiempo, y luego enterarse de que el hombre que la había acogido bien podía ser el asesino de su difunto marido. Que ella volviera ahora sus palabras contra él apenas importaba en comparación.

Respiró con dificultad.

—Perdóname por mi enfado —dijo—. Imaginaba que, en un momento como éste, mis profesiones de amor significarían poco para ti. Pero, dejando todo eso a un lado, la orden de la reina sigue siendo un obstáculo insalvable. Como he dicho antes. No puedo, ni quiero, desafiarla.

—¿Pero y si, en vez de eso, pudieras convencerla de que yo garantizaría la lealtad de Donald? —Ella puso la mano en su brazo y se acercó, su mirada brillante siendo casi su perdición—. ¿Y si tú y tu clan prometierais ayudarme a recuperar lo que siempre ha sido mío? Entonces no tendríamos que casarnos y María seguiría teniendo lo que más le importa.

—Sí, tú y María podrías conseguir lo que ambas deseáis —dijo él, conteniendo su renovada oleada de dolor—. ¿Pero qué tendría yo, al final, por mis esfuerzos?

Ella pareció momentáneamente desconcertada por esa pregunta.

—Habrías servido a tu reina —respondió finalmente Kenna—. ¿Y no es eso lo que importa?

—No, para mí no lo es.

Mientras le miraba fijamente, la comprensión iluminó lentamente sus ojos. El color se drenó de su rostro.

—¿Presentarás, no obstante, mi plan a la reina?

—¿Y por qué no lo haces tú misma? —le espetó con amargura—. Así sabrás que ha sido presentado correctamente, sin posibilidad de que se tergiverse. Después de todo, soy un mentiroso y estoy cortado por el mismo patrón que mi padre. ¿Por qué confiarías en mí para hacer esto en tu lugar?

Kenna tuvo la delicadeza de sonrojarse.

—¿Por qué si no? María lo recibirá más favorablemente viniendo de ti. Y yo podría acompañarte para verificar mi compromiso con el plan. Pero debe parecer que fue idea tuya.

—No me gusta —murmuró Nial—. Huele demasiado a mentira.

Miró al techo y suspiró.

—Entonces, ¿qué prefieres decir?

Ni siquiera había aceptado hacer esta tontería por ella, y ya le tenía hasta el punto de formular su presentación a la reina. Aun así, Nial no quería que Kenna pensara mal de él, y si este último esfuerzo por su parte ablandaba su corazón…

—¿Cuánto sacrificarás? —La pregunta de Blaine pasó por su mente.

—Lo sacrificaré todo. Todo menos mi clan, mi reina y mi alma…

Bueno, Kenna no le estaba pidiendo ninguna de esas cosas. Lo único que le pedía era que renunciara a la esperanza de tener alguna vez su amor. Su boca se torció irónicamente. Tal vez, como había dicho Blaine, cuando se trataba de esta mujer en particular, era realmente un tonto.

—Preferiría decir —respondió Nial, con una idea formulada en su cabeza—, que podría haber una forma mejor, y luego dejar el asunto en manos de la reina. Si crees que podrías aceptar finalmente y para siempre el resultado, sea cual sea.

El recelo nubló su expresión, y Nial pudo ver cómo se aceleraban sus pensamientos. Al final, sin embargo, Kenna asintió.

—No hay nada más que se pueda hacer si no le gusta a la reina, ¿verdad?

—No, no lo hay.

—Entonces, sí. Aceptaré el resultado. Puede que no me guste, pero lo aceptaré.

María no aceptaría su plan. Sin embargo, Kenna no estuvo dispuesta a rendirse e hizo todo lo posible por convencer a la reina de su idea alternativa y, durante un tiempo, Kenna incluso empezó a tener esperanzas de que tuviera éxito. Entonces María preguntó a Kenna a bocajarro si ya no deseaba casarse.

Katleen lanzó a Nial una mirada angustiada y luego bajó la vista, murmurando algo sobre que no le importaba casarse con él. La reina se dio cuenta de sus miradas y reformuló su pregunta, aunque esta vez su pregunta fue dirigida a Nial.

—¿La amas? —preguntó.

Tras un largo silencio, en el que Kenna esperaba tanto un sí como un no, Nial levantó la vista, se encontró con la mirada de la reina y respondió que sí, que efectivamente la amaba.

No hubo forma de convencer a María después de eso. El matrimonio tendría lugar dentro de una semana, les informó, y ella honraría su unión asistiendo.

No se podía hacer nada más después de eso salvo empezar a hacer los preparativos de la boda. Pronto se enviaron cartas tanto al castillo de los Donald como a los parientes de los Donald, solicitando su presencia en el próximo matrimonio. Y, para sorpresa de Kenna, cinco días después, Kinner y su esposa habían llegado y Colin hacía apenas dos horas, justo a tiempo para la ceremonia del día siguiente.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó ahora mientras estaban en el paseo del tejado, contemplando el Loch Awe de color peltre y el cielo nublado por la tormenta—. Seguro que no quieres seguir adelante con esta farsa de matrimonio. Tal vez esta noche, cuando todo el castillo

esté profundamente dormido, podamos bajar a hurtadillas a los establos y cabalgar.

—¿E ir adónde? —Kenna suspiró y sacudió la cabeza—. No podríamos volver al castillo de los Donald. Los MacKenzie vendrían a por nosotros y probablemente te destruirían a ti y a tu hogar en el proceso de recuperarme. La reina ha decretado que Nial y yo debemos casarnos, y nadie vendría en tu ayuda, Colin. Desde luego, ni mi primo Kinner ni nadie del clan Donald. De hecho, seguro que a Kinner le viene muy bien tenerme de nuevo bajo el control de otro marido.

—Sí —murmuró Colin—, seguro que sí. Pero tampoco puedo quedarme de brazos cruzados y dejar que te cases con ese cobarde insufriblemente arrogante. Te debo a ti y a Seamus más que esa pobre pizca de lealtad.

—Och, Colin, todo irá bien. —Kenna se volvió y le puso una mano en el brazo—. De algún modo, encontraré la manera de salir de esto. Nial es un tonto si cree que ha ganado sólo porque por fin puede tenerme como esposa. Nunca me rendiré hasta que descubra al asesino de Seamus. Y, viviendo en tan estrecha y constante proximidad con él como su esposa, si Nial es realmente el asesino, estoy segura de que por fin descubriré las pruebas que necesito para condenarlo. No —ella hizo un movimiento brusco y decidido con la cabeza—, lamentará el día en que se casó conmigo, lo lamentará.

—No obstante, me enferma pensar que vivas con él. Puede que aún te embruje, y entonces serás arcilla indefensa en sus manos. Y yo estaré demasiado lejos para ayudarte.

—Och, Colin, Colin. —Kenna rió suavemente, le soltó el brazo y se volvió hacia la vista de abajo—. No hay nadie practicando las artes negras en el castillo MacKenzie. Esa preocupación puedes dejarla de lado para siempre.

—Bueno, sea como fuere, no creo que pueda soportar ver cómo te casas mañana. ¡Me enfermará solo el pensarlo!

—Entonces, ¿quién estará a mi lado como representante de mi familia?

—Kinner ya se ha ofrecido. —Colin frunció el ceño—. De hecho, apenas desmonté tras llegar aquí cuando él estaba a mi lado, exigiéndome que te dijera que él debería representar a tu familia ante la reina.

Sonrió dulcemente.

—Un poco tarde para reclamar su fuerte vínculo familiar y su amor por mí, ¿no? No, en esto mi voluntad es clara. Nial dijo que era mi elección y sólo mía. Y quiero que tú, Colin, estés conmigo. Tu presencia me dará la fuerza y el valor que necesitaré para seguir adelante con esto.

En ese caso le cogió la mano, se la llevó a los labios y se la besó.

—Entonces, por ti, dulce muchacha, lo haré. —Hizo una pausa y soltó una risa áspera—. ¿Quién sabe? Puede que sea la oportunidad que he estado esperando para acabar con Nial MacKenzie de una vez por todas. Estaré lo suficientemente cerca como para cogerle por sorpresa antes de que tenga oportunidad de reaccionar. Y nadie en la capilla estará armado, salvo quizá yo, si puedo pasar de contrabando una daga…

Apartándose de él con horror, Kenna retiró la mano de un tirón.

—¡No! ¡Ni siquiera bromees con tal cosa! Una vez cometí el error de permitirte arriesgar tu vida para vengar a Seamus. No volveré a hacerlo. Hay otras formas.

—Sí, las hay —gruñó, oscureciendo su expresión—, pero ninguna tan rápida y satisfactoria como clavarle una daga profundamente en las tripas y verle gritar y retorcerse en su agonía. Se merece eso y más, de verdad, por lo que le hizo a Seamus y lo que pretende hacerte a ti.

Al escucharle en ese momento, un escalofrío la inundó. Su odio hacia Nial, se dio cuenta Kenna, era mucho más profundo de lo que ella había imaginado hasta entonces.

De hecho, mientras hablaba de ella, su voz se había engrosado, se había vuelto ronca con algo parecido a la posesividad, incluso al deseo. Pero eso era ridículo. Colin nunca, en todos los años que llevaban juntos, había mostrado el más mínimo interés varonil por ella.

Debía de estar tan sobreexcitada en ese momento que se estaba imaginando todo tipo de cosas extrañas, decidió Kenna. Al fin y al cabo, para mañana por la tarde ya estaría lidiando con las insinuaciones maritales de otro marido. Ella, que aún era una doncella, tendría un segundo marido.

—Puedo soportarlo, Colin. —Kenna forzó una sonrisa—. No es más de lo que cualquier mujer debe soportar cuando se casa. Así que no te preocupes por me. No vale la pena arriesgar tu vida por ello, y ciertamente no es razón para asesinar a alguien. Tendremos nuestra oportunidad a su tiempo. Seamus será vengado.

—Pero tú no entiendes… —Agarró la punta de un merlón y miró hacia abajo—. Duele, Kenna. Me desgarra las entrañas dejarte sola en esto. Eres todo lo que me queda en este mundo, y te he echado de menos. Och, ¡cómo te he echado de menos! ¡Te necesito en casa! ¡Te necesito tanto en casa!

Nunca lo había visto tan dolorido. Impulsivamente, Kenna se acercó, lo rodeó con sus brazos y apoyó la cabeza en su hombro.

—Och, Colin, lo sé. Lo sé —canturreó—. Todo se arreglará. El Señor se encargará de ello.

—N-nay, Él no lo hará —gimió su cuñado, atrayéndola fuertemente hacia él—. Seguro que Dios nos ha dado la espalda, para dejar que nos pasen todas estas cosas terribles a ti y a mí. Y ya no sé qué hacer. Te he fallado, lo he hecho. Tú, la única mujer que he...

—Bueno, ¿no es ésta una escena acogedora?

Al oír la voz sardónica de Blaine MacKenzie, Kenna dio un grito ahogado y se apartó bruscamente de Colin. Aunque su abrazo había sido bastante inocente, y él era su cuñado y por lo tanto su familia, aun así no pudo evitar la sangre caliente que llenó sus mejillas. Pero entonces, Blaine tampoco se molestaba en ocultar su desagrado por ella estos días.

—Podría haber sido lo bastante educado como para avisarnos de que estabais presente —dijo Kenna, sintiéndose ofendida—. No es cortés acercarse sigilosamente a la gente.

La miró con desprecio.

—¿Pero cómo descubriría entonces cosas tan interesantes? ¿Cómo a ti y tu cuñado en tan estrecha y cariñosa intimidad?

La ira la atravesó. Sus puños se alzaron para apoyarse en sus caderas.

—¡No estábamos en tal cosa, Blaine MacKenzie! Y ¡qué vergüenza por sus acusaciones falsas!

—Och, así que es así, ¿no? —Echó la cabeza hacia atrás y se rió—. Vas a casarte con mi

primo mañana; te encuentro en brazos de otro hombre, ¿y ahora yo soy el villano? —La mirada de Blaine se entrecerró—. Bueno, ahórrate tu astucia, muchacha. Es inútil conmigo.

Luego levantó su oscura mirada hacia Colin.

—Un consejo, Donald. Mantén las distancias con esta mujer o te las verás conmigo. Me guste o no, pronto será mi prima por matrimonio, y una MacKenzie, nada menos. Como jefe del clan, protejo lo que es mío. Incluso —añadió con una curvatura desdeñosa del labio—, lo que es de ella.

Con eso, Blaine giró sobre sí mismo y regresó a las escaleras, dejando a Kenna allí de pie, tan furiosa que no encontraba palabras para lanzarle a su forma en retirada. Una cosa era segura. Blaine no perdería el tiempo corriendo a contárselo a Nial, y probablemente a la mitad de la gente de MacKenzie, si pensaba que eso cambiaría algo. Si pensaba que impediría el matrimonio de ella y Nial al día siguiente.

Lo cual no era necesariamente, se dio cuenta Kenna con un tardío oleaje de ironía, algo tan malo.

Capítulo 13

-¿Y bien, Madre? —preguntó Nial, abriendo mucho los brazos—. ¿Estoy adecuadamente vestido para una gran boda, con nada menos que la reina entre los asistentes?

Su madre se acercó, enderezó el escudo del clan MacKenzie que sujetaba la tela escocesa más pequeña que cubría su pecho, hombro izquierdo y espalda, subió el cuello de la fina camisa de lino blanco que llevaba bajo la chaqueta y el jubón, y luego dio un paso atrás para observarle con mirada crítica.

—Aye, lo estás —contestó finalmente—. Siempre tuviste unas piernas bonitas para rellenar los pantalones, como tu padre.

Con una sonrisa irónica, Nial miró los pantalones largos ajustados y sus sencillos zapatos de cuero.

—Sólo espero que mi novia piense que mis piernas son igual de bonitas. Ella es, a fin de cuentas, la única a la que realmente quiero impresionar.

Rhona soltó un bufido desdeñoso.

—Eso tardará mucho en llegar, me temo, si es que llega ese día. —Sacudió la cabeza y suspiró—. Por mi vida, no sé qué le ha pasado a la muchacha. Solía pensar que la conocía, y que me quería tanto como yo había llegado a quererla. Pero ya no. Es como si…como si otra mujer habitara ahora su cuerpo. ¡Y desde luego no es ninguna mujer que me importe mucho, y mucho menos que quiera que se case con mi hijo!

— Och, Madre, no te preocupes por mí. —Nial se acercó y le cogió las manos—. La vieja Kenna que conocimos sigue ahí. Sólo debemos darle tiempo para que lo resuelva todo.

Los ojos azules que le miraban se llenaron de lágrimas.

—Och, espero que tengas razón. He esperado tanto tiempo a que encontraras a la mujer de tu corazón, y ahora... ahora vas a casarte con una muchacha que casi te odia. Och —gritó ella, las lágrimas corriendo ahora por sus mejillas—. Quería mucho más para ti, muchacho, que acabar en un matrimonio tan infeliz y sin amor como el que yo tuve.

La compasión le invadió y la estrechó entre sus brazos.

—Madre, calla y no llores —murmuró, estrechándola—. Está en manos del Señor. Todo saldrá bien, sólo hay que esperar y ver. Amo a Kenna. Con el tiempo, estoy seguro de que volverá a amarme.

—Al contrario, me pregunto si alguna vez te amó de verdad —susurró Rhona desde el remanso de sus brazos—. Tal vez sea realmente del tipo que Blaine cree que es. —Se inclinó hacia atrás para mirarle fijamente—. Me habló, ya sabes, de ella conspirando con ese hombre en Dalmally, y de que, ayer mismo, él la sorprendió en el paseo de la azotea en brazos de su cuñado.

¡Su cuñado, nada menos! No se me ocurre una relación más inmoral.

Nial se rió entre dientes.

—Bueno, a mí se me ocurren muchas relaciones mucho más inmorales. Aun así, sea como fuere, el hecho de que Kenna y Colin estuvieran abrazados no significa que hubiera nada ilícito en el acto. Aunque no puedo decir que el hombre me importe mucho, tal vez Kenna lo quiera como a un hermano. Ella casi creció con él. Y puede que compartan un amor común por Seamus.

Su madre lo miró con afectuoso escepticismo.

—Y yo digo que a veces eres demasiado confiado, muchacho.

—Och, no estaba diciendo que confío en Colin Donald. Confío en Kenna. Confío en que finalmente se dará cuenta de que puede creer en mí.

—Bueno, puede estar seguro de que estaré rezando día y noche para que eso ocurra. —Ella levantó la mano, le acarició tiernamente la mejilla y luego se empujó contra sus brazos.

Él la soltó.

—Esperaba que hicieras algo más que rezar, Madre. Esperaba que dieras una calurosa bienvenida a Kenna como tu nueva nuera.

—¿De veras? —Rhona arqueó una ceja—. ¿Calurosa? ¿Y esto por una mujer que te acusó de asesinato e intentó que te condenaran y ahorcaran por ello?

—No creo que fuera algo personal. Las circunstancias que rodearon la muerte de su marido me implicaron en cierto modo, después de todo.

—¡Te insultó a ti y a todo lo que has defendido!

—Bueno, yo la he perdonado. ¿No puedes hacer tú lo mismo?

Rhona frunció el ceño.

—No sé si puedo.

—¿Aunque te lo pida? ¿Cómo regalo de bodas para mí?

Ella resopló.

—Tengo en mente algo más sustancioso que eso para tu regalo de bodas.

—¿Y qué regalo sería mejor que la bienvenida de mi esposa al clan y a la familia? —Él sonrió—. Piénsalo, Madre. ¿De qué otra forma vamos a sanar la dolorosa grieta que se ha abierto entre nosotros y Kenna? ¿De qué otra forma va a empezar ella a vernos como lo que realmente somos, en lugar de lo que sus dudas, sus miedos y las mentiras de los demás han hecho que seamos?

—Sí, en eso tienes razón. Ella ciertamente no lo verá de gente como ese untuoso Colin Donald, o de ese confabulador tío suyo tampoco.

Nial no dijo nada, sino que esperó a que ella lo meditara un poco en su mente.

Finalmente, Rhona suspiró.

—Bien —murmuró, lanzándole una mirada irónica—. Intentaré una vez más ser su amiga y hacer que se sienta bienvenida. Pero si vuelve a traicionarte…bueno, no sé qué haré entonces.

—Debemos ser pacientes, amables y comprensivos. ¿De acuerdo?

Ella soltó otro aliento, aún más profundo y aquiescente.

—De acuerdo.

—¡Bien! —Nial la cogió de un brazo, la hizo girar para que mirara hacia la puerta, y procedió a escoltarla a través de la habitación—. Entonces, debemos irnos. Ya es hora de que asistamos a una boda.

Su madre se rió.

—¿No estás un poco ansioso, muchacho?

Él sonrió.

—No, en absoluto. En absoluto.

Con una desconcertante sensación de déjà vu, Kenna atravesó la ceremonia nupcial, el banquete de bodas y el entretenimiento y el baile posteriores como una marioneta manipulada por su amo. Respondió cortésmente con una sonrisa la mayoría de las veces que se le habló, siguió todas las peticiones que se le dirigieron sin protestar e intentó no pensar demasiado en lo que había jurado ante Dios y la reina hacer.

La noche de bodas llegaría muy pronto, bien lo sabía ella. Su mirada se desvió hacia Nial, sentado a su derecha en la mesa, hablando ahora con la reina María, la evidente invitada de honor. Él la había invitado a bailar cuando los músicos irrumpieron en una animada giga. Ella había alegado que empezaba a dolerle el tobillo, debido a la lluvia que había caído durante todo el día, y que no se sentía con ánimos para bailar. Aunque la había estudiado en silencio durante un momento, finalmente Nial había cedido y no la había vuelto a molestar para que bailara.

Aun así, por muy dispuesto que se hubiera mostrado a aceptar su excusa, Kenna no dudaba de que, cuando más tarde llegara el momento de consumar sus votos matrimoniales, no se desanimaría tan fácilmente. Y cada vez que la realización lograba volver a colarse en su mente, la llenaba de un pánico renovado. Por muy decidida que estuviera a afrontar lo que estaba por venir con dignidad y valor, cuanto más se alargaba la velada, más disgustada se sentía.

Sentado tan cerca de ella, Nial debía de haber percibido de algún modo su creciente ansiedad. Finalmente, Kenna le vio captar la mirada de Ailsa y hacerle un gesto.

La esposa de Blaine se levantó de su asiento al otro lado de la reina y se apresuró a llegar hacia él. Como mantenía la cabeza cuidadosamente inclinada hacia otro lado, Kenna no pudo captar lo que le dijo a Ailsa. Sin embargo, su intención quedó meridianamente clara cuando Ailsa se acercó a ella y se inclinó para hablarle al oído.

—Parece que todos los festejos te están agotando —dijo su amiga en voz baja—. Vamos, salgamos y vayamos a tu alcoba.

Kenna miró a Nial, pero su cabeza ya estaba girada, de nuevo hablando con María. No es que importara. Ella sabía lo que él quería. Quería a Ailsa tanto para calmarla como para

prepararla para su inminente llegada.

—Sí, probablemente eso sería lo mejor. —Echó hacia atrás su silla y se levantó. Tras despedirse de la reina, Kenna siguió a Ailsa fuera del Gran Salón.

Caminaron en silencio hasta que llegaron a la puerta de la alcoba y entraron. Jane las esperaba, pero Ailsa no tardó en despedirla. Luego, tirando de Kenna, la condujo hasta las dos sillas situadas junto al fuego.

—Ven, siéntate —dijo Ailsa, indicando una de las sillas—. Casi todo el mundo, la reina incluida, está tan metido en sus tazas que nadie se dará cuenta de que te has ido. Y ayuda tener un poco de tiempo a solas, después de toda la conmoción y excitación del día.

—Antes de que llegue Nial, querrás decir, para reclamar sus derechos matrimoniales.

Kenna sabía que había un deje de amargura en su voz, pero no le importaba. Se estaba cansando rápidamente de que la tiraran y la empujaran para satisfacer las necesidades de los demás. Pero Ailsa tenía razón. Por muy tensos que estuvieran sus nervios, si no se robaba unos benditos minutos para sí misma, temía estallar.

Su amiga se acercó, puso ambas manos sobre los hombros de Kenna y la empujó hacia abajo en su silla.

—No tienes por qué temerle —le dijo después de tomar asiento—. Es un hombre bueno y decente. No forzará el paso ni será brusco contigo.

—¿Y cómo vas a saberlo? Nunca te has acostado con él, ¿verdad? —gritó Kenna, arrepintiéndose de su arrebato tan pronto como las palabras habían salido de su boca.

La expresión de Ailsa no cambió.

—No. Jamás. Somos amigos y siempre lo hemos sido. Sólo conozco a Nial y sé que te quiere. Eso es todo, Kenna.

Avergonzada, Kenna bajó la mirada a sus manos.

—Perdóname —susurró—. Es que…Sólo siento que he traicionado a Seamus, casándome con un hombre que puede haberle matado.

—Pero no lo has hecho, querida amiga. Si te esfuerzas en conocer a Nial, pronto verás la verdad por ti misma.

Kenna alzó una mirada angustiada.

—No es que quiera que sea el asesino. Pero no puedo confiar en mi corazón, Ailsa. Podría nublar mi juicio, cegarme a la verdad.

—Sí, a veces lo hace, en efecto —admitió la otra mujer—. Pero con la misma frecuencia, si no más, dice la verdad más que cualquier palabra. El corazón, después de todo, juzga lo que hay bajo la superficie de un hombre más que lo que sale de sus labios. El corazón está en sintonía con un lenguaje silencioso, pero es el más seguro y verdadero de todos.

—Tal vez. —Kenna soltó una pequeña y aguda carcajada—. Pero he aprendido a no oír ese lenguaje, ni a confiar en él. De hecho, ya confío muy poco en él.

—Pero puedes aprender. Puedes aprender de nuevo a oír con el oído de tu corazón.

—¿Cómo? —La palabra fue arrancada de lo más profundo de su ser.

—No dejando pasar nada sin estar abierta a su verdadero significado. Debes escúchale sin prejuicios previos, sino con la curiosidad de quien desea saber. También debes permanecer cerca de él cada día, y dejar que él también te conozca.

—¿Así es como llegaré a conocer a Nial como el hombre que dices que es en realidad? ¿Estando abierta a lo que realmente significan sus palabras y acciones, y permanecer cerca de él cada día?

Ailsa sonrió.

—Es un comienzo, ¿no? Y no es como si fueras una mujer estúpida, fácil de guiar o engañar.

—No, supongo que no. —Kenna suspiró—. Significa ver a todos y a todo de una manera diferente.

—¿Es eso tan malo? A veces, cuando uno empieza a verlo todo con una mirada más clara y un corazón más abierto, ve la realidad con mucha más facilidad. Y, al final, ¿no es eso lo que importa?

Kenna sabía que Ailsa decía la verdad. El problema era que no era tan fácil cambiar la forma de ver las cosas como ella lo hacía ver. Las creencias de uno se construían a lo largo de muchos años, como rocas apiladas unas sobre otras. Arriesgarse a arrancar una de las más bajas, una sobre la que estaban apiladas todas las demás, amenazaba con derrumbarlo todo. ¿Qué quedaría, si todas las rocas sobre las que hasta entonces había construido su vida se vinieran abajo? ¿Qué le quedaría? ¿Qué sería ella entonces?

Ella no era como Nial, que no tenía miedo a nada. Con el regreso de su memoria a largo plazo, Kenna se daba cuenta de eso ahora. Ella siempre había tenido miedo. Miedo del siguiente golpe que le diera la vida. De la próxima pérdida. La incertidumbre de cada momento que pasaba. Y no sabía cómo cambiar, por dónde empezar, ni siquiera si tenía la fuerza y el valor necesarios.

Como no tenía respuesta, al menos no en este momento, Kenna optó por no responder a la pregunta de su amiga. En su lugar, se levantó, decidiendo que lo mejor, o al menos lo más fácil, era cambiar de tema.

—Ya que he despedido a Jane —dijo—. ¿Me ayudarás a prepararme? Estoy segura de que Nial estará en camino muy pronto.

Ailsa sonrió y se puso en pie.

—Sí, apostaría a que lo hará. Está muy contento de tenerte como esposa, después de todo. —Vaciló, respiró hondo y luego se encontró con la mirada de Kenna—. ¿Te puedo pedir un favor?

Kenna ladeó la cabeza.

—Pídelo, y si está en mi mano, sabes que lo haré.

La mujer de ojos plateados la miró directamente a los ojos.

—Sé amable con él esta noche, si puedes. Si no es por su bien, entonces por el mío.

Sé amable con él esta noche…Qué cosa pedirle a una mujer que nunca se había acostado con un hombre. Pero eso Ailsa no lo sabía. Y tampoco lo sabía Nial, o al menos, todavía no.

—Lo intentaré —respondió suavemente—. Por tu bien, si no por el suyo, lo intentaré.

Nial estaba de pie ante la puerta de la alcoba, maravillado por lo rápido que latía su corazón. Estaba tan nervioso como un muchacho, él, que nunca se había sentido intimidado lo más mínimo por ninguna muchacha, ya fuera campesina o reina. Pero esta mujer en particular era ahora su esposa. Lo que ocurriera entre ellos esta noche bien podría marcar el tono de su relación de por vida.

¿Temía ella su llegada, o simplemente estaba resignada a su destino? Nial estaba razonablemente seguro de que Kenna no esperaba con impaciencia su presencia en su alcoba, por mucho que Ailsa se lo hubiera asegurado cuando finalmente había regresado para informarle de que su esposa le estaba esperando. Y nadie aún presente en los festejos de la boda probablemente tampoco lo había pensado, si las sonrisas corteses y los tenues buenos deseos eran algún indicio.

Pero nada de eso importaba ya. Lo que importaba era Kenna y la noche de bodas que se avecinaba. Él sólo quería que fuera agradable para ella. No esperaba nada más.

—Ayúdame, Señor —dijo en voz baja—. Ayúdame a facilitarle el camino esta noche, y que éste sea el primer paso para ganar de nuevo su corazón.

Entonces, cuadrando los hombros, Nial llamó a la puerta. Hubo una pausa lo bastante larga como para que empezara a preguntarse si ella le habría oído siquiera, antes de que se oyera un «Entre» bajo. Inmediatamente agarró el picaporte y abrió la puerta de un empujón.

Salvo por la luz rojiza y dorada del fuego del hogar, la habitación estaba envuelta en sombras. Nial miró hacia la cama. Kenna no estaba allí. Recorrió el resto de la habitación con la mirada y la encontró de pie junto a la ventana abierta, de espaldas a él. Inspirando profundamente, Nial entró y cerró la puerta tras de sí. Estaba vestida con un largo camisón blanco, cubierto por una bata de cama sin mangas de terciopelo verde. Su espesa masa de pelo estaba suelta y le colgaba por la espalda casi hasta la cintura. A Nial se le secó la garganta. Allí de pie, silueteada por la luz de la luna, ahora que la lluvia y las nubes habían pasado, estaba preciosa.

Tan, tan hermosa... y suya.

Se acercó a grandes zancadas al arcón bajo colocado a los pies de la cama y se despojó rápidamente de su traje escocés, la chaqueta y el jubón. Luego, vestido con pantalones cortos y camisa, Nial cruzó la habitación para colocarse detrás de ella, poniéndole las manos sobre los hombros.

Al instante, Kenna se tensó, luego se relajó. Probablemente se obligó a sí misma a relajarse, pensó sombríamente. Aun así, era evidente que ella lo intentaba, y eso le animó.

Permanecieron allí un rato, ambos contemplando la noche llena de estrellas. Nial consideró y descartó rápidamente varios gambitos de apertura, decidiendo que todos sonaban rebuscados o inanes. Finalmente, sin embargo, cuando su mirada se fijó en una constelación en particular, se encontró hablando de ella.

—Esa es la Osa Mayor —dijo—. ¿La veis? Parece un cazo de agua en el cielo.

Kenna guardó silencio durante un largo momento, hasta que Nial empezó a temer que ella no deseara hablar con él.

—Sí —dijo de repente—, ahora lo veo.

—¿Sabes algo de constelaciones, muchacha?

—Muy poco.

—La mayoría de las culturas antiguas veían imágenes en las estrellas del cielo nocturno, y pronto se desarrollaron muchas historias sobre los orígenes de esas agrupaciones estelares. De hecho, en el siglo V antes de Cristo, la mayoría de las constelaciones habían llegado a asociarse con mitos. El mito de la Osa Mayor evolucionó a partir del cuento de Júpiter y su amante, Calisto, a quien la celosa esposa de Júpiter, Juno, transformó en un oso. Ella es la constelación de la Osa Mayor, y su hijo de Júpiter es la cercana Osa Menor.

Le lanzó una rápida mirada por encima del hombro.

—Suenas como si hubieras estudiado las constelaciones a fondo. Estrellas y rosas. Nunca dejas de sorprenderme con el alcance de tus conocimientos.

—Och —respondió Nial con una risita—, sólo sé muy poco de muchas cosas. Viene con la lectura de la mayoría de los libros que hay en los despachos de Balloch y MacKenzie.

—He leído todo lo que había en el castillo de los Donald —dijo Kenna—. Desgraciadamente, eso sólo consistía en unos seis libros. Los Donald nunca tuvieron mucho dinero para tales lujos, después de todo.

—Bueno, hicieron lo mejor que pudieron, supongo. Y ya no te faltarán libros.

—No, supongo que ya no me faltarán muchas cosas, ¿verdad?

Aunque sus palabras parecían transmitir un significado, la tristeza de su voz decía algo totalmente distinto. Su agarre se tensó sobre los hombros de Kenna.

—No pretendía insinuar que los bienes materiales son el único camino hacia la verdadera felicidad, muchacha. Tampoco te faltará el amor y el calor de la familia y los amigos. Te lo prometo.

—Así que estás dispuesto a perdonar y olvidar, ¿verdad?

—Cuando se ha hecho daño, sí. —Con mucha delicadeza, Nial giró a Kenna para que le mirara—. Como espero que, algún día, puedas hacer lo mismo. Pero, lo que es más importante, tú y yo comenzamos una nueva vida este día. ¿No puedes darme una segunda oportunidad para demostrarte quién soy realmente?

Ella suspiró y sacudió la cabeza.

—No merezco tu tiempo ni tu esfuerzo. De verdad, no lo merezco.

—No me lo creo.

La risa de Kenna fue estridente.

—Entonces no me culpes después, cuando finalmente lo hagas. Intenté, después de todo, advertirte.

Le cogió la barbilla con los dedos y levantó su mirada para que se encontrara con la suya.

—¿Qué te han hecho todos estos años —exigió con voz ronca—, para hacerte pensar tan mal de ti misma? Por todo lo sagrado, si supiera quién ha hecho esto, y si aún viviera, ¡juro que pronto le haría pagar por su crueldad!

—Es demasiado tarde. —Ella apartó la barbilla—. Y ya se ha acabado. Lo que importa es ahora, esta noche, y lo que piensas hacerme.

Su brusco cambio de tema cogió a Nial por sorpresa. Pero, pensándolo mejor, supuso que lo que ella había dicho era cierto. El pasado, por desagradable que hubiera sido, estaba guardado, sano y salvo, mientras que esta noche aún se cernía sobre ella.

Nial le sonrió.

—Esperaba que pudiéramos yacer juntos como marido y mujer. Si no crees que eso sería demasiado desagradable para ti.

—Supongo que puedo soportar cualquier cosa, siempre que no sea muy dolorosa y acabe pronto.

Había algo en su respuesta que hizo reflexionar a Nial.

—¿Y por qué no sabrías exactamente cómo sería? No soy tu primer marido, después de todo.

—Sí, pero tú... —Ella enrojeció de color carmesí—. Eres el primero...

—¿El primer qué, muchacha? —preguntó él, después de esperar pacientemente a que ella continuara. Entonces cayó en la cuenta—. ¿Eres todavía una doncella?

—A-aye.

—¿Pero cómo? Estabas casada.

—¿Cómo si no? —Su risa aguda y corta rompió el silencio—. En nuestra noche de bodas, Seamus estaba demasiado borracho para ser delicado conmigo, y luché con él. Lo siguiente que supe es que se había desmayado. Salí corriendo y me escondí de él después de aquello. Y cuando no pudo encontrarme más tarde, se marchó con sus hombres para robar tu ganado. —Respiró entrecortadamente—. Volvió a mí en un plaid que llevaban sus hombres. Regresó muerto.

Nial ahogó su incredulidad. ¿Podría ser cierto? Pero entonces, ¿de qué le serviría mentir?

—Lo siento. No lo sabía.

Levantó la mano para acariciarle la mejilla. La piel era suave, impecable. Casi por voluntad propia, su dedo se dirigió a la boca de ella, que luego rodeó suavemente.

—Aún no has respondido a mi pregunta. —La mirada que ella le dirigió era cautelosa y llena de ira.

Nial frunció el ceño.

—¿Qué pregunta?

—¿Serás rápido al respecto y no lo harás doloroso?

—No te forzaré, si eso es lo que pides. Te quiero, muchacha, y no deseo que nuestro matrimonio comience con dolor, miedo o disgusto. De hecho, si lo deseas, podemos esperar un

tiempo para consumar nuestros votos. Hasta que estés más dispuesta a hacerlo, quiero decir.

—¡Sólo quiero que acabes de una vez!

Estaba muy asustada. Él podía verlo en sus ojos, oírlo en su voz.

—Así no es como se aman un marido y una mujer, muchacha. No de una manera apresurada, furtiva y vergonzosa. Lo que compartimos entre nosotros en el lecho matrimonial es igualmente hermoso.

—Yo... yo no lo sabría. —Kenna cerró los ojos con fuerza—. En realidad, no creo que quiera saberlo.

Entonces la estrechó entre sus brazos, porque no se le ocurrió otra cosa que hacer para aliviar sus temores. Sin embargo, cuando Nial tiró de ella para acercarla, sus ojos se abrieron de golpe y le miró fijamente con ojos muy abiertos y recelosos.

—¿Me dejarías al menos besarte, muchacha? —le preguntó, suavizando su voz lo mejor que pudo—. No es algo tan horrible, ¿verdad?

La luz aterrorizada de sus ojos pareció atenuarse un poco.

—No, supongo que no.

Nial deslizó la mano por la espalda de ella hasta acunarle la cabeza con una mano. Luego, muy despacio, bajó su boca hacia la de ella. Cuando sus labios estuvieron a un pelo de distancia, Kenna cerró los ojos.

Él la besó con consumado cuidado, acariciando tiernamente sus labios ligeramente separados, sin precipitarse ni abrumarla. Al cabo de un tiempo sorprendentemente breve, ella empezó a relajarse. Sus manos subieron para enredarse en el cuello de él. Se arqueó contra él.

Una alegría dulce y salvaje estalló en el interior de Nial. Sintió que su férreo control se le escapaba un poco y se obligó a apartarse, a poner fin al beso.

Kenna lo miró con expresión saciada y vidriosa. Estaba más preparada y dispuesta, se dio cuenta Nial, de lo que ella era consciente o, al menos, capaz de admitir. Por primera vez en esta víspera, pensó que podía haber esperanza.

—¿Confiarás en que el resto de nuestro acoplamiento será igual de placentero? —le preguntó, con la voz ronca y profunda por una emoción apenas contenida—. Todo lo que pido es que me des una oportunidad, muchacha. Sólo una oportunidad.

Ella le miró con escepticismo.

—Pareces muy seguro de ti mismo.

Él rió entre dientes.

—Sólo en la superficie. Por dentro, estoy temblando.

—No, tú no. —Una pequeña sonrisa tambaleante inclinó una esquina de su boca—. No el gran Nial MacKenzie.

—Pero no lo entiendes, esposa —dijo él, su propia sonrisa estirándose lentamente hasta convertirse en una mueca—. Sólo importa lo que tú desees. Después de todo, serás la única mujer a la que debo complacer de aquí en adelante.

Como si estuviera considerando su afirmación, la frente de Kenna se arrugó pensativa.

Luego, aparentemente decidida, asintió.

—Sí, supongo que en eso tienes razón y probablemente te deba una oportunidad.

Nial rió y, agarrándola por debajo de las piernas, la balanceó en sus brazos.

—¿Pero solo una oportunidad?

Su brusquedad al levantarla debió de poner en marcha de nuevo todos los viejos terrores. Kenna cerró los ojos con fuerza durante un instante, luego inspiró profundamente y los abrió.

—Por favor, vayamos paso a paso, ¿de acuerdo? —preguntó finalmente—. Soy una doncella, después de todo.

—Sí —respondió Nial mientras giraba sobre sus talones y se dirigía a la cama—. Pero sólo por muy poco tiempo. Un tiempo muy corto, de hecho.

Capítulo 14

Kenna se despertó a la mañana siguiente con la luz del sol entrando por la ventana, una suave brisa que tiraba de las pesadas cortinas de terciopelo de la cama y una sensación de inmensa relajación y satisfacción. Bostezó, se estiró y se deleitó momentáneamente con el juego de músculos y tendones que ejercitaban todas las torceduras nocturnas de su cuerpo. Entonces, el recuerdo de la noche anterior la inundó. Se quedó paralizada. Nial… su noche de bodas. Miró a su izquierda y encontró la extensión de la cama vacía. La huella de otro cuerpo, sin embargo, se veía claramente en las sábanas y en la segunda almohada. No había sido un sueño.

Una suave sonrisa rozó los labios de Kenna. Nial había sido fiel a su palabra. Lo que habían compartido había sido hermoso.

Él era tierno, amable y exquisitamente paciente, y ella pronto se emocionó con sus besos, con el tacto de sus manos. Después, le pareció la cosa más natural del mundo acurrucarse cerca de él, recostar la cabeza sobre su pecho ancho y lleno de vello y dormirse en el abrazo protector de su brazo. Casi, pensó con una risita, se habría imaginado a sí misma como una mujer lasciva, de no ser porque estaba casada. Nunca se imaginó capaz de una respuesta tan ardiente.

Su instinto de mujer le decía, sin embargo, que era el hombre quien suscitaba tal respuesta en una mujer, tocándola como si fuera una querida clarsach[5], sus dedos pulsando las cuerdas con tanto cuidado hasta que el mujer cantaba con la música más conmovedora y sentida. Y tampoco cualquier o cualquier hombre. Kenna lo sabía ahora.

Aunque Seamus no hubiera acudido a ella aquella noche en estado de embriaguez, se preguntaba ahora si alguna vez habría podido amarla como lo había hecho Nial la noche anterior. Aunque le había querido como a un hermano, Kenna también conocía el corazón de Seamus. Nunca, jamás, había poseído la profundidad, amplitud y riqueza de carácter que ella había vislumbrado en Nial en tan sólo unos meses.

Sin embargo, Seamus al menos siempre había sido franco con ella. Aunque sospechaba que había ocultado uno de sus motivos para casarse con ella —evitar que reclamara el liderazgo de los Donald—, Megan sabía que lo había hecho para no herir sus sentimientos, para mantenerla a salvo. A su manera, Seamus la había amado verdadera y profundamente.

De Nial, en cambio, no estaba del todo segura. Seguía sin tener sentido que él quisiera tomarla como esposa. Es cierto que la reina lo había ordenado, pero Kenna estaba razonablemente segura de que si Nial hubiera querido protestar de verdad contra ese decreto, María habría cedido. Era más que evidente que la reina sentía debilidad por Nial en su corazón.

Kenna se incorporó en la cama y se rodeó las rodillas con los brazos. ¿Esperaba acaso Nial, casándose con ella, acallar de una vez por todas las sospechas que ella había vertido sobre él por el asesinato de Seamus? Pero entonces, también convendría a las necesidades de María silenciar

las acusaciones vertidas contra uno de sus más leales partidarios.

Suspiró y apoyó la barbilla en las rodillas. ¿Por qué siempre volvemos a esto? se preguntó Kenna. Incluso después de la noche anterior y de todo el placer realmente asombroso que había experimentado en los brazos de Nial, su vieja naturaleza intrínsecamente desconfiada volvía a apoderarse de ella inevitablemente. ¿Por qué no podía escuchar más con el corazón, como Ailsa le había sugerido que hiciera? ¿Qué tenía realmente que perder, cuando todo lo que había amado se había marchado, para no volver jamás?

Kenna se estremeció y cerró los ojos con fuerza. Och, ella bien sabía lo que se arriesgaba a perder. Nial era el más magnífico de los hombres. La conmovía hasta lo más profundo de su ser con su amabilidad, su humor, su amor por aprender y su naturaleza abierta y generosa. Y, después de la noche anterior, la había conmovido a otro nivel. Ahora, se sentía tan atraída físicamente por él como emocional e intelectualmente.

Algún día, sin embargo, él la dejaría o ella tendría que dejarlo a él. Su miedo más profundo era que, de cualquier forma, no podría soportar de nuevo ese tipo de pérdida devastadora. Sin embargo, ¿qué otra opción le quedaba sino continuar por el camino que había iniciado ayer mismo, cuando había hecho sus votos matrimoniales ante Dios? Algo más que el mandato de la reina la guiaba ahora. Ella había hecho su promesa al Señor. Ese voto la ataba con más seguridad que cualquier otro hecho jamás a un hombre.

Aunque hubiera preferido con mucho permanecer con Kenna esta mañana, Nial no podía arriesgarse a que Kinner Donald se marchara de MacKenzie antes de haber tenido la oportunidad de hablar con él. Y, para su suerte, Nial se encontró con el hombre y su esposa saliendo del Gran Comedor justo después de que terminaran de desayunar.

No perdió tiempo en acercarse a ellos a grandes zancadas. Tras un breve saludo con la cabeza a la esposa de Kinner, Nial miró directamente al hombre.

—Si es tan amable, me gustaría hablar con usted en privado.

Kinner arqueó una poblada ceja rubio grisácea.

—¿Y no estáis levantados bastante temprano la mañana siguiente a vuestra boda? Habría pensado que preferiríais con mucho pasarla en brazos de vuestra bella esposa que con gente como yo.

Nial sonrió débilmente.

—Es por mi bonita esposa por lo que necesito pasar este tiempo con usted, Donald. —Se hizo a un lado, dio media vuelta e indicó el despacho—. Esto no llevará mucho tiempo, se lo aseguro.

El otro hombre se encogió de hombros y luego miró a su esposa.

—Bueno, Clara, si puedes ocuparte de los últimos preparativos para nuestro viaje, pronto me reuniré contigo.

Ella le miró insegura, luego asintió y se apresuró a marcharse.

En cuanto estuvieron dentro de los recoletos confines del despacho, Nial hizo un gesto a Kinner para que ocupara una de las sillas de la cabecera de la mesa. Nial se sentó en una de las otras.

—Ya que veo que estáis ansiosos por comenzar vuestro viaje a casa —comenzó—, no os haré perder ni vuestro tiempo ni el mío. A través de Kenna, el Clan Donald está ahora alineado por lazos de matrimonio con el Clan MacKenzie. Lo que significa, por supuesto, que habéis ganado unos aliados muy poderosos.

—Un aliado —respondió el otro hombre con suavidad—, que el Clan Donald está muy complacido de tener.

—Tal alianza, sin embargo, viene con algunos requisitos. —Nial se inclinó hacia delante —. Pero usted es un hombre práctico, ¿verdad, Donald? Sabía que tal privilegio era un arma de doble filo.

La escasa sonrisa en los labios de Kinner se desvaneció.

—¿Qué desea de mí, MacKenzie?

—Últimamente ha habido cierta preocupación por sus inclinaciones políticas. Se rumorea que prefiere a los lores que apoyan al conde de Moray antes que a su hermana.

—¡María ha hecho el ridículo con su matrimonio con Darnley! —La boca de Kinner se tensó hasta convertirse en una sonrisa burlona—. Y lo peor de todo es que nunca renunciará a sus lealtades papistas. Lo sabéis tan bien como yo, ya que pertenecéis a un clan que sigue a la Iglesia Reformada.

—No todo el Clan MacKenzie sigue a la Iglesia Reformada —gruñó Nial—. Aun así, sea como fuere, esta rama del Clan MacKenzie ha elegido echar su suerte con la reina. Y esperamos esa misma lealtad de toda nuestra familia, ya sean lazos de sangre o matrimoniales. —Nial se inclinó hacia atrás—. ¿He sido claro, Donald?

La mirada del otro hombre se estrechó hasta convertirse en rendijas ardientes y furiosas.

—Sí, sois bastante claro. ¿Y qué gano yo por dar la espalda a Moray y a sus amigos? Porque necesitaré algo más que la garantía de su continua amistad.

Nial sabía bien lo que Donald quería. Aun así, deseaba oírlo de los propios labios del hombre.

—¿Qué tenía en mente exactamente?

—Me gustaría el mismo acuerdo que hice con Seamus Donald, antes de darle permiso para casarse con Kenna. Que prometáis no permitir que ella reclame nunca la jefatura de los Donald. —Kinner sonrió—. Mantenla ocupada con asuntos de su hogar y sus tierras, dándole los hijos que estoy seguro necesita para asegurar su sucesión. Debería ser una tarea bastante agradable, después de todo. Kenna es una muchacha bonita y bien formada. Y Seamus ciertamente no vio dificultades en nuestro plan.

—Pero Seamus Donald —dijo Nial sedosamente—, ahora está muerto. Y no me interesa mucho su oferta.

El rostro de Donald enrojeció, pero sabiamente se mantuvo firme.

—¿Y de qué le serviría, MacKenzie, ver a su mujer como jefa del clan? Es tanista. Puede que algún día seáis jefe. No necesita nuestra escasa riqueza ni nuestros hombres.

—No, no los necesito, tanto si sigo siendo siempre tanista del clan como si un día llego a ser jefe. Sin embargo, la verdad es que no estáis en posición de negociar conmigo. Haga lo que le sugiero respecto a la reina y será suficiente.

—Así que pretende utilizar a Kenna para hacerse con el control del clan Donald, ¿verdad?

Nial miró al otro hombre que, si sus hombros rígidos, manos en puño y mirada asesina eran un indicador, parecía a punto de saltar sobre la mesa y atacarle.

—No, no he dicho eso. No tengo ninguna necesidad de adquirir el control de su clan.

Kinner se hundió en su silla.

—Así que no permitirá que Kenna…

—No alentaré a Kenna —se apresuró a corregirle Nial—. Sin embargo, no la desanimaré si algún día expresa su deseo de buscar el control de su clan. Aun así, si sois afortunados, puede que ella nunca desee hacerlo. Personalmente, no veo por qué lo haría. Intentar tal empresa, después de todo, sería como meterse en un nido de víboras.

Echó hacia atrás su silla y se puso en pie.

—Entonces, ¿estamos ahora de acuerdo y comprometidos, Donald?

Kinner le lanzó una mirada amotinada, luego bajó rápidamente la vista.

—Sí, ya que parece que no tengo otra opción —respondió con un tono hosco en su voz—, supongo que acepto.

—Bien. Entonces os deseo un buen viaje de vuelta a casa.

Nial se arrellanó en su silla y le dedicó al otro hombre una cortante inclinación de cabeza. Luego, sin decir una palabra más, atravesó la biblioteca y salió por la puerta.

María y su séquito partieron hacia Edimburgo al día siguiente —según Ailsa, de muy mala gana —. También se hicieron planes para que Nial y su grupo regresaran a Balloch al día siguiente. Ya era hora, informó a Kenna, de volver, teniendo en cuenta que la cosecha casi había terminado y que, por necesidad, había continuado sin su supervisión, como era costumbre.

Sabía que ella era la culpable de la prolongada estancia en MacKenzie, pero agradecía, no obstante, que ni él ni Rhona hicieran de ello un problema. Aun así, le resultó difícil despedirse a la mañana siguiente, sobre todo de Ailsa, ya que Blaine mantenía las distancias salvo para darle un cortés pero educado beso en la mejilla y desearle un buen viaje de vuelta a casa.

—Vuelve a visitarnos pronto —susurró la señora de MacKenzie mientras le daba a Kenna un último abrazo—. Ahora somos primas por matrimonio, además de hermanas de corazón.

Los ojos de Kenna se empañaron de lágrimas.

—Sí, eso somos. No puedo agradecerte lo suficiente tu continua amistad y confianza en mí, incluso cuando las cosas parecían más sombrías. Quizás, con el tiempo, puedas venir a visitarnos a Balloch. —El pensamiento le dio una pausa momentánea, y se rió—. Aún suena extraño, hablar así de Balloch. Como si ahora realmente perteneciera allí, como si fuera mi hogar.

Ailsa rió entre dientes.

—Sí, también fue así para mí, una vez que Blaine y yo nos casamos. Que era verdaderamente señora de un lugar tan grandioso como MacKenzie. Pero te acostumbrarás pronto.

—Sí, supongo... —Ante el acercamiento sonriente de Nial, la voz de Kenna se apagó. Ambas mujeres se volvieron hacia él. Su atención, sin embargo, estaba clavada en Kenna, su mirada tan atenta y cariñosa que ella no pudo evitar sonrojarse con repentina timidez. Incluso ahora, tres días después de su boda, el ardiente fuego de sus ojos cada vez que la miraba hacía que su corazón saltara con una vertiginosa felicidad.

—Ya es hora de que nos vayamos, muchacha —dijo con aquella maravillosa y profunda voz suya—. Tenemos un largo viaje de tres días de vuelta a Balloch.

—¿Y qué hay de mí? —preguntó Ailsa en ese momento riendo—. ¿Te has olvidado totalmente de mí, Nial MacKenzie, ahora que por fin has encontrado a tu amada?

—Och, por supuesto que no, muchacha —contestó él, apartando su mirada de Kenna con lo que sólo podía describirse como un gran esfuerzo. Se acercó y cogió a Ailsa en brazos—. No me lo permitirías, aunque lo intentara. No es que lo hiciera. Te quiero, muchacha.

—Pero sólo como hermana —dijo Ailsa con una sonrisa traviesa.

—Sí, por supuesto. —Nial le devolvió la sonrisa—. Blaine me cortaría la cabeza del cuello si intentara otra cosa, y bien lo sabes. —Le dio un beso en la mejilla, luego la soltó y dio un paso atrás—. Que te vaya bien, muchacha. Te echaré de menos a ti y a ese patán testarudo de tu marido.

—¿Soy yo ese patán testarudo? —preguntó Blaine, eligiendo ese momento para unirse a ellos. Se acercó a su mujer y deslizó una mano alrededor de su cintura, que se engrosaba rápidamente. Sus miradas se encontraron, y algún mensaje silencioso, cálido y personal surgió entre ellos.

Kenna envidiaba su profunda comodidad y cercanía mutua. Supuso que, con el tiempo, ella y Nial podrían llegar a compartir una relación tan íntima también. Si alguna vez llegaba a confiar en él y, lo que era aún más importante, a confiar en sí misma.

Un toque en su brazo desvió su atención de Blaine y su esposa.

Kenna se volvió hacia Nial.

—Ven, muchacha. Debemos irnos.

Ella asintió, luego se detuvo un instante más para mirar a Ailsa y a Blaine.

—Adiós. Y gracias de nuevo por vuestra maravillosa hospitalidad.

Ailsa sonrió. Su marido la miró con severidad, apretando apenas los labios, y asintió bruscamente como respuesta. Entonces Nial la acompañó hasta los caballos, donde la ayudó a

montar. Unos minutos más tarde estaban cabalgando alejándose de MacKenzie.

El sol de la mañana brillaba en las aguas del lago Awe, reflejando fragmentos de luz en todas direcciones. A lo lejos, Ben Cumberland estaba espolvoreado con una capa fresca de nieve. Una brisa helada azotaba, haciendo ondear cabellos y capas. Los árboles, adornados de dorados, rojizos y marrones, ya empezaban a desprenderse de sus hojas. El invierno no tardaría en llegar a las Tierras Altas.

Pero este año, se dio cuenta Kenna cuando su grupo pronto dejó atrás la gran fortaleza de piedra del castillo de MacKenzie, pasaría los gélidos meses de invierno lejos de todo lo que había conocido y amado. Lo pasaría como esposa de un hombre al que nunca, ni en cien mil años, habría imaginado que ahora llamaría marido. Sin embargo, la consideración, por mucho que se esforzara en negarlo, no era tan desagradable.

No, no tan desagradable en absoluto.

Después de tres días de lluvia alternada con aguanieve, llegaron por fin al castillo de Balloch. Ante la insistencia de Nial, las tres mujeres entraron inmediatamente en la torre del homenaje para resguardarse de las inclemencias del tiempo, mientras él y el resto de los hombres descargaban sus pertenencias y guardaban los caballos. Sin embargo, apenas Kenna y Rhona se habían quitado sus capas húmedas y se las habían entregado a Jane, Margaret, la cocinera jefe, se apresuró a saludarlas.

—Och, su momento no podría ser mejor, mi señora —dijo Margaret, deteniéndose ante Rhona—. Tengo un cerdo asándose, con la esperanza de que estuvierais aquí esta víspera, pero aún hay que preparar los platos de acompañamiento. ¿Preferiríais cullen skink[6] con unos trozos de eglefino ahumado o el caldo escocés para la sopa? ¿Y os valdrían estofados y repollo para las verduras, además de un buen budín de pan con pasas y especias para «después»?

La madre de Nial abrió la boca para responder, luego hizo una pausa.

—Por supuesto que aún no lo sabes, Margaret, pero Kenna y Nial se casaron hace apenas una semana en MacKenzie. Así que ahora debes diferir a ella todos los asuntos domésticos.

Mientras la cocinera murmuraba sus felicitaciones, Kenna dirigió una mirada sorprendida a Rhona. Era cierto que, como esposa de Nial, ahora tenía más rango que su madre como señora de Balloch. Pero no había pensado que a Rhona le importara renunciar a su autoridad, y mucho menos que lo hiciera tan rápidamente.

—No es necesario que haga esto —dijo en voz baja—. No me parece correcto, y mucho menos justo para usted.

—¿Te crees poco apta para asumir estas tareas, niña? —Rhona arqueó una ceja—. Porque si es así, en cualquier caso pronto deberás aprenderlas. Lo desees o no, es la forma adecuada de hacer las cosas.

—Bueno, durante años me he encargado del funcionamiento del castillo de los Donald —dijo Kenna—. Balloch, sin embargo, es mucho más grande, y estoy segura de que su gestión es

también más compleja. Agradecería cualquier consejo que pudiera ofrecerme.

—¿Incluso para decidir qué vamos a tomar para la cena?

Sorprendida por la ridiculez de aquella empresa menor, Kenna se echó a reír.

—Och, nay, supongo que estoy a la altura de esa tarea en particular. —Se encontró con la mirada considerada de Margaret—. Ahórrate el trabajo extra. El caldo escocés de ayer estará más sabroso hoy, así que tomemos eso de primero. Y el resto de tus sugerencias también son muy apropiadas. —Hizo una pausa—. ¿Hay algo más que quieras pedirme, Margaret?

La mujer negó con la cabeza.

—No, señora…. Con esto bastará. —Con eso la cocinera jefe retrocedió unos pasos, luego hizo una reverencia y se alejó apresuradamente.

Jane, todavía agarrada a las capas, se acercó.

—Er, discúlpeme, mi señora —dijo, mirando de Kenna a Rhona y luego de nuevo a Kenna —. Ahora que estamos en casa, ¿desearían ambas que siguiera atendiéndolas o preferiría la señora…Kenna alguna otra sirvienta?

Kenna no estaba segura de qué contestarle. Miró a Rhona.

La madre de Nial sonrió.

—Es probable que Kenna necesite su propia criada de servicio, pero hasta que podamos hablar de sus necesidades, puedes seguir sirviéndonos a las dos. —Miró a Kenna—. ¿Si eso es de tu agrado, por supuesto, niña?

—Sí. —Ella asintió—. Es de lo más satisfactorio.

Cuando los hombres entraron por fin con las bolsas de pertenencias, Jane hizo una reverencia y se marchó con las capas.

—Tenemos que sentarnos y trabajar en los detalles de nuestros nuevos papeles aquí, ¿no le parece? —preguntó Kenna a su compañera.

Rhona asintió.

—Sí. Ayudaría a la transición y disminuiría la confusión del personal. —Observó cómo los hombres subían las maletas por las escaleras hasta los dormitorios y luego se volvió hacia Kenna —. ¿Por qué no hago que uno de los ayudantes de cocina nos prepare a las dos una buena jarra de sidra caliente y te la sube a tu alcoba dentro de media hora? Eso nos daría más o menos una hora para discutir lo básico antes de la cena. Mañana, podremos continuar con los detalles.

El alivio inundó a Kenna. Aunque Rhona había sido de lo más cortés desde el día de la boda de Kenna y Nial y le había dado una calurosa bienvenida a la familia, Kenna seguía sintiendo cierta reserva por parte de la madre de Nial. A pesar de esa continua reserva, parecía que la mujer mayor estaba dispuesta a ayudarla en lugar de obstaculizar su transición a su vida de casada en Balloch. Era más de lo que ella se había atrevido a esperar.

Sonrió.

—Se lo agradecería mucho, señora.

—Madre.

Kenna frunció el ceño perpleja.

—¿Cómo dice?

—Si eres tan amable, me gustaría que me llamaras Madre. Si te sientes cómoda haciéndolo, por supuesto. Si no, Rhona servirá. Pero ahora no estoy por encima de ti, niña. Si acaso, estoy por debajo.

—¡No! —Ella se sonrojó—. Nunca, no debe pensar eso. Soy yo quien se siente la usurpadora, y una muy inmerecida en el trato.

—Sin embargo, ahora eres la esposa de mi hijo, y él es el señor del castillo de Balloch.

Incapaz de encontrar la firme mirada de Rhona, y mucho menos de comprender por qué la otra mujer le ofrecía tal amabilidad, Kenna bajó la mirada. Se sintió avergonzada y humillada. No importaba el dolor que hubiera causado a su hijo, su madre seguía tratándola con justicia y cortesía.

Kenna sabía que no podía hacer menos.

—¿Me ayudarás, Madre? —preguntó al fin, encontrándose con la ahora penetrante mirada de Rhona—. ¿Para ser una esposa adecuada y la señora de Balloch? Intentaré hacerlo, pero me temo que no puedo hacerlo ni la mitad de bien que tú sin tu apoyo y ayuda.

—Por el bien de Nial, sí, lo haré y con mucho gusto.

Así que las barreras seguían ahí, se dio cuenta Kenna. Pero al menos Rhona estaba dispuesta a intentarlo. Era un comienzo, y era más que suficiente.

—Gracias, Madre. —Con una inclinación de cabeza, Kenna se dio la vuelta y subió las escaleras hacia su alcoba.

Como esposa de Nial, Kenna pronto descubrió que ya no se le permitía utilizar la antigua cámara que le habían dado cuando llegó por primera vez a Balloch. O, al menos, lo supo en cuanto Nial terminó de ocuparse de los caballos y la encontró en su antigua alcoba.

Por suerte, Rhona tuvo el sentido común de averiguar a dónde había ido y se reunió allí con Kenna media hora después de que se separaran por última vez. Hablaron de los asuntos del castillo hasta la hora de la cena. Después, se reunió un rato con Nial y Kenna y se sentó ante el fuego en el Gran Salón. Sin embargo, pronto alegó agotamiento y se retiró. No mucho después, los párpados de Kenna empezaron a caer.

—Hora de irse a la cama, ¿verdad? —preguntó su marido, divertido en su voz.

Kenna se despertó al instante.

—Och, nay. Estoy bien para otras dos o tres horas.

Nial rió entre dientes.

—Bueno, sea como fuere, yo no. —Se levantó de la silla y le tendió una mano.

Ella lo miró.

—¿Ah, sí? ¿Debo irme a la cama porque lo deseas?

—Normalmente, no. Pero una vez que me vaya, no habrá nadie que te lleve a la cama cuando te duermas. Cosa que ambos sabemos que pronto harás. Así que, mejor que vengas conmigo ahora.

No tenía sentido discutir, supuso. Y estaba cansada. Kenna no sabía si estaba preparada para otro encuentro físico con su marido. Entre el inicio de sus cursos para mujeres al día siguiente de su boda y la falta de intimidad en el viaje de vuelta a casa, ella y Nial no se habían acostado juntos desde aquella primera noche. Pero ahora estaban sanos y salvos en casa, y los cursos de ella habían cesado. Ya no había excusa posible para evitarle.

No es que en verdad deseara evitarle, admitió Kenna para sí misma mientras le cogía la mano, se levantaba y se dirigía al otro lado del Gran Comedor. En todo caso, no por miedo o aversión. Lo que temía eran las emociones, emociones que amenazaban con apoderarse de su corazón y enviarla a toda velocidad por un camino similar al de una pérdida y un dolor renovados.

Cada día que pasaba, le resultaba más y más difícil permanecer cerrada a Nial, mantener su objetividad. Desde su noche de bodas, él había parecido relajarse a su alrededor, volver a ser el hombre que ella había llegado a conocer durante aquellos primeros días y semanas juntos. Volvía a reír, se mostraba siempre solícito con todas y cada una de sus necesidades, y su amor por ella brillaba sin pudor en sus ojos.

Ella deseaba corresponderle con una respuesta igualmente ardiente. Pero Kenna sabía que si lo hacía, debía renunciar finalmente y para siempre a su necesidad de justicia para Seamus.

Sin embargo, ¿a quién más, pensó de repente, había considerado realmente además de Nial? Como una pistola había matado a Seamus, Kenna se dio cuenta de que no había pensado mucho en nadie más. Sin embargo, había otros esa noche que poseían posibles motivos para matar a Seamus. Le vino a la mente un hombre por encima de todos.

Colin.

Y luego estaban las posibilidades entre los miembros del clan Donald. Tal vez alguno de los hombres guardaba un rencor secreto.

Además, las pistolas podían ser robadas o tomadas de hombres muertos y guardadas en secreto hasta que se presentara la oportunidad adecuada. Pero ella se había aferrado obstinadamente a la probabilidad de que Nial fuera el asesino de Seamus.

Mientras subían juntos las escaleras, cogidos de la mano, Kenna lanzó una rápida mirada a su marido. Aparentemente captando el movimiento, Nial volvió la cabeza y sonrió. Su expresión era tan abierta y descaradamente afectuosa que ella no pudo evitar devolverle la sonrisa.

Dios mío, pensó, no dejes que sea el asesino. Una vez más temo perder mi corazón por él. Aun así, no puedo evitar pensar que si lo hago, estoy dando la espalda a Seamus. Sólo quiero hacer lo correcto.

Y entonces se dirigieron por el pasillo y pronto estuvieron ante la puerta de su alcoba. Nial no perdió tiempo en abrirla y atraerla al interior. Apenas cerró la puerta tras ellos, la tomó en sus brazos y la besó.

Su boca se deslizó sobre la de ella con hambriento ardor, pero era al mismo tiempo suave y

tierna. Tras un instante de sorpresa sin aliento, Kenna se apretó contra él, le rodeó el cuello con los brazos y le besó a su vez. Se dio cuenta de que estaba tan hambrienta y necesitada de él como él parecía estarlo de ella.

Finalmente Nial se apartó, mirándola con desconcierto.

—Pareces especialmente ansiosa, esposa, ahora que estamos en la intimidad de nuestra alcoba.

La vergüenza inundó a Kenna.

—Yo…Sólo intentaba actuar como creía que deseabas que actuase. Pero si mi comportamiento te ofende…

Le cogió la barbilla cuando ella giró la cabeza y empezó a mirar hacia abajo, y le devolvió la mirada para que se encontrara con la suya.

—Och, ¿y te imaginabas que encontraba ofensa en una esposa ansiosa? —Nial sonrió—. Al contrario. No hacía más que maravillarme de mi buena fortuna.

Ella no sabía si sentirse complacida o agraviada por esa afirmación. Pero últimamente se sentía tan confusa y tironeada en una dirección y en otra que con frecuencia se encontraba indecisa. Esta vez, sin embargo, Kenna decidió tomar al pie de la letra la afirmación de Nial.

—De acuerdo entonces —murmuró—. Pero no dejes que te infle esa buena opinión de ti mismo más de lo que ya lo has hecho. Aún no me he decidido del todo por ti.

—Lo sé, dulce muchacha. —Se inclinó y volvió a besarla, esta vez ligeramente—. Sólo agradezco que estés dispuesta a darme una oportunidad. Y que al menos te guste besarme.

Ella le miró con diversión apenas velada.

—Estoy pensando que también podría gustarme hacer otras cosas contigo. Si nuestra noche de bodas fue una indicación, claro.

Ante eso, Nial echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Och, lo fue y mucho más, muchacha. Y, con tu permiso, empezaré enseguida a enseñártelo.

Capítulo 15

Dos meses después, tras superar por fin las leves náuseas que había sentido al despertarse durante las dos últimas semanas, Kenna buscó a Rhona una mañana. La madre de Nial ya estaba ocupada en sus quehaceres del día, consultando con la tejedora del castillo sobre los colores de lana que se utilizarían en la fina tela escocesa que la mujer estaba preparando para tejer. Ante la llegada de Kenna, levantó la vista.

—Buen día, niña. —Rhona hizo una pausa para mirarla de cerca—. ¿Estás enferma? Estás un poco pálida.

Kenna logró esbozar una media sonrisa.

—Sí, tal vez. ¿Podría hablar contigo?

La mujer mayor asintió.

—¿Damos un pequeño paseo por el jardín? Hace un poco de fresco fuera, pero el aire fresco podría hacerte bien.

—Sí. Sólo necesito coger mi capa.

Rhona asintió.

—Bien. Me reuniré contigo cerca de la puerta trasera dentro de diez minutos. —Se volvió hacia la tejedora—. Tu sugerencia de escarlata, verde oscuro y leonado...

Kenna no oyó más de la conversación mientras caminaba hacia la puerta. Sin embargo, no importaba. El trabajo del telar era la ocupación de Rhona, y disfrutaba mucho con ello. Además, hoy en día había muchas otras tareas que mantenían a Kenna más que ocupada. Bueno, al menos, antes de que le sobreviniera ese extraño mal que la obligaba a guardar cama durante media mañana o arriesgarse a vomitar las tripas. Bueno, quizá no tan extraño, se corrigió a sí misma. Tenía un presentimiento de lo que podía pasarle. Después de todo, había visto síntomas similares en Ailsa MacKenzie.

Diez minutos más tarde, la madre de Nial se reunió con ella en la puerta trasera y emprendieron el paseo por el jardín. Pocas plantas habían sobrevivido a las duras heladas que, incluso tan temprano en noviembre, habían empezado a sucederse. Kenna pensó que lo que más echaba de menos eran las rosas. Pero al menos ahora tenía la esperanza de volver a verlas florecer.

—¿De qué deseabas hablar conmigo, niña? —preguntó Rhona al cabo de un rato—. Ya que era evidente que deseabas hablar en privado.

—He estado enferma la mayoría de las mañanas de las últimas dos semanas —dijo Kenna, decidiendo que no tenía sentido prevaricar—. También han pasado más de nueve semanas desde mis últimos cursos de mujer.

La madre de Nial se detuvo en seco y la miró fijamente.

Kenna se detuvo con ella. No sabía si la otra mujer se había quedado muda de alegría o de consternación. De un modo u otro, era demasiado tarde para hacer algo al respecto, si alguna de las dos lo hubiera deseado.

—Entonces —casi susurró Rhona—, ¿estás intentando decirme que estás embarazada?

—Parecería la causa más probable, ¿no?

—Sí, lo sería. —Rhona ladeó la cabeza, estudiando detenidamente a Kenna—. Y si lo estuvieras, ¿cómo te sentirías al respecto?

—Muy contenta —contestó rápidamente Kenna, sonriendo—. Siempre he querido tener hijos propios. De hecho, en un momento dado, me parecieron la única buena razón para casarme. Bueno, al menos —enmendó rápidamente, dándose cuenta de cómo podía sonar—, la única buena razón cuando supe que estaba a punto de casarme con Seamus. Le quería como a un hermano, pero la idea de compartir el lecho matrimonial con él o con cualquier hombre no me agradaba.

—¿Y es lo mismo ahora, con Nial? ¿Compartir el lecho matrimonial?

Los ojos de Kenna se abrieron de par en par. ¿Era propio de la madre de su marido hacer una pregunta tan privada? Pero entonces, tal vez Rhona aún tenía sus dudas sobre la estabilidad de su matrimonio.

—No, no es lo mismo —contestó Kenna, sonrojándose ferozmente y sin poder encontrar la mirada de Rhona—. Pero hace tiempo que dejé de ver a Nial con algo parecido al aprecio. —Levantó la vista—. Y todo es mucho mejor entre nosotros. Seguro que lo has visto, Madre.

—He visto que mi hijo es muy feliz, y tu pareces ser más feliz cada día que pasa, pero aún te mantienes distante, como si no estuvieras segura de que esto es solo un sueño que pronto pasará y volverás a ser como antes. Una mujer insegura de sí misma y que se pregunta si se merece el destino que le ha tocado vivir.

—Y ahora, aún llena de dudas sobre mi compromiso con tu hijo —dijo Kenna—, acabo de decirte que voy a darle un hijo y un heredero. Un heredero que sólo complicará esta inesperadamente feliz pero incómoda unión que hemos hecho.

—Una unión, para tristeza potencial de mi hijo, que sólo es inesperadamente feliz pero incómoda para ti.

La tristeza llenó a Kenna.

—Así que, después de todo este tiempo, aún temes que no haya renunciado a mi deseo de ver a Nial condenado por matar a Seamus, ¿es eso?

El fuego brilló en los ojos de su compañera.

—Dímelo. ¿Lo has hecho?

Kenna se acuclilló ante un rosal. Salvo por una flor marrón y marchita y unas cuantas hojas secas y desgreñadas, la planta estaba ahora desnuda. Arrancó la flor de su tallo y se puso de pie. Sin levantar la vista, comenzó, uno a uno, a arrancar y desechar los pétalos disecados.

—Sí —respondió al fin—, creo que he renunciado a ese deseo. Ailsa me aconsejó en mi noche de bodas que le diera una oportunidad a Nial, que intentara abrirme a lo que realmente

significaban sus palabras y sus acciones. Que trabajara para acercarme más a él cada día. Y he intentado hacerlo, verle lo más desapasionadamente posible y discernir al verdadero hombre bajo su exterior más encantador.

—Pero por mucho que lo he intentado —Kenna levantó ahora la mirada para encontrarse con la de Rhona—, no he conseguido separar las dos cosas. Nial es como aparenta ser: un hombre bueno, amable y generoso. Un hombre incapaz de asesinar a sangre fría.

La mujer mayor sonrió.

—¿Le has dicho ya a Nial que estás embarazada?

—No. Además de algún remedio para mi pobre estómago, quería preguntarte cuándo era el mejor momento para tal admisión. ¿Debo esperar un poco más, por si me equivoco al respecto, o debo informarle ahora?

—¿Qué te dicen tus instintos de mujer?

Kenna pensó un momento en ello y tuvo su respuesta.

—Quiero decírselo ahora. Creo que la noticia le hará muy feliz.

Rhona rió entre dientes.

—Och, en efecto lo hará, y no me equivoco. Pero ni la mitad de lo que me hace a mí. —Exhaló un suspiro de asombro—. Por fin voy a ser abuela. ¡Una abuela!

—Y yo voy a ser una madre.

En silenciosa y gozosa contemplación, las dos mujeres se dieron la vuelta y reanudaron su paseo por el jardín.

Aquella tarde, esperando a que Nial terminara unas instrucciones de última hora sobre una reparación del tejado del granero que había justo dentro de los muros interiores de Balloch, Kenna no pudo evitar juguetear con el broche de una de las dos capas que llevaba en la mano. Aunque sospechaba que su marido se tomaría la noticia de su embarazo muy bien, seguía sintiendo cierta anticipación nerviosa. Más que cualquier otra cosa que hubiera deseado, Kenna quería hacer feliz a Nial.

Observándole mientras, con la cabeza agachada y expresión atenta, hablaba con Nathan, no pudo evitar un estremecimiento de orgullo. Era un hombre tan valiente, alto, ancho de hombros y fuerte. Y era suyo. Este hombre bueno, maravilloso y cariñoso era su marido.

No sabía cómo había llegado a merecerlo. Ya no le importaba el porqué. Era un regalo de Dios para ella y, por mucho tiempo que lo tuviera, estaba aprendiendo a aceptarlo y a estar contenta. Hacer lo contrario era el colmo de la ingratitud y de no poca cobardía. Kenna se negaba a seguir viviendo su vida con miedo.

Nial levantó la vista justo en ese momento, la sorprendió mirándolo fijamente y sonrió. Se volvió hacia Nathan un minuto más, luego asintió y empezó a caminar hacia ella.

—Realmente debes cesar las miradas hambrientas que me envías —dijo a modo de saludo —. Se está convirtiendo en la comidilla de Balloch.

Kenna le conocía ya demasiado bien como para permitir que la inquietara.

—Och, y a ti te encanta, y ni siquiera intentas negarlo. —Le puso una mano en el brazo—. Hace un buen día para pasear. ¿Puedes apartarte un rato de tus obligaciones para acompañarme?

—Sí, pero sólo si aceptas ir a un lugar especial que he querido enseñarte y me miras con adoración todo el tiempo. No soy un hombre que se canse pronto, después de todo, de las cariñosas atenciones de su esposa.

—Bueno —contestó Kenna, fingiendo pensar intensamente en su petición—, supongo que es un pequeño precio a pagar por tu compañía. Pero sólo por esta vez.

Asintió solemnemente, aunque una sonrisa se dibujó en una comisura de sus labios.

—Por supuesto. Sólo por esta vez.

Ella le entregó su capa.

—¿Entonces nos vamos?

—Sí. —Nial se puso la capa por encima de la camisa, las correas y la chaqueta, cerró el cuello y luego ayudó a Kenna a ponerse la capa.

La tierra estaba cubierta de escarcha y brillaba bajo el sol de última hora de la mañana. Era un día frío, pero no soplaba ninguna brisa. El pico nevado del enorme Ben Lawers se reflejaba nítido y claro en las aguas del largo y estrecho Loch Tay. Los brazos oscuros, desnudos y ascendentes de la miríada de robles, fresnos y olmos del fondo del valle contrastaban con las ramas largas y caídas de los sauces que crecían en la orilla del lago.

Ante la insistencia de Kenna, su paseo fue pausado. El frío, sin embargo, pronto volvió rosadas sus mejillas y narices, y expulsaban nubes blancas con cada bocanada de aire que tomaban. Por fin, sin embargo, llegaron a un lugar del lago Tay donde una casa redonda de madera y paja sobre pilotes, unida a la orilla por una pasarela de madera, se alzaba a unos seis metros en el agua. Evidentemente ya no estaba habitada y parecía estar cayendo lentamente sobre sí misma. Aun así, a Kenna le pareció una vista fascinante.

—Esto es un crannog[7], ¿verdad? —preguntó, acercándose al comienzo de la calzada en ruinas—. He oído hablar de estas islas artificiales, aunque ésta en concreto no está construida sobre un montón de rocas como las que he leído.

—Es sólo una variación, supongo. —Nial se acercó—. Es probable que su uso original fuera como vivienda familiar para albergar no sólo a las personas sino también al ganado. Algunos de ellos pueden datar de mucho antes del nacimiento de Cristo.

—¿Crees que esa gente era muy diferente a nosotros? Sé que sus vidas debieron ser mucho más duras, pero, ¿imaginas que tenían el mismo tipo de esperanzas y sueños que nosotros, se enamoraban, se casaban y eran igual de felices criando a sus familias y trabajando juntos por un futuro?

Se movió para colocarse a su lado y deslizó un brazo alrededor de su cintura.

—Incluso tan atrás, creo que eran como nosotros, muchacha. Sólo intentaban por todos los medios vivir sus vidas con honor y crear un hogar seguro y feliz para ellos y sus seres queridos.

—Y algunos de ellos bien podrían ser tus antepasados. —Kenna apoyó la cabeza en su hombro—. Igual que, algún día, si el buen Dios quiere, seremos antepasados de gente que quizá mire hacia atrás, a las ruinas del castillo de Balloch, y se pregunte qué clase de gente fuimos.

—Ciertamente estás de un humor pensativo. —Le besó la parte superior de la cabeza—. Preguntándome sobre legados, antepasados e hijos.

—Sí, eso hago. —Ella se enderezó y le miró con tierna consideración—. Te quiero, Nial MacKenzie. Te amo con todo mi corazón.

La alegría se encendió en sus profundos ojos azules.

—¿Lo haces?

—Sí —respondió Kenna con un pequeño y firme movimiento de cabeza—, te amo.

—Y yo te quiero, muchacha.

—Lo sé.

—¿Sí? —Dio un agudo ladrido de risa—. Bueno, supongo que no soy de los que ocultan lo que sienten.

Ella rió entre dientes.

—No, no lo haces, o al menos, no conmigo. Sin embargo, eso me gusta. De hecho, lo necesitaba incluso cuando llegó el momento en que no podía entender por qué te preocupabas por alguien como yo. Incluso cuando no me atrevía a aceptar o incluso a confiar en tu amor.

—Pero ahora lo haces.

—Sí, lo hago. —Ella suspiró y recostó la cabeza contra su hombro—. Y en el tiempo justo también, diría yo. Nuestro hijo necesitará que ambos padres lo amen y se amen. Los hijos requieren, después de todo, bastante trabajo y paciencia.

La mano de Nial se apretó a su cintura.

—¿Estás intentando decirme, a tu manera indirecta y especialmente desconcertante —preguntó con voz ronca—, que estás embarazada?

—Eso parece. —Kenna sonrió—. ¿Te complace?

Suspiró y asintió.

—Sí. Me complace enormemente. ¿Y qué hay de ti? ¿Estás igualmente complacida?

—Sí. Lo estoy.

—¿Cuándo nacerá el bebé?

—A principios de julio, según los cálculos de tu madre.

—¡Mi Madre! —Nial la soltó, se volvió, luego la cogió por ambos brazos y buscó su rostro —. ¿Mi Madre lo sabe, y tú me lo dices ahora?

—No vi sentido en decírtelo hasta estar segura. ¿Y quién más podría aconsejarme sino otra mujer? —Ella le sonrió—. Rhona estaba muy contenta, de saber que por fin será abuela.

Él soltó un bufido de risa.

—Bien puedo imaginar que lo estaba. Muchas veces se desesperó al no verme casado, y

mucho menos de regalarle nietos. Ahora estará siempre en deuda contigo, muchacha.

—No más de lo que yo estaré siempre en deuda con ella.

—¡Och, lass, lass! —Nial la atrajo hacia él y la abrazó con fuerza—. Voy a ser padre. De hecho, Blaine y yo pronto seremos padres. ¿No se alegrarán Ailsa y Blaine al oír esta noticia? Tendré que escribirles hoy mismo.

—¿No crees que deberíamos esperar un tiempo, como Blaine y Ailsa, para asegurarnos de que todo va bien con el pequeñín?

—¿Y cuánto tiempo sería eso? —preguntó Nial, apartándola ahora de él para poder verle la cara.

—Bueno, estaré de más de tres meses para Navidad. ¿No sería un regalo de Navidad maravilloso para enviarles? Y podríamos darle la noticia a todo Balloch al mismo tiempo.

—Navidades, ¿eh? —Ella asintió.

—Otras tres semanas, ¿eh?

—Sí.

Nial sonrió y, ante la impresionante belleza de su sonrisa, Kenna pensó que podría derretirse allí mismo, a sus pies. Oh, ¡cómo amaba a este hombre!

—Bueno, si te complace esperar, muchacha, entonces lo haremos —respondió finalmente —. Pero te advierto que de todos modos todos sospecharán que hay algo entre manos, viendo cómo estaré constantemente sonriendo de oreja a oreja y pavoneándome como un gallo banty[8].

—Entonces nuestro secreto está suficientemente a salvo —dijo ella riendo entre dientes.

Él frunció el ceño, perplejo.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—Porque, queridísimo esposo, sonreír y pavonearse son tus comportamientos habituales. —Ella le sonrió dulcemente—. Lo sabías, ¿verdad?

Nial arqueó una ceja rubia oscura.

—No, no lo sabía.

—Bueno, es bastante cierto. O, al menos, cierto desde que me trajiste a casa como tu esposa.

—Och, lass —dijo él, tirando de ella de nuevo hacia el fuerte y cálido refugio de sus brazos—. ¿Qué hombre no se pavonearía y sonreiría con una esposa tan bonita como tú?

Ella se acurrucó contra él, tan feliz y contenta que pensó que su corazón estallaría de puro gozo.

—Sí —susurró Kenna—, ¿y qué mujer no sentiría lo mismo, con un marido guapo como tú?

Dos meses más tarde, Colin se sacudía la nieve de su gruesa chaqueta de cuero y tela escocesa mientras esperaba que avisaran a Kinner Donald de su llegada. Había sido un viaje miserable hasta aquí, a través de una tormenta de nieve torrencial y condiciones cercanas a la ventisca, pero sabía que no debía hacer esperar a Kinner Donald. Especialmente cuando la lacónica carta del hombre había sugerido un plan conjunto para devolver a Kenna al control de Donald.

El criado de Kinner regresó finalmente.

—Mi señor está ocupado por lo menos durante otros quince minutos. Ha dicho que descanséis en su estudio. Hay un fuego para que os calentéis allí, y pronto os traeré una bebida caliente. ¿Tiene alguna preferencia?

—Me encapriché de tu buena cerveza la última vez que estuve aquí. ¿Sería mucho trabajo preparar una jarra caliente?

—No, milord. Sería un gran placer. —El hombre hizo una reverencia y se alejó apresuradamente.

Menudo cambio en su recibimiento desde su última visita, pensó Colin, viendo partir al criado de Kinner. Sólo podía significar una cosa. Donald estaba muy disgustado por algo y necesitaba desesperadamente su ayuda.

Con una sonrisa en los labios, se dirigió a través de la zona de entrada a la pequeña habitación que Kinner utilizaba como estudio. La habitación estaba ciertamente cálida por el fuego del hogar. Colin no tardó en acomodarse en una silla de respaldo alto con los pies apoyados en un taburete. El criado no tardó en regresar con una pequeña jarra de peltre y dos tazas en una bandeja.

Colin no perdió tiempo en servirse un poco de la bebida caliente de brandy y cerveza escocesa fuerte, y luego se tragó la mitad del contenido de la jarra. A medida que el líquido se deslizaba por su garganta, un calor satisfactorio se extendió desde su gaznate hasta llenar todo su pecho. Suspiró profundamente, cerró los ojos y saboreó la deliciosa sensación.

Con un sonoro golpe, la puerta tras él se abrió de golpe. Taza en mano, Colin se dio la vuelta. Kinner, con las manos en las caderas, estaba de pie en la puerta abierta, sonriéndole.

—Parece que le gusta las grandes entradas —soltó Colin antes de levantarse de la silla. Levantó su taza—. ¿Te apetece un traguito? Es muy sabrosa.

—Una buena idea. —Su anfitrión agarró la puerta y la cerró de un empujón, luego se acercó al fuego. Cogió la taza que Colin le ofrecía y, echando la cabeza hacia atrás, procedió a vaciar todo su contenido.

Colin le observó con no poca irritación. Si Kinner pensaba intimidarle con toda aquella ostentación, pronto aprendería lo contrario. Ya sabía todo lo que necesitaba. Kinner necesitaba su ayuda. Él, para variar, tenía las de ganar.

Después de rellenar el vaso, el jefe de los Donald se acomodó finalmente en la otra silla frente al fuego. Colin se contentó con esperar a que él hiciera el primer movimiento. Sorbió su cerveza especiada y su brandy y fingió interés en observar el fuego.

Finalmente, Kinner se aclaró la garganta.

—Entonces, ¿has tenido noticias de Kenna últimamente?

—Sí. Alrededor de Navidad, me escribió una carta muy alegre, informándome de lo feliz que era y de que su primer bebé y el de MacKenzie nacerá en julio. —Soltó un bufido despectivo —. Me pregunto quién la obligó a escribir esa tontería, al menos la parte sobre lo feliz que era.

—Y yo digo que te engañas si imaginas que no se está adaptando bien a la vida en Balloch. —El anfitrión de Colin hizo una pausa para dar un profundo trago a su taza—. La muchacha tiene todo lo que desea y no le falta de nada.

La irritación de Colin se convirtió en ira.

—No es más que una farsa que interpreta para adormecer a ese pavo real engreído que es su marido. Dale tiempo y lo verás.

—Bueno, el tiempo no es un lujo del que pueda prescindir. —Kinner le miró por encima de la tapa de su taza—. A pesar de tus garantías de lo contrario, estoy seguro de que Nial MacKenzie planea manipular a Kenna para que busque la jefatura de los Donald. Y sabes tan bien como yo que, con las fuerzas de MacKenzie para respaldarles, no tengo ninguna posibilidad de mantener mi posición.

Ah, por fin llegamos al meollo del asunto, pensó Colin.

—Sí, ninguno de nuestros clanes puede esperar derrotar ningún ataque MacKenzie, ya sea por separado o unidos.

—Kenna debería haberse quedado donde pertenecía: Con los Donald. ¡Maldigo a Seamus por haberse ido esa noche, nada menos que a robar ganado MacKenzie! ¡Fue una estupidez!

—Fue desacertado, sin duda. —Colin se encogió de hombros—. Incluso ahora, vuelvo a menudo sobre aquella noche nefasta y me pregunto qué podría haber hecho para evitar la tragedia. Pero Seamus nunca fue de los que atienden a razones.

—Bueno, ciertamente sacaste provecho de aquella malhadada noche. —Mientras Kinner daba otro trago a su taza, su mirada no se apartaba de la de Colin—. Ahora eres el laird de los Donald y sus tierras. Uno casi se preguntaría si no tuviste algo que ver en la muerte de vuestro hermano.

Colin sabía que entre el clan Donald se había hablado de esa misma posibilidad. Pero también sabía que no había pruebas, y sin pruebas nadie podía ser condenado. La exoneración de Nial MacKenzie, nada menos que por la reina, era prueba suficiente de ello.

Sonrió.

—Que un hombre se beneficie de la desafortunada muerte de su pariente no significa que haya tenido algo que ver en esa muerte.

—No, sin duda. —La mirada del otro hombre se entrecerró—. Ambos nos beneficiaremos, sin embargo, si Nial MacKenzie muere.

Colin no quería parecer demasiado entusiasta, aunque había pensado largo y tendido en la forma de asesinar al tanista MacKenzie. Incluso la idea de que tocara a Kenna le hacía hervir la sangre. De hecho, cuando había leído por primera vez lo del embarazo de Kenna, había creído que se ahogaría con su arrebato de rabia y envidia. Pero Kinner no necesitaba saberlo. Ese conocimiento sólo le daría ventaja.

—Me gustaría que Kenna volviera con nosotros, donde pertenece —dijo—. Eso es bastante

cierto. Pero matar para conseguirla…

—Bueno, no tengo escrúpulos en ver muerto a MacKenzie —murmuró Kinner sombríamente—. Cree que puede chantajearme para que apoye a la reina. Y no permitiré que nadie lo haga. Ni siquiera un MacKenzie.

—¿Y acaso está utilizando la amenaza de que Kenna regrese para reclamar la jefatura de los Donald como aliciente?

Kinner le lanzó una mirada furiosa.

—¿Qué otra cosa podría usar contra mí? El gusano intrigante y viperino.

—Más bien un cerdo abortivo y arraigado, a mi modo de ver.

—Sí, y un asqueroso bulto de deformidad —contraatacó Kinner, su voz comenzaba a arrastrarse un poco—. Profundo, hueco, traicionero y lleno de astucia para colmo.

Por cómo sonaba, Colin decidió que aquel hombre había estado en sus tazas mucho antes de que él llegara. Probablemente ya era hora de zanjar el asunto, antes de que Kinner cayera en un sopor de borracho.

—Bueno, sea como fuere —dijo—, aún tienes que contarme tu plan.

—¿Plan? —Su anfitrión levantó la vista de la jarra que acababa de vaciar, con una expresión ligeramente desconcertada en el rostro.

—Sí —reiteró Colin pacientemente—. Tu plan para librarnos a ambos del azote de Nial MacKenzie.

—Och, aye. —Asintió—. Mi plan. Es bastante simple. Tenemos que mantenernos en estrecho contacto sobre el paradero de MacKenzie, y tal vez incluso atraerlo al castillo de los Donald para una pequeña visita. Estoy seguro de que podrías convencer a Kenna para que hiciera una visita a casa, ¿no?

—A su tiempo, sí. Ella adora a mi hermanita. —Colin sonrió—. Y MacKenzie está aparentemente tan enamorado de Kenna, que podría ser una empresa bastante fácil conseguir que venga. Una vez que lo lleve al castillo, sin embargo, ¿qué propones que haga con él?

—Nada, salvo informarme cuando sepas su fecha de partida. Entonces traeré a mis hombres, todos vestidos como forajidos, para tenderles una emboscada. Como también me informarás del número de hombres que acompañan a MacKenzie a casa y de su ruta, será bastante fácil enviar un número suficiente de mis muchachos para dominarlos, así como preparar la emboscada perfecta por el camino.

—¿Y nada de ese ataque me incriminará?

Kinner sonrió.

—Nada nos incriminará a ninguno de los dos, amigo mío. Si no, al final el plan es un fracaso, ¿no?

—Sí, supongo que lo es. —Colin hizo una pausa—. ¿Y qué hay de Kenna?

Su anfitrión se encogió de hombros.

—¿Qué hay de ella? No me importa si ella muere en el ataque. De hecho, su muerte es incluso de mayor importancia que la de MacKenzie.

—Pues a mí sí me importa. —Colin se inclinó hacia delante, colgando su taza ahora vacía entre sus piernas—. Debes darme tu palabra de que Kenna no será lastimada, o no te ayudaré en esto.

—Entonces, ¿todavía la quieres, verdad? ¿Las sobras de otro hombre? ¿Aunque lleve a su hijo?

Una resolución sombría y fría llenó a Colin.

—Es verdad. No creo que pudiera soportar que el hijo de MacKenzie anduviera por ahí. Pero los niños mueren todo el tiempo de una variedad de enfermedades y accidentes.

—No me importa lo que hagas con el mocoso. Mientras mantengas nuestro anterior trato y conserves a Kenna ente los Donald, estaré contento.

—Sí, la mantendré tan sana y salva que nunca volverá a poner un pie fuera de las tierras de los Donald. —Colin ladeó la cabeza—. También sigues teniendo intención de cumplir tu oferta de un estipendio anual para su manutención, ¿no?

La taza de Kinner repiqueteó contra el suelo de piedra.

—Sí, sin duda, Donald —murmuró con voz pastosa—. Soy un hombre honorable. Mantengo mi palabra…

Con eso, el jefe Donald cayó de espaldas en su silla. Sus ojos se cerraron, su boca se abrió y un suave ronquido emanó de la parte posterior de su garganta. Colin le observó durante un rato, considerando todas las formas posibles en que podría convertir esta ganancia inesperada en su mejor interés. Finalmente, sin embargo, se levantó y salió de la habitación, con el propósito de encontrar al criado de Kinner.

Necesitaba comida y un lugar donde pasar la noche. El día siguiente era lo suficientemente pronto como para confirmar su acuerdo antes de regresar a su castillo. Entonces, sólo quedaba esperar la oportunidad perfecta. Después de todo, aunque Kinner tendiera a una impaciencia temeraria, él no la tenía.

Tenía todo el tiempo del mundo. Todo el tiempo del mundo para reconquistar a su bella dama.

Capítulo 16

Nial yacía en la oscuridad, súbitamente despierto aunque no sabía por qué ni cómo había llegado a estarlo. Todo estaba en silencio en Balloch, los gruesos muros de piedra y las ventanas enrejadas contra el frío de finales de invierno eran un eficaz elemento disuasorio contra los habituales ruidos domésticos.

A su lado, Kenna dormía plácidamente, acurrucada de lado frente a él. Se habían retirado apenas una hora antes, por lo que el fuego del hogar aún iluminaba tenuemente la habitación, proyectando sus rasgos en un suave y sombrío relieve.

Él sonrió con ternura. Su mirada bajó hasta su vientre. Aunque llevaba ya cinco meses con su hijo, apenas se redondeaba bajo su baranda nocturna. De hecho, sólo esta noche había sentido por fin los primeros movimientos del bebé en su interior.

En poco más de cuatro meses, tendría a ese niño en sus brazos. El hijo suyo y de Kenna. Nial anhelaba ese día con todo su corazón. Y juró que sería para él el padre que nunca había tenido.

Su boca se torció irónicamente. Era extraño que cuanto más tiempo llevaba casado con Kenna, menos pensaba en su padre. Tal vez aquella amarga época había quedado por fin atrás.

Tenía una esposa a la que amaba y que le amaba, el primer hijo de lo que esperaba fueran varios en camino, y un castillo y unas tierras que, bajo su diligente administración, eran mucho más prósperas de lo que habían sido en tiempos de su padre. Y era tanista del clan MacKenzie por méritos propios, no como resultado de traiciones y subterfugios.

Fuera, la robusta puerta de madera de la muralla exterior de Balloch chirrió al abrirse. Nial se deslizó de la cama y corrió hacia la ventana. Apartando las gruesas cortinas de lana, descorrió el pestillo y empujó los postigos. Abajo, en el patio interior, veinte jinetes acababan de llegar.

Cerró los postigos, echó el pestillo.

A continuación, Nial se dirigió al arcón de la ropa y comenzó a vestirse rápidamente.

Sin embargo, por muy silenciosamente que intentara hacerlo, sus acciones debieron de despertar a Kenna. Se sentó en la cama.

—¿Qué estás haciendo?

—Acaban de llegar unos hombres. —Daba saltitos mientras intentaba calzarse sus suaves zapatos de cuero. Finalmente, desistiendo del intento, Nial se sentó a un lado de la cama—. Tengo que bajar a ver quiénes son.

Kenna apartó el edredón y se levantó de la cama.

—Bueno, entonces yo también. Puede que necesiten algo de comer y, sin duda, un lugar

donde dormir esta noche.

Nial estuvo tentado de decirle que se quedara en cama y que él se ocuparía de sus necesidades, pero sabía que una orden así no le sentaría bien a su esposa. Se sentía muy orgullosa de cumplir con sus obligaciones como señora de Balloch.

—Abrígate bien —dijo, poniéndose la camisa y metiéndosela por dentro de los pantalones —. Ya sabes lo fría que se pone la estancia una vez que se apaga el fuego en el Gran Salón por la noche.

Sonrió.

—Lo haré. —Kenna inclinó la cabeza, mirándole de arriba abajo—. Estás muy guapo. Estoy deseando acurrucarme contigo, cuando volvamos a la cama.

—¿Ah, sí? Entonces déjame seguir mi camino. Cuanto antes me ocupe de nuestros visitantes nocturnos, antes volveremos a la cama.

La dejó entonces para que terminara de vestirse y pronto estaba dando zancadas por el largo pasillo hacia las escaleras que conducían al vestíbulo de entrada. Cuando Nial llegó a la cabecera de la escalera, la puerta principal se abrió y Blaine y cinco de sus hombres fueron dejados entrar por Nathan.

El corazón de Nial comenzó a latir con furia. Ailsa tenía que dar a luz en los últimos días, más o menos. Y Blaine no se separaría de ella hasta que lo hubiera hecho, a menos que...

Se le hizo un nudo en la garganta. Por favor, Señor Jesús. No permitas que le haya ocurrido nada malo a Ailsa.

Cuando Nial se obligó a bajar las escaleras, Blaine lo divisó.

El jefe de los MacKenzie sonrió. El alivio inundó a Nial. Le devolvió la sonrisa.

—¿Y qué hay de Ailsa y tu bebé? —preguntó en cuanto se detuvo ante Blaine—. ¿Ha dado a luz?

Su primo de pelo oscuro asintió, con los ojos brillantes de orgullo y satisfacción.

—Sí, pero hace una semana. Tenemos un hijo, un muchacho fuerte y valiente con los ojos de Ailsa y mi pelo.

—¿Y ella está bien?

—Su parto fue difícil, pero, sí, está bien. A pesar de las advertencias de todos para que permaneciera en cama, Ailsa ya está en pie.

Nial agarró a su primo por el brazo.

—Me alegro mucho. Enhorabuena, Blaine. Por fin tienes el hijo y heredero que tanto has deseado.

Al parecer, un movimiento en la cabecera de la escalera llamó la atención de Blaine. Su sonrisa se atenuó. Nial sabía que tenía que ser Kenna.

—¿Y qué hay de tu esposa? —preguntó el MacKenzie—. ¿Está todo bien con ella y tu pequeño?

—Sí. —Nial asintió—. Todo está bien con ella. Somos muy felices.

Blaine volvió a mirar a Nial.

—Entonces estoy muy feliz por los dos.

A pesar de sus palabras, Nial sabía que su primo aún tenía sus recelos hacia Kenna. Sin embargo, no había nada que hacer al respecto, salvo dejar que el tiempo limara asperezas. Cosa que ocurriría muy pronto, Nial lo sabía. Blaine sólo velaba por sus intereses. Cuando Blaine aceptara finalmente que todo estaba bien entre él y Kenna, Nial tenía la certeza de que dejaría de lado para siempre sus recelos hacia ella.

—Esperaba noticias tuyas una vez que Ailsa diera a luz —comentó Nial con una sonrisa—, pero no anticipé que el orgulloso padre fuera el encargado de entregar el mensaje.

La sonrisa de Blaine se tornó sombría.

—Och, puedes estar seguro de que ese tampoco era mi plan. Si la reina no estuviera en una situación tan desesperada, tendrías que apartarme de Ailsa con una robusta palanca de hierro. Pero María nos necesita, de verdad, y debemos atenderla cuanto antes.

Kenna se acercó en ese momento, justo a tiempo para haber oído la inquietante declaración de Blaine.

—Bienvenido a nuestra casa, mi señor —dijo con una rápida reverencia—. ¿Qué ha pasado con María?

Él le devolvió el saludo con una brusca inclinación de cabeza.

—Su marido ha sido asesinado, y ella y Lord Bothwell, entre otros, están siendo implicados en la muerte.

Ella se llevó una mano a la garganta.

—¿Cuándo? —susurró con voz ronca—. ¿Dónde y cómo?

Nial se movió a su lado y deslizó un brazo alrededor de su cintura para afirmarla ella.

—Darnley residía en las afueras de Edimburgo en la Iglesia o'Fields, al parecer recuperándose de la viruela. Dos horas después de la medianoche de la mañana del 10 de febrero, una explosión sacudió la ciudad, destruyendo la Iglesia o'Fields. Darnley, sin embargo, fue encontrado fuera en camisón, estrangulado junto con su criado.

Kenna se balanceó contra Nial. Él apretó su agarre y tiró de ella para acercarla.

—Dos días después, La reina María envió un mensajero, solicitando que Nial y yo nos reuniéramos con ella en Edimburgo. —Blaine miró a Nial—. Incluso entonces, parece que temía que se levantara algún tipo de revuelo público y político contra ella por las sospechosas circunstancias que rodearon la muerte de Darnley. ¿Vendrás conmigo, primo?

Nial miró a Kenna. En sus ojos brillaba la comprensión. Pero también ardía en ellos una reticencia igualmente fuerte. Tuvo que admitir sentimientos similares.

Aun así, no había nada que hacer salvo obedecer la llamada de Mary. Se volvió hacia Blaine.

—Aye, puedes contar con ello. Soy tu tanista, después de todo.

—Bien. Entonces partiremos al amanecer. Tal como están las cosas, con la nieve y las condiciones del camino, pasarán casi dos semanas desde la muerte de Darnley antes de que

finalmente lleguemos a Edimburgo.

—¿Tan pronto? —La voz de Kenna salió en un chillido consternado—. ¿Tan pronto tenéis que partir?

Cuando Blaine le devolvió la mirada, su dura expresión se había suavizado.

—Sí. No se sabe lo que ha ocurrido mientras tanto. Si no nos damos prisa, puede que no lleguemos a tiempo para ser de alguna utilidad a la reina. Si es que hay algo que podamos hacer.

El desconcierto nubló su mirada.

—No lo entiendo.

—El matrimonio de María con Magnus Darnley fue probablemente lo más desconsiderado y políticamente destructivo que pudo haber hecho —intervino Nial, mirándola—. Al hacerlo, probablemente se enemistó permanentemente con el conde de Moray y con Maitland, su secretario de Estado, por no mencionar a los lores Mar, Iglesiacaldy, Atholl y otros. —Suspiró —. Aunque iremos a verla, no estoy seguro de que sirva de algo.

—No con Bothwell cada vez más pegado a su lado —murmuró Blaine—. No es mejor para María de lo que lo fue Darnley, y no ha sido por falta de intentos por mi parte convencerla de lo contrario.

—Entonces, si de verdad creéis que la reina está empeñada en su propia caída —preguntó Kenna—, ¿por qué seguir apoyándola? Es probable que sólo os haga caer con ella.

Blaine y Nial intercambiaron miradas preocupadas.

—Porque, dulce muchacha, hemos dado nuestra palabra de ser verdaderos y leales servidores de María, por eso —dijo Nial3. Y aún hay esperanza, especialmente ahora con la muerte de Darnley, de que Mary vea finalmente el error de sus caminos. Todavía hay esperanza de que Bothwell pueda finalmente cavarse un agujero del que no pueda salir.

—¿Con el asesinato de Darnley, quieres decir?

Asintió.

—Sí.

—Y si persiste en apoyar a Bothwell, ¿entonces qué?

Una vez más, Nial y Blaine se miraron. No necesitaban decir ni una palabra. Blaine y él habían pasado ya incontables horas debatiendo sus opciones si tal calamidad llegaba a ocurrir. Al final, ambos habían llegado a la misma conclusión. El bienestar del clan MacKenzie se antepondría a la corona de la reina. Tenía que ser así, si ella persistía en no atender a razones y, en su lugar, continuaba siguiendo a su corazón en lugar del buen sentido escocés. Por desgracia, para una reina en todo caso, a veces seguir el corazón no siempre era algo bueno.

—Abordaremos ese problema siempre y cuando se convierta en uno —dijo Blaine con firmeza—. Ahora —añadió mirando a su alrededor—, mis hombres y yo no hemos comido desde el mediodía y estamos muy cansados. ¿Sería posible...?

—Och, aye. —Kenna se soltó del agarre de Nial—. Le ruego me disculpe, mi señor. —Miró a su marido—. Nial, ¿por qué no llevas al MacKenzie y a sus hombres al Gran Salón? Pronto tendré a la cocinera y a los demás levantados y preparando la comida. Y luego me ocuparé de preparar varias alcobas.

—Sí, me parece un buen plan. —Nial se volvió hacia Blaine—. Me ocuparé de tus necesidades. Luego, si te parece, me excusaré para comenzar los preparativos del viaje de mañana.

Blaine asintió.

—Sí, mejor que lo hagas. Ha sido un largo día, y unas horas de descanso serán muy apreciadas. Nos esperan unos buenos cinco días de viaje. Y luego, no hay forma de saber lo que nos espera en Edimburgo.

—Sea lo que sea lo que nos espera —murmuró Nial, lleno de presentimientos—, me temo que puede ser el principio del fin para la reina.

—Sí, yo también lo temo. —Su primo lanzó un gran suspiro—. Sólo ruego a Dios que aún nos quede una oportunidad. No me gusta pensar en lo que podría ser de María si fracasamos.

Las noticias del asesinato de Darnley llegaron a Colin casi al mismo tiempo que Blaine y Nial partían hacia Edimburgo. Él lo sabía, pues el espía que había enviado al castillo de Balloch regresó con un informe de la partida de los dos MacKenzie el mismo día en que Kinner Donald llegaba de visita.

—Creo que ya es hora —dijo el gran jefe Donald—, de atraer a mi primita al castillo de los Donald para una visita. Nial MacKenzie, una vez que regrese de Edimburgo, no perderá entonces el tiempo corriendo para estar al lado de su esposa.

—¿Estás un poco mareado por toda la agitación política, verdad?

Kinner soltó un bufido de disgusto.

—Los MacKenzie son tontos si permanecen leales a María. Recuerda mis palabras, este es el principio del fin para ella. Y, ¡no necesito que Nial MacKenzie me obligue a unirme a ellos para apoyar a la reina!

Colin señaló las sillas ante el fuego. Era un día amargamente frío, el viento buscaba cada resquicio en los muros de mortero desmoronados del castillo de los Donald para silbar por los gélidos pasillos y entrar en las habitaciones, hasta que el único lugar de calor era directamente ante los fuegos del hogar. Había noches en las que realmente dormía allí, envuelto en mantas de lana, despertándose sólo para avivar el fuego y mantenerlo encendido.

Lo que necesitaba, a decir verdad, era reconstruir el castillo desde los cimientos. Si tuviera el dinero, cosa que nunca haría a menos que lo obtuviera de algún lugar fuera del Clan Donald. El Clan Donald tenía suficiente dinero, si tan sólo Colin pudiera encontrar alguna forma de sonsacárselo. Y la única forma de hacerlo era convencer a Kenna no sólo de que regresara, sino de que se casara con él.

—Sí, debo estar de acuerdo contigo en eso —dijo Colin mientras se acomodaba en la silla frente a Kinner—. Y con gusto haré lo que pueda para ayudarte a no jurar lealtad a la reina. Sin embargo, debo tener algún pretexto para atraer a Kenna desde Balloch en esta época del año. De lo contrario, ella se limitará a desanimarme, y Nial probablemente sospechará.

Donald se inclinó expectante en su silla.

Era hora de sonsacarle algo de dinero, decidió Colin. No tanto como acabaría exigiendo, pero al menos alguna muestra del compromiso de Kinner.

—Kenna es muy devota de mi hermana pequeña, Adele —dijo finalmente—. De hecho, ha sido casi una madre para ella.

Cuando hizo una pausa, la impaciencia de su invitado se apoderó rápidamente de él.

—¿Sí? ¿Y cómo planeas usar eso para atraer a Kenna aquí?

—Bueno, el cumpleaños de Adele es el 14 de marzo. Tal vez, si pudiera reunir los fondos, podría organizar una gran fiesta para la muchacha e invitar a Kenna. Si ella supiera que es una ocasión muy especial, podría estar dispuesta a venir, incluso estando embarazada. Después de todo, estará de solo seis meses.

Colin hizo otra pausa y luego suspiró.

—Por desgracia, apenas tengo fondos para un simple regalo de cumpleaños, y mucho menos para una buena fiesta. Se necesitan demasiadas reparaciones para una casa tan vieja como ésta.

Kinner le lanzó una mirada aliviada.

—Och, si eso es todo lo que te impide convencer a Kenna para que venga aquí, no hay ningún problema. Puedo cubrir los gastos de una celebración de cumpleaños. —Se agachó para desabrochar una bolsa de cuero que colgaba de su cinturón—. ¿Cuánto necesitas?

Observando el tamaño de la bolsa, Colin nombró una cantidad que pronto vació la mitad de la bolsa de Kinner. Si se hubiera atrevido, habría pedido la mayor parte de lo que llevaba el otro hombre. Pero Colin no quería parecer avaricioso. Una vez que Kinner se hubiera implicado en el asesinato de Nial MacKenzie, sería bastante sencillo sonsacarle pagos periódicos. Y eso, además del estipendio anual de manutención de Kenna, debería cubrir muy bien sus necesidades.

—Te agradezco tu generosa donación para la celebración del cumpleaños de mi hermana —dijo mientras se levantaba y depositaba las monedas en una pequeña caja de madera tallada que había sobre la repisa de la chimenea.

—Sólo ocúpate de que Kenna asista y se quede aquí hasta que su marido venga a buscarla —gruñó Donald—, y será dinero bien gastado.

—Haré lo que pueda. —Colin se volvió de la repisa—. Sólo reza para que Nial no se quede demasiado tiempo en Edimburgo. Si los problemas de la reina no se resuelven pronto, podríamos tener un problema mayor entre manos.

—¿Y ese problema sería?

—Cualquier uso de la fuerza para mantener a Kenna entre los Donald no le sentaría bien a su marido. Y, a pesar de su devoción por Adele, sólo puedo mantenerla aquí por un tiempo finito.

—¿Estás segura de que es una buena idea? —preguntó Rhona dos semanas después mientras Kenna se preparaba para montar a caballo—. Sé que es el cumpleaños de tu hermana adoptiva y todo eso, pero ¿y si Nial regresa mientras no estás? No le hará ninguna gracia descubrir que te has ido a visitar a los Donald en mitad de tu embarazo.

Kenna se rió.

—¿Y qué tiene de terrible un viaje de medio día en pleno embarazo? La mayoría de las campesinas trabajan hasta el día del parto, y a veces es en los campos donde han ido a ayudar a sus maridos en la cosecha o la siembra. En vista de eso, creo que puedo aguantar un viajecito. —Ante la expresión preocupada de su suegra, al final cedió—. Bien. ¿Qué tal si monto en un carro en lugar de a caballo? ¿Eso aliviaría tus preocupaciones?

—Sí, lo haría. Es sólo que desearía... desearía que te quedaras sana y salva aquí, eso es todo. —Rhona levantó la mirada—. ¿Y qué voy a decirle a Nial? Me culpará.

—Dile que venga a buscarme cuanto antes. Hace tiempo que quiero hacer una visita a los Donald. Echo de menos a Adele. Sólo tiene siete años, a punto de cumplir ocho, después de todo. No entiende por qué he estado tanto tiempo lejos de ella.

—Entonces tal vez podrías traerla contigo para una visita prolongada. Seguro que a Colin Donald no le importaría, ¿verdad? Lo poco que vi de él en tu boda, no me gustó ni él ni su carácter arisco. De hecho, la pequeña probablemente estaría mejor en Balloch durante un tiempo que consumiéndose con ese hombre desagradable.

Era cierto que Colin rara vez tenía tiempo para su hermana. Pero también era un hombre acosado por innumerables problemas, el menor de los cuales era de dónde vendrían después los fondos suficientes para mantener el castillo en funcionamiento, y mucho menos para ocuparse de las interminables reparaciones que necesitaba la vieja casa torre. Aun así, Kenna tuvo que admitir que la sugerencia de Rhona era una consideración de lo más agradable.

Adele sin duda aceptaría la oferta, y Kenna estaba segura de que podría convencer a Colin de que también lo hiciera. Después de todo, sería una boca menos que alimentar durante un tiempo, y él podría dejar marchar a la niñera que cuidaba de Adele mientras la niña estuviera en Balloch. Eso también le ahorraría dinero.

—Tu idea tiene mérito —respondió Kenna—. Sin embargo, a pesar de lo que puedas pensar, Colin quiere a su hermana. No obstante, quizá pueda convencerle de que le permita una visita prolongada. Quizá, si somos muy afortunadas, incluso durante todo el verano.

La madre de Nial dio una palmada.

—¡Och, y no sería una época maravillosa! Estaría aquí para el nacimiento del niño. Y ella y yo podríamos dar paseos por el jardín, y podría leerle cuentos, y comprarle vestidos nuevos. Och, ¡no puedo esperar!

Kenna sonrió. De poner cara larga y casi rogarle que no se fuera, Rhona había pasado a casi echarla del castillo. Era evidente que la mujer mayor amaba a los niños y deseaba que hubiera más en Balloch. Sus hijos y los de Nial tendrían sin duda la bendición de contar con una abuela cariñosa y afectuosa.

—Nos iremos entonces —dijo, dando riendas a su caballo—. Después de todo, cuanto antes llegue y celebre el cumpleaños de Adele, antes podré volver con la pequeña.

Rhona asintió y dio un paso atrás.

—Sí, mejor que lo hagas. De hecho, si todo va bien, puede que incluso estés de vuelta antes de que regrese Nial.

—Sí, tal vez lo haga. —Con eso, Kenna se alejó para encontrar a Nathan y pedir un carro.

En una hermosa tarde de finales de abril, Nial regresó por fin a casa. Mientras daba las riendas de su caballo en el patio interior, dio un gran suspiro de satisfacción.

—Sé que apenas hemos estado fuera dos meses —dijo, mirando a su primo—, pero parecen dos años.

Blaine sonrió y bajó de su montura.

—Sí, así es. Pero eso, amigo mío, viene con estar enamorado y contar los días hasta que puedas volver con tu amada. Es un problema muy inquietante, sin duda.

—Un problema muy satisfactorio, sin duda.

—Och, sin duda. —La sonrisa de Blaine se desvaneció—. No puedo creer que mi hijo tenga ya más de dos meses y me haya perdido todos esos primeros y preciosos días con él. Y luego, está Ailsa…

—Sí, Ailsa. —Nial desmontó—. Bueno, no serán más que otros pocos días y estarás con ella de nuevo. En cuanto a mí, no puedo esperar a ver a Kenna. ¿Crees que ya tendrá la barriga enorme?

Su primo se rió entre dientes.

—Eso es poco probable, faltan más de dos meses. Sin embargo, no te queda mucho tiempo agradable con ella. Pronto se cansará al caminar o al estar de pie, le dolerá la espalda todo el tiempo, y será incapaz de levantarse de la cama o de las sillas sin ayuda, sin olvidar sus noches sin dormir. Para cuando por fin dé a luz, casi sentirás como si hubieras dado a luz con ella.

—¿De veras? —Nial se rió y entregó las riendas de su caballo a uno de los mozos de cuadra que se acercó corriendo—. Esa es una consideración de lo más agradable.

—Bueno, tal vez exagero un poco. Es duro ver a la mujer que amas tan miserable. Especialmente durante el parto. —Blaine respiró con dificultad—. Casi te desgarra el corazón.

—Sí. —Nial se puso sobrio—. Lo temo como lo temería cualquier hombre. Aun así, es la mujer la que debe sufrir los dolores y arriesgarse a los peligros. Sin embargo, quiero estar ahí para Kenna. No dejaré que pase por ello sola.

—Prepárate, entonces, para abrirte paso entre la comadrona, las criadas y, en tu caso, tu madre. Parecen pensar que el lugar de un hombre no está en la cámara de partos.

—Tal vez. —Nial indicó que debían dirigirse a la torre del homenaje, de donde su madre acababa de salir—. Pero si Kenna me quiere allí, allí estaré, y nadie me dirá lo contrario.

Mientras se acercaban a Rhona, Nial miró a su alrededor en busca de señales de su esposa.

Era extraño que ella no hubiera sido una de las primeras en saludarlos. A menos que tal vez estuviera enferma, o que algo les hubiera sucedido a ella y a su bebé.

—¿Dónde está Kenna? —preguntó inmediatamente, renunciando a los saludos habituales —. ¿Está bien?

Su madre sonrió y le puso una mano en el brazo.

—Sí, está bien. Y también es muy agradable volver a verte.

El alivio casi hizo que le flaquearan las rodillas, Nial la cogió en brazos y le dio un abrazo.

—¡Te he echado de menos, Madre, y estoy muy contento de estar en casa! —Se soltó de ella para inclinarse hacia atrás y mirarla a la cara—. Ahora, ¿dónde está Kenna? Si está bien, ¿por qué no ha salido a recibirnos?

—La razón por la que Kenna no ha salido a recibiros es porque no está aquí.

Nial se quedó muy quieto.

—¿Adónde se ha ido entonces, y por qué?

—Alrededor de la primera semana de marzo, recibió una invitación de ese hermano adoptivo suyo. Parece que tenía una celebración especial de cumpleaños para su hermana, Adele, y Kenna, al estar tan unida a la pequeña, quería asistir. No veía nada malo en ello. La muchacha, después de todo, suspiraba ferozmente por ti. Pensé que una breve visita a su antiguo hogar le haría bien. Así que se marchó con una escolta de diez de tus hombres y, salvo unas pocas misivas en las primeras semanas, no he sabido nada de ella desde entonces.

Nial frunció el ceño, soltó a su madre y dio un paso atrás.

—¿Y los muchachos que enviaste con ella? ¿Siguen también en el castillo de los Donald?

—Bueno, no. Kenna no tardó en enviarlos de vuelta a todos menos a uno, alegando que su manutención suponía un gasto demasiado grande para los escasos fondos de Colin Donald. El plan era enviar al único muchacho de vuelta a Balloch a buscar una escolta cuando estuviera lista para regresar.

—¿Y no te parece extraño que lleve allí cerca de seis semanas sin que haya habido más comunicación, ni haya enviado a nuestro hombre para que fueran a buscarla?

Rhona parecía contrariada.

—Sí, claro que empezaba a preguntármelo. Pero esperaba que volvieras en cualquier momento y te ocuparas del asunto. Tampoco es que fueras demasiado concienzudo en mantenerme al corriente de los tejemanejes de la Corte o de tus planes.

Blaine eligió ese momento para intervenir. Cogiendo la mano de Rhona, le estrechó el brazo entre los suyos.

—Había poco tiempo para escribir, si es que nos hubiéramos atrevido a contaros lo que estaba pasando —dijo—. Y, de un modo u otro, Nial ya está en casa y pronto podrá ir a buscar a su esposa.

Lanzó una mirada a Nial por encima de la cabeza de su madre.

—Parece que ambos saldremos de nuevo mañana. Y un pequeño desvío a las tierras de Donald no me retrasará tanto en volver a MacKenzie.

—Muchas gracias —respondió Nial. Si Colin Donald pensaba jugar algún juego con él, la presencia añadida del jefe del clan MacKenzie y sus hombres pronto le daría un respiro. No es que no estuviera dispuesto a enfrentarse al otro hombre por sí mismo. De hecho, cabalgaría hasta las puertas del infierno y volvería por su mujer y su hijo nonato.

No obstante, una sensación de presentimiento invadió a Nial.

—Sí, en efecto, saldremos al amanecer —murmuró—. Hay algo que no está bien en esta visita tan larga. Le guste o no a Colin Donald, pienso traer a Kenna a casa cuanto antes.

Capítulo 17

-¡Kenna, estoy tan aburrida! ¿Podríamos dar un paseo?

Levantando la vista del pequeño juego de medias que estaba tejiendo, Kenna miró a Adele. Hacía tiempo que la niña había abandonado la sencilla bufanda que intentaba tejer y había ocupado un lugar en el banco bajo la ventana de la alcoba. Sin embargo, ahora miraba hacia atrás, con una expresión suplicante en sus brillantes ojos azules.

Kenna sonrió y dejó a un lado su propia costura.

—Sí, sería un cambio agradable de todo este duro trabajo, ¿verdad? —Se levantó, caminó hasta donde estaba sentada Adele y le tendió la mano—. ¿Y adónde te gustaría ir?

Adele saltó del banco y le cogió la mano.

—Caminemos hasta el lago. Hace suficiente calor, ¿no?, para que podamos bañarnos.

—Difícilmente —respondió Kenna con una risita—. Aunque estemos cerca del último día de abril y las flores de primavera estén floreciendo, seguro que el loch sigue estando muy frío. —Ante la expresión cabizbaja de la muchacha, se echó a reír—. Pero tal vez podamos recoger un bonito ramo de flores en su lugar. Para la mesa del comedor en el Gran Salón. Quedará muy bonito allí para la cena, ¿no crees?

—¡Och, aye! —La expresión de Adele se iluminó y tiró de la mano de Kenna—. Vámonos. Vamos, Kenna!

Era una tarde suave y soleada, y pronto estaban paseando por el estrecho y sinuoso sendero de tierra que iba del castillo a Loch Voil. Finalmente, un pequeño arroyo se unió para discurrir junto al sendero, sus orillas cubiertas de caléndulas de pantano de pétalos amarillos intercaladas con tulipanes rojos y blancos. El brezo blanco florecía en las laderas bañadas por el sol y las violetas de los pantanos asomaban entre la hierba brotada bajo los abedules y sauces recién brotados encaramados al borde mismo de la orilla.

Habrían pasado unos tres cuartos de hora caminando, recogiendo flores, cuando Adele hizo una pausa para mirar hacia la colina, en dirección al castillo. Permaneció allí, con la mano tapándose los ojos, durante tanto tiempo que Kenna finalmente se volvió para ver lo que estaba mirando.

Un numeroso grupo de hombres a caballo —supuso que eran treinta o más— se había detenido ante la vieja casa torre. Incluso desde un buen cuarto de milla colina abajo, Kenna creyó distinguir los colores de MacKenzie. Su corazón dio un gran vuelco. ¡Nial! ¿Podría ser él?

—Ven, Adele. —Extendió la mano a la niña—. Tenemos visitas. Es apropiado que subamos a saludarles.

Adele se detuvo sólo el tiempo suficiente para pasar todas las flores que había estado

recogiendo a su otra mano, luego cogió la mano de Kenna y se puso a su lado.

—¿Crees que es tu gente, que ha venido finalmente a buscarnos?

—Tal vez.

Kenna ciertamente lo esperaba. Después de un mes visitando a Colin y Adele, había pensado que era el momento de enviar a David MacKenzie, el único de su escolta que había mantenido atrás, de vuelta a Balloch para solicitar jinetes adicionales que la acompañaran a casa. Pero eso había sido hacía más de dos semanas. Incluso con los repetidos episodios de lluvias primaverales, había empezado a parecer demasiado tiempo para el regreso de los hombres. La decidida falta de entusiasmo de Colin por enviar a uno de sus propios hombres a discernir cuál podía ser el problema había sido además preocupante.

Ahora, sin embargo, bien podría no haber más motivos de preocupación. Aunque Nial no estuviera con los otros hombres, quizá David había regresado por fin con los demás a buscarla. De un modo u otro, se alegraría de regresar a Balloch. Después de todo, ahora era su hogar.

Justo entonces, uno de los jinetes se volvió, pareció divisarla a ella y a Adele, y se bajó del caballo. Comenzó a bajar por el sendero hacia el lago, sus largas zancadas devoradoras de tierra le llevaron rápidamente hasta ellas. Su forma alta y ancha de hombros y su pelo rubio pronto le delataron. Era Nial.

Kenna lanzó un grito grave e intentó acelerar el paso, pero el peso extra del niño que llevaba pronto volvió a ralentizarla. Sin embargo, no importaba. Nial echó a correr.

En cuestión de segundos, se deslizó hasta detenerse ante ella. Kenna inspiró profundamente.

—Bueno, ya era hora de que vinieras a por tu esposa —dijo, con el corazón latiéndole tan fuerte que imaginó que él podía oírlo—. Empezaba a pensar que las maravillas de la Corte y todas sus bellas damas te habían deslumbrado para que te olvidaras de mí.

Los profundos ojos azules de Nial chispearon de diversión.

—Como si hubiera otra mujer para mí que no fueras tú, muchacha. —Se acercó, le cogió la mano y se la llevó a los labios—. Och, confieso que contaba los días hasta que pudiera volver contigo —dijo roncamente cuando por fin hubo bajado la mano de ella para estrecharla sobre su corazón—. La corte y todo su atractivo ya no me atraen. No cuando tengo una esposa a la que amo, un bebé en camino y el mejor hogar de toda Escocia al que volver.

Era todo lo que Kenna necesitaba oír. Con un sonido de alegría, echó los brazos al cuello de Nial, se puso de puntillas y le besó. Tirando de ella hacia sí, él le devolvió el beso con uno propio igual de ardiente.

Kenna no supo cuánto tiempo habrían permanecido así si Adele no hubiera tirado finalmente de su falda.

—No es de buena educación ignorar a alguien —dijo bastante malhumorada—. Y es aún más descortés no presentarnos. Eso me lo enseñaste tú misma.

Con un bufido divertido, Kenna se separó apresuradamente de Nial.

—Och, Adele, lo siento mucho. —Miró de la niña a Nial—. Nial, me gustaría presentarle a Adele Donald, la hermana de Colin. Y Adele, éste es mi marido, Nial MacKenzie.

Con las mejillas fruncidas por una tímida sonrisa, Adele hizo una bonita reverencia.

—Señor, estoy encantada de conocerle.

Nial se arrodilló ante ella. Cogiéndole la mano, se la llevó a los labios en un galante beso.

—Y yo estoy encantado de conocerla por fin, mi señora. —Adele le examinó con solemne interés. Por un fugaz instante, Kenna temió que Nial le hubiera caído repentinamente mal. Pero entonces, como si finalmente se hubiera decidido, la niña asintió.

—Me gustas —dijo—. Y eres muy guapo.

—¿Lo soy? —Nial rió entre dientes, le soltó la mano y se puso en pie—. Ten cuidado, muchacha, o seguro que me rompes el corazón.

—Sí —añadió Kenna, lanzando a su marido una mirada irónica—. Ya es bastante insufrible, con todas las muchachas que se desmayan con sólo verlo. Depende de nosotras, me temo, evitar que su cabeza explote de engreimiento.

—¡Och, y eso no sería un desastre! —Adele arrugó la nariz y miró fijamente la cabeza de Nial como si la observara en busca de signos de un repentino aumento de tamaño—. Aun así, por muy guapo que seas —dijo a continuación, cambiando de repente el curso de la conversación—, no eres ni la mitad de guapo de lo que era mi hermano Seamus. Por eso Kenna se casó primero con él, ya sabes.

Kenna no pudo evitar una pequeña inhalación de aliento. Miró a Nial. Afortunadamente, no pareció ofenderse lo más mínimo por el comentario de la niña.

En lugar de eso, asintió pensativo.

—Sí, pero quiero tanto a Kenna que me alegré de que me tuviera de todos modos.

Adele torció la boca. Sólo podía significar una cosa. Estaba luchando con algo realmente difícil y confuso. Kenna se acercó y le puso una mano en el hombro.

—Te casaste con ella. —La niña lo miró, sus ojos repentinamente llorosos—. Nos la arrebataste, a Colin y a mí. Es muy mezquino hacernos algo así.

Nial miró a Kenna, la súplica brillando ahora en sus ojos. Ella sonrió y se puso en cuclillas junto a Adele.

—¿Ya has olvidado que Colin te dio permiso para visitarnos todo el verano? —Lanzó a Nial una mirada rápida y suplicante. Él sonrió y asintió—. Como ves, ahora somos casi vecinos y podemos visitarnos cuando queramos.

—Me gustaría más —murmuró la muchacha—, si aún vivieras con nosotros.

—Pero también sabes que cuando las mujeres se casan, suelen alejarse de los hogares de su infancia. Como seguramente harás tú algún día, cuando encuentres un hombre valiente con quien casarte.

—No. —Adele sacudió la cabeza con firme resolución—. No quiero abandonar nunca mi hogar. Y no quiero casarme nunca.

Kenna rió suavemente y se puso en pie.

—Bueno, eso puede ser por ahora, pero veamos cómo te sientes dentro de otros diez años más o menos. —Miró hacia la colina donde todos seguían esperando—. Ahora, creo que es

mejor que terminemos nuestro camino de vuelta al castillo. Tampoco es de buena educación hacer esperar a los invitados.

Cuando se volvieron hacia el sendero, Adele agarró la mano de Kenna y la estrechó con fuerza. Nial se unió a Kenna a su otro lado y pronto estaban subiendo juntos la colina.

Colin y Blaine les esperaban ante los escalones que conducían a la puerta principal del castillo. Su escolta, formada tanto por los hombres de Blaine como por los de Nial, permanecía montada. Kenna, aún de la mano de Adele, y Nial se detuvieron finalmente ante los dos hombres.

El jefe de los MacKenzie dirigió a Kenna una mirada larga y considerada, y luego le hizo un gesto cortante con la cabeza.

—Tiene buen aspecto, señora —dijo—. Al igual que mi Ailsa, pareces llevar a los niños con poca dificultad.

—Mi salud es buena, mi señor —respondió ella, aún capaz de hacer una media reverencia sin perder el equilibrio—. Y, ahora que Nial ha vuelto, estoy segura de que mejorará aún más.

—Bueno, al menos tu humor mejorará, —ofreció Colin, sonriendo—. Debes admitir que te has vuelto un poco irritable estas últimas semanas.

Kenna arqueó una ceja delgada.

—¿Ah, sí? No me había dado cuenta.

Colin rió.

—Sea como fuere, apuesto a que tu marido pronto lo hará. —Hizo una pausa y miró alrededor del grupo—. Pero perdonen mis pobres modales. Por favor, entrad para que pueda ofreceros algo de beber. Y la escasa hospitalidad de mi casa es también vuestra durante el tiempo que deseéis permanecer.

Blaine miró a Nial.

—Ahora que has visto a Kenna sana y salva, ¿tienes más necesidad de mí?

Nial negó con la cabeza.

—No. ¿Deseas irte de vuelta con Ailsa y tu pequeña?

Su primo sonrió.

—Sí. Ahora que has vuelto con tu señora, tengo una gran necesidad de hacer lo mismo.

—Entonces vete, con mi más profunda gratitud por todo lo que has hecho. —Nial extendió su brazo y se estrecharon, mano con codo.

—Avísame entonces, cuando llegue tu hijo.

—Aye. —Nial miró profundamente a los ojos de Blaine—. Puedes estar seguro de ello.

Entonces se apartaron el uno del otro y, tras una reverencia formal a Kenna, el jefe de los MacKenzie se dio la vuelta y se dirigió hacia donde esperaban sus hombres y caballos. En un ágil movimiento, se subió a su montura, la enroscó y se detuvo para despedirse con la mano. Nial y Kenna le devolvieron el saludo. Un instante después, Blaine hizo una señal a su caballo para que avanzara. Seguido por sus hombres, se alejó cabalgando.

Nial fue el primero en volverse hacia Kenna y Colin.

—La noche se acerca, muchacha. Es mejor que nosotros también sigamos nuestro camino.

—Och, nay. —Colin levantó una mano en aparente protesta—. No hay necesidad de que partáis tan pronto. De hecho, tenía la esperanza de que os quedarais a hacer una pequeña visita. En cierto sentido, ahora somos familia, siendo Kenna una hija adoptiva de los Donald. Aunque tú y yo hemos tenido algunos momentos tensos en el pasado, estoy a favor de dejar a un lado viejos desacuerdos y empezar de nuevo. —Le ofreció la mano a Nial—. Si puedes encontrar en tu corazón el deseo de hacerlo.

Los ojos de Nial se entrecerraron y su boca se tensó. Kenna intuyó que su marido no estaba predispuesto a bajar la guardia contra Colin. Por qué había tanta animosidad entre los dos hombres, no lo sabía, pero fuera lo que fuera, ya era hora de hacer lo que Colin sugería y dejarlo a un lado.

—Me parece una petición justa —dijo, encontrándose con la mirada de Nial—. Por no mencionar que me complacería enormemente.

—¿Y exactamente cuánto duraría una visita para complacerte, muchacha? —preguntó Nial.

Seguía siendo reacio, pero al menos estaba dispuesto a conceder, y ése era el primer paso.

—Unos pocos días serían suficientes —dijo ella—. Siempre podemos volver más adelante para una estancia más larga. —Se volvió hacia Colin—. ¿Sería suficiente para ti?

—Sí. Tres días sería una duración muy aceptable para vuestra primera visita. Haré que mis mozos de cuadra se ocupen del cuidado de los caballos y luego ayuden a tus hombres a encontrar un alojamiento adecuado. Y esta noche celebraremos un gran banquete en el Gran Salón en tu honor —añadió, encontrándose con la mirada de Nial.

Nial asintió, con expresión inescrutable.

—Te agradezco tu hospitalidad.

—Och, no te preocupes —dijo Colin mientras se daba la vuelta y se dirigía hacia los escalones—. El placer es todo mío.

—¿Te importaría decirme por qué le has tomado tanta antipatía a Colin? —preguntó Kenna más tarde aquella noche, después de que se hubieran retirado a la cama.

Nial se puso de costado para mirarla. Por un instante, se distrajo ante la visión más placentera del ancho pecho y los musculosos brazos de su marido. Creyó que nunca se cansaría de mirarle ni dejaría de experimentar una emoción ante la idea de ser su esposa.

—¿Era tan evidente…? —preguntó él, su voz profunda la hizo volver al asunto que tenía entre manos—. ¿…Mi aversión por Colin?

Kenna puso los ojos en blanco.

—Sí, y bien que lo sabes.

Se acercó, cogió un mechón de pelo que le había caído sobre el hombro y se lo enroscó en el dedo.

—Preferiría mucho más —contestó roncamente, con la mirada fija en los mechones iluminados por las velas que tenía en la mano—, pasar nuestra primera noche juntos de nuevo hablando de asuntos más agradables y, más aún, dedicándonos a ellos.

—¿Y eso por qué? ¿Tenéis miedo de enfadarme hablando mal de mi hermano adoptivo?

Nial finalmente levantó la vista.

—Ese pensamiento se me había pasado por la cabeza. Tu continuo afecto por él es bastante evidente.

—¿Y temes que sea más fuerte que mi afecto por ti?

—Cuando finalmente regresé a Balloch y descubrí que habías venido aquí —dijo, su mirada ahora clavada en la de ella—, y que habías estado fuera casi seis semanas, me pregunté tus razones. Especialmente cuando originalmente habías planeado asistir a la celebración del cumpleaños de Adele, y luego regresar a casa después de una semana más o menos.

Kenna suspiró.

—Sí, ése era mi plan original. Pero Adele me rogó que me quedara más tiempo, y una vez que envié a David de vuelta a Balloch a buscar a mi escolta, pasaron unas semanas más antes de que tú y…

—¿Qué quieres decir con que enviaste a David de vuelta? —Nial se impulsó sobre un codo —. No estaba en Balloch cuando llegué a casa, y Madre nunca hizo mención de su regreso. De hecho, se preguntaba cuándo volverías.

La aprensión le retorció las entrañas.

—Pero yo envié a David de vuelta hace dos semanas, Nial. ¿Qué le habrá pasado?

La expresión de su marido se ensombreció.

—Pasara lo que pasara, dudo que el muchacho viviera para contarlo. —Se sentó en la cama —. Esto no presagia nada bueno, muchacha. Algo sucio está en marcha aquí.

—Los forajidos podrían haberle atacado. —Kenna parpadeó conteniendo una repentina oleada de lágrimas—. Och, ¡podría haber sido herido y haber permanecido allí solo hasta morir, y nadie habría acudido en su ayuda!

—Es extraño que nadie encontrara su cuerpo.

Ella volvió a levantar la mirada hacia él.

—¿Qué estás insinuando?

Abrió la boca y luego volvió a cerrarla.

—Nada. Al menos, todavía no. No tengo pruebas, sólo sospechas.

La ira la invadió.

—¿Sospechas de que Colin está implicado en la inexplicable desaparición de David? ¿Es eso lo que quieres decir?

—Och, lass, déjalo estar. —Nial suspiró y se apoyó en el cabecero de madera de la cama

—. Es cierto que no tengo en estima a Colin Donald. Pero estoy aquí, ¿no?, y dispuesto, por ti, a darle otra oportunidad.

Kenna cruzó los brazos sobre su cuerpo cubierto de rieles de noche. No le gustaba que Nial tuviera tan mala opinión de Colin. Cierto, Colin era un tipo muy reservado y a veces podía tener algo de despiadado. Y había tenido sus dudas pasajeras sobre su posible implicación en la muerte de Seamus, pero eso se había disipado pronto una vez de vuelta entre los Donald. Colin había cambiado en el tiempo que habían estado separados. Ahora estaba más tranquilo, más paciente y seguro, como si convertirse en laird le hubiera traído consigo la autorrealización que siempre había necesitado. Su amistad también había florecido. Kenna sabía ahora que él nunca había tenido en mente otra cosa que no fueran sus mejores intereses y su bienestar.

Sin embargo, también sabía que Nial la amaba y que haría cualquier cosa por ella. Seguramente dos buenos hombres podrían llegar a encontrar la paz el uno con el otro.

—Bien. —Kenna suspiró su aquiescencia—. No te pediré que hagas de Colin tu amigo íntimo. Es suficiente por ahora que estés dispuesto a darle una oportunidad. —Hizo una pausa, lanzándole una sonrisa pícara—. No debes preocuparos, sin embargo, de que Colin me robe alguna vez el corazón. Es irremediable y eternamente tuyo.

—¿De veras? —Él ladeó la cabeza, sonrió, y ella pudo notar que estaba complacido—. Bueno, es lo menos que esperaba, ya sabes. Siendo tú el súbdito más obediente de la reina, y ella habiéndote ordenado casarte conmigo y todo eso.

La mención de María por parte de Nial recordó a Kenna que aún no había oído el resultado de su viaje y el de Blaine a Edimburgo.

—¿Cómo está ella, por cierto? —preguntó Kenna—. ¿Y qué pasó con la muerte de Darnley? ¿Descubrieron a su asesino?

—No, aunque hay muchos que sospechan que fueron lord Bothwell y varios conspiradores más los que tuvieron algo que ver en ese desagradable asunto. Y hay otros tantos que también sospechan de la reina.

—¿La reina? ¿Por qué?

—Porque hace tiempo que es evidente que era infeliz en su matrimonio con Darnley, porque Bothwell siempre ha sido su leal y devoto sirviente, y porque ella no podría haber llevado a cabo el asesinato de su marido por su cuenta. Y, ahora que se han retirado todos los cargos contra Bothwell, hay nuevos rumores de que pretende tomarla como esposa.

—¡Pero Bothwell ya está casado!

La boca de Nial se puso tensa y sombría.

—No por mucho tiempo, apostaría.

—Och, pobre, pobre María. —Kenna sacudió la cabeza, tan invadida por una sensación de desastre inminente que, por un momento, se dio cuenta de que no podía hablar.

—Sí, pobre, pobre María —murmuró su marido—. Fue entonces cuando Blaine y yo decidimos que ya era hora de despedirnos de la Corte y de Edimburgo. La reina tuvo su oportunidad de repudiar a Bothwell y distanciarse de él, pero no lo hizo. Ahora sólo le escucha a él, y aparentemente ya no nos necesita.

—Puede que ahora sólo esté perdida y confusa, Nial. Tanta desgracia ha caído sobre ella en el último año.

Suspiró.

—Sí. Veremos qué nos deparan los próximos meses.

Había tal tristeza, tal sensación de derrota en su voz y en sus palabras que el corazón de Kenna se compadeció de él. Él y Blaine habían trabajado tan duro para ayudar a la reina, como amigos, consejeros y súbditos leales, permaneciendo fieles a ella cuando muchos de su propio clan habían empezado a distanciarse de ella. Sin embargo, ahora parecía que todo lo que habían hecho había sido en vano.

Se acercó y apoyó la cabeza en su hombro.

—Has hecho lo mejor que has podido —susurró—. Es hora de ponerlo todo en manos del Señor.

—Sí, tal vez lo sea. —Nial besó la parte superior de su cabeza—. Y es hora, también, de ocuparme de lo que verdaderamente es lo más importante de mi vida: nuestro hijo, y Balloch.

Kenna levantó la vista y sonrió.

—No encuentro ningún defecto en eso, mi señor.

—Y yo tampoco, mi señora. Yo tampoco —dijo, su voz se volvió espesa de anhelo mientras la arrastraba con él hacia la cama.

Sólo unos días más, se repetía Colin una y otra vez mientras paseaba por los confines de su alcoba a última hora de aquella noche. El mensaje había sido enviado a Kinner Donald, alertándole para que trajera a sus hombres para la tan esperada emboscada. Sólo unos días más, y Nial MacKenzie no volvería a irse a la cama con Kenna del brazo. Sólo unos días más, y MacKenzie estaría muerto y ella sería suya por fin. Si tan sólo pudiera soportar el tormento unos días más.

Había planes propios que hacer mientras esperaba la llegada de los hombres de Donald. Había que elegir un lugar para el ataque, uno que situara a MacKenzie y a su escasa escolta en su mayor desventaja. También había que precisar las precauciones para asegurar que Kenna sobreviviera ilesa.

Una cosa era segura en ese sentido. Tenía la intención de situarse con sus propios hombres en algún lugar secreto pero ventajoso para supervisar todo el asunto. No confiaba en que Kinner Donald no hiciera matar «accidentalmente» a Kenna en el caos subsiguiente. Su muerte, después de todo, eliminaría toda amenaza de que alguna vez reclamara su jefatura. Y también le absolvería de cualquier futuro pago de manutención en su nombre, dinero que Colin siempre necesitaría desesperadamente.

Además, había que hacer algo para evitar que Adele les acompañara, a pesar de las expectativas tanto de Kenna como de su hermana en sentido contrario. Tal vez algún brebaje de

hierbas desagradable pero inocuo del curandero local serviría. Todo lo que necesitaba, después de todo, era hacer que Adele estuviera temporalmente demasiado enferma para viajar.

Ya era bastante malo que Kenna tuviera que soportar los horrores de la matanza. Sin embargo, ella al menos era adulta. Por mucho que odiara hacer enfermar a su hermana, sería mucho peor someter a la dulce e inocente pequeña Adele a la visión de lo que seguramente sería una espantosa carnicería.

Un pensamiento repentino asaltó a Colin, y se paró en seco. En efecto, un acontecimiento tan traumático podría bastar también para que Kenna se pusiera de parto prematuramente. Si así fuera, seguramente perdería al niño.

Colin no pudo evitar sonreír ante aquella consideración. En un acto breve y expeditivo, bien podría librarse no sólo del padre, sino también del niño. Kenna y él podrían empezar de nuevo, sin el lastre de nada que la atara a su vida anterior con Nial MacKenzie.

Cuanto más lo pensaba, más convencido estaba que ése era el más perfecto de los planes. Nial MacKenzie moriría y ella abriría por fin los ojos a la verdad. La verdad de que él, su amigo de toda la vida, era el verdadero hombre de sus sueños.

Y él y Donald ya habían acordado que los atacantes serían todos hombres que Kenna nunca había conocido, vestidos como forajidos. No habría forma de rastrear a los asesinos hasta ellos. Y, no mucho después de que terminara la emboscada y todos los forajidos se hubieran marchado, Colin y sus propios hombres llegarían cabalgando con el pretexto de intentar atrapar al grupo de MacKenzie para entregarles algún objeto que Kenna hubiera dejado atrás. Cabalgarían hasta allí para encontrarla entre los muertos y rescatarla, para llevarla de vuelta al hogar seguro y familiar que siempre había conocido y amado.

Después de eso, sería cosa sencilla hacer de incondicional consolador de la afligida viuda. Estaba seguro de que podría ganársela de nuevo, una vez que los efectos de los hechizos de MacKenzie disminuyeran con su muerte. Y si por casualidad la conmoción de la masacre no le hacía perder al niño, había otras formas de que lo perdiera.

Sí, pensó Colin mientras una vez más comenzaba a caminar. Aún quedaban muchos planes por hacer, los detalles afinados a una perfección infalible. Sólo unos días más y tendría todo lo que siempre había querido, lo que siempre había soñado.

Todo lo que tenía que hacer era mantenerse ocupado. Todo lo que tenía que hacer era mantener su mente alejada de la repugnante imagen de Nial MacKenzie tumbado en la cama, al final del pasillo, sosteniendo a Kenna en sus brazos.

Capítulo 18

Dos días después, justo después del desayuno, Nial y Kenna se despidieron de Colin y emprendieron el viaje de medio día de regreso a Balloch. Aunque Nial sabía que Kenna estaba decepcionada por tener que dejar atrás a Adele, no había nada que hacer por ello. La niña había empezado a vomitar la noche anterior y ahora estaba demasiado enferma para viajar. Sin embargo, Kenna pareció algo apaciguada cuando Colin le prometió personalmente llevar a Adele a Balloch cuando estuviera totalmente recuperada.

No es que a Nial le entusiasmara demasiado la idea de tener que acoger a Colin Donald en su casa, aunque sólo fuera una noche, admitió mientras cabalgaba, con Kenna a su lado y sus hombres alineados tras ellos. Pero se resignaba a la posibilidad. La hospitalidad de las Tierras Altas lo exigía, aunque sólo fuera por el hecho de que el hombre era pariente de Kenna.

Sin embargo, por mucho que lo intentara, Nial no encontraba nada que cambiara su opinión de Colin Donald como hombre avaro, poco digno de confianza y de corazón superficial. Y tampoco le importaba mucho el aire propietario y calculador de Colin en torno a Kenna. Si no hubiera sido su hermano adoptivo y querido por ella, Nial habría llevado con gusto a ese hombre aparte y le habría aclarado varias cosas, la menor de las cuales era quién era y quién no era el marido de Kenna.

Y aún podría hacerlo, si el hombre se atrevía a darse aires de grandeza cuando viniera a Balloch. Aun así, era probable que para ese día faltara al menos una semana o más, si la aparición de la pequeña Adele esta mañana era algún indicio. La pobre muchacha parecía muy enferma, con la tez pastosa y ojeras, y estaba tan débil que apenas podía sentarse en la cama. Afortunadamente, sin embargo, por fin estaba tomando un poco de caldo, o temía que Kenna se hubiera negado a salir.

Cabalgaron durante un rato en silencio, los caballos yendo todos a un paso para seguir el ritmo del carro en el que iba Kenna. Nial también la miraba de vez en cuando, intentando calibrar su tolerancia al paseo. Ella no parecía estar peor por ello, supuso, pero aun así le preocupaba.

Ocho semanas más y por fin sería padre. Incluso ahora, todos estos meses desde que Kenna le había revelado por primera vez su embarazo, Nial seguía experimentando la misma emoción y ansiosa anticipación cada vez que pensaba en su inminente paternidad. Por fin tenía todo lo que siempre había deseado.

—Pareces muy satisfecho contigo mismo —dijo Kenna justo en ese momento.

Él la miró. Och, pero era tan hermosa. Un suave color florecía en sus mejillas, sus llamativos ojos castaños brillaban y parecía voluptuosamente sana en su maternidad.

—¿Se te ocurre alguna razón por la que no debería estar contento, dulce muchacha? —le preguntó cuándo el sendero empezó a descender hacia una estrecha cañada, con sus empinadas

laderas cubiertas de denso bosque—. Es primavera en las Tierras Altas, volvemos a casa y estoy muy enamorado de ti. ¿Qué hombre no estaría encantado?

Ella sonrió y se coloreó muy favorablemente.

—Tu placer es lo único que me importa, esposo.

Nial rió entre dientes.

—Como debe ser, esposa. Aun así, deseo que siempre encuentres el mismo placer en…

Desde algún lugar por encima de ellos, entre los árboles, un caballo resopló y Nial captó el débil tintineo de metal sobre metal. Todos sus instintos de guerrero saltaron inmediatamente a la palestra. Se volvió, echó un vistazo a Thomas MacKenzie, uno de sus compañeros de clan de mayor confianza, y le hizo una señal para que se uniera a él. Sin embargo, antes de que el hombre pudiera siquiera empujar su montura hacia delante, un golpe de ballesta siseó en el aire e impactó de lleno en el pecho del hombre.

Thomas lanzó un grito agudo y cayó de su caballo. Un instante después el aire estaba espeso de flechas, todas arqueándose hacia ellos. Nial desgarró el escudo sujeto a la parte trasera de su montura y lanzó el escudo redondo, atado con cuero, a Kenna.

—¡Cúbrete y agárrate! —gritó mientras, a continuación, agarraba las riendas de su caballo y daba una patada en el costado a su propia montura.

Ambos animales saltaron al galope y corrieron por la cañada. Detrás de él, Nial oyó a sus hombres seguir su ejemplo, los que aún le acompañaban. Cuando se había puesto en marcha, había oído que la pelea quedaba tras ellos.

No había nada que hacer por ellos. Permanecer un segundo más en aquella estrecha cañada habría sido sin duda el fin de todos ellos. Su única esperanza residía en salir del alcance de las ballestas. Incluso si sus atacantes estaban montados, sería una tarea difícil, si no imposible, recargar una ballesta mientras les perseguían.

La cañada, sin embargo, era más larga de lo que había previsto, sobre todo al ritmo más lento que marcaban el caballo y su carro. Dos flechas se hundieron profundamente en el escudo que Kenna sostenía ante ella. Luego, una, ardiente como el fuego, le atravesó el hombro izquierdo.

Nial rechinó los dientes ante el dolor, alzó la mano para arrancar la flecha y arrojarla a un lado, y luego siguió adelante. Durante unos segundos vertiginosos, el mundo giró a su alrededor. Detrás de Nial, otro hombre gritó y cayó, golpeándose con fuerza contra el suelo.

La furia hirvió y lo abrasó, despejando el mareo como un chorro de agua fría. ¡Cobardes bribones! ¡Que salgan y se enfrenten a ellos como hombres! Con gusto les daría una probadita de su claymore.

El final de la cañada se alzaba ante él como una bendita entrada al santuario. Una vez en campo abierto, había esperanzas de que pudieran dejar atrás a sus atacantes y ponerse a salvo. Nial no se atrevió a mirar a Kenna. Le bastaba con aguantar, permanecer en el carro y protegerse con el escudo.

Y entonces, hombres a caballo aparecieron de repente en la boca de la cañada. Hombres armados cuya miríada de colores a cuadros no revelaban ningún clan específico ni lealtad familiar. Forajidos que se alzaban como una barrera humana de tres o cuatro filas de

profundidad, entre Nial y la libertad.

Echó el freno a su caballo. El caballo de Kenna se detuvo a su derecha. Los hombres que le quedaban se acercaron a su izquierda.

Uno tenía una flecha en el muslo. El otro estaba aún ileso. Quedaban dos hombres de nueve, para enfrentarse al menos a veinte hombres.

—Och, Nial —gritó suavemente Kenna justo entonces—. ¡Estás herido!

Al volverse hacia ella, cundió el pánico. Incluso con sólo los dos hombres que le quedaban, habría cabalgado con gusto, incluso con impaciencia, para librar una batalla contra tan abrumadoras probabilidades. Pero esta vez no era tan simple como eso: tenía que pensar en Kenna y en su hijo nonato. ¿Cómo podía protegerla y seguir luchando contra esos hombres?

Había escasos puntos defendibles donde Kenna estuviera suficientemente fuera de peligro. Un montón de rocas y varios árboles caídos a unos veinte metros hacia el fondo de la cañada parecía el mejor lugar.

Sacó su claymore de la vaina que llevaba a la espalda y señaló con ella hacia los peñascos.

—Allí, muchachos —gruñó—. Haremos nuestra parada allí.

Instando a su caballo, Nial envió al animal a toda velocidad hacia los peñascos, arrastrando consigo al caballo de Kenna. Sus dos hombres le siguieron de cerca.

Pero incluso entonces los forajidos corrían hacia ellos.

Apenas llegaron a los peñascos Nial saltó, clavó su claymore varios centímetros en la tierra y tiró a Kenna del carro.

—Vamos —gritó, empujándola en dirección a los peñascos—. ¡Refúgiate detrás de esas rocas y árboles!

Ella abrió la boca como para protestar, luego aparentemente se lo pensó mejor. En lugar de eso, Kenna le lanzó su escudo antes de apresurarse a hacer lo que él le ordenaba. La primera fila de forajidos atacó, chocando contra la barrera defensiva que los hombres de Nial habían hecho para protegerle.

Se subió a su caballo, cogió primero una pistola y la disparó, luego la otra. Ambos disparos a tan corta distancia dieron en el blanco, y dos forajidos cayeron, heridos de muerte. Entonces no le quedó más remedio que luchar. Desenvainó su espada corta, un arma mucho más eficaz a caballo que la enorme claymore. Con un escudo en el otro brazo, Nial se colocó en posición junto a sus hombres.

La pura desesperación, y probablemente una mayor habilidad, les sirvió durante un tiempo. Caía un forajido tras otro. Finalmente, sin embargo, algunos en la retaguardia pudieron recargar sus ballestas y comenzaron de nuevo a disparar. Richard Gordon murió, con la garganta atravesada por una flecha. Luego, el caballo de Willie MacKenzie recibió una flecha en el pecho.

El animal gritó, se encabritó, sus patas delanteras agitando el aire, antes de volcar de costado, llevándose a Willie con él. Inmediatamente fue acometido por tres asaltantes.

—¡Cumberland! —Nial rugió y dio la vuelta a su caballo, hincando la rodilla en la bestia en el fragor de la batalla por la vida de Willie.

Utilizó la punta afilada en el centro de su escudo para alancear a un hombre, y luego su

espada para casi rebanar la mano de otro. Ambos cayeron hacia atrás, gritando de agonía, pero siempre había más para ocupar su lugar. No había nada, sin embargo, que pudiera hacer para ayudar a liberar a Willie de debajo de su caballo caído. Desmontar ahora habría sido el fin de ambos.

Picando, acuchillando, apuñalando, Nial luchó sin cesar. Hubo momentos en que los mantuvo a todos a raya y otros en que avanzaban como una marea incontrolable y apenas podía defenderse. El brazo de su espada se hizo pesado. Sus pulmones se agitaban en busca de aire. La sangre goteaba del agujero en su hombro, debilitándole hasta que le resultó cada vez más difícil levantar su escudo. El sudor se derramaba en sus ojos hasta que apenas podía ver.

Las heridas empezaron a sucederse con más frecuencia ahora: tajos en sus brazos y piernas, pequeñas estocadas pasajeras que perforaban su piel cada vez más profundamente antes de que Nial pudiera esquivarlas. Y entonces la andanada de golpes vino de nuevo.

Uno le golpeó en el muslo, penetrando hasta el hueso. De dos más se defendió a duras penas con su escudo. Otras tres alcanzaron a su caballo.

Con un gruñido, el animal, herido de muerte, se hundió de rodillas y empezó a rodar hacia un lado. Nial se liberó de un salto, pivotó para correr de nuevo hacia su claymore, cuando la punta de la lanza en su muslo chocó contra el hueso.

Afilados y brillantes trozos de luz estallaron en su cerebro, y estuvo a punto de gritar por el insoportable dolor. Se tambaleó y cayó sobre una rodilla. Una hoja se clavó en su espalda, luego se retiró y volvió a clavarse. Creyó que se desmayaría por la abrasadora agonía.

Con las últimas fuerzas que le quedaban, Nial giró sobre su pierna buena y clavó la espada en el pecho de su atacante. El hombre cayó en picado al suelo.

Y entonces Kenna estaba allí, cogiéndole en brazos mientras se balanceaba y luego se desplomaba hacia atrás. Agarrándolo para bajarlo con delicadeza al suelo.

Con las lágrimas corriéndole por las mejillas, se estiró para intentar arrancarle la espada de la mano. Nial la agarró con más fuerza.

— No, muchacha —gimió.

—Déjamela —suplicó ella—. Luchaste por mí. Ahora déjame luchar por ti.

—N-nay. —Su voz sonaba curiosamente distante ahora, y sólo un esfuerzo sobrehumano le hizo volver a través de las brumas invasoras—. Si luchas... puede que te maten. Y, no importa lo que me pase, debes vivir…vivir por ti y…por el bien de nuestro b-bebé.

—No quiero vivir sin ti, Nial —sollozó Kenna, abrazándolo con fuerza—. ¡No tengo el valor, ni la fuerza!

—Sí...pero la tienes. —Intentó sonreír, pero hasta parecía estar perdiendo el control de sus labios—. Yo te…

Algo desde la esquina de su visión captó la atención de Nial. Giró la cabeza. Un hombre estaba allí de pie, con rabia negra en los ojos y una espada en alto.

Tenía la intención de golpear, y asestar un golpe mortal. Pero la mirada del hombre no estaba fija en él, se dio cuenta Nial confusamente. Estaba dirigida a Kenna.

—¡No! —gritó y, con las últimas fuerzas que le quedaban, se lanzó frente a Kenna.

Casi simultáneamente, sonó un disparo. El hombre vaciló; una mirada desconcertada se extendió por su rostro. Su espada se le cayó de la mano. Dio uno, luego dos, tambaleantes pasos hacia atrás y se desplomó.

Fue la última visión que vio Nial. Como una pesada cortina cayendo ante sus ojos, todo se volvió negro.

Kenna sólo tuvo una fracción de segundo para levantar la vista después de que sonara el disparo que mató a su agresor, un hombre que sabía que había querido asesinarla. Su mirada voló más allá de él hacia otro hombre montado en un caballo pero a treinta pies de distancia. Un hombre que, hasta ese momento, no había formado parte de la banda de forajidos. En su mano, sostenía un tagg humeante. Era Colin.

Lanzó un agudo grito de reconocimiento. Entonces Nial se desplomó, se quedó inerte en sus brazos. De repente, la inesperada llegada de Colin no significaba nada. Lo único que importaba era su amado esposo.

—¡Och, Nial! —Las palabras apenas salieron de una garganta constreñida—. No te mueras. Te lo ruego. ¡No te mueras!

Ahora estaba tan pálido, con la boca floja, sus hermosos ojos cerrados, y había sangre, ¡tanta sangre! Kenna lo miró con angustia sin palabras. Se estaba muriendo. Nial, su alegría, su marido bueno, amable y cariñoso, se estaba muriendo, y ella no podía hacer nada para salvarlo.

Tirando de él con fuerza hacia ella, Kenna cerró los ojos y rezó. Mientras mecía a Nial de un lado a otro, los sollozos comenzaron a sacudir su cuerpo. Intentó volcar en él toda su fuerza y su vida. Pero, por mucho que Kenna lo intentara, él yacía allí inerte e inmóvil.

Una suave brisa besó su mejilla. El aroma de la hierba nueva y triturada la envolvió. Extraño, pensó, que en un momento así fuera tan agudamente consciente de todo lo que la rodeaba. Parecía como si estuviera en algún sueño, flotando entre el cielo y el infierno.

Entonces una mano se posó en su hombro y una voz familiar llenó sus oídos.

—Ven, muchacha —dijo Colin—. Es demasiado tarde. Se ha ido.

Abrió los ojos y lo vio en cuclillas junto a ella. Por un instante la cabeza le dio vueltas. Colin estaba aquí. ¿Pero cómo? ¿Y por qué?

Entonces ya no importaba. Lo único que importaba era Nial. Nial. .

—N-nay —susurró Kenna—. No está muerto. No lo está. Ayúdale, Colin. ¡Ayúdale!

Él suspiró y sacudió la cabeza.

—Aléjate, muchacha. —Empezó a tirar de sus manos para liberarla de su agarre a Nial—. Aquí no estás a salvo. Aunque un poco de dinero ha conseguido convencer a estos hombres de que te perdonen la vida, son un grupo poco fiable y pronto podrían cambiar de opinión. Debemos irnos mientras podamos.

Había verdadera preocupación en su voz. Algún instinto le dijo que probablemente tenía

razón.

—Sí, me iré —dijo ella—. Pero trae a Nial. Por favor, Colin. Trae a Nial.

Dejó que apartara a Nial y la ayudara a ponerse en pie. Sin embargo, cuando él deslizó una mano alrededor de su cintura e intentó alejarla, Kenna clavó sus talones.

—Trae a Nial, Colin. Por favor.

Una expresión tensa y adusta tensó sus facciones.

—Ahora no, muchacha —gruñó—. Sólo me han dado permiso para llevarte. No quiero tentar a la suerte.

—¡No! —La histeria se apoderó finalmente de ella. Se retorció salvajemente en su agarre, luchando por volverse hacia Nial—. ¡Nay!

—Volveremos a por él más tarde. —Colin luchó por mantener su agarre sobre ella—. Más tarde.

Un grito subió a sus labios.

—¡Nay!

Y entonces llegó un dolor, en lo más profundo de su vientre, retorciéndose y enroscándose tan fuerte y apretado que la dejó sin aliento. Jadeó, se dobló y se agarró el abdomen hinchado.

El dolor volvió, y Kenna lo reconoció ahora como lo que era: una punzada de parto. El miedo la inundó. ¡El niño! ¡Estaba perdiendo al niño!

Gritó. Sus rodillas se doblaron, y sólo la rápida respuesta de Colin al cogerla y levantarla en brazos la salvó de caer. Por un momento fugaz, Kenna sintió sus sacudidas mientras la llevaba en brazos. Entonces llegó otro dolor, enviándola al borde de la consciencia y a un lugar bendito donde nada importaba.

—Och, mi pobre y dulce niña. Todo irá bien. Sólo espere y verá.

La voz tranquilizadora de la cocinera surgió de las brumas grises, acompañada de un paño fresco y húmedo que se deslizaba por un lado de su cara. Kenna gimió, lo apartó y se dio la vuelta para mirar en dirección contraria. Por sus esfuerzos, fue recompensada con otro calambre en el vientre. Éste, sin embargo, fue mucho menos intenso.

Sus ojos se abrieron de golpe. ¡Su bebé! ¿Estaba bien? ¡Tiene que estar bien!

Tras ese pensamiento llegó el recuerdo de Nial, de tenerlo en sus brazos mientras yacía moribundo. Una pena fresca la inundó. Una vez más, todo lo que Kenna vio fue la sangre y su querido rostro de cera. Oyó su querida voz hablándole por última vez. Y todo lo que sintió fue una angustia impotente y vacía.

Lloró, pero las lágrimas no lavaron nada del dolor abrasador. ¿Cómo podrían hacerlo? Nial se había ido, y él lo había sido todo para ella. ¡Todo!

—Tranquila, tranquila, niña. No llore tanto. Su llanto aún puede dañar a su niño, y podría perderlo.

Orla le puso una mano en el hombro y se lo acarició. Era una mano grande, ancha y rugosa por el trabajo, pero el tacto de la mujer reconfortó a Kenna de todos modos. Rodó hacia atrás para mirarla.

—¿Mi bebé? ¿Quieres decir que no lo he perdido ya?

—Och, nay. —Orla sonrió y sacudió la cabeza—. Sangrabais un poquito cuando Colin os trajo a casa, pero en cuanto os metí en la cama y os bañé, ya no salió más. Puede que tengamos que mantenerla en cama hasta que sea su verdadera hora de dar a luz, pero creo que aún hay una posibilidad de que podamos salvar a su pequeño.

Aún hay una posibilidad de salvar a tu pequeño... La consideración de que aún podría llevar al hijo de Nial a un parto seguro era agridulce. Aunque Kenna sabía que Nial había muerto intentando proteger su vida y la de su hijo no nacido, apenas encontró consuelo al darse cuenta de ello. Ella quería a Nial. Sin él, el futuro no parecía más que un tormento sombrío e interminable. Más que cualquier otra cosa que hubiera deseado, Kenna quería estar con él, aunque eso significara seguirle en la muerte.

Pero dos cosas la retenían. Quitarse la vida era un pecado. Entonces nunca estaría con Nial en el cielo, un lugar al que Kenna estaba segura que iría un hombre como su marido. Y estaba el niño. Pronto sería madre. Eso conllevaba la responsabilidad de cuidar de su hijo. Su hijo... y el de Nial.

—Me alegro al menos por eso —consiguió ahogar al fin—. De que aún haya una oportunidad para nuestro hijo. ¿Pero qué hay de Nial? Su c-cuerpo…Hay que llevárselo a Balloch y a su madre.

—No sé nada de eso, niña. —La cocinera hizo una pausa para servir un vaso de agua, luego deslizó su mano por detrás de la cabeza de Kenna y la levantó—. Tome, beba un sorbo. Necesita beber algo. Más tarde le traeré un caldo fortificante y un buen pan recién horneado.

Aunque bebió obedientemente unos tragos de agua, Kenna sacudió la cabeza una vez que la mujer la hubo bajado de nuevo a la cama.

—No tengo hambre. No te preocupes.

—Bueno, si no come para usted, entonces coma para el bebé.

Kenna suspiró.

—Sí, ya lo sé. Y puede que con el tiempo coma, pero no ahora. Necesito hablar con Colin. ¿Lo buscarás por mí?

Por alguna razón, la mujer mayor no parecía nada contenta con esa petición.

—¿No puede esperar un tiempo? Necesita descansar. Y no es prudente que se altere innecesariamente ahora.

—Entonces cuanto antes traigas a Colin, menos disgustada estaré —Kenna dijo obstinadamente—. Hasta que no sepa que el cuerpo de mi marido ha sido recuperado y está de camino a Balloch, te aseguro que no puedo descansar.

—Bien. —Orla puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza—. Como quiera.

El remordimiento llenó a Kenna.

—Och, lo siento. No pretendía sonar tan poco amable. Simplemente no hay nada más que pueda hacer por Nial, y necesito hacer lo poco que me queda. Por favor, intenta comprenderlo.

La compasión llenó los ojos de Orla.

—Lo hago, niña. Era un buen hombre, su marido lo era. Incluso el poco tiempo que estuvo aquí, pude verlo, y ver, también, lo feliz que le hacía. Pero ahora se ha ido, y tengo que preocuparme por usted.

—Entonces ayúdame con esto. Por favor.

—Lo haré. —Ella vaciló—. Traeré a Colin si me promete una cosa.

Kenna arqueó una ceja.

—Sí, ¿y esa única cosa es?

—Quédese en la cama, por el bien de su bebé si no por el suyo.

Su bebé. Era todo lo que le quedaba de Nial.

—Sí, lo prometo. —Entonces, mientras una nueva oleada de lágrimas llenaba sus ojos, Kenna los cerró y se dio la vuelta.

Una hora más tarde, Colin desmenuzó la misiva que Kenna había escrito a la madre de Nial MacKenzie y la arrojó al fuego del hogar de su alcoba. El pergamino ardió sólo unos segundos, luego estalló en llamas, sus restos pronto subieron por la chimenea como grandes motas de ceniza. Terminada esa tarea, se sentó en su silla a contemplar sus próximos pasos.

Kenna le había rogado que regresara a la cañada donde aún yacía el cuerpo de su marido, que lo llevara de vuelta al castillo para que pudiera ser preparado, antes de acompañar el cadáver al castillo de Balloch para su adecuado entierro. Colin no tardó en disuadirla de su plan de regresar a Balloch. La continuación de su embarazo estaba en peligro, y bien lo sabía ella. Aunque esperaba que perdiera al niño, Colin también sabía que mantenerla en cama durante un tiempo servía mejor a sus propósitos.

Y, en cuanto a la recuperación del cuerpo de Nial, si pudiera, nunca lo devolvería a Balloch. Dejaría que el cadáver del tonto yaciera allí hasta que se pudriera o se convirtiera en carroña para los buitres o las bestias salvajes. Sólo más tarde, mucho más tarde, cuando la carne fuera arrancada de los huesos junto con los del resto de los hombres de MacKenzie, podría visitar el lugar de la masacre, escoger un esqueleto del tamaño apropiado y enviarlo a Balloch. De hecho, la idea de que el clan MacKenzie enterrara en su tumba a alguien que no fuera Nial MacKenzie divertía enormemente a Colin…

Sin embargo, dejando a un lado todos los pensamientos agradables sobre este asunto, Colin sabía que lo mejor para él era acabar de una vez por todas con el desagradable acto. No podía arriesgarse, después de todo, a las sospechas que seguramente se levantarían si no llevaba a cabo con prontitud la entrega de los cuerpos de Nial MacKenzie y sus hombres de vuelta a Balloch.

De un modo u otro, sin embargo, volvería inmediatamente al lado de Kenna para ayudarla a pasar lo peor de su luto y los cruciales meses que le quedaban de maternidad.

Un día o dos más ocupándose de una tarea desagradable, se consoló, y por fin podría dedicarse a cosas más importantes. Cosas aparte del bienestar de Kenna, como hacerle una pequeña visita a Kinner Donald. El hombre le debía dinero y ya era hora, ahora que Kenna estaba de vuelta en el castillo de los Donald y Nial MacKenzie había muerto, de que le pagara su recompensa.

Luego, con los bolsillos llenos con unos fondos muy necesarios, Colin tenía la intención de regresar a casa para una estancia muy larga. Necesitaba tiempo con Kenna, en el que evolucionar, al menos en la mente de ella, del hermano preocupado y consolador a un amigo apreciado. De ahí, sería un salto bastante sencillo hasta que ella se enamorara de él.

De formas totalmente distintas pero igualmente eficaces, había eliminado a los dos hombres que se habían interpuesto entre él y Kenna. Por fin, el camino estaba despejado para dedicarse a ganar su corazón. Y lo haría. Estaba seguro de ello.

Todo lo que necesitaba era tiempo y ausencia de distracciones. Y sólo quedaba una distracción interponiéndose en su camino. Aun así, existía la esperanza de que Kenna pudiera desprenderse prematuramente del bebé. Si no, un bebé era un obstáculo bastante fácil de superar. De hecho, con su inoportuna y muy desafortunada muerte, se presentaba una oportunidad adicional para interpretar al amigo devoto y compasivo.

Pensando en todo ello, Colin no podía creer cómo todo estaba encajando en su sitio. Si hubiera sido uno de esos verdaderos y devotos seguidores de Dios, casi le habría dado las gracias por su generosísima ayuda.

Capítulo 19

A medida que los días, y luego las semanas, empezaron a pasar, el reposo forzoso en cama pareció surtir sus efectos calmantes en el cuerpo de Kenna. No experimentó más dolores de parto ni hemorragias. Sin embargo, fue la única bendición. Con poco para mantener su mente ocupada, Kenna revivía sin cesar los acontecimientos que rodeaban la muerte de Nial, sin encontrar alivio más que en el sueño.

Incluso ahora, parecía como si aquel horrible día hubiera ocurrido el día anterior. Lo examinó desde todos los ángulos, buscando descubrir la respuesta que aún salvaría la vida de Nial. Si la fuerza de voluntad y la intensidad del deseo hubieran podido hacer retroceder el reloj hasta aquella fatídica mañana, Kenna les habría impedido de buena gana abandonar el castillo. Si tan sólo no se hubieran puesto en camino aquel día, tal vez los forajidos no habrían estado en la cañada cuando por fin habían llegado hasta allí.

Sin embargo, incluso mientras pensaba en esas posibilidades, otra consideración se deslizó en su mente. Los forajidos no sólo habían estado en la cañada a la hora correcta sino que, al parecer, también les habían estado esperando. Como si…como si hubieran sabido el día y la hora exactos de su partida. Como si alguien se lo hubiera dicho, e incluso les hubiera enviado a aquel lugar para su propósito asesino.

Pero, ¿quién desearía hacer algo así? Cierto, el clan MacKenzie tenía su cuota de enemigos. Todos los clanes de las Highlands los tenían. Pero ¿cómo habían descubierto el paradero de Nial con tanta facilidad, por no hablar de que sabían cuándo iban a partir hacia Balloch?

¿O la intención de los forajidos era, más bien, asesinarla, y Nial y sus hombres no eran más que desafortunados impedimentos para ese propósito? Al pensarlo, un escalofrío recorrió a Kenna. ¿Quién la querría muerta? Desde luego, no Colin, aunque, si la enemistad de su marido y la que seguía manteniendo eran un indicio, sus motivos bien podían ser sospechosos cuando se trataba de la muerte de Nial. Aun así, Colin poseía la información sobre la fecha y hora de su partida.

En cuanto a la gente que deseaba su muerte, sólo había una posibilidad, y caía a los pies de su propio clan. Sus parientes, Kinner Donald sobre todo, eran los sospechosos más probables. Con ella muerta, habría un obstáculo menos para sus continuas luchas internas por la jefatura del clan. Sí, y Kinner, que ahora era el jefe titular del clan Donald, desearía sobre todo que ella muriera.

Ciertamente no había habido amor perdido entre ellos cuando él había asistido a la boda de ella y Nial. Aunque sus respuestas hacia ella, las raras veces que habían hablado, habían sido corteses, siempre había habido una capa helada justo bajo la superficie.

Kinner la odiaba. De eso no había duda. Y, por alguna razón adicional que ella aún no

había llegado a comprender, odiaba a Nial en igual medida. Ella lo había visto en sus ojos la mañana en que él y su esposa habían partido de MacKenzie. Vio odio y una furia atroz.

Sin embargo, ella no podía hacer nada al respecto todavía. Su primera responsabilidad era para con su hijo nonato. Y, una vez que naciera, ella debía preocuparse por su continua seguridad. El niño no sólo era el heredero de Nial, sino que, a través de ella, también era el verdadero heredero del clan Donald. Había quienes estarían igual de disgustados por eso, como quienes sabían que el niño era un MacKenzie.

Sin embargo, el clan MacKenzie se enteraría de sus sospechas en cuanto diera a luz y se hubiera recuperado de su parto. Era duro no poder actuar de inmediato para buscar y castigar a los asesinos de Nial. Pero aún había tiempo. Y, al igual que había intentado diligentemente descubrir al asesino de Seamus, ahora haría lo mismo con Nial.

Dos maridos, ambos asesinados. Que algo así pudiera ocurrirle a la misma mujer en menos de un año era casi inconcebible. ¿Estaba maldita de algún modo?

La idea aterrorizaba a Kenna. Bajo la gentil tutela de Nial, había llegado a ver al Señor como un Padre benevolente y misericordioso. Había llegado a verse a sí misma, también, como una buena persona digna de todo el amor y los tiernos cuidados que Nial y su familia habían derramado sobre ella. Pero ahora...

Casi todas las personas a las que Kenna había amado verdadera y profundamente la habían abandonado en última instancia. Todos habían muerto. ¿Estaba ella de algún modo manchada, era una persona maldita que sólo podía traer tragedia y muerte? Había sido su temor secreto durante mucho tiempo, y ahora parecía estar ampBlaineente justificado. Pero, ¿por qué? ¿Qué había hecho ella para merecer esto?

—No importa lo que me pase, debes vivir... vivir por ti... y por el bien de nuestro bebé.

Ésas habían sido algunas de las últimas palabras de Nial. Sin embargo, a pesar de su insistencia en que ella poseía la fuerza y el valor necesarios para seguir adelante sin él, si también perdía a su hijo, Kenna no estaba segura de poder sobrevivir a eso por encima de todas las demás pérdidas que había soportado. Ni, a decir verdad, querría hacerlo.

Siempre estaban Adele y Colin. Adele hacía todo lo posible por intentar animarla, pasando horas cada día jugando con Kenna y contándole historias. Y el frío y distante Colin se había convertido en un amigo sorprendentemente solícito, una presencia sólida que escuchaba pacientemente sus interminables efusiones de dolor. Pero Adele era sólo una niña, y después de todos estos años de amistad reservada con Colin, la confianza y un verdadero afecto por él seguramente tardarían en llegar.

La inquietante falta de comunicación entre ella y Balloch también molestaba a Kenna. Aunque había enviado su misiva a Rhona hacía más de tres semanas junto con el cuerpo de Nial, Kenna aún no había tenido noticias suyas. Había esperado contra toda esperanza que, una vez enterrado Nial, su madre y tal vez incluso Blaine y Ailsa MacKenzie vinieran al castillo a visitarla. Pero en lugar de eso, parecía que con la muerte de Nial, el clan MacKenzie prácticamente se había lavado las manos con ella.

Un pensamiento repentino la asaltó, enviando un escalofrío helado por sus venas. ¿Y si sospechaban que ella había participado en la muerte de Nial? Kenna no dudaría de que Blaine albergara tal sospecha. Hacía tiempo que había desesperado de ganarse su amistad o su

confianza.

Pero seguramente Ailsa y Rhona… Lanzó un gran suspiro. Sin Nial, las dos mujeres que le querían casi tanto como ella seguramente estarían tan desconsoladas que no haría falta mucho para ponerlas en su contra. Especialmente cuando quien hacía el convencimiento era alguien tan persuasivo como el jefe del clan MacKenzie.

La desesperación se apoderó de Kenna. Enterró la cara entre las manos. En lugar de Nial, debería haber sido ella quien hubiera muerto aquel día. Su muerte habría sido llorada por pocos, su influencia pronto olvidada. Es cierto que su hijo habría muerto con ella, pero pronto habrían estado a salvo y eternamente felices en el cielo.

Nial…Nial podría haberse buscado fácilmente otra esposa. Una esposa mucho, mucho más digna de él.

Pero en lugar de eso, el Señor la había elegido para ser su esposa. Incluso ahora, Kenna no lo entendía. Pero Él lo había hecho, y ella debía llevarlo hasta el final, cualquiera que fuera el final que Dios tenía pensado para ella. No podía concebir cómo podría haber elegido otro camino que el que había elegido. Todo lo que había hecho lo había hecho en nombre de la decencia humana o de la justicia. Si se había equivocado, lo había hecho de buena fe. Había elegido el camino que realmente creía que debía seguir.

Y ese camino, al final, la había llevado a la curación y a la felicidad. No había hecho nada malo; había intentado hacer lo correcto. Y había experimentado, aunque sólo fuera por un breve espacio de tiempo, el amor más asombroso y desgarradoramente hermoso. No importaba lo que viniera después, ella siempre, siempre tendría eso.

—Intentaré ser fuerte y valiente, pero och, ¡Cómo lo quiero de vuelta!

Se rodeó con los brazos y subió las piernas todo lo que le permitió su vientre hinchado. Allí, en el crepúsculo de otro día más sin Nial, Kenna se quedó llorando, hasta que finalmente se sumió en un sueño exhausto.

Apenas un mes después, unos dolores profundos y contraídos despertaron a Kenna en mitad de la noche. Despierta de golpe, yacía jadeante ante la intensidad de los mismos, que le cortaban la respiración, con las manos apretadas en las sábanas y la espalda arqueada sobre el colchón. Los dolores se prolongaron durante lo que pareció una eternidad, y luego remitieron gradualmente.

Kenna permaneció tumbada en la oscuridad, tensa y sudorosa, aterrorizada por lo que pudieran significar los dolores. Sus pensamientos se agitaron. Era 19 de junio, si la noche ya se había convertido en el día siguiente. Faltaban cerca de dos semanas para la fecha que había calculado para su parto. Poco después llegaron los dolores, tan intensos como antes. Kenna no podía estar segura, pero parecían apenas cinco minutos entre éste y el anterior. Apretó los dientes y montó en la ola cada vez peor de contracciones. De repente, sintió un chorro de líquido caliente entre las piernas.

—¡O-Orla! —Incorporándose en la cama, Kenna miró hacia el pequeño jergón colocado al otro lado de la habitación—. ¡Orla! ¡Te necesito!

La mujer mayor casi saltó de la cama. Desde la llegada de Kenna al castillo, La cocinera había insistido en dormir cerca por si Kenna necesitaba algo. Aunque Kenna había pensado que sus esfuerzos iban mucho más allá de lo necesario, esta noche se alegraba de que la mujer estuviera cerca.

—¿Qué pasa, niña? —Orla se acercó a su lado con una vela que había encendido apresuradamente. Extendió la vela hasta que iluminó el rostro de Kenna.

—He roto aguas —respondió Kenna—. Y en el poco tiempo que ha pasado desde que me desperté, he tenido dos dolores de parto muy fuertes.

—¿Lo ha tenido? Bueno, déjeme examinarla a ver qué encuentro.

Tras sus palabras, Orla revisó rápidamente a Kenna.

— Sí, apostaría que el parto ha comenzado —dijo finalmente—. Pero no tema. Su hijo ya ha crecido lo suficiente como para sobrevivir.

Kenna le estrechó la mano con fuerza.

—¿Qué debemos hacer?

—Bueno, primero os ayudaré a salir de esta cama empapada, os lavaré y os vestiré con un camisón fresco. Luego podéis sentaros en una silla y esperar mientras envío a un criado a buscar a la comadrona.

La excitación y una feliz anticipación recorrieron a Kenna.

—¿Pero y si el bebé viene mientras estás fuera? ¿Qué haré entonces?

La mujer mayor rió entre dientes.

—Ojalá diéramos a luz tan rápido, al menos cuando es la primera vez. —Le dio unas palmaditas en la mejilla—. No temas, niña. No ocurrirá nada en el poco tiempo que estaré fuera. Y cuando regrese, prometo no volver a dejaros hasta que nazca el pequeño.

Mientras Orla intentaba ayudarla a levantarse de la cama, sobrevino otra contracción. Kenna se sentó en un lado de la cama, negándose a seguir moviéndose hasta que aquel dolor remitió. Entonces se desnudó, Orla la lavó rápidamente y ella se puso otra prenda para la noche.

Una hora más tarde llegó la comadrona. Para entonces, los dolores de parto de Kenna se sucedían con regularidad, cada vez con mayor intensidad y frecuencia. Una hora más tarde, estaba de parto.

Intentó no gritar ni quejarse. La mayoría de las veces lo conseguía. Pero nunca antes había conocido tal agonía. Aunque gran parte de ella era física, a Kenna también la invadía una necesidad abrumadora de tener a Nial a su lado. Él había soñado con este momento durante tanto tiempo y le había prometido que estaría a su lado cuando llegara el parto.

Y seguía estándolo, se reafirmó Kenna una y otra vez mientras yacía flácida y agotada después de que hubiera pasado otra contracción. Nial estaba aquí en espíritu, mirándola desde el cielo. Aunque en esta vida nunca tendría a su hijo en brazos, sabría, no obstante, que pronto sería padre. Ella tenía que creerlo. Simplemente tenía que hacerlo.

El parto pareció alargarse eternamente, hasta que Kenna pensó que se volvería loca del dolor. Finalmente, sin embargo, le sobrevino un impulso incontrolable de empujar, y el dolor se hizo de pronto soportable por una sensación ferozmente satisfactoria de propósito. Justo cuando

el sol asomaba por encima de las montañas, Kenna dio a luz a un niño grande y sano. Sus fuertes llantos no tardaron en resonar en el aire.

Al verlo por primera vez, Kenna sintió que se llenaba de orgullo y de una alegría profunda y duradera. Observó impaciente cómo la comadrona bañaba a su hijo en agua salada y realizaba todos los rituales tradicionales. Por fin, la mujer cargó con su bebé y lo depositó en sus brazos.

Mientras contemplaba a su hijo perfecto, su corazón se hinchó de satisfacción. Lo había conseguido. Había cargado con el hijo de Nial y lo había traído al mundo sano y salvo. Había hecho lo que tenía que hacer, y lo había hecho bien.

Para ti, amado mío, pensó Kenna en silencio. Mi regalo de despedida para ti, como lo es mi voto de criarlo con pleno conocimiento y amor por su magnífico padre. Se inclinó y besó tiernamente a su hijo.

—Trajimos al sacerdote —ofreció Orla entonces—. Por si queréis bautizarlo enseguida.

—Sí —dijo Kenna—, me gustaría mucho.

Orla se dio la vuelta y salió de la habitación, regresando pronto con el viejo clérigo. Colocó el agua y la ropa blanca, y luego se encaró con Kenna.

—Necesitamos un nombre para el pequeño. ¿Cómo lo llamaríais?

Una suave sonrisa levantó sus labios.

—Hammish. Le llamaré Hammish. Era el deseo de su padre que llevara el nombre de su bisabuelo, y así será. Hammish MacKenzie.

Colin estaba cada vez más irritado y, cuando lo estaba, le resultaba difícil mantener su temperamento bajo control. Sin embargo, estaba avanzando en los afectos de Kenna y no se atrevía a arriesgarse a disgustarla. Por lo tanto, no vio otra alternativa que descargar su ira contra los criados.

—Hace ya dos semanas que nació el niño —le gruñó a Orla una cálida mañana de principios de julio—. ¿Por qué no lo has trasladado a la guardería?

La mujer mayor levantó la vista del pollo cocido que estaba cortando con un cuchillo de tamaño considerable y le envió una mirada exasperada.

—En realidad es muy sencillo, mi señor. Kenna se niega a perder de vista al niño ni un minuto. Y, puesto que no ve la necesidad de que Hammish duerma separado de ella en la guardería, yo tampoco.

Colin la miró con mal disimulado desagrado. La mujer se estaba volviendo demasiado impertinente últimamente. No le importaban sus veintitantos años de servicio, tenía ganas de verla marchar en ese mismo instante.

Por desgracia, Kenna quería a Orla y confiaba en ella como en ningún otro en el castillo. No se haría querer por ella si despedía a Orla. Pero más tarde, Colin juró que, una vez que Kenna fuera suya, encontraría alguna excusa para mandar a paseo a esa mujer entrometida. Siempre

había sido un obstáculo para su influencia sobre Kenna, y siempre lo sería. Sin embargo, tenía la intención de que eso cambiara, y pronto.

—Bueno, Kenna no recuperará sus fuerzas si no duerme un poco por la noche —dijo—. Y si tú eres incapaz de convencerla de la conveniencia de una guardería, yo no lo seré.

—Como quiera. —La cocinera volvió al pollo, troceándolo con lo que parecía un entusiasmo particularmente despiadado—. Sin embargo, apostaría a que ha encontrado una dura adversaria al enfrentarse a una madre loba.

Colin resopló con desdén.

—Bueno, ya lo veremos, ¿no?

—Sí, desde luego que lo haremos —fue la descarada respuesta de la mujer mientras él se dio la vuelta para marcharse.

Fue una suerte que el paseo desde la cocina hasta los dormitorios del segundo piso durara varios minutos. Colin necesitaba ese tiempo y un poco más para sofocar el mal humor que la cocinera había despertado tan imprudentemente. Aun así, la consideración de ver a Kenna le ayudó inconmensurablemente. Después de todo, ella siempre había sido el punto más brillante de su vida.

Esa constatación le animó cuando se detuvo finalmente ante la puerta de la alcoba de ella. Llamó a la puerta, le respondieron pidiéndole que entrara y, con una amplia sonrisa en el rostro, abrió inmediatamente la puerta y entró. Kenna levantó la vista de su asiento ante la ventana abierta, con el engendro de MacKenzie envuelto en una ligera manta y tendido en sus brazos. Al ver el niño, Colin hizo todo lo que pudo para no hacer una mueca.

Luego, cuando Kenna vio que era él y sonrió, todos los pensamientos sobre aquel niño indeseado huyeron.

—Och, eres tú —dijo ella—. Ven, Colin, y siéntate conmigo. Estaba pensando en ti.

La felicidad le llenó. ¿Ella había estado pensando en él? ¡Era realmente el más afortunado de los hombres! Cerró la puerta y se apresuró a acercarse.

—¿Y eran agradables tus pensamientos sobre mí? —preguntó mientras tomaba asiento en la silla frente a ella.

Kenna rió, y el alegre sonido lo bañó como una caricia tranquilizadora.

—Por supuesto que lo fueron. Has sido muy amable conmigo estas últimas semanas. De hecho, no sé qué habría hecho sin ti.

—Eres de la familia, muchacha. —No pudo evitar el tono ronco en su voz—. Me alegró ayudarte en lo que pude.

—Sí, lo sé. Pero ya estoy casi recuperada del parto y creo que es hora de hacer planes para volver a Balloch. —Ella no podría haberle aturdido más si se hubiera echado hacia atrás justo en ese momento y le hubiera golpeado de lleno en la cara.

—¿Volver a Balloch? ¿Pero por qué? No has tenido ni una palabra ni una visita de ellos desde que perdiste a tu marido. Por cruel que deba ser considerarlo, es evidente que los MacKenzie no desean tener nada que ver contigo.

Kenna suspiró y volvió la mirada hacia la ventana.

—Sí, eso parece, pero quizá si vuelvo con el hijo de Nial en brazos, Rhona al menos me acoja por él. Y Hammish es el único heredero de Nial. Le guste o no a Rhona, Balloch es ahora suyo.

La mente de Colin se agitó. Ahora, más que nunca, tenía que encontrar alguna forma de acabar con aquel niño. Era el último vínculo de Kenna con el castillo de Balloch y los MacKenzie. Una vez que él desapareciera, ella no tendría ninguna razón para querer abandonar el castillo… dejarlo a él. Sabía que se estaba enamorando de él. Se daba cuenta por la alegría en sus ojos cada vez que lo veía estos días. Todo lo que necesitaba era un poco más de tiempo.

—El castillo de Balloch es, en efecto, el derecho de nacimiento del pequeño Hammish —se obligó Colin a aceptar en un tono de voz razonable—. Pero no hay prisa, ¿verdad, por volver a un lugar y a una gente que ahora parecen tenerte tan mala voluntad? Todos allí saben que llevaste al hijo de Nial. Deja, en cambio, que el pequeño crezca durante un tiempo en un lugar feliz.

Se apartó de la ventana.

—Eres muy amable al preocuparte tanto por mi hijo. Y, aunque las cosas finalmente mejoren para nosotros en Balloch, puedes estar seguro de que pasaremos con gusto una generosa cantidad de tiempo con los Donald cada año. Quiero que Hammish, después de todo, conozca igualmente ese lado de la familia.

—Bueno, podemos hablar de esto más tarde. —Colin sintió que las uñas se le clavaban en las palmas de las manos y tuvo que hacer fuerza de voluntad para soltarlas—. No hay necesidad…

Kenna inhaló profundamente.

—Sí, hay necesidad. Deseo regresar a Balloch pasado mañana, Colin. ¿Podrías hacer los arreglos para que una partida de hombres del clan me escolte a casa?

Una vez más se quedó mirándola, estupefacto. ¿Cómo podía ella hacer esto, ser tan despiadada y cruel, después de todo lo que él había hecho por ella? Su mirada se entrecerró cuando ella bajó la vista hacia el niño. Sus labios se curvaron en una tierna sonrisa y levantó un dedo para acariciar la mejilla del pequeño.

El odio brotó, tan cáustico e hiriente como una hiel amarga. Ya era bastante malo que Nial MacKenzie le hubiera robado el corazón. Ahora el niño, a su manera, la había hechizado. Pero, ¿por qué iba a sorprenderle eso?

Incluso en la muerte, al parecer, Nial MacKenzie se burlaba de él.

Sin embargo, aún estaba a tiempo. Debía inventar algún pretexto temporal para separar a Kenna de su hijo. No necesitaba mucho tiempo con el niño. Sólo el tiempo suficiente para acabar con su vida sin ninguna señal de juego sucio. Sólo el tiempo suficiente para asfixiarlo.

—Bueno, si estás decidida a viajar de vuelta a Balloch, te sugiero que empieces a dar algunos paseos cortos para fortalecerte
dijo, aprovechando un plan—. Es un largo viaje de medio día, y apenas has salido de tu habitación en los últimos meses, por no mencionar que recientemente has soportado la tensión del parto.

Ella pareció considerarlo por un momento, luego asintió.

—Sí, supongo que tienes razón. Y me encantaría salir y ver algo del campo. —Su ceño se

frunció—. Debo, sin embargo, idear algún tipo de cabestrillo para llevar a Hammish cuando salga a cabalgar.

Colin ahogó una aguda oleada de ira.

—Durante el poco tiempo que estarás fuera, estoy seguro de que el niño estará muy seguro en su cuna. —Empezó a reformar su plan. Mientras estuvieran fuera, ahora tendría que conseguir que otra persona matara al niño…

—No. —Kenna sacudió la cabeza—. No iré a ninguna parte sin Hammish.

—¿Y eso por qué? —exigió él, con la paciencia hecha trizas—. ¿No confías en que esté a salvo en el castillo?

Ella apartó la mirada repentinamente, y de la forma más sospechosa, fue incapaz de encontrarse con la suya.

—Él es precioso para mí. Él es todo lo que tengo de Nial.

Colin levantó las manos.

—Bueno, si ni siquiera estás segura de dejar a tu hijo a solas unas horas, entonces no veo razón para permitir que arriesgues tu salud, o la suya, al irte antes de tiempo.

Kenna giró la cabeza, con los ojos desorbitados.

—¿Qué estás diciendo, Colin? ¿Me estás amenazando con retenerme aquí contra mi voluntad?

Había una extraña luz en sus ojos. Casi como si…como si de repente le temiera. Como si dudara de él y de sus motivos. Como si sospechara de él. Pero eso era ridículo. No había forma de que Kenna pudiera relacionarle con el asesinato de su marido.

Aun así, la constatación de que se había abierto inesperadamente un abismo entre ellos selló su determinación.

En efecto, necesitaba más tiempo para ganarse su corazón. Y si eso requería que la retuviera aquí por su propio bien, lo haría. Tenía, después de todo, el cebo perfecto en su hijo para colgar sobre su cabeza, para coaccionarla a la obediencia.

—Sólo hago lo que es mejor para ti, muchacha —respondió al fin—. Has pasado por tantas cosas últimamente que no creo que veas las cosas con mucha claridad. Ahora mismo careces de la salud suficiente para un viaje de vuelta a Balloch, por no hablar de la fortaleza de ánimo para soportar las crueldades a las que te enfrentarás una vez de vuelta entre los MacKenzie. Y luego está tu irracional desconfianza. —Suspiró y sacudió la cabeza—. No, no estás en condiciones de ir a ninguna parte todavía.

Ella se puso en pie, con los ojos encendidos.

—¿Qué quieres, Colin? Te conozco. Sé cuando tramas algo.

Él sonrió y se puso en pie.

—Todo irá bien, muchacha. Sólo espera y verás. Cuidaré de ti, lo haré.

Con eso, giró sobre sus talones y atravesó la habitación y salió por la puerta.

Kenna no tuvo que seguirle y probar la puerta para saber que ahora era una prisionera. Había oído a Colin dar órdenes a un hombre que estaba justo fuera: órdenes de que ella no debía, bajo ninguna circunstancia, salir de su habitación. Ahora estaba atrapada.

Pero, ¿cuál era la verdadera intención de Colin al retenerla aquí? ¿Se daba cuenta de que ella sospechaba que él había desempeñado algún papel en la muerte de Nial? Debería.

No se había atrevido a darle demasiadas vueltas a ese asunto durante las últimas semanas de su embarazo, temiendo lo que la angustia mental por tales dudas pudiera hacerle a ella y al bebé. Sin embargo, al igual que había intentado por todos los medios no pensar demasiado en Nial, las preguntas habían vuelto de nuevo una vez que había dado a luz. ¿Cómo había sabido Colin llegar justo a tiempo para salvarla de la muerte? ¿Quizá había estado allí todo el tiempo, escondido, y sólo la amenaza contra su vida le había sacado de su escondite? ¿Y de dónde había sacado el dagg que había utilizado para matar al forajido?

Tal vez imaginó que ella no lo había visto, pero sí lo había hecho. Y no era una de las pistolas de Nial recogidas del suelo donde las había arrojado una vez usadas. Kenna conocía bien aquellas dos dagas de plata ornamentadas, y la que Colin había disparado era de una calidad muy inferior.

Un pensamiento repentino y aterrador la asaltó. ¿Y si Colin poseía esa pistola y siempre la había tenido? Cómo pudo permitirse conseguir una no venía al caso. Pero, ¿y si…hubiera tenido esa pistola la noche en que Seamus murió? ¿Y si, en lugar de morir Seamus por una de las pistolas de Nial, le hubiera disparado por la espalda su propio hermano?

Los daggs necesitaban ser disparados a corta distancia para tener alguna posibilidad de precisión. ¿Y quién iba a estar más cerca que Colin, cabalgando al lado de Seamus? Era una noche oscura. Tanto Nial como Colin habían dado fe de ello. Habría sido bastante fácil para Colin alejarse un poco de Seamus, sacar su dagg de su plaid y disparar en medio de la confusión.

Pero, ¿por qué iba Colin a matar a Seamus? ¿Tan desesperadamente codiciaba ser el laird de los Donald? ¿Y por qué había ayudado en el asesinato de Nial, si realmente lo había hecho? Era evidente que no había amor perdido entre los dos hombres, pero ¿tanto como para matar?

La enormidad de su difícil situación golpeó a Kenna con fuerza demoledora. Si Colin realmente había matado o participado activamente en el asesinato de sus dos maridos, se encontraba en el más grave de los peligros. O era un hombre vengativo y asesino que buscaba castigar a cualquiera que se cruzara en su camino, o había matado a propósito a cualquiera que se interpusiera entre él y lo que quería. Y quizá ella era al menos una pequeña parte de lo que él siempre había deseado.

Hammish se agitó en sus brazos, abrió su boquita dulcemente curvada en un amplio bostezo y luego volvió a dormirse. Mirándole, el corazón de Kenna se hinchó de amor. Haría cualquier cosa por proteger a su hijo. De hecho, algún instinto la había hecho insistir en mantenerlo siempre a su lado. Un instinto que ahora se estaba convirtiendo en auténtico temor por su seguridad.

Y, por mucho que odiara hacerlo, por el momento parecía que su continua seguridad estaba mejor garantizada si fingía acceder a la exigencia de Colin de que ella permaneciera en el

castillo. Por qué él lo deseaba así, ella sólo podía conjeturar.

Sin embargo, cuando él le había informado de que la retenía aquí por su propio bien, Kenna había visto que algo brillaba en sus ojos. Algo que la inquietó enormemente. Algo salvaje e irracional. Algo casi demente.

Sí, fingiría asentir durante un tiempo más. Pero luego, aunque tuviera que partir a pie, tenía la intención de huir del castillo. Cada vez era más probable que Colin hubiera tenido algo que ver en la muerte de los dos hombres a los que había tomado por esposos.

Kenna no tenía intención de perder también a su hijo a manos de él.

Capítulo 20

El día siguiente amaneció lluvioso y fresco. Espesas nieblas se elevaban de la tierra, arremolinándose, enroscándose y extendiéndose siempre hacia fuera como una enorme serpiente blanca que lo devorara todo a su paso. Toda vista y todo sonido parecían tragados por las insaciables fauces de la bestia vaporosa, hasta que el mundo desapareció en la nada.

Mientras Kenna miraba por la ventana de la alcoba que ahora se había convertido en su celda, su estado de ánimo reflejaba el del lúgubre y casi premonitorio día. Una sensación inquietante flotaba pesadamente en el aire, presagiando algunos acontecimientos desconocidos por venir. Sucesos que prometían mal para algunos y quizá, si Dios quería, bien para otros.

Kenna se estremeció, luego cerró apresuradamente las contraventanas y corrió las gruesas cortinas contra el húmedo frío. Había pasado una noche en vela considerando todas las formas posibles de acercarse a Colin. Sabía que debía encontrar alguna forma de ganarse su confianza. Era la única oportunidad de conseguir que bajara la guardia el tiempo suficiente para que ella pudiera escapar con Hammish. Y algo le decía a Kenna que, al menos por el bien de Hammish, ella debía escapar pronto. Muy, muy pronto.

El grito de un hombre surgió de algún lugar del exterior. Kenna se apresuró hacia la ventana y abrió los postigos. Justo entonces, de entre la niebla gris, aparecieron jinetes, tres o cuatro en fila, que emergían como formas oscuras envueltas en sus mantos. Hombres armados en una fila aparentemente interminable, hasta que el espacio abierto ante el castillo se llenó de ellos.

La excitación y la esperanza surgieron en ella. Se asomó a la ventana, esforzándose por averiguar de qué clan había venido el pequeño ejército. Casi al mismo tiempo, la puerta de su alcoba se abrió violentamente, golpeando la pared con un sonoro golpe.

Kenna retrocedió de un salto, con el corazón golpeándole el pecho. Se volvió, alcanzó a ver el semblante enfurecido de Colin y miró inmediatamente hacia Hammish que dormía en su cuna cerca del hogar. Como atraída por su mirada, la de Colin la siguió.

Con un gruñido, se dirigió hacia la cuna. Kenna lanzó un grito consternado y corrió en la misma dirección. Colin, sin embargo, tenía ventaja y cubrió la distancia más corta antes de que ella estuviera siquiera a mitad de camino. Agarrando a Hammish, se lo entregó a Blair Donald, que había seguido a Colin hasta la habitación.

En el instante siguiente, Kenna estaba allí, luchando por sortear a Colin para alcanzar a su hijo.

—¡No! —gritó—. ¿Qué estás haciendo, Colin? Devuélveme a mi bebé. ¡Devuélvemelo!

—Calla, lass —dijo su hermano adoptivo, sujetándola con firmeza—. El muchacho no sufrirá ningún daño. No es más que una garantía para asegurarme de que cooperas Y lo harás, ¿verdad?

A ella no le gustaba su mirada de lobo. Tenía el aspecto de algún animal acorralado, con su mirada de pánico, el sudor que le escarchaba el labio superior y su risa nerviosa. Tragó saliva con fuerza, deseando que se calmara su creciente aprensión. Algo estaba en marcha. Necesitaba pensar y actuar con calma, o todo podría estar perdido.

—Por supuesto que cooperaré —replicó Kenna, fingiendo sorpresa—. ¿Por qué ibas a pensar lo contrario? ¿Qué está pasando, Colin? ¿Y quiénes son esos hombres que acaban de llegar?

Su agarre se tensó en los brazos de ella.

—Son MacKenzie, y Blaine MacKenzie los lidera.

La esperanza brotó de nuevo, pero Kenna sólo fingió una mirada de perplejidad.

—Sí, ¿y qué quiere de nosotros?

—Exige verte a ti y al niño. No dice por qué.

Kenna se encogió de hombros despreocupadamente.

—Bueno, parece algo bastante simple. Tal vez haya decidido finalmente llevarnos a los dos de vuelta a Balloch.

—Sí, tal vez —murmuró Colin, su expresión nublada por una ira repentina.

—Pero no puedes dejarme. Lo ves, ¿verdad? He trabajado demasiado duro para conseguirte, he abatido a demasiados, para perderte ahora.

Así que, pensó Kenna, era como había temido. Colin había forjado alguna extraña fantasía sobre ellos dos, y la consideración de lo que había hecho para conseguirlo la llenaba de repulsión. No era el momento, sin embargo, de desengañarle de esa idea enloquecida.

—Trae a un ejército muy grande con él, Colin —empezó Kenna, eligiendo cuidadosamente sus palabras—. Podría ser peligroso rechazarle.

—Sí. —Asintió con la cabeza—. Por eso necesito tu ayuda. Debes decirle que el niño está enfermo y que no lo presentarás para que todos lo vean. Y luego debes decirle que no deseas irte de aquí, que los Donald son ahora tu clan.

Frenéticamente, Kenna trató de encontrar alguna forma de mantener a su hijo con ella. Si conseguía que el pequeño estuviera en presencia de Blaine, sabía que Hammish estaría por fin a salvo. Incluso si eso requería en última instancia que ella lo entregara a la custodia de Blaine y se quedara atrás, al menos el hijo de Nial estaría a salvo.

—Tal vez sería mejor traer a Hammish —dijo finalmente—. Aún podría decirle a Blaine que deseo quedarme aquí en el castillo, pero apostaría a que no estará satisfecho hasta que vea al bebé. Y no queremos que sospeche, ¿verdad?

Por un instante, pareció como si Colin estuviera considerando su plan. Luego su mirada se cerró. Sacudió la cabeza.

—No. El niño se quedará con Blair, escondido donde Blaine no pueda encontrarlo. Es la única forma en que puedo estar seguro de que dirás lo que hay que decir.

Sonrió de repente, y la sonrisa era fría, helada.

—De ti depende ahora, muchacha, que el niño viva o muera. Porque Blair tiene órdenes de

asfixiar al muchacho a menos que yo venga a por él. Y antes moriré yo que perderte a ti.

Una vez más la mirada enloquecida se encendió en sus ojos, y Kenna supo que hablaba con la verdad. Aunque Blaine lo matara en el intento de obligar a Colin a revelar dónde estaba escondido Hammish, los esfuerzos de Blaine estaban condenados al fracaso. En efecto, dependía de ella convencer a Blaine de que todo iba bien y se marchara. La recompensa por sus mentiras, después de todo, era la vida de su hijo.

La desesperación la invadió. Blaine siempre había sospechado de ella. Tampoco era un hombre estúpido y no se dejaría engañar fácilmente. No importaba lo que Colin le exigiera, no importaba lo mucho que ella lo intentara, aun así podría fracasar. Por mucho que lo intentara, Hammish podría morir.

Kenna cerró los ojos, aspiró profundamente y rezó. Rezó para que la guiaran en la prueba que se avecinaba, para que dijera las palabras adecuadas necesarias para convencer a Blaine, aunque todas pudieran ser mentiras, y rezó, sobre todo, por su hijo. Luego, abriendo los ojos y levantando la barbilla, asintió.

—Ya es hora de que bajemos a saludar a Blaine —dijo suavemente—. Demorarnos demasiado sólo aumentará sus sospechas. Y no queremos hacer eso.

Él la miró con una intensidad penetrante, luego asintió a su vez.

—Sí, no queremos hacer eso. —Colin la soltó y le ofreció el brazo.

Cogiéndolo, Kenna dedicó una última mirada a Hammish, sostenido ahora en brazos de un hombre que no se detendría ante nada, ni siquiera ante el asesinato de un niño inocente, para servir a su amo. Rezó para que no fuera la última vez que viera a su hijo con vida.

Entonces Colin la conducía lejos, y Kenna obligó a sus pensamientos a concentrarse en la tarea que tenía por delante. Descendieron por las escaleras de caracol hasta el segundo piso y el Gran Salón, donde Blaine MacKenzie, con el ceño fruncido como una tormenta que se levanta sobre las montañas, les esperaba con al menos una veintena de sus hombres. Aunque unos pocos aún llevaban la cabeza cubierta por el exceso de longitud de sus plaids, la mayoría se había deshecho de la lana húmeda y se la había vuelto a meter en el cinturón.

Todos, observó Kenna, llevaban espadas cortas y puñales y parecían dispuestos a luchar. Lo cual no debía sorprenderla. No sólo eran verdaderos hijos de las Tierras Altas, sino que estaba el pequeño asunto de la muerte de Nial que aún necesitaba venganza.

Con Colin a su lado, caminó hasta situarse frente al jefe del clan MacKenzie. Durante un largo momento, ignoró al laird de los Donald y fijó en ella su intensa mirada. Kenna se la devolvió estoicamente con una firme mirada propia.

—No pareces estar mal, teniendo en cuenta los acontecimientos de los últimos meses —dijo al fin.

—Tenía que pensar en el hijo de Nial —replicó Kenna, sin desviar la mirada—. A veces, era lo único que me mantenía con vida. —Mientras hablaba, por el rabillo del ojo, vio que uno de los hombres de Blaine se escabullía para descender por las escaleras al nivel inferior. Por un instante, pensó en llamarle, pero luego descartó esa idea. ¿Qué le importaba a ella ya lo que ocurriera en el castillo?

Los ojos de Blaine se entrecerraron y una luz indefinible parpadeó en ellos.

—¿Ah, sí? A pesar de tus palabras en sentido contrario, no me pareces la viuda afligida.

La ira, alimentada por una profunda angustia, brotó y burbujeó antes de que pudiera detenerla.

—¿Y por qué iba yo a desnudar mis sentimientos ante gente como tú? —preguntó, con la voz vibrando de furia—. Nunca creísteis la verdad de mi amor por Nial. Jamás.

A su lado, Colin soltó una risa inestable.

—¡Calla, lass! Esa no es forma de dar la bienvenida a nuestro invitado. Y el pasado, pasado está. Por caridad cristiana, ustedes deben dejar a un lado vuestra animosidad y perdonar.

Kenna se dio la vuelta para mirar fijamente a su hermano adoptivo, asombrada por su descarada y flagrante hipocresía. Un impulso de reprenderle surgió en sus labios, y sólo la esperanza de salvar a Hammish lo sofocó.

—Sí, tienes razón —murmuró, bajando la mirada y volviéndose hacia Blaine—. Le pido perdón, mi señor.

—No te preocupes. —Su voz profunda retumbó sobre ella—. Como dijo Donald, el pasado es pasado. Lo que importa ahora es que el hijo de Nial sea llevado a casa, a Balloch. ¿Dónde está el chiquillo?

Ella se armó de valor para lo que sabía que estaba por venir.

—Está enfermo. —Una vez más, Kenna cruzó miradas con Blaine—. Y no lo traeré para que todos ustedes, hombres de manos sucias, lo toquen y lo enfermen aún más.

El jefe de los MacKenzie se encogió de hombros.

—Como quieras. Pero, quieras acompañarle o no, el muchacho se viene conmigo.

—¿Y quién eres tú para determinar dónde debe vivir mi hijo? —exigió ella—. ¡Puede que sea huérfano de padre, pero aún tiene madre!

Un músculo empezó a tintinear en la mandíbula de Blaine.

—Te acabo de decir que podías volver con él a Balloch. A pesar de mi opinión personal sobre ti, no le negaré al bebé su Madre.

—Bueno, no deseo volver a Balloch. En todas las semanas transcurridas desde que el cuerpo de Nial fue llevado de vuelta a casa, ninguno de vosotros se ha molestado en visitarme para ver cómo me iba, y mucho menos ha contestado nunca a mis misivas.

Blaine frunció el ceño.

—¿Qué misivas? Y nadie de los Donald intentó jamás devolver el cuerpo de Nial.

Casi al unísono, tanto él como Kenna clavaron su atención en Colin.

La sangre se drenó del rostro de Colin.

—No puedo decir qué pasó con las misivas que me hiciste enviar, muchacha, pero las envié. Lo juro.

—¿Y el cuerpo de Nial? —Kenna pinchó suavemente, helándosele la sangre—. Dijiste que devolviste su cuerpo al día siguiente de su muerte. ¿Qué hay de eso?

Durante un largo momento, Colin no pudo encontrar su mirada.

—La verdad es que no pude encontrarlo. Algún animal debió arrastrarlo y, aunque mis hombres y yo lo buscamos durante un tiempo, nunca lo encontramos. Pero no podía decírtelo. Ya estabas sufriendo tanto, y aún había un gran peligro de que perdieras a tu pequeño...

Por mucho que odiara admitirlo, Colin decía la verdad. Tan angustiada como había estado, si se hubiera enterado de que el cuerpo de Nial había sido devorado por animales salvajes, bien podría haber perdido todo el control, si no haberse vuelto finalmente loca.

—No obstante —dijo Kenna—, podrías habérmelo dicho después de que naciera Hammish.

—Sí, pero ya había pasado, y no tenía corazón para robarte los primeros destellos de alegría que habías tenido en tanto tiempo. —Colin le cogió la mano—. ¿Puedes perdonarme, muchacha?

Kenna le miró fijamente, estupefacta. Casi había admitido que había matado o ayudado a matar a sus dos maridos e incluso ahora amenazaba la vida de su hijo, y aún podía estar aquí y fingir que había actuado compasivamente en su favor. Era casi…casi como si hubiera dos partes distintas en este hombre, y ninguna estuviera influida, al menos moralmente, por la otra. Dos partes, y ella no había conocido a ninguna de las dos.

—Sí, supongo que puedo perdonarte eso —murmuró Kenna, tan horrorizada por todas las mentiras y engaños que pensó, por un momento, que podría estar físicamente enferma. Se rodeó con los brazos y bajó la cabeza—. Och, Nial…Nial. Ahora ni siquiera tengo el consuelo de visitar tu tumba.

—Bueno, por muy conmovedor que sea todo esto —Blaine eligió justo entonces para intervenir—, no viene al caso. Como madre de Hammish, eres bienvenida en Balloch, y como única heredera de Nial, el lugar apropiado de Hammish también está allí.

Era demasiado, pensó Kenna. Lo único que había sido siempre era un peón entre Blaine MacKenzie y Colin, cada uno tirando de ella primero hacia un lado y luego hacia el otro, y ninguno de los dos tenía sus mejores intereses en mente. Sólo Nial se había preocupado de verdad por ella, y se había ido.

La pena la oprimía con un peso tan grande que no podía hablar, y mucho menos pensar con coherencia. Kenna se sentía como si estuviera cayendo en un abismo del que nunca podría escapar. Un abismo del que nadie, ni siquiera su dulce hijito, sería capaz de llamarla de vuelta.

Su mano se dirigió a la cruz de plata que siempre llevaba, y se aferró a ella. La cruz de plata... Respiró hondo y pensó en sus padres y en Nial. Ella sabía lo que tenía que hacer. Solo esperaba no defraudar a los que realmente habían sido su familia y la habían amado.

Levantó la vista y, a través de las lágrimas, se encontró con la mirada perpleja de Blaine.

—Sí, el lugar apropiado de Hammish está en Balloch. —Luego se volvió hacia Colin—. Deja que Blaine se lleve a mi hijo, y te doy mi palabra de que me quedaré contigo.

—Por favor, Colin. —Kenna le puso una mano en el brazo—. Es lo que siempre has querido, después de todo.

Él la miró fijamente, con los ojos desorbitados por la incredulidad. Luego, con un rápido movimiento de cabeza, pareció aceptar su oferta.

—Sí, tal vez sea lo mejor, muchacha. El muchacho estará con los suyos, y tú permanecerás

con…

—¡No tan rápido, Donald!

Kenna se dio la vuelta. De las escaleras, detrás de ellos, descendía lentamente un hombre alto, con la cabeza aún cubierta por su manta escocesa. Detrás de él estaba Orla, con aspecto desmesuradamente satisfecho de sí misma. Uno de los hombres de Blaine, al igual que la cocinera, se había deslizado por las escaleras mientras hablaban. Pero, ¿por qué?

La respuesta llegó cuando algo en los brazos del hombre se movió, y un grito surgió del fardo que llevaba. El terror se apoderó de Kenna. ¡Era Hammish! ¡El hombre tenía a Hammish!

Ella gritó y dio un paso adelante. Colin la agarró del brazo.

—Deja que lo tengan —dijo en voz baja—. Es mejor así.

Sus lágrimas casi la cegaron.

—Sí —susurró ella—, ¡pero al menos sostendré a mi hijo por última vez, y ningún hombre de aquí se atreverá a intentar impedírmelo!

Detrás de ella, Blaine MacKenzie rió entre dientes.

—Yo diría que es mejor que la dejes ir, Donald. Se acabó para ti, en cualquier caso.

Cuando Colin se volvió hacia el jefe de los MacKenzie, su agarre sobre ella se aflojó momentáneamente. Era toda la oportunidad que Kenna necesitaba. Se soltó y echó a correr, deteniéndose a pocos metros al pie de las escaleras.

El hombre alto, con el rostro ensombrecido en la profundidad de su tela escocesa, se detuvo ante ella. Le tendió las manos.

—Entrégueme a mi hijo.

—Sí, eso haré, muchacha.

Kenna se quedó helada. Había algo en esa voz...Och, querido Señor, pensó, ¡estoy perdiendo la cabeza! Se le doblaron las rodillas. De no ser por el rápido movimiento del hombre para cogerla del brazo, supo que se habría caído.

—Ten cuidado —dijo él, su voz profunda y rica hizo que todos sus sentidos hormiguearan —. Con nuestro hijo en brazos, me cuesta mucho sostenerte a ti también. —No era posible. Seguramente era una visión conjurada por su mente sobreexcitada, o al menos un sueño. Fuera lo que fuese, Kenna tenía la intención de saber la verdad.

Alargando la mano, agarró la tela escocesa y la deslizó hacia atrás. El rostro amado de Nial apareció a la vista, pálido y más delgado que la última vez que lo había visto, pero, por el pelo rubio oscuro y ondulado, los ojos de un azul tan profundo como un lago sin fondo y la boca bien moldeada, era él. Sí, pensó, y era tal y como ella siempre lo había recordado... y siempre lo recordaría.

Entonces él sonrió, y la sonrisa era tan deslumbrante y cálida y abierta como siempre lo había sido. Y ella recordó cómo se extendía siempre hasta sus hermosos ojos. Y, como todas las otras veces, se sintió deshecha.

—Och, Nial…Nial —susurró Kenna con dolor. Aunque sabía que se arriesgaba a destruir su hermosa visión al hacerlo, no pudo evitarlo. Levantó la mano, le tocó la cara, esperando,

rezando por un fugaz instante en el que la realidad se fundiera con el sueño y pudiera sentirle de verdad por última vez.

El rostro que tocó, sin embargo, era cálido y sustancioso. No desapareció cuando sus dedos acariciaron su mejilla. Kenna parpadeó con fuerza, haciendo que sus lágrimas corrieran por su rostro, y vio que él permanecía. Una vez más sus rodillas se doblaron y el agarre de su brazo se tensó. Miró hacia abajo, a los largos y fuertes dedos que la sujetaban, y luego de nuevo hacia arriba.

—Sí, muchacha —dijo él—. No soy un sueño. Estoy vivo.

Con un gemido, Kenna fue entonces hacia él, deslizando los brazos alrededor de su cintura, enterrando la cara en la lana húmeda de su tela escocesa. Las lágrimas parecieron romper las compuertas de su corazón fuertemente custodiado. Lloró, sollozando hasta que no le quedó nada que dar. Y todo el tiempo, Nial la sostuvo, canturreándole mientras la mecía suavemente de un lado a otro.

—¡No!

Desde un lugar distante, el grito ultrajado de Colin hizo que Kenna volviera al momento presente. Soltó a Nial y se volvió, secándose apresuradamente las lágrimas.

Ya entonces, el laird de los Donald había sacado su puñal y se dirigía hacia ellos. Apenas había dado tres pasos, sin embargo, cuando Blaine y otros dos hombres se abalanzaron sobre él, derribándolo y arrancándole el puñal de la mano. Finalmente sometido, Colin se puso en pie con dificultad.

—¡Me diste tu palabra de que te quedarías conmigo si les dejaba tener al niño! —gritó, con el rostro amoratado por la furia mientras luchaba por escapar de los hombres que le sujetaban—. El diablo tiene ahora a su engendro, así que no te dejaré ir. ¡Serás mía!

Antes de que Kenna pudiera responder, Nial se interpuso entre ella y Colin.

—El único diablo aquí eres tú, Donald —gruñó—. Te vi allí aquel día. De hecho, fuiste el único hombre entre todos ellos que reconocí. Y pagarás caro por los muchachos que perdí, así como por el atentado contra mi vida. —Colin dejó de forcejear. Como si una súbita comprensión hubiera penetrado por fin en su mente enfurecida, la sangre se drenó de su rostro.

—Yo…Yo sólo pasaba por allí —balbuceó—. No fue más que una coincidencia que me encontrara con esos forajidos, y fue una suerte que lo hiciera, o Kenna seguramente habría muerto.

—¿Fue una coincidencia? —Nial soltó un bufido incrédulo—. Conocías a esos hombres. ¿Cuánto les pagaste para que intentaran matarme, Donald? Y, mejor aún, ¿de dónde sacaste el dinero?

—¡No fui yo! —Su semblante se volvió positivamente céreo ahora, Colin negó vehementemente con la cabeza—. Yo…yo sólo cumplí las órdenes de Kinner Donald. Todo fue idea suya. No le apetecía que le dijerais dónde debía depositar su lealtad. Y también quería matar a Kenna. Eso lo visteis. Pero sospeché que podría intentarlo, así que observé en un lugar secreto. Y te salvé, Kenna. Te salvé.

Nial sacudió la cabeza con disgusto.

—Quítalo de mi vista —dijo, mirando a Blaine—. Mete al perro en su propio calabozo

hasta que decidamos qué hacer con él.

Blaine sonrió.

—Me preguntaba cuánto tardarías en hartarte de él. Vamos, muchachos —dijo, mirando a sus hombres—. Ocupémonos de sujetar al laird con sus propios grilletes.

Kenna vio cómo arrastraban a Colin. Entonces todo había terminado. Colin recibiría por fin su castigo largamente aplazado, y el de Kinner Donald no tardaría en llegar. Sólo podía sentir lástima por ambos.

Nial deslizó un brazo alrededor de su cintura y la acercó una vez más.

—¡Och, pero soy el más feliz de los hombres, con mi mujer en un brazo y mi hijo en el otro!

Ella apoyó la cabeza en él y se quedó allí un rato, contenta ahora sólo con sentir cómo subía y bajaba su pecho y oír el latido constante de su corazón.

—¿C-cómo? —preguntó finalmente, levantando la cabeza para mirarle—. ¿Cómo sobreviviste?

—Un calderero pasó en dirección contraria poco después de que los forajidos, tú y Colin se marcharan. O eso me dijo. En cualquier caso, seguía inconsciente. Al revisar todos los cuerpos, descubrió que yo era el único que seguía vivo. Así que vendó mis heridas y me llevó de vuelta al pueblo que acababa de abandonar. Con el tiempo, pude decirles quién era, y enviaron a alguien a Balloch para informarles.

—¿Pero cómo llegaste hasta Hammish? Blair lo había escondido por orden de Colin para asegurarse mi cooperación. ¿Cómo le encontrasteis y rescatasteis antes de que Blair pudiera matarle?

—Sabía que debía buscar a la cocinera para que me ayudara y, por suerte, ella había seguido a Hammish y a Blair escaleras arriba cuando vinieron a por ti. Luego, cuando vio a Blair escabullirse con Hammish, le siguió hasta el ático donde se escondió con el niño. —Nial sonrió con sombría satisfacción—. Me descolgué con una cuerda desde el tejado y entré por una ventana detrás del hombre mientras la cocinera subía las escaleras para distraerlo. Fue algo bastante sencillo vencerle.

—Sin embargo, en todo este tiempo, nunca volviste a por nosotros hasta ahora. —Aunque esta última pregunta pendía como un velo entre ellos, Kenna tenía que preguntar, tenía que saber la razón—. En efecto, han pasado casi dos meses desde el día del ataque. ¿Por qué esperaste tanto?

—Porque cogí una infección y durante un tiempo se temió que no me recuperara. Y luego estuve tan débil que me faltaron las fuerzas para cabalgar hasta hace una semana más o menos. —Ante la mirada incrédula que ella le dirigió, hizo una pausa y luego inspiró profundamente—. Sin embargo, esa no es razón suficiente para mi tardanza en venir a buscarte, ¿verdad?

—No, no lo es.

Suspiró y apartó la mirada.

—Hasta hace poco, yo también dudaba de ti y de tu lealtad hacia mí. Era evidente que los hombres que nos emboscaron nos estaban esperando. Y tú, de entre todos nosotros, sobreviviste

ilesa para regresar con los Donald. Para volver en brazos del hombre que al parecer había llegado en el momento justo para rescatarte.

La mano de Kenna cayó de su rostro.

—Si hubieras sabido lo que sufrí, creyéndote muerto y que había perdido al amor de mi vida, nunca habrías dudado de mí. —Un nuevo dolor la acuchilló—. ¡Ay, Nial, creía que por fin habíamos dejado atrás las sospechas y las recriminaciones!

Toda la alegría que había experimentado al encontrarlo vivo se desvaneció ante la punzante admisión de su desconfianza. De repente, Kenna no soportaba estar cerca de él. Se retorció y luchó por liberarse de su agarre.

Nial se negó a soltarla.

—Perdóname, muchacha. Och, ¡por favor, perdóname! Sé que te traicioné, que traicioné nuestro amor al dudar de ti. Pero es una debilidad, una espina en mi costado, que, con la ayuda del Señor y el sabio consejo de Blaine, si puedes creerlo, por fin he superado. Y, sin embargo, se reafirmó de nuevo hoy cuando te vi bajando las escaleras con Hammish. Vi la verdad en tus ojos y lo supe. Lo supe.

La sinceridad de sus palabras se reflejaba en sus hermosos ojos, resonaba en su profunda voz. Pero la hoja de sus sospechas la había golpeado duramente. Después de todo lo que había pasado por él, ¿cómo podía Nial pensar tales cosas de ella? ¿Y cómo podía perdonarle?

¿Pero cómo no iba a hacerlo, después de todas las veces que él la había perdonado por dudar de él? La había perdonado incluso cuando otros seguían convencidos de su doblez; había visto más allá de todo eso a la persona que ella era en realidad. Había visto y confiado en que la bondad, a veces enterrada bajo todo el dolor y los sentimientos de indignidad, era genuina y merecía una oportunidad para brillar.

Había visto, confiado y amado hasta que, sólo una vez, sumido en su propio dolor y luchando por su vida, había flaqueado durante un breve instante. Vaciló pero nunca se había rendido.

Nunca volvería a tener un hombre así, y no era tan tonta como para perderlo. Con una respiración estremecedora, Kenna se volvió hacia Nial. Poniéndose de puntillas, se agarró a su camisa a cuadros y lo besó de lleno en la boca.

Durante un instante, como si no supiera qué hacer a continuación, se quedó inmóvil. Luego, con un gemido ronco, Nial atrajo a Kenna hacia sí y profundizó su beso con avidez. Una gran alegría en espiral la llenó hasta que pensó que su corazón estallaría.

Porque en aquel beso había suficiente amor y perdón para toda una vida, así como para resistir hasta al más fiero de los vientos.

Siguiente libro de la serie

Pacto de Honor
SERIE RIVALES 3
DESTY MOORE

PACTO DE HONOR

Lo había perdido todo, pero no contaba con perder también su corazón.

Caitlin MacKenzie no había tenido buena suerte en el amor al elegir siempre al hombre equivocado. Quizás por ese motivo se siente atraída por el rudo y enigmático Farlan MacBean, aunque jamás admitiría sus sentimientos ante ese odioso hombre, por muy atractivo que resultara.

Farlan MacBean es un proscrito que aparece en el castillo de los MacKenzie con una misión. Rescatar de las mazmorras de su enemigo a su hermano. Para conseguirlo, se acerca a Caitlin, hasta que cambia su plan y decide secuestrar a la muchacha. Un plan que resultaría sencillo, si ella no fuera una fiera de lengua afilada.

Pero Farlan no solo tendrá que lidiar con la orgullosa y testaruda Caitlin, o con el temible Blaine MacKenzie que va tras ellos, sino con enemigos y complots ocultos que acechan entre las sombras.

�� No te pierdas la tercera y última novela de esta serie ambientada en las salvajes y bellas tierras altas.

Serie Rivales

1º Red de traición

2º Red de sospechas (La historia de Nial)

3º Pacto de honor (La historia de Caitlin)

EXTRACTO

Capítulo 1

Tierras MacKenzie, Highlands de Escocia,

Mayo de 1568

Desde que había pasado de niña a mujer, muchos hombres habían mirado a Caitlin MacKenzie, aunque, ninguno de ellos la había observado como lo hacía este hombre. A diferencia del resto, su mirada no estaba llena de lujuria. Su mirada era mucho más profunda que eso, mucho más insondable, y tan profunda como su alma.

—Es un atrevido, —murmuró a su lado su prima Seelie MacKenzie mientras caminaban entre los puestos de coloridos artículos y tentadores alimentos que se exhibían en el mercado de Dalmally. —Deberías encontrar a Bruce y hablarle sobre ese patán. Bruce pronto lo tendrá de rodillas, suplicando perdón.

Durante un fugaz instante, Caitlin consideró, para luego descartar, esa sugerencia. Por el aspecto del desconocido de pelo oscuro, Bruce bien podría tener las manos ocupadas un tiempo intentando poner a ése de rodillas.

Parecía tener unos veinte años, era alto, y ancho de pecho y hombros. El grueso de su anodino chaleco escocés con cinturón hacía poco por ocultar el hecho de que era de constitución poderosa. Sus brillantes ojos azules, cuando su mirada se encontró de nuevo audazmente con la de ella, estaban encendidos de una inteligencia desapasionada. Una inteligencia que era a la vez escalofriante y, por el contrario, cautivadora.

Sí, pensó Caitlin con un estremecimiento de lo más desconcertante, Bruce sí que tendría las manos ocupadas con ese. Además, no servía de nada empezar una pelea con un hombre sólo porque decidiera mirarla fijamente demasiado tiempo. No era la primera vez, después de todo, ni probablemente sería la última.

Con una última mirada burlona en dirección al alto Highlander, se volvió hacia su prima.

—No importa, no merece nuestra atención. Es probable que sólo sea un hombre desterrado, si su raída tela escocesa sirve de indicio. Y cualquier hombre sin un clan al que llamar suyo ya tiene suficientes problemas.

—Sí, ya tiene suficientes problemas, —afirmó Seelie—, por eso, tal vez no debería buscar más lanzando miradas irrespetuosas a las muchachas del lugar. Y, especialmente, no a la hermana del jefe del clan.

Caitlin se rio.

—Bueno, puede que él no lo sepa, ¿no?

Se detuvo ante una larga mesa llena de chales de lana fina, pañuelos bordados y fajas.

—Volvamos a la tarea que nos ocupa, ¿te parece? Tengo que comprar un regalo para el día del parto, y le prometimos a Bruce que no estaríamos en esto toda la tarde, como la última vez que vinimos al mercado.

Seelie asintió.

—Sí, supongo que tienes razón. Aun así, a pesar de su aspecto moreno y bravucón, creo que ese forastero grosero se pasa de la raya…

Casi por voluntad propia, la mirada de Caitlin se desvió en la dirección en la que había estado el hombre. Ya no la miraba a ella, sino que había desviado su atención hacia otro hombre que ahora estaba a su lado. Aunque su compañero también era alto, le llegaba por el hombro al arrogante desconocido. De pelo rubio rojizo, era de complexión más delgada, con hombros estrechos y dedos largos, casi delicados, y parecía tener varios años menos que su moreno compañero. Colgando del hombro llevaba una gran bolsa de cuero que parecía contener algún objeto de forma triangular.

Justo en ese momento, el Highlander moreno miró hacia ella, y una penetrante mirada azul acero se clavó en la suya. De algún modo, había vuelto a atraer la atención del cada vez más insufrible hombre.

Estuvo a punto de apartar la mirada, pero sabía que sería una cobardía. También llevaría al montañés de pelo castaño a imaginar que se había sentido intrigada por su apreciación.

En lugar de eso, como si fuera una advertencia, frunció el ceño con fiereza. Él sonrió a su vez.

La sangre caliente le llenó las mejillas. ¡Vaya con el arrogante patán! ¡Cómo se atrevía! Estaba tan por debajo de ella que era una mera araña arrastrándose por el suelo.

Con un altivo revoloteo de su larga y negra cabellera, Caitlin se dio la vuelta, cogió el primer chal de colores que le llamó la atención y apretó una más que suficiente moneda en la mano del sorprendido tendero.

—Envuelva esto, —pidió—. Ya es hora de que nos pongamos en camino.

Cinco minutos más tarde, con el paquete metido bajo el brazo, Caitlin, con una desconcertada Seelie correteando tras ella, se abrió paso entre la bulliciosa multitud de compradores. Pronto encontraron a Bruce roncando suavemente en la parte trasera del pequeño carro, con un extremo de su tela escocesa azul oscuro, amarillo y verde colgado sobre la cara para hacerle sombra a los ojos. Seelie lanzó una mirada maliciosa a Caitlin y luego agarró el pie del joven y le dio un tirón.

—Despierta, holgazán, —gritó—. Tu señora Caitlin desea partir.

Con un bufido, el escocés de complexión robusta se incorporó y empezó a intentar desenredarse de la tela escocesa que de algún modo se le había enredado. Seelie se rio, e incluso Caitlin no pudo evitar una risita. Finalmente, casi tan colorado como los mechones castaños que le caían sobre los hombros, el joven Highlander consiguió zafarse, se pasó por el hombro el resto de la tela escocesa que le quedaba del tartán y la sujetó con un alfiler.

—Podíais haberme avisado de otra forma de vuestro regreso, —se quejó—. Me había imaginado que tardaríais una o dos horas más, como la última vez.

—Anda, no te preocupes, —dijo Caitlin a modo de consuelo mientras guardaba su paquete bajo el asiento del carro—. Hemos terminado pronto, para variar. Y, gracias a ello, pronto serás un hombre libre, en cuanto consigamos...

De los alrededores de la iglesia del pueblo, donde Bruce había dejado el carro, salieron dos hombres altos, en dirección a ellos. Caitlin se quedó sorprendida. Eran el hombre de pelo oscuro y su acompañante rubio. ¿Qué podrían querer?

Miró a Seelie y se encontró con su mirada. Su prima abrió la boca para hablar, pero Caitlin le hizo con la cabeza una rápida sacudida de advertencia. La boca de Seelie se cerró de golpe.

Bruce volvía de desatar al caballo del árbol donde lo había atado. Cuando por fin divisó a los dos hombres que se les echaban encima, su expresión amable y abierta no cambió.

—Que tengáis un buen día, —dijo el forastero moreno cuando él y su acompañante se acercaron por fin ante ellos—. Me han dicho que sois del clan de los MacKenzie. ¿Acaso os dirigís hacia allí?

—Sí, eso hacemos. —Bruce hizo una pausa, demasiado cortés y abierto a atender más preguntas.

—Mi amigo y yo deseamos conseguir una audiencia con el MacKenzie. ¿Podríamos acompañaros en el camino? —Brevemente, su mirada barrió una vez más a Caitlin—. Es una hora larga de viaje, por lo que he oído, y dos hombres más ofrecerían protección adicional contra cualquier forajido o ladrón.

—Como si alguno se atreviera a atacar a los MacKenzie…

Una rápida mano en el brazo silenció inmediatamente a Seelie.

Caitlin logró esbozar una sonrisa mientras dejaba caer subrepticiamente la mano a su costado.

—¿Y cuál sería vuestro asunto con los MacKenzie? Si no os importa que os pregunte, claro.

Unos ojos brillantes del color de la plata azul captaron los suyos.

—No, no me importa que preguntéis. Mi amigo es un bardo itinerante, y pensó que vuestro jefe podría disfrutar de alguna canción e historia esta noche. A menos que ya tenga un bardo propio.

—Ay, ya no lo tiene. Elliot Ramsey murió hace apenas un año, y el jefe MacKenzie aún no ha encontrado un sustituto adecuado. Seguramente estaría encantado de ofrecer a vuestro amigo la hospitalidad de su hogar. —Caitlin hizo una pausa y ladeó la cabeza—. Pero, ¿qué hay de vos? La valía de vuestro amigo es evidente. ¿Qué tenéis vos que ofrecer a los MacKenzie?

Algo duro y frío brilló en los ojos del alto Highlander, y luego desapareció con la misma rapidez. Se rio entre dientes y señaló la claymore, una espada tan larga como alto era un hombre, que llevaba sujeta a la espalda.

—Nada, salvo que voy donde lo hace mi amigo, proporcionándole compañía además de protección. Los bardos no suelen ser diestros en el manejo de la espada, mientras que yo sí. Además, el arpa que lleva está muy bien labrada y, por tanto, es muy valiosa.

Caitlin miró la claymore. En tiempos como aquellos, su pretensión de servir de escolta

armada sonaba a verdad. Sin embargo, había algo en él que no encajaba bien. De hecho, había algo en el moreno que la atraía y la repelía a la vez.

Contemplando sus ojos hipnotizadores, Caitlin se sintió como una polilla atraída por una llama. Una llama que encerraba una promesa de santuario y calidez, pero que al mismo tiempo amenazaba peligro.

Y bien que debía hacerlo, se recordó ferozmente a sí misma. Había conocido antes a hombres así, innegablemente atractivos en un sentido oscuro, rudo y pícaro. Hombres que, por desgracia para cualquier muchacha que cayera presa de sus encantos masculinos, sabían muy bien cómo utilizar ese poder sobre una mujer. Sin embargo, había poco honor que encontrar en tales hombres. Si algo había aprendido Caitlin en el último año, lo había aprendido dolorosamente bien.

—Parecéis lo bastante capaces de proporcionar protección, —dijo al fin, cayendo tardíamente en la cuenta de que todos esperaban su respuesta—. Y supongo que no hay nada malo en permitir que nos acompañéis. Sería lo más hospitalario, ya que sois forasteros en las tierras de los MacKenzie.

El moreno intercambió una mirada con su amigo y luego, volviéndose hacia Caitlin, asintió.

—Sí, eso somos. Forasteros en tierras de los MacKenzie.

Extendió la mano.

—Mi amigo se llama Gavin Buchanan, y mi nombre es Farlan Sinclair.

De repente, sonrió, y el cambio fue devastador. Fue como si el sol, que hasta entonces había estado apagado, hubiera estallado en un resplandor brillante. El pulso de Caitlin dio una gran sacudida y luego se aceleró. Necesitó toda la fuerza de voluntad que poseía para agarrarle la mano y darle un rápido apretón.

—Bueno, Farlan Sinclair, me llamo Caitlin MacKenzie, y Seelie y Bruce MacKenzie son mis amigos, —se obligó a decir antes de soltarle la mano.

Dándose la vuelta, se dirigió al asiento delantero del carro.

—Aun así, como apenas os conozco, difícilmente puedo llamarnos amigos. Espero, sin embargo, —dijo mientras se acomodaba en el asiento, y luego lanzó una rápida mirada por encima del hombro—, que, de un modo u otro, nunca seamos enemigos.

—Ése también es mi deseo, muchacha. —Sus labios firmes y bien moldeados formaron una sonrisa—. De hecho, mi más ferviente deseo.

Era una muchacha bonita, pensó Farlan mientras caminaban a un lado del carro. Una muchacha que llevaría a la mayoría de los hombres a la perdición, enviando sus pensamientos en direcciones salvajes e ilógicamente esperanzadoras. Direcciones que, en última instancia, estaban condenadas al humillante rechazo y la decepción. Para la mayoría de los hombres... pero no para

él.

De hecho, un apasionado revolcón con la belleza de pelo ébano y ojos verdeazulados era lo más alejado de la mente de Farlan. No se dirigía al castillo de los MacKenzie para seducir a las muchachas del lugar o proporcionar a Blaine MacKenzie y los suyos un agradable interludio de historias y canciones, aunque, por necesidad, tal era la apariencia bajo la que debían viajar para infiltrarse en las defensas. Infiltrarse y rescatar a su hermano mayor de las profundidades de las mazmorras de los MacKenzie.

No importaba si Kester era inocente o culpable de los cargos que se le imputaban. Para él, nunca lo había sido. Incluso ahora, Farlan, que en aquel momento no había estado cerca del incidente que había sido la perdición final de los MacBeans, no estaba seguro de quién había instigado realmente la brutal matanza. Todo lo que sabía era que su padre, su hermano y otros miembros del clan habían conseguido matar a una gran cantidad de MacNabs en su propio salón durante un festín. Los mataron y ahora, casi un año y medio después, seguían pagando un precio horrible.

Gracias al acto de proscripción que se les impuso a causa de aquella fatídica noche, todos los MacBeans, fueran hombres, mujeres o niños, eran ahora criminales perseguidos. Bajo pena de muerte, los MacBeans tenían prohibido vestir el tartán distintivo de su clan o utilizar el nombre de su clan, y debían asumir el nombre de otro clan. Sus tierras habían sido incautadas, sus armas confiscadas y ningún otro clan podía acogerlos o asociarse con ellos.

Afortunadamente, aún quedaban unos pocos clanes dispuestos a ofrecerles comida y cobijo, y a permitirles utilizar su propio nombre de clan. Los Buchanan y los Sinclair eran dos de ellos.

No obstante, a Farlan se le calentaba la sangre cada vez que se veía obligado a afirmar ser lo que no era. Le atormentaba avergonzarse a sí mismo y a los MacBeans escondiéndose cobardemente tras la apariencia de otro clan y su nombre. Enterrado en lo más profundo de su alma, crecía una rabia amarga contra todos y cada uno de los hombres remotamente responsables de la persecución que, a su debido tiempo, pretendía borrar al clan MacBean de la faz de la tierra.

Blaine MacKenzie era parte integrante de la trama. Habían sido sus hombres, después de todo, quienes habían cazado a Kester en Hell's Glen, un estrecho y rocoso tramo de valle en lo más profundo de las tierras de los MacKenzie, entre los imponentes picos de Stob an Eas y Cruach nam Mult. Habían sido hombres de MacKenzie quienes lo habían traído de vuelta para que se pudriera en el calabozo del castillo mientras esperaba su sentencia y ejecución.

No importaba que Blaine MacKenzie perteneciera a los Breadalbane MacKenzie, una casa separada del clan MacKenzie, y que hubieran sido los Argyll MacKenzie quienes habían buscado activamente el acto de proscripción de la Corona escocesa. Habían unido sus fuerzas de buena gana cuando se firmó la proscripción, y de buena gana habían dado la espalda al clan MacBean.

El rescate de Kester sería muy difícil, Blaine MacKenzie no era tonto, y Kester estaría sin duda fuertemente custodiado, y el castillo era un castillo bien fortificado.

Un ataque frontal y mucho más honorable era imposible. El clan MacBean, como la mayoría de los clanes vecinos, no era rival ni siquiera para el poderío de los Breadalbane MacKenzie. Y cualquiera que se atreviera a atacar a Breadalbane pronto tendría que vérselas también con Argyll.

El subterfugio y el engaño eran las únicas armas que Farlan poseía. Era lo único que le quedaba a cualquiera de su clan, pues ya no les quedaba honor: la proscripción se lo había arrebatado con la misma certeza con la que les había robado su nombre, sus tierras e incluso sus vidas. Ya no había más reglas que ganar a toda costa.

Era un asunto sucio y despreciable, por no decir otra cosa, pero ¿cuándo habían tenido los proscritos otra opción? Y si los inocentes deben sufrir en el empeño, no era ni mejor ni peor que lo que el clan MacBean ya había sufrido y seguiría sufriendo, pensó Farlan, con su mirada volviéndose de hielo cuando las torres de piedra blanca del castillo de los MacKenzie aparecieron finalmente a la vista.

No había transcurrido mucho tiempo de camino a casa cuando Caitlin notó que el bardo empezaba a cojear ligeramente. Para cuando coronaron la última colina que les separaba de la primera vista del castillo, los pasos del hombre eran pesados, y se había acercado al carro para agarrarse a su borde en busca de apoyo. Finalmente se volvió hacia Bruce, que estaba sentado entre ella y Seelie.

—Detened el carro, necesito subir.

Bruce lo hizo inmediatamente.

—¿Qué queréis?

Caitlin miró de nuevo a Gavin.

—Déjale subir, Bruce. Sea lo que sea lo que le pase, no puedo soportar ver su dolor.

El bardo sacudió la cabeza.

—No es nada, muchacha. Sólo pisé una espina la víspera, y supura un poco.

—Entonces más razón para ahorrarle el dolor y no agravarlo más. —Ella indicó la cama del carro—. Cuando lleguemos al castillo, me ocuparé de vuestra herida, soy curandera.

—No lo sabía. —Gavin logró esbozar una débil sonrisa, luego miró a su compañero.

El Highlander oscuro vaciló, luego asintió.

—Será mejor que hagas lo que te pide, muchacho. Te necesitaré en forma y animado antes de reanudar nuestro largo viaje.

Es el líder de los dos, pensó Caitlin mientras observaba a Gavin subir cautelosamente al carro y acomodarse. No es que la constatación fuera especialmente sorprendente, pues bajo el comportamiento afable aunque taciturno de Farlan Sinclair, corría una vena de fría y dura resolución. Ella sólo se preguntaba por qué era tan sombríamente resuelto.

Su instinto le advirtió que Sinclair era un hombre con una misión, y el problema era, que el cumplimiento de esa misión podría tener consecuencias desagradables para cualquiera que se atreviera a interponerse en su camino. Sin embargo, él no parecía tenerles ninguna enemistad, Po lo que supuso, que debía estar agradecida por la compañía.

Varios carros de labranza cargados de suministros atascaban el camino que conducía a la puerta del castillo. Los bueyes que tiraban de los carros eran notoriamente lentos mientras atravesaban la delgada lengua de tierra que ahora conectaba la orilla con la antigua isla sobre la que se alzaba el castillo. Por fin, sin embargo, entraron en el patio exterior y se detuvieron en la esquina sur, cerca de la cocina. Mientras Bruce conducía el carro hacia el patio, varios miembros del clan habían llegado para ayudar a descargar y apilar la leña cerca de la puerta de la cocina.

—Sube lo más cerca que puedas de la entrada principal de la torre del homenaje, —instruyó Caitlin a Bruce—. Hay varias habitaciones vacías disponibles debajo de las escaleras, en las dependencias de la servidumbre. Seelie y yo podemos guardar el caballo y el carro mientras tú y Farlan lleváis a Gavin a una de ellas. Os encontraré allí, en cuanto terminemos y recoja mi bolsa de hierbas y bálsamos.

—Eso no será necesario, señora, —se apresuró a decir Farlan—. No necesitamos imponernos a vos y a vuestro tiempo. Puedo ocuparme yo del pie de Gavin lo suficientemente bien.

—No es ninguna imposición, sólo simple hospitalidad, —replicó Caitlin mientras Bruce detenía el carro ante la entrada principal y ella se apeaba—. Además, los MacKenzie bien podrían estar interesados en que Gavin tocara algo de arpa esta víspera. Cuanto antes tengamos un bardo cuyo pie esté empezando a curarse, mejor.

—Como queráis, señora, —dijo el gran montañés encogiendo sus anchos hombros—. Me rindo ante vuestro plan.

Bruce ahogó una carcajada.

—Aprendes rápido, muchacho. Se saldrá siempre con la suya tarde o temprano.

Farlan sonrió satisfecho.

—Una mujer magistral, ¿verdad?

—¿Y por qué no? —Seelie eligió ese momento para intervenir—. Ella es, después de todo, la hermana del jefe MacKenzie.

—Basta, Seelie. —Su instinto le advirtió de no revelar todavía quién era en realidad. Quizá estaba siendo demasiado cautelosa, pero algo en los dos desconocidos la instaba a la prudencia.

Cogió a su prima del brazo y empezó a tirar de ella.

—Tenemos muchas tareas de las que ocuparnos y no hay tiempo que perder en más palabrerías. Dejaremos eso a estos hombres.

—Está muy pagado de sí mismo, —murmuró Seelie una vez que estuvieron fuera del alcance de sus oídos y se dirigían al torreón.

—No puedo decir que me importe mucho.

—Sí claro, y lo has hecho muy evidente desde el primer momento en que le viste… ¿te gusta?

Con los ojos muy abiertos por la incredulidad, Seelie se detuvo y se volvió para mirarla.

—Después de lo que te hizo David Graham, habría pensado que tus gustos habrían dado un giro a mejor, pero si encuentras atractivo a ese vagabundo…

—Pues es muy guapo…

Con un exasperado giro de ojos, Seelie cortó a su prima.

—Y que pueda admirar a un hombre no significa que quiera ir más allá. Soy muy consciente de que las caras y las formas bonitas a menudo esconden cabezas vacías y corazones duros y maquinadores.

Seelie no supo que decir.

—Bueno, —añadió mientras cogía la mano a su prima y volvía a tirar de ella hacia delante —, ¿qué importa lo que cualquiera de nosotras piense, en un sentido o en otro? Apostaría a que Farlan Sinclair y su amigo se habrán ido en menos de una semana.

—Entonces será mejor que te ocupes del pie del joven Gavin cuanto antes, —dijo Seelie, empezando a subir las escaleras que llevaban a los dormitorios del segundo piso—. Cuanto antes se cure, antes nos libraremos de ellos.

Sí, eso haré, pensó Caitlin mientras su prima entraba en su propio dormitorio y ella continuaba por el largo pasillo de piedra.

A pesar del sentido común y de la dolorosa experiencia, cada vez que miraba a Farlan Sinclair, los pensamientos de Caitlin se volvían hacia cómo sería fundirse en el poderoso círculo de sus brazos y besar aquellos gruesos, firmes, y sensuales labios. Pensamientos que había resuelto no volver a tener nunca jamás y mucho menos permitir que se hicieran realidad de nuevo.

—Ten cuidado con ésa, Farlan, o tu afición por las muchachas atractivas volverá a meterte en serios problemas, —le suplicó Gavin una vez que Bruce los hubo llevado a una habitación libre en el oscuro laberinto subterráneo y se hubo marchado—. La tarea que tenemos ante nosotros ya es bastante difícil, sin que la compliques acoplándote a una de las sirvientas de los MacKenzie.

Mientras cerraba la gruesa puerta de roble y echaba el pestillo, Farlan soltó un bufido despectivo.

—¿Y piensas que estoy tan impulsivo y lujurioso como para dejar que una bonita lass ponga en peligro nuestra misión de liberar a Kester? Difícilmente. —Se dio la vuelta y se acercó al sencillo colchón relleno de paja en el que Bruce y él habían depositado a Gavin—. Si surge la oportunidad de una cita rápida en algún rincón privado o en un claro a la sombra de las hojas, seré el primero en aprovecharla, pero aparte de un suceso tan fortuito, su único valor es proporcionarnos cualquier información que pueda ayudarnos a acceder al calabozo y a las llaves de la celda de Kester.

Gavin se acomodó de nuevo en su cama y suspiró.

—Esperaba que lo vieras así. Siempre has sido un tipo generalmente sensato, pero la forma en que la mirabas... bueno, hacía mucho tiempo que no te veía mirar así a una muchacha.

—Puedo admirar a una mujer especialmente atractiva, ¿no? —Farlan sonrió—. Dime la

verdad. ¿Puedes afirmar que no encontraste a Caitlin la muchacha más bonita que has visto en tu vida?

—Es muy guapa. Sólo que no veo que sea el momento o el lugar para prestarle mucha atención a ninguna muchacha, eso es todo.

Gavin se inclinó y sacó su clarsach[9] de su bolsa de cuero. Con un toque suave y cariñoso, acarició las cuerdas de alambre tensadas.

—Ahora, si se trata de esta arpa... confieso que difícilmente puedo mantener mis manos o mis ojos lejos de ella durante mucho tiempo. Pero ella nunca me traicionará, ni me dejará de lado por otro, ni me romperá el corazón.

—Bien, —murmuró Farlan con disgusto—. Tienes razón, ya es hora de que dejemos el asunto. Una vez que empiezas a soltar palabras melosas sobre el arpa, intentar hablar de mujeres contigo es imposible.

Cuando unas notas claras y sonoras empezaron a surgir de las cuerdas de bronce, Farlan se dirigió a su propia cama, dejó caer su bolsa de viaje junto a ella y se tumbó. Bajo la manta de lana, el colchón cedía un poco sobre sus soportes de cuerda, pero el armazón de madera era robusto y soportaba fácilmente su peso. Acomodando los brazos detrás de la cabeza, el gran montañés se recostó y cerró los ojos.

No habría mucho tiempo para descansar, apostó, antes de que Caitlin llegara para tratar el pie de Gavin. Aun así, después de un viaje que había comenzado antes del amanecer, con un día que ahora se desvanecía rápidamente hacia el atardecer, incluso un breve respiro era bienvenido. Necesitaba tiempo para ordenar la miríada de opciones que ahora se le presentaban, instalados como estaban finalmente en el castillo de los MacKenzie. A fin de cuentas, todas las decisiones que importaban dependían de él. Gavin era valiente y leal como pocos, pero carecía de cabeza para estrategias complejas. Su valor en esta aventura consistía en servir de razón plausible para entrar en el castillo, y luego como distracción mientras Farlan liberaba a Kester de su celda. Cada uno era vital para este plan, y Farlan dio a su primo lo que le correspondía.

Se preguntó si Caitlin podría ser útil en esta empresa. Decía ser sanadora. Como tal, seguramente se movía libremente por el castillo y contaba con la confianza de todos. Tendría que andarse con cuidado con ella, al intentar sonsacarle información y acceso a lugares que él nunca podría visitar por sí mismo, pues era inteligente y rápida. Eso lo había comprobado prácticamente desde el principio.

Simplemente había algo en esos llamativos ojos azul turquesa que denotaba una aguda inteligencia superpuesta a una cautela natural. Caitlin no era una mujer fácil de engañar, y también era bastante evidente que no confiaba en él.

No es que su desconfianza inquietara lo más mínimo a Farlan. Había encandilado a mujeres mucho más resabiadas y hastiadas. Y Caitlin MacKenzie, a pesar de todas sus palabras atrevidas y su aparente confianza, seguía siendo una doncella en todos los sentidos de la palabra. Ningún hombre con experiencia podría haber pasado por alto la verdad en sus ojos cada vez que sus miradas se encontraban.

Aun así, pensándolo bien, su falta de experiencia bien podía jugar a su favor. Farlan también sabía cuándo una mujer se sentía atraída por él, y Caitlin no ocultaba esa atracción con tanto éxito como podría imaginarse. Todo lo que tenía que hacer era cortejarla un poco y sería

suya. Con la certeza de que Gavin estaría convaleciente por su pie infectado durante al menos varios días, Farlan tenía ahora excusa y oportunidad suficientes para permanecer en el castillo.

Excusa y oportunidad suficientes, también, para asediar el corazón de una belleza de pelo negro, y una vez que hubiera escalado ese muro, la utilizaría para acceder a la información que necesitaba para liberar a su hermano. Puede que no fuera honesto ni honorable, pero tan bellas aspiraciones habían muerto con el acto de proscripción contra los MacBeans.

La boca de Farlan sonrió tristemente. A decir verdad, al menos para él, esas bellas aspiraciones habían muerto mucho antes del acto de proscripción. Murieron cuando su padre se había negado a creer sus afirmaciones de inocencia y lo había desterrado del clan, echándolo a vagar por las Highlands como un hombre sin honor.

Era la mayor de las ironías. Un proscrito, un hombre sin honor, era ahora la última esperanza del clan MacBean. De hecho, si su padre hubiera vivido, lo más probable es que hubiera rechazado la ayuda de Farlan. Pero su obstinado e inflexible Sire no había sobrevivido a la brutal noche que había llevado a su clan a su inevitable caída. Y, le gustara o no, no quedaba nadie que tuviera la más remota posibilidad de salvar al hijo predilecto de su padre.

Nadie, salvo el otro hijo. El que había sido una fuente inagotable de decepción y desesperación.

Nadie, salvo Farlan.

Capítulo 2

Con la cabeza hundida en las profundidades de un barril de madera mientras raspaba los últimos puñados de flores secas de caléndula, Caitlin no oyó al principio el saludo de Ailsa. Después de que un rápido golpecito en el hombro la alertara por fin de su presencia, se levantó del barril apoyándose en los bordes. Con los puños llenos de los vistosos pétalos, giró sobre sí misma. La pelirroja mujer de Blaine estaba allí de pie, con Chalmer, su regordete hijo de quince meses, encaramado a su cadera.

—Seelie me dijo que podría encontrarte aquí. —La mirada de Ailsa se desvió hacia las manos de Caitlin—. ¿Ya se nos ha acabado la pomada de caléndula? Si lo hubiera sabido, habría preparado un lote nuevo.

Caitlin pudo sentir cómo el calor se apoderaba de sus mejillas.

—La culpa es mía. Usé lo que quedaba en la mano de Kristy después de que se la quemara agarrando ese atizador que alguien había dejado demasiado tiempo en el fuego. Quería hacer más ungüento, pero se me olvidó.

La esposa del jefe sonrió.

—Bueno, no pasa nada, pero una buena curandera es también una curandera preparada.

—Sí, así es. Esa es una lección en la que todavía necesito trabajar, me temo. —Caitlin extendió las manos cerradas—. No es que quede mucha caléndula seca, pero afortunadamente, la primavera ya está aquí y las flores por fin empiezan a florecer.

—Hemos gastado mucho ungüento de caléndula este año, ¿verdad? Tal vez deberíamos cultivar mayor cantidad este verano.

—Eso, o animar a la gente del castillo a tener más cuidado de no hacerse heridas tan a menudo. —Caitlin sonrió.

—Como si eso fuera a ocurrir alguna vez.

—Tienes razón, es algo poco probable. Especialmente con estos hombres nuestros, nunca existió un grupo de muchachos más torpes y descuidados. Aun así, si nos quedamos sin ungüento, siempre tenemos otros remedios herbales de los que ir tirando.

Caitlin asintió, su mirada se elevó hacia las vigas de la modesta cámara de piedra situada a unos metros de la cocina. La habitación había servido en otro tiempo como despensa de almacenamiento adicional de la cocina. Sin embargo, poco después de que Ailsa y Blaine se casaran, Ailsa se había apropiado de ella para convertirla en almacén de productos medicinales.

De las vigas de madera colgaban innumerables manojos de plantas secas. Dos armarios altos y robustos, en la pared del fondo, a ambos lados de la rendija de una ventana, estaban llenos

de cuencos, varias ollas pequeñas de hierro fundido, y tarros con tapón de todos los tamaños y cuidadosamente etiquetados. Sobre la estrecha mesa de madera situada en el centro de la habitación, un mortero de piedra y una maja ocupaban el centro. Varios cuchillitos afilados en un tarro, una pila de tablas finas y lisas, y diez decantadores de cristal estaban perfectamente alineados junto al mortero y la mano de mortero.

—Afortunadamente, —continuó, encontrándose con la mirada de Ailsa—, nos queda una buena provisión de ortigas para hacer té de ortiga para las quemaduras, y de hierba de San Juan para las heridas supurantes, pero la verdad es que tengo debilidad por el ungüento de caléndula.

—Yo también. —Ailsa hizo una pausa para levantar un poco más a su hijo de pelo negro sobre la cadera—. Seelie mencionó que tenemos dos nuevos visitantes: un bardo y su guardia personal. Y que este bardo tiene un pie herido.

—Se llama Gavin, y dijo que su pie puede estar infectado por una espina que pisó. Puede que se dejara un poco de la punta de la espina dentro cuando intentó sacársela, y que eso sea lo que le duele. No lo sabré hasta que le examine el pie, en cuanto consiga hacerle un ungüento fresco me acerco a verlo, —añadió Caitlin mientras se dirigía a la mesa y vertía los pétalos de caléndula en el cuenco redondeado del mortero de piedra.

—Bueno, entonces no te entretendré. —La otra mujer se dio la vuelta para irse, pero hizo una pausa—. El compañero del bardo... ¿Cómo dijo Seelie que se llamaba? Farlan, ¿puede ser?

—Sí, ese es su nombre.

—¿Y qué piensas de él?

Caitlin se puso tensa. Tal como había temido cuando Ailsa había mencionado por primera vez a Seelie, su prima había ido y parloteado sobre su preocupación por el Highlander moreno. Y, como era evidente, también había hecho mención de lo que ella consideraba un interés impropio de Caitlin por aquel hombre.

Necesitando un momento para recobrar la lucidez, Caitlin se sacudió sobre el mortero, el polvo de los pétalos que aún quedaban adheridos a sus manos. Se dirigió al estante más cercano y sacó dos tarros, uno con cera de abejas y otro con aceite de oliva importado. A continuación encontró una pequeña olla de hierro fundido, añadió una taza llena de cera de abejas y una cucharada de aceite de oliva a la olla, y removió las dos cosas juntas. Entonces, como sabía que no podía retrasar la inevitable discusión sin avivar aún más las sospechas de su cuñada, Caitlin levantó la vista.

—Es grande, corpulento y se guarda muy bien la mayoría de las cosas. Sin embargo, a pesar de sus ropas raídas, lleva una espada finamente fabricada, y su forma de hablar no es la de un vulgar campesino.

—Entonces, crees que merece ser vigilado, ¿no?

—Sí, aunque es probable que Gavin sea lo que dice ser, un bardo viajero, y Farlan podría ser igualmente su guardia, no está de más vigilarlos de cerca. El tiempo dirá la verdad de sus afirmaciones.

—Seelie mencionó el interés de este Farlan por ti. —Ailsa ladeó la cabeza—. Y, más aún, del aparente interés que sientes por él.

Así que, aquí viene.

Caitlin expulsó un largo y exasperado suspiro.

—Ya te dije que era guapo. De hecho, apostaría a que incluso a ti te llamaría la atención, si no estuvieras tan enamorada de mi hermano. Pero el acto de admirar el aspecto de un hombre no es lo mismo que jurarle amor y devoción eternos.

—Es sólo que no quiero verte herida de nuevo, como te pasó con Graham. Y Blaine tampoco quiere.

—¿Seelie también se lo ha dicho a Blaine? —Caitlin se llenó de furia. Esta vez, su bienintencionada pero de lengua suelta prima, había ido demasiado lejos. Pronto oiría unas cuantas palabras escogidas sobre ese tema, y no se equivocaría.

—No. De hecho, Seelie no ha dicho nada de eso, —respondió Ailsa con calma—. Ya fue bastante difícil para ella incluso acudir a mí. En cuanto a Blaine, ni siquiera está aquí, poco después de que partierais hacia Dalmally le llamaron de Inveraray por unos asuntos urgentes. Supongo que estará fuera al menos dos o tres días.

El castillo de Inveraray, la sede de los Argyll MacKenzie. Caitlin sólo podía preguntarse qué trama estaría urdiendo esta vez el astuto y viejo Conde, seguramente otro intento de hacerse con las tierras de algún clan más pequeño y desprevenido. Aunque, dado que Blaine se las había arreglado hasta ahora para evitar involucrar a su rama del clan en tratos tan turbios, Caitlin tuvo que suponer que este viaje implicaba algún otro asunto completamente distinto.

—Bueno, mejor entonces, —dijo mientras cogía el mortero y procedía a moler los pétalos secos de caléndula hasta convertirlos en un polvo fino—. La razón principal por la que invité a Gavin y a Farlan a quedarse aquí fue para que nosotras, y especialmente Blaine, pudiéramos disfrutar de un poco de arpa y canto, pero ahora tendré la oportunidad de ocuparme del pie del bardo y ponerlo en proceso de curación antes de su regreso.

—Sí, a Blaine le gusta el sonido que hace, y desde que llegó el pequeño Chalmer, —Ailsa lanzó una mirada cariñosa a su hijo—. he tenido poco tiempo incluso para montar mi clarsach, y mucho menos para tocarla. No es que haya sido nunca tan diestra como nuestro querido Elliot, los sonidos que podía arrancar de su arpa hacían deleitarse a los ángeles.

—Supongo que no podemos esperar tal pericia de Gavin, teniendo en cuenta su edad, pero esperemos que al menos pueda ganarse el sustento. Farlan afirma que el bardo posee un clarsach muy finamente labrado, eso haría pensar que es digno del instrumento.

—Esperemos que sea así. —Ailsa trasladó a Chalmer hasta sus brazos—. Me encantaría ver el arpa y conocer a ambos hombres, pero ahora mismo tengo que atender a un niño mojado.

—Bueno, dependiendo del estado del pie de Gavin, tal vez puedan unirse a nosotros para la cena. Dos horas deberían ser más que suficientes para ocuparme de su herida. Iré en cuanto este ungüento cueza sobre el fuego de la cocina y se enfríe lo suficiente para untarlo.

—Entonces me iré y no te entretendré en tu tarea.

Caitlin olfateó el aire con delicadeza y sonrió.

—Tampoco te apartaré de la tuya, porque apostaría a que el pequeño Chalmer tiene algo más que un pañal mojado que cambiar.

—La suerte os acompaña, —dijo Caitlin mientras terminaba de vendar el pie de Gavin y ataba la venda—. Aunque os quedó una puntita de espina en la planta del pie, que empezaba a inflamarse, aún no hay signos de infección. Con quitarle la espina, limpiar bien la herida y el ungüento de caléndula, seguro que pronto os recuperáis.

—Mientras tanto, —añadió mientras le colocaba suavemente el pie herido sobre dos almohadas—, me gustaría que no tocara el suelo ese pie en la medida de lo posible. También debéis elevarlo para aliviar la hinchazón y mejorar el flujo sanguíneo.

Gavin suspiró pero asintió con la cabeza.

—No soy un hombre dado a la inactividad, pero haré lo que me pedís. Al menos podré practicar mi clarsach mientras estoy en cama, —sonrió—. Tengo varias melodías nuevas en las que estoy trabajando, así que será un tiempo bien empleado.

—Sí, lo será. Y esperaremos para disfrutar del fruto de esos trabajos en unos días. —Caitlin comenzó a guardar sus provisiones en la gran bolsa de cuero que llevaba para sus visitas de curación—. Lo que funcionará a la perfección, ya que Blaine ni siquiera está en el castillo en estos momentos y no volverá en los próximos días.

—¿Blaine MacKenzie? ¿El jefe del clan? —preguntó Farlan bruscamente desde su cama, donde había estado observando cómo Caitlin cuidaba de su amigo.

Ella asintió, más que extrañada por su repentino interés después de tanto tiempo de silencio.

—Sí, el mismo.

—¡Oh, qué decepción! Esperaba tener la oportunidad de conocerle. —Se levantó y caminó hasta situarse junto a ellos.

—Bueno, al menos podéis conocer a su esposa, Ailsa, si deseáis cenar con nosotros esta víspera. Ha expresado su deseo de saludaros a los dos. —Caitlin miró de nuevo a Gavin—. Desgraciadamente para vos, la caminata sería demasiado para vuestro pie. Mi sugerencia es que alguien os traiga una bandeja de comida y os quedéis aquí al menos durante uno o dos días más.

—Como queráis. —El hombre más joven miró a su amigo—. No hay razón para que tú te quedes aquí. Ve a la cena, echa un vistazo y reúnete con la señora MacKenzie.

—Quizá mañana. —Farlan sonrió a Gavin—, pero no esta noche. Subiré con la muchacha para que me enseñe los alrededores, —miró a Caitlin—, si creéis que podéis dedicarme un poco de vuestro tiempo, y luego bajaré una bandeja con comida para los dos.

—La cena estará servida en media hora más o menos, —contestó Caitlin, no muy segura de querer pasar más tiempo del absolutamente necesario en presencia del inquietante montañés —. Una vez que guarde mi bolsa, sólo podré dar una pequeña vuelta por el castillo antes de que debamos reunirnos para la comida.

—Eso debería bastar por hoy. —Farlan cogió su bolsa y se la colgó del hombro—. Me llevará un tiempo aprender a moverme por un castillo tan grande. Me conformo sólo con ser capaz de navegar por el laberinto de pasillos aquí abajo, volver a subir al primer nivel, y luego,

tal vez, el camino a la cocina. Eso será, seguramente, todo lo que pueda manejar en este primer contacto.

Aunque Caitlin dudaba seriamente de que Farlan Sinclair tuviera dificultades para aprender a recorrer un laberinto al primer intento, decidió que era más que prudente guardarse sus opiniones. Mejor seguirle la corriente por el momento.

La verdad sobre sus habilidades se haría evidente muy pronto.

Puesto que Blaine ni siquiera estaba en el castillo y Ailsa estaba preocupada por su hijo y por el día a día de un lugar tan grande, la tarea de vigilar a estos dos hombres debía recaer necesariamente en Caitlin. O, al menos, hasta que sus sospechas resultaran ciertas y se indicara la ayuda de otras personas. Después de todo, la responsabilidad era ante todo suya por el simple hecho de haber sido ella quien les había invitado al santuario de su hogar.

Por desgracia, eso también exigía que Caitlin pasara mucho más tiempo del que quería, vigilándoles de cerca. O, para ser más precisos, vigilando a Farlan Sinclair.

—Bueno, entonces si ese plan se ajusta a vuestras necesidades, —dijo Caitlin, poniéndose en pie—, partamos. —Sonrió a Gavin—, puede hacer un poco de frío aquí abajo. Además de vuestra cena, me ocuparé de que ambos tengáis algunas mantas extra.

—Es muy amable al pensar en nuestra comodidad, —respondió el bardo—. Se lo agradezco, muchacha.

—Sí, estamos muy agradecidos, —añadió Farlan mientras se dirigía a la puerta y la abría —. Todo lo que se ha dicho de la hospitalidad de los MacKenzie ha demostrado ser cierto.

—No es más de lo que cualquier montañés concedería a un forastero. —Pasó junto a él y esperó a que cerrara la puerta—. Y no menos de lo que esperaría de vuestro clan, si alguna vez tuviera que hacerle una visita.

Algo brilló en el fondo de los ojos azul plateado del hombre, que rápidamente desapareció.

—Sí, por supuesto, —murmuró—. Es el estilo de las Highlands, después de todo.

Casi parecía forzado, pensó Caitlin mientras avanzaban por el pasillo iluminado por las antorchas. Como si le molestara tener que atenerse al antiguo código de las Highlands, el cual exigía que, a cualquiera que solicitara el cobijo y la hospitalidad de la casa de otro, se le concediera con toda amabilidad, incluso a un enemigo.

Ella sólo podía preguntarse qué circunstancias le habían vuelto en contra de la costumbre. Era algo tan intrínseco en un montañés como el amor al clan, la agitación de la sangre cada vez que sonaba la gaita o la alegría sin límites de atravesar las montañas y cañadas salvajes e indómitas. De algún modo, de alguna manera, ella sintió que él se había sentido profundamente herido, o incluso traicionado, por el código.

—Si contáis las antorchas, —dijo Caitlin, decidiendo archivar esa pequeña observación en el fondo de su mente para futuras referencias y pasar a la tarea que tenía entre manos—, descubriréis la forma más fácil de discernir en qué pasillo girar para volver a subir. Y, como podéis ver, —señaló cada antorcha espaciada y parpadeante que colgaba de un soporte de hierro oxidado en la pared, —se gira en la tercera antorcha.

Se detuvieron donde el pasillo se cruzaba con otro pasillo más, y un olor húmedo y mohoso les rodeó junto con una corriente de aire frío.

—Parece bastante sencillo. —Farlan se volvió para contemplar el pasillo que continuaba por donde ya habían venido—. ¿Y adónde conduce el resto de ese pasillo? Parece no tener fin.

—A más habitaciones de sirvientes, almacenes adicionales para víveres y, finalmente, a más escaleras que bajan a las mazmorras. Ninguno de esos sitios necesitaréis visitar en su corta estancia aquí.

Le devolvió la mirada y sonrió. —No, supongo que no. —Señaló delante de ellos—. ¿Continuamos entonces? Estoy ansioso por ver el resto del castillo.

—Sí, sigamos nuestro camino.

Sin palabras, le guio por el pasillo hasta que llegaron a la escalera que conducía a la planta principal. Tras la penumbra y el silencio amortiguado por la piedra del nivel subterráneo, por un momento Caitlin se sintió abrumada por la luminosidad y el bullicio. Los sirvientes se apresuraban de un lado a otro, algunos con bandejas de vituallas destinadas al gran comedor, donde solían tomar la cena, y otros con brazadas cargadas de ropa recién doblada o gavillas de juncos secos para esparcir por los suelos recién limpiados.

Caitlin sonrió. Ailsa se había convertido rápidamente en la eficiente y meticulosa señora del castillo desde la muerte de la madre de Caitlin y Blaine, hacía ahora ocho años. Pero, lo que era aún más importante, Ailsa había aportado mucha alegría no sólo a Blaine, sino también al castillo y a sus habitantes.

—Esa sonrisa tan agradable en vuestra cara... —Farlan eligió ese momento para intervenir, sacando a Caitlin de sus contentos pensamientos—. ¿Me atrevo a suponer que mi compañía ha tenido algo que ver en vuestra felicidad?

Ella le lanzó una mirada desconcertada mientras recorrían la corta distancia que separaba las escaleras del almacén.

—Difícilmente, pues mis pensamientos ni siquiera se ocupaban de vos. —Luego, al darse cuenta de lo poco amables que podían haber sonado sus palabras, sonrió un poco avergonzada—. Sin ánimo de ofender, por supuesto.

—No me ofendo. Supongo que, después de todo, no soy del tipo que interesa a una muchacha como vos.

Ante ese intento poco sutil de ganarse un cumplido, Caitlin no pudo evitar reírse.

—Si esperáis interesar a cualquier muchacha, y sobre todo, a una como yo, debéis esforzaros más en vuestras estratagemas. Halagar no es la mejor forma de intrigar a una mujer.

Arqueó una ceja oscura.

—¿De verdad os imagináis que ése era mi plan? Le había tomado por una muchacha mucho más astuta que eso.

Su pregunta la hizo reflexionar. Si él no había estado buscando una reacción favorable de ella, ¿a qué se dedicaba en realidad?

—Bueno, jugar conmigo también se queda muy corto. —Caitlin se detuvo ante la puerta del almacén—. No tengo ni tiempo ni paciencia, así que ¿por qué no me decís cuál era vuestro plan en realidad?

—Solo pretendía entablar conversación. ¿De qué otra forma puede un hombre aprender

más sobre una mujer que le resulta muy atractiva en tantos aspectos?

Por una vez, Caitlin se encontró corta de palabras. Bueno, momentáneamente, al menos.

—Sois todo un galán, ¿verdad? —preguntó finalmente—. Y apostaría, también, a que estáis acostumbrado a que todas las muchachas se desmayen al veros.

Él se rio, y el sonido profundo y rico envió una sensación de placer de lo más involuntaria a través de ella.

—No todas, parece.

—Entonces estáis perdiendo vuestro toque, ¿no?

—Evidentemente.

Ella soltó un bufido burlón, se dio la vuelta, abrió la puerta del almacén y entró. Ése fue su primer error, pues Farlan la siguió, cerró la puerta tras de sí y encajó el pestillo interior.

Caitlin dejó su bolsa sobre la mesa y empezó a sacar su contenido.

—¿Y qué tenéis en mente, encerrándonos así a los dos? —preguntó, enmascarando su creciente aprensión con una falsa calma—. Porque no os tomo por tonto, y los muros de piedra no son tan gruesos como para que mis gritos de auxilio no me traigan pronto ayuda.

—Por no mencionar que cualquier conducta indecorosa por mi parte mancillaría el código de hospitalidad de las Highlands, —añadió torciendo irónicamente los labios.

—En realidad, creo que la expectativa de hospitalidad recae principalmente en el anfitrión, no en el invitado.

Empezó por colocar el frasco de pomada de caléndula, el rollo de vendas extra, un cuenco que contenía una pequeña esponja y su caja de instrumental quirúrgico, que contenía además de las agujas y el hilo utilizados para suturar heridas, un hierro de cauterizar, un par de tijeras, varios tamaños de sondas utilizadas para sacar flechas, balas de pistola y otros objetos diversos que pudieran penetrar en la carne, y varios pequeños cuchillos afilados como navajas. Puso esa caja en un estante más bajo, al alcance de la mano, y luego se volvió hacia él.

—¿Creéis entonces que la tragedia ocurrida hace casi un año y medio, cuando los MacBeans se volvieron contra los MacNabs en su propia casa, no sobrepasó los límites de la hospitalidad?

—Lo que hicieron los MacBeans fue censurable, además de todas las otras cosas despreciables que ya habían cometido. Estaba sobradamente justificada su proscripción. —Caitlin sonrió con satisfacción y sacudió la cabeza—. Así que, si sois de la opinión de elegir ese incidente como validación para cualquier acto oscuro y sucio que pretendáis hacer mientras estéis en este castillo, id quitándoos esa idea de la cabeza.

—No oiríais ninguna mención al respecto por mi parte, —dijo mientras se acercaba a ella —, si mi intención fuera realmente oscura y sucia, pero seguramente buscar un besito de una bonita lassie no sería algo tan ruin.

Farlan se detuvo ante ella. Instintivamente, Caitlin retrocedió hasta quedar presionada contra el armario. No podía evitarlo, como ninguna mujer podía.

Incluso desde el otro lado de la habitación, el gran Highlander desprendía una presencia poderosa e intimidante. Pero tan cerca... baste decir que la enorme disparidad de sus tamaños y

fuerzas le heló la sangre en las venas y le dejó sin aliento. Sorprendentemente, y al mismo tiempo, Caitlin sintió que los latidos de su corazón se aceleraban por la anticipación.

Darse cuenta de ello la enfureció. Era el hombre más guapo y excitante que había conocido, y sin embargo presumía demasiado. En el pasado, ella y no ellos era la que siempre había determinado el ritmo de un devaneo, si es que tenía que haberlo. De hecho, incluso aquel desastroso asunto con David Graham había sido inicialmente obra suya.

Deslizó la mano por detrás y la colocó con cautela en la caja de instrumentos. Inmediatamente, sus dedos rozaron uno de los cuchillos. Con sumo cuidado, movió la mano hacia abajo hasta que sintió un suave mango de metal y lo agarró.

—No, claramente un besito no sería algo tan ruin, —respondió, forzando la respuesta a través de una garganta tensa y seca—, si la muchacha estuviera dispuesta a aceptarlo, pero esta muchacha no tiene el menor interés en ser besada, y menos por alguien como vos.

La sonrisa en los finos y firmes labios de Farlan no vaciló, pero en sus ojos brilló un destello lobuno. Ella le había lanzado el guante, le había desafiado. Caitlin admitió tardíamente que ése había sido su segundo error. El gran Highlander era obviamente un depredador y su presa favorita parecían ser las mujeres.

—Al contrario, —dijo él, bajando la voz a un ronco susurro. Se inclinó hacia ella, apoyando ambas manos contra la pared a ambos lados del armario, encerrándola en la prisión de sus brazos—, creo que estáis interesada, y especialmente por alguien como yo.

La cabeza de Farlan bajó hacia ella. Ningún razonamiento o protesta le detendría ahora, se dio cuenta Caitlin. Nada, salvo una cosa. Sacó la mano de detrás de ella y apretó el cuchillo contra el costado de su garganta.

—Pensadlo mejor, bribón arrogante, —gruñó—. Pensadlo mejor o sufriréis las consecuencias.

Se detuvo a un pelo de sus labios.

—¿De verdad me degollaríais por un besito? —Él sonrió—. Creo que no.

Con eso, Farlan Sinclair tomó su boca, cubriéndola de una forma suave, dolorosamente tierna y muy practicada. Fue como si un rayo atravesara a Caitlin, desde los labios hasta la punta de los dedos de los pies. Se puso rígida, no podía respirar, pero, al mismo tiempo, no deseaba otra cosa que arquearse para salir a su encuentro, profundizar el beso, apretarse contra su longitud y no soltarlo nunca.

Ella gimió, y la hoja bajó a su lado, para acabar cayendo al suelo. Primero un brazo, luego el otro, serpenteó alrededor del cuello de Farlan. Ella no pudo evitarlo, después de todo, no era más que un pequeño beso.

Su boca se abrió hambrienta sobre la de ella, sus labios se inclinaron en ardiente y exigente posesión, sus brazos se movieron para rodearla y acercarla aún más. Caitlin respondió a su embestida. Fue una tontería, una locura incluso, durante un glorioso instante más, se dejó llevar incapaz de contenerse, pero entonces la razón, traicionera y muy inoportuna, volvió a colarse.

No era mejor, es más, era bastante peor, de lo que había sido David. David, al menos, la había tratado con circunspecta moderación durante meses, cortejándola con las más caballerosas insinuaciones. Él, al menos, le había rendido pleitesía, aunque ésta, al final, se hubiera debido

principalmente a su apellido MacKenzie. Pero este hombre, este Farlan Sinclair, apenas la conocía.

No deseaba nada más que una breve y sórdida cita tras una puerta cerrada. ¡Un besito nada más! No, quería eso y mucho más.

Con un sonido furioso y frustrado, Caitlin arrancó primero su boca y luego su cuerpo del agarre posesivo y controlador de él. Subió las manos, las colocó sobre la extensión de músculos duros de su pecho y empujó.

Fue como intentar mover una enorme roca. Farlan la soltó pero no se movió.

—Suficiente por ahora, ¿no? —preguntó, con voz áspera y cruda.

—¡Suficiente para toda una vida, si viviéramos más de cien años! Caitlin le fulminó con la mirada. —Ya os he dado un beso. Ahora váyase antes de que cambie de opinión y use mi cuchillo.

Farlan se rio, pero empezó a retroceder.

—No os preocupéis, lass. Soy un hombre paciente y, por el momento, muy satisfecho. Habrá otras veces, y no hay necesidad de amenazar con ese cuchillito.

—¿Cuchillito? ¿Otras veces?

¡Este hombre era insufrible! Caitlin se agachó, cogió el cuchillo, luego se enderezó y avanzó hacia él.

—No os equivoquéis, no habrá otras veces. Ni ahora ni nunca.

—Como queráis, entonces, —dijo cuando llegó a la puerta, corriendo el cerrojo y abriendo de par en par la puerta—. Pero todos sabemos lo a menudo que una muchacha suele cambiar de opinión, ¿no? Y especialmente una que besa a un hombre como vos acabáis de hacer conmigo.

Con un grito de indignación y el cuchillo en alto, Caitlin se lanzó a por él. Sin embargo, Farlan era demasiado rápido para ella.

Para cuando llegó a la puerta y se apresuró a salir al pasillo, el borde ondeante de la falda escocesa desapareciendo al doblar la esquina era todo lo que quedaba del oscuro Highlander. Para su disgusto, se dio cuenta de que su intercambio no había sido totalmente privado. Ailsa y su prima Seelie estaban paralizadas ante la puerta de la cocina, con los ojos y la boca muy abiertas.

Notas

[1] El daggs es una antigua arma de fuego, antecesor del mosquete. Los modelos más antiguos de armas de fuego se remontan al siglo XIV.

[2] Era una mujer de luto que se dedicaba a seguir el ataúd del difunto hasta el cementerio de la iglesia.

[3] Es una especie de armario

[4] El sgian dubh es el nombre gaélico escocés de un pequeño puñal que forma parte del traje tradicional de las Tierras Altas de Escocia. Según si el propietario lo lleva es diestro o zurdo se lleva en la pierna derecha o izquierda respectivamente

[5] Es un arpa celta de estructura triangular tradicional de las naciones celtas del noroeste de Europa. Se conoce como cláirseach en irlandés y clàrsach en gaélico escocés,

[6] Cullen Skink es una sopa típica de la cocina escocesa elaborada a partir de eglefino ahumado, patatas y cebollas. Esta sopa es una especialidad local de la ciudad de Cullen en Moray, en la costa noroeste de Escocia. La sopa se sirve a menudo como un entremés en los almuerzos escoceses.

[7] Un crannog es una isla fortificada, construida de forma parcial o totalmente artificial en tiempos prehistóricos en lagos, ríos y aguas estuarinas en Escocia, Gales e Irlanda.

[8] Un gallo banty o gallo bantam es una versión en miniatura o más pequeña de un gallo normal.

[9] Es un arpa celta de estructura triangular tradicional de las naciones celtas del noroeste de Europa. Se conoce como cláirseach en irlandés y clàrsach en gaélico escocés,